

EL LIBRO DE AVES DE BURGESS PARA NIÑOS

POR
THORNTON W. BURGESS

ILUSTRACIONES A COLOR POR
LOUIS AGASSIZ FUERTES

TRADUCIDO POR
CATALINA RAMÍREZ



Pine Warbler. Illustration by Louis Agassiz Fuertes, 1917

“The burgess bird book for children” by Thornton Burgess

Título original “The Burgess Bird book for children”

Edición original 1919

Libro original disponible en archive.org

https://archive.org/details/burgessbirdbookfoooothor_i5r4/mode/2up

e- book <https://www.gutenberg.org/cache/epub/3074/pg3074-images.html>

Nota sobre los derechos

Esta es una traducción de distribución gratuita. Queda expresamente prohibida su reproducción total o parcial con fines de lucro, así como su venta en cualquier formato.

Fuente de las fotografías: eBird, Birds of the World y Birds Colombia.

*“ESTE LIBRO ESTÁ DEDICADO A LOS NIÑOS Y AVES DE AMÉRICA,
PARA QUE SE FORTALEZCAN LOS LAZOS DE
AMOR Y AMISTAD ENTRE ELLOS”. THORNTON W. BURGESS*

Esta traducción nació de una madre hispanohablante con un deseo: ofrecer a sus hijos una literatura inspirada en la naturaleza, fiel al espíritu de Thornton W. Burgess.

“Con todo mi cariño, dedico este trabajo, en primer lugar, a mis hijos, Miguel Ángel y Macarena, mi vida y mi inspiración, el regalo y la bendición más grandes que he recibido. Y la extiendo también a todos los niños soñadores, para que encuentren en estas páginas amigos y personajes en cada animal que admiran, ya sea en el bosque, en el parque o incluso en el rincón de su hogar”.

Nota sobre la traducción: En estos cuentos, Burgess utiliza la figura poética de "Madre Naturaleza" para hablarnos del mundo creado. Como cristiana, veo en esta hermosa expresión una forma de referirse a la sabiduría y bondad de nuestro Señor, que dotó a cada criatura de habilidades maravillosas para vivir en su creación."

PREFACIO

Este libro fue escrito para satisfacer una necesidad concreta. Su elaboración se llevó a cabo a petición urgente de libreros y otras personas que echaban en falta un medio satisfactorio para introducir a los niños pequeños en el mundo de las aves. Por ello, y sin pretender en modo alguno competir con los numerosos y excelentes libros que existen sobre este tema, sino más bien complementarlos, se ha escrito este volumen.

Su objetivo principal es despertar el interés de los niños y familiarizarlos con las aves que más probablemente verán. Dado que no hay mejor método para acercarse a la mente infantil que los cuentos, se ha adoptado este método para transmitir la información. Por lo que yo sé, el libro es único en este sentido. En su preparación se ha hecho un esfuerzo sincero por presentar, en la medida de lo posible, los datos importantes relativos al aspecto, los hábitos y las características de nuestros vecinos emplumados. Se pretende que sea a la vez un libro de cuentos y un manual de referencia. Aunque está destinado a los niños pequeños, se espera que los niños mayores también lo encuentren interesante y de gran ayuda.

El Sr. Louis Agassiz Fuertes, artista y naturalista, ha complementado maravillosamente el valor del texto con sus magníficos dibujos a todo color. Han sido realizados especialmente para este volumen y son tan precisos y realistas que su estudio permitirá a cualquiera identificar las especies que aparecen en ellos. Estoy muy agradecido al Sr. Fuertes por su colaboración en el esfuerzo por hacer de este libro una ayuda real para los principiantes en el estudio de nuestras aves nativas.

Se ofrece al lector sin ningún tipo de disculpa, pues el libro se escribió con una labor de amor: amor por los niños y amor por las aves. Si, como resultado, tan solo unos pocos niños se interesan más por nuestros amigos emplumados y los comprenden mejor, se habrá cumplido el propósito.

THORNTON W. BURGESS

Contenido

PREFACIO	6
CAPÍTULO I. Llega Jenny la cucarachera	9
CAPÍTULO II. Bully del Huerto Viejo.....	13
CAPÍTULO III. Jenny tiene buenas palabras para algunos gorriones	16
CAPÍTULO IV. Chippy, Sweetvoice, y Dotty	22
CAPÍTULO V. Pedro descubre algo que no había imaginado	27
CAPÍTULO VI. Un Viejo Amigo en un nuevo hogar	32
CAPÍTULO VII. El guardian del Huerto Viejo	38
CAPÍTULO VIII. Ropa vieja y casas viejas	43
CAPÍTULO IX. Pico largo y Teeter	48
CAPÍTULO X. Mirlo de alas rojas y Carpintero escapulario dorado	53
CAPÍTULO XI. Bateristas y carpinteros	59
CAPÍTULO XII. Algunos parientes que no parecen parientes	63
CAPÍTULO XIII. Más de la familia pájaros negros.....	69
CAPÍTULO XIV. Bob White y Charly el Chirlobirlo.....	74
CAPÍTULO XV. Una golondrina y otra que no es	79
CAPÍTULO XVI. Un ladrón en el Viejo Huerto	83
CAPÍTULO XVII. Más ladrones.....	88
CAPÍTULO XVIII. Algunas casas en el Bosque Verde	91
CHAPTER XIX. El ave trueno y un amigo de la familia de pájaros negros.....	96
CAPÍTULO XX. Un ladrón de pescado	101
CAPÍTULO XXI. Un festín de pesca.....	106
CAPÍTULO XXII. Algunos excavadores emplumados.	113
CAPÍTULO XXIII. Algunas bocas grandes.....	118
CAPÍTULO XXIV. Las reinitas llegan	123
CAPÍTULO XXV. Tres primos bastante diferentes	128
CAPÍTULO XXVI. Pedro se lastima el cuello	131
CAPÍTULO XXVII. Un Viejo amigo y un nuevo amigo	137
CAPÍTULO XXVIII. Pedro ve al Picogordo Degollado y al Tangara Escarlata.....	142
CAPÍTULO XXIX. Los cantantes imparables.....	148

CAPÍTULO XXX. Los primos de Jenny Cucarachera	152
CAPÍTULO XXXI. Voces al anocheceer	157
CAPÍTULO XXXII. Pedro salva a un amigo y aprende algo.	162
CAPÍTULO XXXIII. Un elegante pájaro y un nido tardío	166
CAPÍTULO XXXIV. La Paloma y el Cuco	171
CAPÍTULO XXXV. Un Verdugo y un Colibrí	176
CAPÍTULO XXXVI. Un extranjero y Dany el Ampelis	182
CAPÍTULO XXXVII. Despedidas y bienvenidas	187
CAPÍTULO XXXVIII. Llegan Honker y Chiflado.....	192
CAPÍTULO XXXIX. Pedro descubre a dos viejos amigos.....	197
CAPÍTULO XL. Algunos semilleritos muy alegres.....	200
CAPÍTULO XLI. Más amigos vienen con la nieve.....	204
CAPÍTULO XLII. Pedro aprende de Misterio.....	209
CAPÍTULO XLIII. Pies raros y un pico torcido	214
CAPÍTULO XLIV. Más aves rojas	218
CAPÍTULO XLV. Pedro ve dos terribles cazadores emplumados.....	222
¿Quién es Thornton W. Burgess?	227
¿Quién era Louis Agassiz Fuertes?	229

EL LIBRO DE AVES DE BURGESS PARA NIÑOS

CAPÍTULO I. Llega Jenny la cucarachera

¡Lipperty-lipperty-lip! corría Pedro Conejo detrás del viejo muro de piedra que bordeaba uno de los lados del Huerto Viejo. Era muy temprano por la mañana, tan temprano que el alegre y brillante señor Sol apenas comenzaba su ascenso diario por el cielo azul. No era nada extraño para Pedro ver al señor Sol levantarse, pues Pedro tenía la costumbre de andar despierto toda la noche y no regresar a su querido Zarzal Viejo hasta la hora en que la mayoría recién se levanta.

Esta vez Pedro había estado fuera toda la noche, pero no tenía sueño, ni un poquito. La dulce señora Primavera había llegado, y estaban ocurriendo tantas cosas por todas partes que Pedro temía perderse algo si dormía. Por eso había ido tan temprano al Huerto Viejo, para ver si había nuevos recién llegados.

—Las aves son criaturas curiosas —dijo Pedro mientras saltaba al Huerto Viejo.

—¡Tut, tut, tut! —replicó una voz aguda—. ¡No sabes de qué hablas, Pedro Conejo! Las aves no son curiosas en absoluto; son las criaturas más sensatas del mundo.

Pedro se detuvo en seco, sentándose con los ojos brillantes.

—¡Oh, Jenny Cucarachera! ¡Qué alegría verte! ¿Cuándo llegaste? —exclamó.

—El señor Cucarachero y yo acabamos de llegar, y gracias al cielo ya estamos de vuelta —respondió Jenny, inquieta como siempre—. Nunca estuve tan agradecida de ver un lugar como ahora al volver al Huerto Viejo. Parece que hubiera pasado siglos desde que nos fuimos.

—Bueno, si te gusta tanto, ¿por qué lo dejaste? —preguntó Pedro. —Es como dije antes: ustedes, las aves, son criaturas curiosas. Nunca se quedan quietas; al menos, muchas de ustedes no lo hacen. Sammy el arrendajo azul (en inglés “Jay” por el sonido del canto), Tommy el carbonero cabecinegro, Drummer el pájaro carpintero y algunos otros tienen un poco de sentido común; no se embarcan en viajes largos y absurdos. Pero el resto de ustedes...

—¡Tut, tut, tut, tut, tut! —interrumpió Jenny Cucarachera—. No sabes de lo que estás hablando, y nadie suena tan tonto como alguien que intenta hablar de algo de lo que no sabe nada.

Pedro se rió entre dientes. «Tu lengua sigue tan afilada como siempre», dijo. «Pero, aun así, me alegra oírla. Sin duda la echaríamos de menos. Empezaba a preocuparme un poco por si te había pasado algo y no podías volver aquí este verano. Me conoces lo suficiente, Jenny Cucarachera, como para saber que no puedes herirme con tu lengua, por afilada que sea, así que mejor ahorra aliento para decirme algunas cosas que quiero saber. Si te gusta tanto el Huerto Viejo como finges, ¿por qué lo dejaste?».

Los brillantes ojos de Jenny Cucarachera se abrieron de par en par. «¿Por qué comes?», preguntó con acritud.

«Porque tengo hambre», respondió Pedro sin dudar.

«¿Qué comerías si no hubiera nada que comer?», espetó Jenny.

«Esa es una pregunta tonta», replicó Pedro.

«No es más absurdo que preguntarme por qué abandono el Huerto Viejo», respondió Jenny. «Danos a las aves un poco de crédito por nuestro sentido común, Pedro. No podemos vivir sin comer, igual que tú, y en invierno no hay comida aquí para la mayoría de nosotros, así que nos vamos a donde hay comida. Los que tienen la suerte de comer el tipo de comida que se puede encontrar aquí en invierno se quedan aquí. Son afortunados. Eso es lo que son: afortunados. Aun así...», Jenny Cucarachera hizo una pausa.

«¿Aún qué?», preguntó Pedro.

«A veces me pregunto si ustedes, que están siempre en casa, saben lo maravilloso que es el hogar», respondió Jenny. «Solo han pasado seis meses desde que nos fuimos al sur, pero me parece que ha pasado una eternidad, y así es. Lo mejor de irse es volver a casa. No me importa si suena un poco contradictorio; es la verdad. El soleado sur no es mi hogar, aunque pasemos allí tanto tiempo como aquí. ¡Este es mi hogar, y no hay ningún lugar como él! ¿Qué dice, señor Cucarachero? ¿Que no he visto todo el gran mundo? Quizá no, pero le aseguro que he visto suficiente. Cualquiera que viaje mil kilómetros dos veces al año, como nosotros, tiene derecho a expresar su opinión, sobre todo si ha utilizado sus ojos como yo los he utilizado. No hay ningún lugar como el hogar, y no hace falta que intentes burlarte de mí fingiendo que lo hay. Querida, te conozco; estás tan contenta de estar de vuelta aquí como yo.

«Canta como si lo fuera», dijo Pedro, mientras el señor Cucarachero cantaba con todas sus fuerzas.

Jenny Cucarachera miró al señor Cucarachero con cariño. «¿No es un encanto que me cante así? ¿Y no es una canción primaveral perfectamente hermosa?», dijo ella.

Luego, sin esperar a que Pedro respondiera, siguió hablando sin parar. «Ojalá tuviera cuidado. A veces me da miedo que se exceda. ¡Míralo ahora! Está cantando con tanta fuerza que tiembla por todas partes. Siempre es así. Hay una cosa cierta sobre nosotros, los Cucaracheros, y es que cuando hacemos algo, lo hacemos con todas nuestras fuerzas. Cuando trabajamos, trabajamos con todas nuestras fuerzas. Cuando el señor Cucarachero canta, canta con todas sus fuerzas».

—Y cuando regañas, regañas con todas tus fuerzas —interrumpió Pedro con picardía.

Jenny Cucarachera abrió la boca para dar una respuesta tajante, pero en lugar de eso se echó a reír. «Supongo que sí que regaño bastante», dijo, «pero si no lo hiciera, quién sabe quién se aprovecharía de nosotros. No soporto que se aprovechen de mí».

«¿Tuviste un buen viaje desde el soleado sur?», preguntó Pedro.

«Bastante agradable», respondió Jenny. «Nos lo tomamos con bastante calma. Algunas aves se apresuran sin detenerse, pero creo que deben de llegar agotadas. Nosotros descansamos cuando estamos cansados y seguimos a la señora Primavera, manteniéndonos lo suficientemente atrás como para que, si tiene que dar media vuelta, Jack Frost no nos atrape. Eso nos da tiempo para conseguir nuestros nuevos trajes por el camino. Ya sabes que todo el mundo espera que tengas cosas nuevas cuando regresas a casa. ¿Qué te parece mi nuevo traje, Pedro?». Jenny se contoneó y se giró para lucirlo. Era evidente que estaba muy orgullosa de él.

«Mucho», respondió Pedro. «Me gusta mucho el marrón. El marrón y el gris son mis colores favoritos». Ya sabes que el pelaje de Pedro es marrón y gris.

«Es una de las cosas más sensatas que te he oído decir», trinchó Jenny Cucarachera. «Cuanto más veo colores vivos, más me gusta el marrón. Siempre es de buen gusto. Combina bien con casi todo. Es elegante y útil. Si necesitas desaparecer rápidamente, puedes hacerlo si vas vestido de marrón. Pero si llevas colores vivos, no es tan fácil. Nunca envidio a nadie que tenga ropa más brillante que la mía. He visto cosas terribles suceder solo por llevar colores brillantes».

«¿Qué?», preguntó Pedro.

«Prefiero no hablar de ellos», declaró Jenny con gran énfasis. «Allá abajo, donde pasamos el invierno, algunas de las aves que viven allí todo el año lucen los trajes más brillantes y hermosos que jamás haya visto. Son sencillamente preciosos. Pero me he dado cuenta de que, en momentos de peligro, son precisamente a ellos a quienes les suceden cosas terribles. Verás, es que simplemente no pueden esconderse. Por mi parte, prefiero vestir de forma sencilla y pulcra y sentirme segura que llevar ropa maravillosa y no tener ni un minuto de paz. Hay algunas familias que conozco que, debido a sus hermosos trajes, han sido tan perseguidas por los hombres

que casi no queda ninguna. Pero, por Dios, Pedro Conejo, ¡no puedo estar aquí sentada todo el día hablando contigo! Tengo que averiguar quién más ha llegado al Huerto Viejo y revisar mi antigua casa para ver si es habitable.



CAPÍTULO II. Bully del Huerto Viejo

Los ojos de Pedro Conejo brillaron cuando Jenny Cucarachera dijo que debía revisar su vieja casa para ver si era habitable. "Puedo ahorrarte esa molestia", dijo.

«¿Qué quieres decir?» La voz de Jenny era muy cortante.

«Solo que nuestra vieja casa ya está ocupada», respondió Pedro. "Bully, el gorrión inglés, lleva dos meses viviendo allí. De hecho, ya tiene una familia numerosa".

«¿Qué?» gritaron Jenny y el Sr. Cucarachero al unísono. Entonces, sin siquiera despedirse de Pedro, volaron furiosos para ver si les había dicho la verdad. Al poco rato, los oyó regañar tan rápido como les permitía su lengua, y eso es realmente muy rápido.

«Eso les vendrá muy bien», se rió Pedro. «Este año tendrán que buscarse una nueva casa. Ni todas las lenguas afiladas del mundo podrían hacer cambiar de opinión a Bully, el gorrión inglés. ¡Vaya, vaya, vaya, escucha qué jaleo! Creo que voy a ir a ver qué está pasando».

Así que Pedro saltó a un lugar desde donde podía ver bien la antigua casa de Jenny Cucarachera sin alejarse demasiado de la seguridad del viejo muro de piedra. La antigua casa de Jenny Cucarachera estaba en un hueco de uno de los viejos manzanos. Al mirar hacia allí, Pedro pudo ver a la señora Bully sentada en la pequeña puerta redonda, que ocupaba por completo. Estaba chillando emocionada. Saltando y revoloteando de ramita en ramita. Cerca de allí estaban Jenny y el señor Cucarachero, con las colas apuntando casi directamente al cielo y regañando tan rápido como podían mover la lengua. Volando salvajemente hacia uno y luego hacia el otro, y casi ahogando sus voces con sus propios gritos ásperos, estaba el propio Bully. Era quizás un cuarto más grande que el señor Cucarachero, aunque parecía la mitad más grande. Si no fuera porque su nuevo traje primaveral estaba muy sucio, debido a su afición por darse baños de polvo y al hecho de que no le importaba nada su aspecto personal y no se cuidaba, habría sido un tipo bastante guapo. Su espalda era más o menos de color ceniza con rayas negras y castañas. Sus alas eran marrones con una barra blanca en cada una. Su garganta y su pecho eran negros, y por debajo era de un blanco sucio. Los lados de la garganta eran blancos y la parte posterior del cuello, castaño.

Al erizar sus plumas y levantar ligeramente las alas mientras saltaba, logró parecer mucho más grande de lo que realmente era. Parecía un pequeño salvaje luchador. El ruido había atraído a todas las demás aves del Huerto Viejo para ver qué estaba pasando, y todas gritaban y animaban a Jenny y al señor Cucarachero a defender sus

derechos. Ninguna de ellas tenía buenas palabras para Bully y su esposa. Sin duda, era una vergonzosa disputa vecinal.

Bully, el gorrión inglés, es un luchador nato. Nunca es más feliz que cuando está en medio de una pelea o de algún tipo de alboroto. El hecho de que todos sus vecinos estuvieran en su contra no le molestaba en absoluto a Bully.

Jenny y el Sr. Cucarachero no eran cobardes, pero juntos no eran rivales para Bully. De hecho, Bully no dudaba en lanzarse ferozmente contra cualquiera de los espectadores que se acercara lo suficiente, ni siquiera cuando eran el doble de su tamaño. Podrían haberlo expulsado del Huerto Viejo si se hubieran propuesto hacerlo, pero su audacia y su aspecto les hacían temer intentarlo.

Todo el tiempo, la señora Bully se sentó en la pequeña puerta redonda, animándolo. Sabía que mientras estuviera allí sentada, sería imposible que Jenny o el señor Cucarachera entraran. A decir verdad, estaba disfrutando de todo aquello, ya que es tan pendenciera y le gusta tanto pelear como al propio Bully.

«¡Eres un ladrón! ¡Eres un atracador! ¡Esa es mi casa, y cuanto antes salgas de ella, mejor!», chilló Jenny Cucarachera, moviendo la cola con cada palabra mientras saltaba fuera del alcance de Bully.

«Puede que alguna vez fuera tu casa, pero ahora es mía, ¡pequeña insignificante!», gritó Bully, abalanzándose sobre ella como un furioso. «¡Intenta echarnos si te atreves! Tú no construiste esta casa, y la abandonaste cuando te fuiste al sur el otoño pasado. Ahora es mía, y no hay nadie en el Huerto Viejo que pueda echarme».

Pedro Conejo asintió con la cabeza. «Está ahí mismo», murmuró Pedro. «No me gusta y nunca me gustará, pero es cierto que tiene todo el derecho a esa casa. Los seres vivos que se van y dejan sus cosas durante medio año no deben esperar encontrarlas tal y como las dejaron. ¡Vaya, vaya, qué ruido tan espantoso! ¿Por qué no se unen todos y echan a Bully y a la señora Bully del Huerto Viejo? Si no lo hacen, me temo que él los echará. A nadie le gusta vivir con vecinos tan conflictivos. De todos modos, no pertenecen a este país, y estaríamos mucho mejor si no estuvieran aquí. Pero debo decir que admiro su coraje».

Todo el tiempo, Bully se lanzaba salvajemente contra unos y otros y se lo pasaba en grande, lo cual era más de lo que se podía decir de cualquier otra persona, excepto de la señora Bully.

«¡Les enseñaré a todos que me quedo en el Huerto Viejo!», chilló Bully. «Si no les gusta, ¿por qué no luchan? No le tengo miedo a ninguno de ustedes ni a todos juntos». Era una fanfarronada, una simple fanfarronada, pero fue eficaz. Consiguió

que las otras aves se lo creyeran. Ninguna se atrevió a plantarle cara y luchar. Se contentaron con llamarlo matón y todos los insultos que se les ocurrieron, pero eso no sirvió de nada para ayudar a Jenny y al señor Cucarachero a recuperar su casa. Insultar a los demás nunca le hace daño. Lo que cuenta son los actos valientes, no las palabras valientes.

Nadie sabe cuánto habría durado aquella vergonzosa disputa en el Huerto Viejo si no hubiera sido por algo que ocurrió. En medio de todo ello, alguien descubrió a Michi Negra, la gata que vive en la casa del granjero Brown, escabulléndose por el Viejo Huerto, con la cola moviéndose nerviosamente y los ojos amarillos brillando con avidez. Había oído aquel espantoso alboroto y sospechaba que, en medio de tanta agitación, podría tener la oportunidad de atrapar a alguna de las aves. Siempre se puede confiar en que Michi Negra estará presente en un momento así.

Tan pronto como la descubrieron, todo lo demás quedó en el olvido. Con Bully a la cabeza, y Jenny y el señor Cucarachero siguiéndole de cerca, todas las aves centraron su atención en Michi Negra. Ella era la enemiga de todos, y enseguida se olvidaron de su propia disputa. Solo la Sra. Bully permaneció donde estaba, en la pequeña puerta redonda de su casa. No quería correr ningún riesgo, pero se unió al alboroto general. ¡Cómo chillaban y gritaban esos pájaros! Se lanzaron en picado casi hasta la cara de Michi Negra, y ninguno se acercó más que Bully, el gorrión inglés, y Jenny Cucarachera.

Ahora Michi Negra odiaba ser el centro de tanta atención. Sabía que, ahora que la habían descubierto, no había ninguna posibilidad de que pudiera atrapar a uno de esos habitantes en el Huerto Viejo. Así que, con la cola aun moviéndose furiosamente, se dio la vuelta y, con toda la dignidad que pudo, abandonó el Huerto Viejo. Las aves la siguieron hasta el límite, chillando, gritando, insultándola y amenazándola con hacerle todo tipo de cosas horribles, como si realmente pudieran hacerlo.

Cuando finalmente desapareció hacia el granero del granjero Brown, aquellas voces enfadadas cambiaron. Fue un cambio tan divertido que Pedro Conejo se echó a reír. En lugar de enfado, había triunfo en cada nota mientras todos volvían a ocuparse de sus propios asuntos. Jenny y el señor Cucarachero parecían haberse olvidado por completo de Bully y su esposa en su antigua casa. Volaron a otra parte del Huerto Viejo, allí para hablar de todo y descansar y recuperar el aliento. Pedro Conejo esperó a ver si se acercaban lo suficiente a él para charlar un poco más. Pero no lo hicieron, y finalmente Pedro se dirigió a su casa en el querido Viejo Zarzal. Durante todo el camino se rió al pensar en la valiente forma en que Jenny y el señor Cucarachero habían defendido sus derechos.



BULLY THE ENGLISH SPARROW, the common sparrow of the streets.
CHIPPY THE CHIPPING SPARROW, the smallest of the family.

CAPÍTULO III. Jenny tiene buenas palabras para algunos gorriones

A la mañana siguiente de la pelea entre Jenny y el señor Cucarachero, Bully, el gorrion inglés, volvió a encontrar a Pedro Conejo en el Huerto Viejo. Tenía tanta curiosidad por saber qué haría Jenny Cucarachera para conseguir una casa que solo un gran peligro habría podido mantenerlo alejado de allí. A decir verdad, Pedro temía que, al no poder conservar su antigua casa, Jenny y el señor Cucarachero decidieran abandonar el Viejo Huerto por completo. Por eso, cuando saltó por encima de un lugar bajo del viejo muro de piedra y oyó al señor Cucarachero cantando con todas sus fuerzas, sintió un gran alivio.

La canción provenía del otro lado del Huerto Viejo, donde Bully y la señora Bully habían establecido su hogar. Pedro se apresuró a ir hacia allí. Encontró al señor Cucarachero de inmediato, pero al principio no vio a Jenny. Estaba a punto de preguntar por ella cuando la vio con un pequeño palito en el pico. Ella le lanzó una mirada con sus pequeños y agudos ojos, pero por una vez su lengua permaneció en silencio. Verás, no podía hablar y llevar el palito al mismo tiempo. Pedro la observó y la vio desaparecer en un pequeño agujero en una gran rama de uno de los viejos manzanos. Apenas había entrado, volvió a salir. Esta vez tenía la boca libre, y también la lengua.

«Será mejor que dejes de cantar y me ayudes», le dijo al señor Cucarachero con tono severo. El señor Cucarachero obedeció, dejó de cantar y empezó a buscar una ramita tan pequeña como la que Jenny había metido en ese agujero.

«¡Vaya!», exclamó Pedro. «No te ha costado mucho encontrar una nueva casa, ¿verdad?».

«Por supuesto que no», espetó Jenny. «No podemos permitirnos perder el tiempo como hacen algunos personajes que conozco».

Pedro sonrió y pareció un poco tonto, pero no se molestó. Verás, estaba bastante acostumbrado a ese tipo de cosas. «¿No temes que Bully intente echarte de esa casa?», se atrevió a preguntar.

Los pequeños y agudos ojos de Jenny Cucarachera brillaron más que nunca. «¡Me gustaría verlo intentarlo!», dijo ella. «Esa puerta es demasiado pequeña para que pueda meter más que la cabeza. Y si intenta meter la cabeza mientras yo estoy dentro, ¡le picaré los ojos!». Lo dijo con tanta ferocidad que Pedro se echó a reír.

«Estoy convencido de que lo harías», dijo Pedro.

«Por supuesto que sí», replicó ella. «Ahora no puedo detenerme a hablar contigo, Pedro Conejo, porque estoy muy ocupada. Sr. Cucarachero, debería saber que ese palo es demasiado grande». Jenny se lo arrebató de la boca al Sr. Cucarachero y lo tiró al suelo, mientras el Sr. Cucarachero se iba dócilmente a buscar otro. Jenny se unió a él y, mientras Pedro los observaba, comprendió porqué a menudo se dice que Jenny es una entrometida emplumada.

Durante un rato, Pedro Conejo observó a Jenny y al señor Cucarachero llevar palos y paja a ese pequeño agujero hasta que le pareció que estaban tratando de llenar todo el interior del árbol. Solo con mirarlos, Pedro se cansó mucho. El señor Cucarachero se detenía de vez en cuando para cantar, pero Jenny no perdía ni un minuto. A pesar de eso, se las arreglaba para hablar igual.

«Supongo que el pequeño amigo, el gorrión cantor, llegó aquí hace un rato», dijo ella.

Pedro asintió con la cabeza. «Sí», dijo. «Lo vi hace solo un par de días junto al Arroyo Risueño y, aunque no lo dijo, estoy seguro de que ya tiene un nido y huevos».

Jenny Cucarachera movió la cola y asintió vigorosamente con la cabeza. «Supongo que sí», dijo ella. «Él no tiene que hacer un viaje tan largo como nosotros, así que llega antes. ¿Alguna vez en tu vida has visto una diferencia tan grande como la que hay entre el Pequeño Amigo y su primo, Bully? Todo el mundo quiere al Pequeño Amigo».



Pedro volvió a asentir con la cabeza. «Así es», dijo. «Todo el mundo quiere a Pequeño Amigo. Solo con oírlo cantar me siento feliz por dentro. Supongo que todo el mundo se siente así. Me pregunto por qué lo vemos tan poco por aquí, en el Huerto Viejo».

«Porque le gustan más los lugares húmedos con muchos arbustos», respondió Jenny Cucarachera. «No sería bueno que a todo el mundo le gustara el mismo lugar. De todos modos, él no es un pájaro de árbol. Le gusta estar en el suelo o cerca de él. Nunca encontrarás su nido muy por encima del suelo, a más de treinta o sesenta centímetros. Muy a menudo está en el suelo. Por supuesto, prefiero el canto del señor Cucarachero, pero debo admitir que Pequeño Amigo tiene uno de los cantos más alegres que conozco. Además, es muy modesto, igual que nosotros, los Cucaracheros».

Pedro giró la cabeza hacia un lado para ocultar una sonrisa, porque si hay alguien a quien le encanta ser visto y oído es Jenny Cucarachera, mientras que el pequeño amigo, el gorrión cantor, es tímido y reservado, contento con alegrar al mundo con su canto, pero prefiriendo mantenerse fuera de la vista tanto como sea posible.

Jenny parloteaba mientras buscaba más material para su nido. «Supongo que te habrás dado cuenta —dijo— de que él y su esposa visten muy parecido. No les gustan los colores vivos, igual que a nosotros, los chochines o cucaracheros. Tienen buen gusto. Me gustan las gorritas marrones que llevan y las rayas marrones que tienen en el pecho y los costados. Además, son muy útiles. Es una pena que ese molesto Bully no aprenda algo de ellos. Supongo que se quedan más tiempo que nosotros en otoño».

«Sí», respondió Pedro. «No se van hasta que Jack Frost los obliga. No conozco a nadie a quien extrañemos más que a ellos».

«Hablando de la familia de los gorriones, ¿has visto algo de Gorrión Garganta blanca?», preguntó Jenny Cucarachera, mientras descansaba un momento en la puerta de su nueva casa y miraba a Pedro Conejo.



El rostro de Pedro se iluminó. «¡Por supuesto que sí!», exclamó. «Se detuvo aquí unos días de camino al norte. Ojalá se quedara aquí todo el tiempo. Pero parece pensar que no hay ningún lugar como los Grandes Bosques del Norte. Podría pasarme todo el día escuchando su canto. ¿Sabes lo que parece decir siempre?».

—¿Qué? —preguntó Jenny.

«Vivo feliz, feliz, feliz», respondió Pedro. «Supongo que él también, porque hace tan felices a los demás».

Jenny asintió con su habitual énfasis. «No lo conozco tan bien como a otros», dijo, «pero cuando lo he visto en el sur, siempre me ha parecido un perfecto caballero. También es sociable; le gusta viajar con otros».

«Me he dado cuenta», dijo Pedro. «Casi siempre tiene compañía cuando pasa por aquí. Algunos de esos gorriones son tan parecidos que me cuesta distinguirlos, pero siempre reconozco a Gorrión Garganta Blanca porque es uno de los más grandes de la tribu y tiene una preciosa garganta blanca. Es realmente guapo, con su gorro blanco y negro y esa mancha amarilla brillante delante de cada ojo. Me han dicho que es muy querido en el norte, donde tiene su hogar. Dicen que canta todo el tiempo».

«Supongo que Scratcher, el Gorrión Zorro, también ha venido», dijo Jenny. «Él también empezó antes que nosotros».



«Sí», respondió Pedro. —Pasó una noche en el querido Huerto Viejo. También es muy guapo, el más grande de toda la tribu de los gorriones, y ¡cómo canta! Lo único que no me gusta de él es el color de su plumaje. Siempre me recuerda al Zorro Reddy, y no me gusta nada que me recuerde a ese tipo. Cuando nos visitó, descubrí algo sobre Scratcher que no creo que sepas.

—¿Qué? —preguntó Jenny con bastante brusquedad.

«Que cuando rasca entre las hojas usa las dos patas a la vez», exclamó Pedro triunfante. «Es divertido verlo».

«¡Bah! Ya lo sabía», replicó Jenny Cucarachera. «¿Para qué crees que sirven mis ojos? Pensé que me ibas a decir algo que no sabía».

Pedro parecía decepcionado.



SWEET VOICE THE VESPER SPARROW. You can tell him from other Sparrows by the white outer feathers of his tail. LITTLE FRIEND. THE SONG SPARROW. His tinkling, happy song can never be mistaken.

CAPÍTULO IV. Chippy, Sweetvoice, y Dotty



Chipping Sparrow (gorrión chipeador)



Tree Sparrow
(gorrión de árbol o molinero)



Vesper Sparrow (gorrión vespertino)

Durante un rato, Jenny Cucarachera estuvo demasiado ocupada para hablar, salvo para regañar al señor Cucarachero por pasar tanto tiempo cantando en lugar de trabajar. A Pedro le parecía que estaban tratando de llenar ese tronco de árbol con basura. «Creo que ya tienen suficiente material para media docena de nidos», murmuró Pedro. «Estoy convencido de que lo están trayendo solo por el placer de trabajar». Pedro no estaba muy equivocado en su pensamiento, como descubriría un poco más adelante en la temporada, cuando encontró al señor Cucarachero construyendo otro nido que no le servía para nada.

Al darse cuenta de que, por el momento, no podía obtener nada más de Jenny Cucarachera, Pedro se dirigió a visitar a Johnny Marmota, cuya casa se encontraba entre las raíces de un viejo manzano en el rincón más alejado del Huerto Viejo. Pedro seguía pensando en la familia Gorrión; qué familia tan grande era, y sin embargo, qué raro era encontrar a alguno de sus miembros, excepto a Bully, el gorrión inglés, en el Huerto Viejo.

—¡Hola, Johnny Marmota! —exclamó Pedro al descubrir a Johnny sentado en el umbral de su puerta—. Llevas mucho tiempo viviendo en el Huerto Viejo, así que seguro que puedes responder a una pregunta que me ronda la cabeza. ¿Por qué ninguno de los gorriones, excepto ese ruidoso molesto de Bully, construye su nido en los árboles del Huerto Viejo? ¿Es porque Bully ha echado a todos los demás?

Johnny Marmota sacudió la cabeza. «Pedro», dijo, «¿qué te pasa en los oídos? ¿Y qué te pasa en los ojos?».

«Nada», respondió Pedro con bastante brusquedad. «Son tan buenos como los tuyos, Johnny Marmota».

Johnny sonrió. «¡Escucha!», dijo Johnny. Pedro escuchó. Desde un árbol a poca distancia se oyó un claro «chip, chip, chip, chip». Pedro no necesitó que le dijeran que mirara. Sabía sin mirar quién estaba allí. Reconoció la voz de uno de sus mejores

y más antiguos amigos del Huerto Viejo, un pajarito con una gorra rojo-marrón, el lomo marrón con plumas rayadas de negro, alas y cola marrones, un chaleco gris y un pico negro, y una pequeña línea blanca sobre cada ojo; en conjunto, el caballero más elegante que Pedro conocía. Era Chippy, como todo el mundo llama al gorrión chipeador, el más pequeño de la familia.

Pedro parecía un poco tonto. «Me había olvidado por completo de Chippy», dijo. «Ahora que lo pienso, siempre que tengo memoria, he encontrado a Chippy aquí, en el Huerto Viejo. Nunca he visto su nido porque nunca se me ocurrió buscarlo. ¿Construye un nido de basura como su primo Bully?».

Johnny Marmota se rió. «¡Por supuesto que no!», exclamó. «Chippy y la señora Chippy han construido dos veces su nido en este viejo manzano. ¡Te aseguro que no hay basura en su nido! Es tan delicado como ellos, y no más grande de lo necesario. Está hecho principalmente de pequeñas raíces finas y secas, y el interior está forrado con crin de caballo».

«¿Qué es eso?», preguntó Pedro, como si sospechara que Johnny Marmota intentaba engañarlo.

«Es un hecho», dijo Johnny, asintiendo con la cabeza con gravedad. «Solo Dios sabe dónde lo encuentran hoy en día, pero lo encuentran. Ahí viene el mismísimo Chippy; pregúntale».

Chippy y la señora Chippy volaron revoloteando de árbol en árbol hasta que se posaron en una rama justo encima de Pedro y Johnny. «¡Hola!», gritó Pedro. «Parecen muy ocupados. ¿Aún no han terminado de construir su nido?».

«Casi», respondió Chippy. «Ya está todo listo, solo falta la crin de caballo. Ahora vamos al corral del granjero Brown a buscar un poco. ¿No has visto ninguna por aquí, verdad?».

Pedro y Johnny negaron con la cabeza, y Pedro confesó que no sabría reconocer el pelo de caballo aunque lo viera. A menudo había encontrado pelo de los pelajes de Reddy Zorro, El Viejo Coyote, Digger Tejón y Pie ligero el Ciervo, pero el pelo del pelaje de un caballo era otra cosa muy distinta.

«No es pelo del pelaje del caballo lo que queremos», exclamó Chippy, mientras se preparaba para volar tras la señora Chippy. «Es pelo largo de la cola o la crin del caballo lo que necesitamos. Es el mejor revestimiento para un nido».

Chippy y la señora Chippy estuvieron fuera mucho tiempo, pero cuando regresaron, cada uno llevaba un largo pelo negro. Habían encontrado lo que buscaban, y la señora Chippy estaba muy animada porque, como se esforzó en explicarle a Pedro, ese pequeño nido no estaría listo pronto para los cuatro hermosos huevos azules con manchas negras en un extremo que ella pensaba poner en él.

«Me encantan Chippy y la señora Chippy», dijo Pedro, mientras observaban a sus dos pequeños amigos emplumados dar los últimos retoques al pequeño nido situado en una rama lejana de uno de los manzanos.

«Todo el mundo lo hace», respondió Johnny. «Todo el mundo los quiere tanto como odia a Bully y a su esposa. ¿Sabías que a veces se les llama gorriónes arbóreos? Supongo que es porque suelen construir sus nidos en los árboles».

«No», dijo Pedro, «Chippy no debería llamarse gorrión de árbol, porque tiene un primo con ese nombre».

Johnny Marmota parecía dudar. «Nunca he oído hablar de él», gruñó.

Pedro sonrió. Era una oportunidad para contarle algo a Johnny Marmota, y Pedro nunca es más feliz que cuando puede contarles a los demás algo que no saben. «Lo conocerías si no durmieras todo el invierno», dijo Pedro. «Dotty, el gorrión molinero, pasa el invierno aquí. Se fue a su hogar en el lejano norte más o menos cuando se te ocurrió despertarte».

«¿Por qué lo llamas Dotty?», preguntó Johnny Marmota.

«Porque tiene un pequeño punto negro redondo justo en medio del pecho», respondió Pedro. «No sé por qué lo llaman gorrión de árbol o molinero; no pasa el tiempo en los árboles como lo hace Chippy, sino que lo veo mucho más a menudo en los arbustos bajos o en el suelo. Creo que Chippy tiene mucho más derecho al nombre de gorrión de árbol que Dotty. Ahora que lo pienso, he oído llamar a Dotty el Chippy de invierno».

«¡Vaya, qué lío!», exclamó Johnny Marmota. «Con Chippy al que llaman gorrión de árbol y un gorrión de árbol al que llaman Chippy, es normal que la gente se confunda».

«Quizás lo harían», respondió Pedro, «si ambos estuvieran aquí al mismo tiempo, pero Chippy llega justo cuando Dotty se va, y Dotty llega cuando Chippy se va. Es un arreglo bastante bueno, sobre todo porque se parecen mucho, excepto que Dotty es un poco más grande que Chippy y siempre tiene ese punto negro, que Chippy no tiene. ¡Dios mío, ya es hora de que vuelva al querido Viejo Zarzal! Adiós, Johnny Marmota».

Pedro Conejo se alejó, lipperty-lipperty-lip, dirigiéndose hacia el querido Viejo Zarzal. De entre la hierba, justo delante de él, salió volando un pajarito marrón bastante pálido y rayado, y cuando extendió la cola, Pedro vio dos plumas blancas en los bordes exteriores. Esas dos plumas blancas fueron todo lo que Pedro necesitó para reconocer a otro pequeño amigo al que le tiene mucho cariño. Era Sweetvoice, el gorrión vespertino, el único de la familia de los gorriones con plumas blancas en la cola.

«Ven al querido Viejo Zarzal y cántame», gritó Pedro.

Sweetvoice volvió a tumbarse en la hierba y, cuando Pedro se acercó, estaba muy ocupado comiendo hierba seca. «No puedo», murmuró Sweetvoice. «Ahora no puedo, Pedro Conejo. Estoy muy ocupado. Ya es hora de terminar nuestro nido, y la señora Sweetvoice perderá la paciencia si no llevo esta hierba allí rápidamente».

«¿Dónde está tu nido, en un árbol?», preguntó Pedro inocentemente.

«Eso es revelador», declaró Sweetvoice. «Nadie sabe dónde está ese nido, excepto la señora Sweetvoice y yo. Solo te diré esto, Pedro: no está en un árbol. Y te diré algo más: está en una huella de Bossy, la vaca».

«¿En un QUÉ?», gritó Pedro.

«En una huella de Bossy la vaca», repitió Sweetvoice, riendo suavemente. «Ya sabes que cuando el suelo estaba húmedo y blando a principios de primavera, Bossy dejaba huellas profundas por dondequiera que iba. Una de ellas es el lugar ideal para hacer un nido. Creo que hemos elegido el mejor de toda los prados verdes. Ahora vete, Pedro Conejo, y no me molestes más. Tengo demasiado que hacer como para quedarme aquí sentado hablando. Quizás me acerque al borde del querido y viejo zarzal y te cante un rato justo después de que el alegre, redondo y rojo señor Sol se acueste detrás de las colinas púrpuras. Me encanta cantar a esa hora».

«Estaré esperando», respondió Pedro. «No te gusta cantar más de lo que a mí me gusta escucharte. Creo que es el mejor momento del día para cantar. Quiero decir, creo que es el mejor momento para escuchar cantar», porque, por supuesto, Pedro no canta en absoluto.

Esa noche, tal y como era de esperar, justo cuando las Sombras Negras se deslizaban sobre los prados verdes, Sweetvoice, posado en lo alto del Viejo Zarzal sobre la cabeza de Pedro, cantó una y otra vez la canción más dulce y siguió cantando incluso después de que oscureciera por completo. Pedro no lo sabía, pero es esta costumbre

de cantar por la noche la que le ha dado a Sweetvoice su nombre de Gorrión Vespertino.



DOTTY THE TREE SPARROW. The reddish-brown cap and dark spot in the middle of his breast are all you need to look for. SLATY THE JUNCO. The little slate-colored and white ground bird of winter.

CAPÍTULO V. Pedro descubre algo que no había imaginado.

Correr al Huerto Viejo muy temprano por la mañana para charlar un rato con Jenny Cucarachera y sus otros amigos se había convertido en algo habitual para Pedro Conejo. Estaba aprendiendo muchas cosas, y algunas de ellas eran muy sorprendentes.

Ahora bien, dos de los mejores y más antiguos amigos de Pedro en Huerto Viejo eran el Atractivo Azulejo Gorjicanelo y el Acogedor Petirrojo americano. Cada primavera llegaban casi al mismo tiempo, aunque el Atractivo Azulejo Gorjicanelo solía adelantarse unos días a el Acogedor Petirrojo americano. Este año, el Atractivo Azulejo Gorjicanelo había llegado cuando aún quedaban algunos restos de nieve. Era, como siempre, el heraldo de la dulce señora Primavera. Y cuando Pedro escuchó por primera vez el suave y dulce silbido del Atractivo Azulejo Gorjicanelo, que parecía provenir de ningún lugar en particular y de todas partes en general, levantó sus largas patas traseras con pura alegría. Luego, cuando unos días más tarde escuchó el alegre mensaje de bienvenida del Acogedor Petirrojo americano: «¡Anímate! ¡Anímate! ¡Anímate! ¡Anímate! ¡Alegría!», desde la copa de un árbol alto, supo que la señora Primavera realmente había llegado.

A Pedro le encantan el Azulejo Gorjicanelo y el Petirrojo americano, como a todo el mundo, y los conocía desde hacía tanto tiempo y tan bien que pensaba que sabía todo lo que había que saber sobre ellos. Se habría indignado mucho si alguien le hubiera dicho lo contrario.

«Esos primos no se parecen mucho, ¿verdad?», comentó Jenny Cucarachera, mientras asomaba la cabeza fuera de su casa para cotillear con Pedro.

«¿Qué primos?», preguntó Pedro, mirando fijamente en la dirección en la que Jenny Cucarachera estaba mirando.

«Esos dos que están sentados en la cerca de allá. ¿Dónde tienes los ojos, Pedro?», respondió Jenny con bastante brusquedad.

Pedro miró con más atención que nunca. En un poste estaba el Azulejo Gorjicanelo y en otro estaba el Petirrojo americano. «No veo a nadie más que al Azulejo y al Petirrojo, y ni siquiera son parientes», respondió Pedro con el ceño fruncido, un poco desconcertado.

—¡Tut, tut, tut, tut, tut, Pedro! —exclamó Jenny Cucarachera—. ¡Tut, tut, tut, tut, tut! ¿Quién te ha contado semejante tontería? Por supuesto que son parientes. Son

primos. Creía que todo el mundo lo sabía. Pertenecen a la misma familia de los tordos, mirlos o zorzales. Eso los convierte a todos en primos.

«¿Qué?», exclamó Pedro, con cara de no creer ni una palabra de lo que Jenny Cucarachera había dicho. Jenny lo repitió, pero Pedro seguía mostrándose escéptico.

Entonces Jenny perdió los estribos, algo que le ocurre con mucha facilidad. «Si no me crees, pregúntale a alguno de ellos», espetó, y desapareció dentro de su casa, donde Pedro podía oírla regañarse a sí misma.

Cuanto más lo pensaba, más le parecía a Pedro que era un buen consejo. Así que saltó hasta el pie del poste de la cerca en el que estaba posado el Azulejo Gorjicanelo. «Jenny Cucarachera dice que tú y el Petirrojo americano son primos. No sabe de lo que habla, ¿verdad?», preguntó Pedro.

el Azulejo Gorjicanelo se rió entre dientes. Era una risa suave y delicada. «Sí», dijo él, asintiendo con la cabeza, «lo somos. Puedes confiar en que esa pequeña entrometida siempre sabe de lo que habla. A veces pienso que sabe más de los asuntos de los demás que de los suyos propios. El Petirrojo americano y yo quizá no nos parezcamos mucho, pero somos primos, al fin y al cabo. ¿No crees que el Petirrojo americano está inusual en primavera?».

«No es ni un poco más elegante que tú, Azulejo Gorjicanelo», respondió Pedro cortésmente. «Me encanta tu abrigo azul cielo. ¿Por qué la señora Azulejo Gorjicanelo no lleva un abrigo tan brillante como el tuyo?».

«Pregúntale a Jenny Cucarachera», dijo Azulejo Gorjicanelo con una sonrisa, y antes de que Pedro pudiera decir nada más, voló hacia el techo de la casa del granjero Brown.

Pedro corrió a decirle a Jenny Cucarachera que lamentaba haber dudado de ella y que nunca volvería a hacerlo. Luego le rogó a Jenny que le dijera por qué la señora Azulejo Gorjicanelo no vestía tan colorido como el señor Azulejo Gorjicanelo.

«La señora Azulejo Gorjicanelo, como la mayoría de las mamás, está demasiado ocupada para dedicar mucho tiempo al cuidado de su ropa, y la ropa fina necesita muchos cuidados», respondió Jenny. «Además, cuando el señor Azulejo Gorjicanelo está cerca, atrae toda la atención y eso le da la oportunidad a la señora Azulejo Gorjicanelo de entrar y salir de su nido sin que nadie se dé cuenta. No creo que sepas, Pedro Conejo, dónde está el nido del señor Azulejo Gorjicanelo».

Pedro tuvo que admitir que no lo sabía, aunque había hecho todo lo posible por averiguarlo observando al señor señor Azulejo Gorjicanelo. «Creo que está en esa casita que ha construido el hijo del granjero Brown», aventuró. «Vi al señor y a la

señora Azulejo Gorjicanelo entrar en ella cuando llegaron, y desde entonces he visto al señor señor Azulejo Gorjicanelo muy a menudo por allí, así que supongo que es ahí».

«¡Así que crees que está ahí!», imitó Jenny Cucarachera. «Pues tu suposición es totalmente errónea, Pedro; totalmente errónea. De hecho, está en uno de esos viejos postes de la cerca. Pero no te voy a decir en cuál. Dejaré que lo descubras tú mismo. La señora Azulejo Gorjicanelo sin duda tiene buen criterio. Sabe reconocer una buena casa cuando la ve. El agujero de ese poste es uno de los mejores de toda la zona. Si hubiera llegado aquí lo suficientemente pronto, lo habría ocupado yo misma. Pero la señora Azulejo Gorjicanelo ya había construido su nido en él y tenía cuatro huevos, así que no me quedó más remedio que venir aquí. Entre tú y yo, Pedro, creo que los pájaros azules demuestran más sentido común que sus primos los petirrojos a la hora de construir sus nidos. No hay nada como una casa con paredes robustas y una entrada lo suficientemente grande como para entrar y salir cómodamente.

Pedro asintió con la cabeza, como si comprendiera perfectamente las ventajas de una casa con paredes. «Eso me recuerda algo», dijo. «El otro día vi a Petirrojo americano cogiendo barro y llevándoselo. Al poco rato se le unió la señora Petirrojo americano, y ella hizo lo mismo. Siguieron así hasta que me cansé de mirarlos. ¿Qué estaban haciendo con ese barro?».

«Construyendo su nido, por supuesto», replicó Jenny. «Petirrojo americano con esa cabeza negra, ese hermoso pecho rojizo, esa garganta blanca y negra y ese pico amarillo, por no mencionar la forma orgullosa en que se comporta, sin duda es un pájaro guapo, y la señora Petirrojo americano es solo un poco menos guapa. Cómo pueden estar contentos con construir el tipo de hogar que construyen es algo que no puedo entender. La gente cree que el señor Cucarachero y yo usamos mucha basura en nuestro nido. Quizás sea así, pero te puedo decir una cosa, y es que es basura limpia. Solo son palos y paja limpia, y antes de poner los huevos me aseguro de que mi nido esté forrado con plumas. Además, no hay ama de casa más limpia que yo, si me permites decirlo.

«Petirrojo americano es muy guapo y canta muy bien, y todo el mundo lo quiere. Pero cuando se trata de las tareas domésticas, él y la señora Petirrojo americano son simplemente unos sucios. Construyen la base de su nido con barro, barro común y corriente. Lo cubren con hierba seca y, a veces, hay muy poca sobre las paredes interiores de barro. Lo sé porque he visto el interior de su nido muchas veces. Cualquiera con dos ojos puede encontrar su nido. Más de una vez he visto cómo sus nidos eran arrastrados por las fuertes lluvias o derribados por los fuertes vientos. Nada de eso nos pasa nunca a Azulejo Gorjicanelo ni a mí».

Jenny desapareció dentro de su casa y Pedro esperó a que saliera de nuevo. Petirrojo americano voló hasta el suelo, corrió unos pasos y luego se detuvo con la cabeza ladeada, como si estuviera escuchando. Luego se agachó y tiró de algo, y al momento salió del suelo un gusano largo y retorcido. Petirrojo americano se lo tragó y corrió unos pasos, luego se detuvo una vez más para escuchar. Esta vez se dio la vuelta y corrió tres o cuatro pasos hacia la derecha, donde sacó otro gusano del suelo.

«Actúa como si oyera a los gusanos en la tierra», dijo Pedro, hablando en voz alta sin pensar.

«Sí», dijo Jenny Cucarachera, asomando la cabeza por la puerta justo cuando Pedro hablaba. «¿Cómo crees que los encontraría si están bajo tierra y no los oye?».

«¿Los oyes?», preguntó Pedro.

«Nunca lo he probado y no pienso perder el tiempo intentándolo», replicó Jenny. «Puede que a Petirrojo le guste comerlos, pero yo prefiero algo más pequeño y delicado, como saltamontes jóvenes, escarabajos tiernos, pequeñas orugas, chinches y arañas».

Pedro tuvo que girar la cabeza hacia un lado para ocultar la mueca que no pudo evitar hacer al oír mencionar cosas como la comida. «¿Eso es todo lo que come Petirrojo americano?», preguntó con inocencia.

«Diría que no», respondió Jenny riendo. «Come muchos otros tipos de gusanos y le encantan las frutas como las fresas, las cerezas y todo tipo de bayas pequeñas. Bueno, no puedo quedarme aquí hablando más tiempo. Te voy a contar un secreto, Pedro, si prometes no contárselo a nadie».

Por supuesto, Pedro se lo prometió, y Jenny se inclinó tanto que Pedro se preguntó cómo podía evitar caerse mientras le susurraba: «Tengo siete huevos en mi nido, así que si no me ves mucho durante la próxima semana o más, ya sabrás por qué. Tengo que sentarme sobre esos huevos y mantenerlos calientes».



American Robin (Petirrojo americano)



Eastern Bluebird
(Azulejo gorjicanelo)



WELCOME. ROBIN. No other bird has a russet breast like his. WINSOME, BLUEBIRD. His blue back, wings and tail leave no doubt as to who he is.

CAPÍTULO VI. Un Viejo Amigo en un nuevo hogar

Cada día llegaban nuevos habitantes al Viejo Huerto, y por la mañana temprano se oían tantas voces que tal vez no sea de extrañar que durante algún tiempo Pedro Conejo no echara de menos la de uno de sus mejores amigos. De forma totalmente inesperada, se acordó de ello una mañana muy temprano, mientras correteaba, lipperty-lipperty-lip, por un pequeño puente sobre el Arroyo Risueño.

«¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío!», gritó una voz bastante lastimera. Pedro se detuvo tan bruscamente que casi se cae de espaldas. Sentado en lo alto de un tallo alto y seco de gordolobo había un pajarito muy sobrio en su vestimenta, pero bastante esbelto, un poco más grande que Bully, el gorrión inglés. Por encima, su plumaje era de un color marrón oliva apagado, mientras que por debajo era de un blanco grisáceo, con ligeros matices amarillos en algunas zonas. Su cabeza era oscura y su pico negro. Las plumas de su cabeza estaban levantadas lo justo para formar una pequeña cresta. Sus alas y cola eran oscuras, con pequeñas barras blancas que se veían muy débilmente en sus alas, mientras que los bordes exteriores de su cola eran claramente blancos. Se sentó con la cola colgando hacia abajo, como si no tuviera fuerzas para mantenerla levantada.

«¡Hola, Querido Amigo!», exclamó Pedro con alegría. «¿Qué haces aquí abajo? No te había visto desde que llegaste, justo después de que llegara Azulejo Gorjicanelo». Pedro empezó preguntarse qué habría sido de Querido Amigo, pero se contuvo, porque Pedro es muy honesto y se dio cuenta de que, con la emoción de saludar a tantos amigos, no había echado de menos a Querido Amigo en absoluto.

Querido Amigo, el pájaro, no respondió de inmediato, sino que se lanzó al aire, y Pedro oyó un chasquido seco de ese pequeño pico negro. Tras describir un pequeño círculo, Querido Amigo volvió a posarse en el tallo gordolobo.

«¿Entonces atrapaste una mosca?», preguntó Pedro.

«¡Ay, por Dios! ¡Ay, por Dios! Por supuesto que sí», fue la rápida respuesta. Y con cada palabra se producía un movimiento brusco de esa larga cola colgante. Pedro casi se preguntó si de alguna manera la lengua y la cola de Querido Amigo estaban conectadas. «Supongo», dijo, «que es la costumbre de atrapar moscas e insectos en el aire lo que le ha dado a tu familia el nombre de Flycatchers (atrapa moscas)».

Querido Amigo asintió y casi de inmediato volvió a elevarse en el aire. Una vez más, Pedro oyó el chasquido de ese pequeño pico negro, y luego Querido Amigo volvió a posarse en su percha. Pedro le preguntó de nuevo qué hacía allí abajo.

«La señora Phoebe y yo vivimos aquí», respondió Querido Amigo. «Hemos hecho nuestro hogar aquí y nos gusta mucho».

Pedro miró a su alrededor, hacia un lado, hacia otro, hacia todos lados, con una expresión muy graciosa en el rostro. No vio nada de la señora Phoebe y no vio ningún lugar en el que pudiera imaginar que el señor y la señora Phoebe construyeran un nido. «¿Qué estás buscando?», preguntó Querido Amigo.

—Para la señora Phoebe y su hogar —declaró Pedro con toda franqueza—. No creo que usted y la señora Phoebe hayan construido nunca un nido en el suelo, y no veo ningún otro lugar por aquí donde poder hacerlo.

Querido Amigo se rió entre dientes. «No se lo diría a nadie más que a usted, Pedro», dijo, «pero lo conozco desde hace tanto tiempo que voy a contarle un pequeño secreto. La señora Phoebe y nuestro hogar están debajo del mismo puente en el que está sentado».

«¡No lo puedo creer!», exclamó Pedro.

Pero Querido Amigo sabía, por la forma en que Pedro lo decía, que en realidad no era eso lo que quería decir. «Mira y compruébalo tú mismo», dijo Querido Amigo.

Así que Pedro se tumbó boca abajo e intentó estirar la cabeza por encima del borde del puente para ver debajo. Pero su cuello no era lo suficientemente largo, o tal vez le daba miedo inclinarse tanto como hubiera podido. Finalmente se rindió y, siguiendo la sugerencia del señor, se arrastró por la orilla hasta el borde del Arroyo Risueño. Querido Amigo salió disparado para atrapar otra mosca, luego voló directamente debajo del puente y se posó en una pequeña repisa de piedra justo debajo del piso. Allí, efectivamente, había un nido, y Pedro podía ver el pico de la señora Phoebe y la parte superior de su cabeza por encima del borde. Era un nido con una base de barro cubierta de musgo y forrada de plumas.

«¡Es maravilloso!», exclamó Pedro, mientras Querido Amigo volvía a posarse en el viejo tallo de gordolobo. «¿Cómo se te ocurrió un lugar así? ¿Y por qué dejaste el cobertizo del granjero Brown, donde habías construido tu hogar durante los últimos dos o tres años?».

«Oh», respondió Querido Amigo, «a las Phobes siempre nos ha gustado construir debajo de los puentes. Verás, un lugar como este es bastante seguro. Además, nos gusta estar cerca del agua. Siempre hay muchos insectos volando alrededor donde hay agua, por lo que es fácil conseguir comida en abundancia. Dejé el cobertizo del granjero Brown porque la gata descubrió nuestro nido el año pasado y lo pasamos

fatal protegiendo a nuestros bebés de sus garras. Aquí abajo no nos ha encontrado y, aunque lo hiciera, no podría molestarnos».



Papamoscas Fíbí (Sayornis phoebe)
Nombre en inglés: Eastern Phoebe
Norteamérica hasta Guatemala (oriente)



Papamoscas Llanero (Sayornis saya)
Nombre en inglés: Say's Phoebe
Norteamérica hasta Guatemala (occidente/ zonas secas, áridas)



Atrapamoscas Cuidapuentes (Sayornis nigricans)
Nombre en inglés: Black Phoebe
Distribución: Andes (Colombia- Norte Argentina)



Papamoscas chico (Empidonax minimus)
Nombre en inglés: Chebec the Least Flycatcher
Norteamérica hasta Costa Rica

—Supongo —dijo Pedro— que, como siempre, fuiste el primero en llegar de tu familia.

—Por supuesto. Claro —respondió Querido Amigo—. Siempre somos los primeros. La señora Phoebe y yo no vamos tan al sur en invierno como los demás miembros de la familia. Ellos se van hasta los trópicos, pero nosotros nos las arreglamos para llevar una vida bastante buena sin ir tan lejos. Así que regresamos aquí antes que ellos y, por lo general, ya hemos comenzado a ocuparnos de la casa cuando llegan. Mi primo, Chebec, el papamoscas chico, que ya debería estar aquí. ¿No has sabido nada de él en el Viejo Huerto?».

—No —respondió Pedro—, pero, a decir verdad, no lo he buscado. Ahora voy de camino al Huerto Viejo y, desde luego, estaré atento por si veo a Chebec. Si lo encuentro, te lo diré. Adiós.

—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! Adiós, Pedro. ¡Ay, Dios mío! —respondió el señor Phoebe mientras Pedro se ponía en marcha hacia el Huerto Viejo.

Quizás fue porque Pedro estaba pensando en él que casi la primera voz que escuchó cuando llegó al Viejo Huerto fue la de Chebec, repitiendo su propio nombre una y otra vez como si le encantara cómo sonaba. Pedro no tardó mucho en encontrarlo. Estaba sentado en una de las ramas más altas de un manzano, desde donde podía observar las moscas y otros insectos alados. Se parecía tanto al señor Amigo Querido, salvo por el hecho de que era más pequeño, que cualquiera habría sabido que eran primos. «¡Chebec! ¡Chebec! ¡Chebec!», repetía una y otra vez, y con cada nota movía la cola bruscamente. De vez en cuando se lanzaba al aire y atrapaba algo tan pequeño que Pedro, mirando desde el suelo, no podía verlo en absoluto.

—¡Hola, Chebec! —exclamó Pedro—. Me alegro de verte de vuelta. ¿Vas a construir en el Viejo Huerto este año?

—Por supuesto —respondió Chebec sin dudar—. La señora Chebec y yo hemos construido aquí durante los últimos dos o tres años, y no se nos ocurriría ir a ningún otro sitio. La señora Chebec está buscando un lugar ahora mismo. Supongo que debería ayudarla, pero hace mucho tiempo aprendí, Pedro Conejo, que en asuntos de este tipo es mejor no tener ninguna opinión. Cuando la señora Chebec haya elegido el lugar que quiere, la ayudaré a construir el nido. Sin duda, es bueno estar de vuelta aquí, en el Viejo Huerto, y volver a planear un hogar. Hemos hecho un viaje terriblemente largo y, por mi parte, me alegro de que haya terminado.

—Acabo de ver a tus primos, el señor Amigo Querido y la señora Phoebe, y ya tienen un nido y huevos —dijo Pedro.

—Los Amigos Queridos son muy graciosos —respondió Chebec—. Son los únicos miembros de la familia que soportan el frío. No entiendo qué placer les produce. De todos modos, son muy raros, porque nunca construyen sus nidos en los árboles como hacemos el resto de nosotros.

«¿Eres el más pequeño de la familia?», preguntó Pedro, pues de repente se dio cuenta de que Chebec era realmente muy pequeño.

Chebec asintió con la cabeza. «Soy el más pequeño», dijo. «Por eso me llaman el mosquitero más pequeño. Puede que sea el más pequeño en tamaño, pero te diré una cosa, Pedro Conejo, y es que puedo atrapar tantos insectos y moscas como cualquiera de ellos». Y, haciendo honor a sus palabras, salió disparado por los aires. Su pequeño pico chasqueó y, con un rápido giro, volvió a su anterior posadero, moviendo la cola y lanzando su agudo grito: «¡Chebec! ¡Chebec! ¡Chebec!», hasta que Pedro empezó a preguntarse qué le gustaba más, si atrapar moscas o el sonido de su propia voz.

En ese momento, ambos oyeron a la señora Chebec llamando desde algún lugar en medio del Viejo Huerto. «Disculpa, Pedro», dijo Chebec, «debo irme enseguida. La

señora Chebec dice que ha encontrado el lugar perfecto para nuestro nido y ahora nos espera mucho trabajo. Somos muy exigentes con la forma en que construimos nuestros nidos».

«¿Lo empiezan con barro, como hacen los petirrojos y sus primos, los mosquiteros?», preguntó Pedro.

«¡Barro!», exclamó Chebec con desdén. «¡Barro! ¡Ni hablar! Debes entender, Pedro, que somos muy exigentes con lo que utilizamos en nuestro nido. Solo utilizamos las mejores raicillas, tiras de corteza blanda, fibras de plantas, el algodón marrón que crece en los helechos y, tal vez, un poco de pelo cuando lo encontramos. Construimos un nido delicado, si me permites decirlo, y lo fijamos con seguridad en la horquilla formada por dos o tres ramitas verticales. Ahora debo irme porque la señora Chebec se está impacientando. Ven a verme cuando no esté tan ocupado, Pedro».



CHEBEC THE LEAST FLYCATCHER. He will tell you his name. DEAR ME THE PHOEBE. Look for him around an old bridge or shed.

CAPÍTULO VII. El guardian del Huerto Viejo

Unos días después de que Chebec y su esposa comenzaran a construir su nido en el Viejo Huerto, Pedro pasó por allí como de costumbre muy temprano. Encontró a Chebec muy ocupado buscando materiales para el nido, porque, como le explicó a Pedro, la señora Chebec es muy exigente con los materiales con los que se construye su nido. Pero tuvo tiempo de contarle a Pedro una pequeña noticia.

«Mi primo el luchador y mi primo el más guapo llegaron juntos ayer, y ahora nuestra familia está muy bien representada en el Viejo Huerto», dijo Chebec con orgullo.



Sirirí Norteño (*Tyrannus tyrannus*)
Nombre en inglés: Eastern Kingbird
Canadá hasta Chile. Ave migratoria en Colombia.



Sirirí Norteño (*Myiarchus crinitus*)
Nombre en inglés: Great Crested Flycatcher
Estados Unidos (oriente) hasta Colombia Atlántico, Pacífico y hasta la cordillera de los Andes.



Gavilán colirrojo (*Buteo jamaicensis*)
Nombre en inglés: Red-tailed Hawk
Alaska hasta las Antillas

Pedro se extendió con su larga pata trasera izquierda y se rascó pensativamente la larga oreja derecha. No le gustaba admitir que no recordaba a esos dos primos de Chebec. «¿Has dicho tu primo luchador?», preguntó vacilante.

«Eso es lo que he dicho», respondió Chebec. «Es Scrapper el Sirirí Norteño, como ya sabes, por supuesto. El resto de nosotros siempre nos sentimos seguros cuando él está cerca».

«Por supuesto que lo conozco», declaró Pedro, con el rostro iluminado. «¿Dónde está ahora?».

En ese mismo instante, se produjo un gran alboroto al otro lado del Viejo Huerto y, en un abrir y cerrar de ojos, los pájaros acudieron corriendo desde todas las direcciones, gritando a pleno pulmón. Por supuesto, Pedro no podía quedarse al margen de algo así, y corrió hacia el lugar del problema tan rápido como le permitieron sus piernas. Cuando llegó, vio a Redtail el Gavilán volando arriba y abajo y de un lado a otro, como si intentara escapar de algo o alguien.

Durante un minuto, Pedro no pudo entender qué le pasaba a Redtail, pero entonces lo vio. Un pájaro de garganta y pecho blanco, con la cabeza y el lomo negros y una amplia banda blanca en el extremo de la cola, se abalanzaba sobre Redtail como si quisiera arrancarle todas las plumas.

Era un poco más pequeño que el Petirrojo y, en comparación con él, Redtail era un auténtico gigante. Pero eso no parecía importarle a Scrapper, que era como se llamaba. No tenía miedo y quería que todo el mundo lo supiera, especialmente Redtail. Es por su valentía por lo que se le llama Sirirí (en el texto original está Kingbird). No dejaba de gritar a pleno pulmón, llamando a Redtail ladrón y todos los insultos que se le ocurrían. Todas las demás aves se unieron a él para insultar a Redtail. Pero ninguno, ni siquiera Bully, el gorrión inglés, fue lo suficientemente valiente como para unirse a él en el ataque al gran Redtail.

Cuando logró alejar a Redtail lo suficiente del Viejo Huerto como para su satisfacción, Scrapper regresó volando y se posó en una rama muerta de uno de los árboles, donde recibió las felicitaciones de todos sus vecinos emplumados. Las aceptó con modestia, asegurándoles que no había hecho nada, absolutamente nada, pero que no tenía intención de tener a ningún miembro de la familia Gavilán cerca del Viejo Huerto mientras viviera allí. Pedro no pudo evitar admirar a Scrapper por su valentía.

Al mirar a Scrapper, Pedro vio que, como todos los demás papamoscas (flycatchers), tenía un pequeño gancho en el extremo del pico. La caperuza ligeramente levantada de Scrapper parecía completamente negra, pero si Pedro hubiera podido acercarse lo suficiente, habría descubierto que en ella se escondía una mancha de color rojo anaranjado. Mientras Pedro se quedaba sentado mirándolo, Scrapper de repente se lanzó al aire y su pico se cerró de la misma manera que lo hacía Chebec cuando atrapaba una mosca. Pero lo que Scrapper había atrapado no era una mosca, sino una abeja. Pedro lo vio claramente justo cuando Scrapper la atrapaba. Eso le recordó que a menudo había oído llamar a Scrapper «el martín abejero», y ahora entendía por qué.

—¿Te alimentas solo de abejas? —preguntó Pedro.

—Por Dios, Pedro, no —respondió Scrapper con una risita—. Si lo hiciera, no habría miel. Me gustan las abejas. Me gustan mucho. Pero solo constituyen una pequeña parte de mi alimentación. Las que atrapo son en su mayoría zánganos, y ya sabes que los zánganos no sirven para nada. No hacen ningún trabajo. Solo por casualidad atrapo de vez en cuando una obrera. Como todo tipo de insectos que vuelan y algunos que no. Soy uno de los mejores amigos del granjero Brown, si él lo supiera. Puedes hablar todo lo que quieras sobre la maravillosa vista de los miembros de la familia

de los halcones, pero si alguno de ellos tiene mejor vista que yo, me gustaría saber quién es. Hay una mosca allá lejos, más allá de ese viejo manzano; mira cómo la atrapo».

Pedro sabía que era inútil esforzarse por ver esa mosca. Sabía que no habría podido verla ni siquiera si hubiera estado a una cuarta parte de esa distancia. Pero aunque no podía ver la mosca, podía oír el chasquido agudo del pico de Scrapper, y por la forma en que Scrapper abría y cerraba la boca después de regresar, supo que había atrapado la mosca y que le había sabido bien.

«¿Vas a construir en el Viejo Huerto este año?», preguntó Pedro.

«Por supuesto que sí», declaró Scrapper. «Yo...».

En ese momento vio a Blacky, el cuervo, y salió corriendo a su encuentro. Blacky lo vio venir y fue lo suficientemente inteligente como para fingir de repente que no tenía ningún interés en el Viejo Huerto, y se alejó hacia los Prados Verdes.

Pedro no esperó a que Scrapper regresara. Ya era hora de que corriera a casa, al querido Viejo Zarzal, así que se puso en marcha, lipperty-lipperty-lip. Justo cuando salía de la esquina más alejada del Huerto Viejo, alguien lo llamó. «¡Pedro! ¡Oh, Pedro Conejo!», gritó la voz. Pedro se detuvo en seco, se enderezó, miró a un lado, miró al otro y miró al otro lado, miró a todos lados menos al que debía mirar.

«Mira por encima de tu cabeza», gritó la voz, una voz bastante áspera. Pedro miró y, de repente, se dio cuenta de a quién se refería Chebec cuando hablaba del miembro más guapo de su familia. Era Cresty, el gran papamoscas crestado. Era un poco más grande que Scrapper, el tirano, pero no tan grande como el Petirrojo, y más delgado. Su garganta y su pecho eran grises, con un tono amarillo brillante en la parte inferior. Su espalda y su cabeza eran de color marrón grisáceo con un tinte verde oliva. Solo le faltaba una gorra puntiaguda para tener un aspecto distinguido. Sin duda, era el más guapo y el más grande de la familia de los papamoscas.

—Pareces tener prisa, así que no te entretengo, Pedro —dijo Cresty, antes de que Pedro pudiera articular palabra—. Solo quiero pedirte un pequeño favor.

—¿Cuál es? —preguntó Pedro, que siempre está dispuesto a hacer un favor a cualquiera.

—Si en tus andanzas te encuentras con un viejo traje desechado del Sr. Serpiente Negra, o de cualquier otro miembro de la familia Serpiente, me gustaría que te acordaras de mí y me lo hicieras saber. ¿Lo harás, Pedro? —dijo Cresty.

—¿Qué? —tartamudeó Pedro.

—Un traje viejo de cualquier miembro de la familia Serpiente —respondió Cresty con cierta impaciencia—. No lo olvides, Pedro. Tengo que ir a buscar casa, pero me encontrarás allí o por aquí, si por casualidad encuentras uno de esos trajes viejos de los Serpiente.

Antes de que Pedro pudiera decir otra palabra, Cresty se había ido volando. Pedro dudó, mirando primero hacia el querido viejo zarzal y luego hacia la casa de Jenny Cucarachera. No podía entender lo de los trajes usados de la familia Serpiente, y estaba seguro de que Jenny Cucarachera podría explicárselo. Finalmente, la curiosidad pudo más que él y volvió corriendo, lipperty-lipperty-lip, al pie del árbol en el que Jenny Cucarachera tenía su casa.

«¡Jenny!», llamó Pedro. «¡Jenny Cucarachera! ¡Jenny Cucarachera!». Nadie le respondió. Podía oír al señor Cucarachero cantando en otro árbol, pero no podía verlo. «¡Jenny! ¡Jenny Cucarachera! ¡Jenny Cucarachera!», volvió a llamar Pedro. Esta vez, Jenny asomó la cabeza y sus ojitos chasquearon. «¿No te dije el otro día, Pedro Conejo, que no me molestaras? ¿No te dije que tengo siete huevos aquí y que no puedo perder el tiempo charlando? ¿No te lo dije, Pedro Conejo? ¿No te lo dije? ¿No te lo dije?».

—Claro que sí, Jenny. Claro que sí, y siento molestarte —respondió Pedro con humildad—. No se me habría ocurrido hacer algo así, pero no sabía a quién más acudir.

—¿A quién acudir para qué? —espetó Jenny Cucarachera—. ¿Para qué has venido a verme?

—Pieles de serpiente —respondió Pedro.

—¡Pieles de serpiente! ¡Pieles de serpiente! —chilló Jenny Cucarachera—. ¿De qué estás hablando, Pedro Conejo? Yo nunca tengo nada que ver con pieles de serpiente y no quiero tenerlo. ¡Uf! Me da escalofríos solo de pensarlo.

—No lo entiendes —exclamó Pedro apresuradamente—, lo que quiero saber es por qué Cresty el papamoscas me pidió que le avisara si encontraba alguna piel mudada de la familia de las serpientes. Se fue volando antes de que pudiera preguntarle para qué las quería, así que vine a verte a ti, porque sé que lo sabes todo, especialmente todo lo relacionado con tus vecinos.

Jenny Cucarachera parecía no saber si sentirse halagada o provocada. Pero Pedro parecía tan inocente que ella concluyó que estaba tratando de decir algo agradable.



Ilustración 1. SCRAPPER THE KINGBIRD. Look in the Old Orchard for a bird with white breast, dark head and back, and with a white tip to his tail. REDEYE THE VIREO. The only Vireo with red eyes.

CAPÍTULO VIII. Ropa vieja y casas viejas

«No puedo quedarme más tiempo hablando contigo, Pedro Conejo» —dijo Jenny Cucarachera—, «pero si vienes aquí mañana temprano, mientras salgo a buscar mi desayuno, te contaré sobre Cresty el papamoscas y por qué quiere la ropa vieja de algunos miembros de la familia Serpiente. Quizás debería decir QUÉ quiere de ellos en lugar de POR QUÉ los quiere, porque no puedo entender por qué alguien querría tener algo que ver con las serpientes».

Con esto, Jenny Cucarachera desapareció dentro de su casa, y a Pedro no le quedó más remedio que volver una vez más al querido viejo zarzal. Por el camino, no pudo resistir la tentación de correr hacia el Bosque Verde, que estaba justo al otro lado del Viejo Huerto. Tenía que averiguar si había alguna novedad por allí. Apenas había llegado cuando oyó una voz lastimera que gritaba: «¡Pee-wee! ¡Pee-wee! ¡Pee-wee!». Pedro se rió alegremente. «Vaya, ahí está Pee-wee», exclamó. «Normalmente es uno de los últimos de la familia de los papamoscas en llegar. No esperaba encontrarlo todavía. Me pregunto qué lo habrá traído tan temprano».

Pedro no tardó mucho en encontrar a Pewee. Simplemente siguió el sonido de esa voz y pronto vio a Pewee salir volando y hacer el mismo tipo de pequeño círculo que hacen los demás miembros de la familia cuando cazan moscas. Terminó justo donde había comenzado, en una ramita muerta de un árbol en una parte sombreada y bastante solitaria del Bosque Verde. Casi de inmediato comenzó a llamarlo con un tono bastante triste y lastimero: «¡Pee-wee! ¡Pee-wee! ¡Pee-wee!». Pero no estaba triste, como Pedro bien sabía. Era su forma de expresar lo feliz que se sentía. Era un poco más grande que su primo Chebec, pero se le parecía mucho. Tenía una pequeña muesca en el extremo de la cola. La mitad superior de su pico era negra, pero la inferior era clara. Pedro podía ver en cada ala dos barras blanquecinas y se dio cuenta de que las alas de Pewee eran más largas que su cola, lo que no ocurría con Chebec. Pero nadie podía confundir a Pewee con ninguno de sus parientes, por la sencilla razón de que no dejaba de repetir su propio nombre una y otra vez.

«¿No has llegado temprano?», le preguntó Pedro.

Pewee asintió con la cabeza. «Sí», dijo. «Esta primavera ha sido inusualmente cálida, así que me apresuré un poco y vine con mis primos, Scrapper y Cresty. Es algo que no suelo hacer a menudo».

«Si no te importa», preguntó Pedro educadamente, «¿por qué la gente te llama Pewee del Bosque?».

Pewee se rió alegremente. «Debe ser —dijo— porque me gusta mucho el Bosque Verde. Es tan tranquilo y relajante que me encanta. La señora Pewee y yo somos muy reservados. No nos gusta tener demasiados vecinos cercanos».

«No te importará que venga a verte de vez en cuando, ¿verdad?», preguntó Pedro mientras se preparaba para partir de nuevo hacia el querido Viejo Zarzal.

«Ven tan a menudo como quieras», respondió Pewee. «Cuanto más a menudo, mejor».

De vuelta en el viejo matorral, Pedro pensó en todo lo que había aprendido sobre la familia de los papamoscas y, al recordar cómo se pasaban el día atrapando todo tipo de insectos voladores. De repente se dio cuenta de que debían de ser unos animalitos muy útiles para ayudar a la vieja Madre Naturaleza a cuidar de sus árboles y otras plantas que a los insectos les encanta destruir.

Pero, sobre todo, Pedro recordó en aquella extraña petición de Cresty, y ese día se encontró a sí mismo mirando debajo de viejos troncos una docena de veces con la esperanza de encontrar un abrigo desechado del señor Serpiente Negra. Era tan curioso que Cresty pidiera eso que la curiosidad de Pedro no le dejaba tranquilo, y a la mañana siguiente ya estaba en el Viejo Huerto antes de que el alegre señor Sol hubiera echado para arriba las sábanas.

Jenny Cucarachera cumplió su palabra. Mientras revoloteaba y saltaba de aquí para allá con su estilo inquieto, buscando su desayuno, también hablaba. Jenny no podía mantener la boca cerrada aunque quisiera.

—¿Encontraste alguna ropa vieja de la familia Serpiente? —preguntó. Cuando Pedro negó con la cabeza, ella siguió hablando sin esperar su respuesta. —Cresty y su esposa siempre insisten en tener un trozo de piel de serpiente en su nido —dijo—. ¡Solo Dios sabe por qué lo quieren! Pero lo quieren y parece que no pueden establecerse en su hogar a menos que lo tengan. Quizás piensan que ahuyentará a los ladrones. En cuanto a mí, sentiría un escalofrío cada vez que entrara en mi nido si tuviera que sentarme sobre algo así. Tengo que admitir que Cresty y su esposa son una pareja atractiva, y sin duda tienen buen sentido a la hora de elegir una casa, más sentido que cualquier otro miembro de su familia, en mi opinión. ¡Pero pieles de serpiente! ¡Uf!».

«Por cierto, ¿dónde construye Cresty?», preguntó Pedro.

—En un agujero en un árbol, como el resto de nosotros, las aves sensatas —respondió Jenny Cucarachera rápidamente.

Pedro parecía tan sorprendido como se sentía. —¿Cresty hace el agujero? —preguntó.

«¡Por Dios, no!», exclamó Jenny Cucarachera. «¿Dónde tienes los ojos, Pedro? ¿Alguna vez has visto un papamoscas con un pico que parezca capaz de cortar madera?». No esperó a que le respondieran, sino que siguió hablando sin parar. «Para muchos de nosotros es una suerte que a la familia de los pájaros carpinteros les gusten tanto las casas nuevas. ¡Mira! Ahí está Downy, el pájaro carpintero, trabajando duro en una casa nueva en este mismo momento. Eso está bien. Me gusta verlo. Significa que el año que viene habrá una casa más para alguien aquí, en el Viejo Huerto. Por mi parte, prefiero las casas viejas. He notado que varios de mis vecinos piensan lo mismo. Las casas viejas tienen algo de estable. No llaman la atención como las nuevas. Siempre que tenga paredes razonablemente buenas y no entre la lluvia ni el viento, cuanto más vieja sea, mejor me parece. Pero a los pájaros carpinteros parece gustarles más las casas nuevas, lo cual, como he dicho antes, es muy bueno para el resto de nosotros».

«¿Quién más, aparte de ti, Cresty y Bully, el gorrión inglés, utiliza estas viejas casas de pájaros carpinteros?», preguntó Pedro.

—¡El simpático pájaro Azulejo gorjicanelo! —espetó Jenny Cucarachera.

Pedro sonrió y se sintió tonto. —Claro —dijo—. Me había olvidado por completo del simpático Azulejo gorjicanelo.



Pibi oriental (*Contopus virens*)
Nombre en inglés: Eastern Wood-Pewee
Estados Unidos hasta Colombia (migratoria)



Golondrina bicolor (*Tachycineta bicolor*)
Nombre en inglés: Tree Swallow
América de Norte y migra hasta América central



Trepador pechiblanco (*Sitta carolinensis*)
Nombre en inglés: White-breasted Nuthatch
América de Norte



Carbonero (*Poecile*). Hay 7 especies de carboneros
Nombre en inglés: Chickadee
Norteamérica

—Y Skimmer, la golondrina bicolor —añadió Jenny.

—Es verdad, debería haberme acordado de él —exclamó Pedro—. Me he dado cuenta de que le gusta mucho la misma casa año tras año. ¿Hay alguien más?

Jenny Cucarachera volvió a asentir. —Me han dicho que Yank-Yank, el trepador pechiblanco, usa una casa vieja, pero normalmente se va al norte para anidar —dijo ella—. Tommy, el carbonero, a veces usa una casa vieja. Pero él y la señora Carbonero se ponen quisquillosos y se construyen una casa para ellos. Alas Amarillas, el carpintero escapulario dorado, que en realidad es un pájaro carpintero, suele utilizar una casa vieja, pero a menudo construye una nueva. Luego están Killy, el gavián común, y Misterio, el búho chillón».



Carpintero escapulario dorado (*Colaptes auratus*)
Nombre en inglés: Yellow-shafted
Canadá y Estados Unidos



Gavián común (*Accipiter nisus*)
Nombre en inglés: Sparrowhawk
Europa y Asia



Búho chillón (*Megascops asio*)
Nombre en inglés: Eastern Screech-Owl
Norteamérica zona oriente

Pedro se mostró sorprendido. «¡No pensaba que ellos anidaran en agujeros en los árboles!», exclamó.

«¡Por supuesto que lo hacen, por desgracia!», espetó Jenny. «Sería mejor para el resto de nosotros que no anidaran en absoluto. Pero lo hacen, y una vieja casa de Alas amarillas, el pájaro carpintero, les viene bien a ambos. Killy siempre utiliza una que está en lo alto y vuelve a ella año tras año. A Misterio no le importa, siempre que la casa sea lo suficientemente grande como para estar cómodo. Vive en ella más o menos todo el año. Ahora debo volver a mis huevos. Ya he hablado bastante por esta mañana».

«Oh, Jenny», exclamó Pedro, cuando se le ocurrió una idea repentina.

Jenny se detuvo y movió la cola con impaciencia. «Bueno, ¿qué pasa ahora?», preguntó.

«¿Tienes dos hogares?», preguntó Pedro.

«¡Por Dios, no!», exclamó Jenny. «¿Qué crees que voy a hacer con dos casas? Solo puedo cuidar de una».

«Entonces, ¿por qué», preguntó Pedro triunfalmente, «el señor Cucarachero se pasa todo el día llevando palos y paja a un agujero en otro árbol? Me parece que ha llevado suficiente como para construir dos o tres nidos».

Los ojos de Jenny Cucarachera brillaron y ella se rió suavemente. «El señor Cucarachero necesita estar ocupado en algo, bendito sea», dijo ella. «No tiene ni una pizca de pereza. Está construyendo ese nido para ocupar su tiempo y no meterse en líos. Además, si llena ese hueco, nadie más lo ocupará, y ya sabes que quizá nos queramos mudar algún día. Adiós, Pedro». Con un último movimiento de la cola, Jenny Cucarachera voló hacia la pequeña puerta redonda de su casa y se metió dentro.



Cucarachero común (*Troglodytes musculus*)
Nombre en inglés: Southern House Wren
América



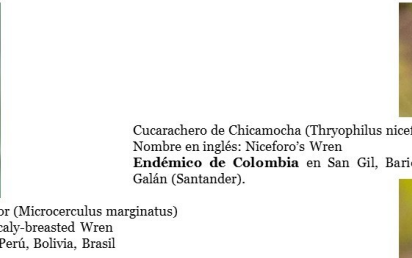
Cucarachero de Carolina (*Thryothorus ludovicianus*)
Nombre en inglés: Carolina Wren
Estados Unidos



Matraca (*Campylorhynchus brunneicapillus*)
Nombre en inglés: Cactus Wren
Desierto y zonas desérticas de Estados Unidos y de México



Cucarachero Ruiseñor (*Microcerculus marginatus*)
Nombre en inglés: Scaly-breasted Wren
Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Brasil



Cucarachero de Chicamocha (*Thryophilus nicefori*)
Nombre en inglés: Niceforo's Wren
Endémico de Colombia en San Gil, Barichara y Galán (Santander).



CAPÍTULO IX. Pico largo y Teeter

Por la forma decidida en que Jenny Cucarachera había entrado en la pequeña puerta redonda de su casa, Pedro supo que esperar con la esperanza de seguir charlando con ella sería una pérdida de tiempo. No estaba listo para volver a casa, al querido Viejo Zarzal, pero no parecía haber nada más que hacer, ya que todos en el Viejo Huerto estaban demasiado ocupados para dedicarse a chismorrear. Pedro se rascó una larga oreja con una larga pata trasera, tratando de pensar en algún lugar al que ir. Justo entonces oyó el claro «pío, pío, pío» de los Hílias, los dulces cantantes del Estanque Sonriente.

«¡Ahí es donde iré!», exclamó Pedro. «Hace tiempo que no voy al Estanque Sonriente. Correré hasta allí y le presentaré mis respetos al abuelo Rana y al Mirlo de Alas Rojas. El Mirlo de Alas Rojas fue uno de los primeros pájaros en llegar y lo he descuidado vergonzosamente».

Cuando Pedro piensa en algo que hacer, no pierde el tiempo. Partió, lipperty-lipperty-lip, hacia el Estanque Sonriente. Se mantuvo cerca del borde del Bosque Verde hasta que llegó al lugar donde el Arroyo Risueño sale del Bosque Verde en su camino hacia el Estanque Sonriente en los Prados Verdes. En este punto, crecen arbustos y árboles jóvenes a lo largo de las orillas del Arroyo Risueño. El suelo era blando en algunos lugares, bastante fangoso. A Pedro no le importa mojarse los pies, así que saltaba despreocupadamente. Justo delante de sus narices, algo salió disparado por los aires con un silbido. Pedro se asustó tanto que se detuvo en seco con los ojos desorbitados. Solo alcanzó a ver una forma marrón que desaparecía por encima de unos arbustos altos. Entonces, Pedro se rió entre dientes. «Lo confieso», dijo, «me había olvidado por completo de mi viejo amigo, Pico Largo, Chocha del Este. Me ha asustado por un segundo».

«Entonces estamos en paz», dijo una voz cercana. «Tú lo has asustado. Yo te he visto venir, pero Pico Largo no».

Pedro se giró rápidamente. Allí estaba la señora Chocha del Este, espiándolo desde detrás de un matorral.

«No era mi intención asustarlo», se disculpó Pedro. «De verdad que no era mi intención. ¿Crees que se asustó mucho?».

«No tanto como para no volver, en cualquier caso», dijo el propio Pico Largo, posándose justo delante de Pedro. «Te reconocí justo cuando desaparecía por encima de las copas de los arbustos, así que volví enseguida. Cuando era muy joven

aprendí que, cuando te asustas, lo mejor es volar primero y averiguar después si hay peligro real o no. Me alegro de que no seas tú, Pedro, porque estaba disfrutando de una espléndida comida aquí y no me hubiera gustado dejarla. Espero que me disculpes mientras sigo comiendo. Podemos hablar entre bocado y bocado».

—Por supuesto que te perdono —respondió Pedro, mirando a su alrededor con atención para ver qué era lo que Pico Largo estaba comiendo tan apetitosamente. Pero Pedro no vio nada que pareciera apetecible. Ni siquiera había un insecto o un gusano arrastrándose por el suelo. Pico Largo dio dos o tres pasos con aire bastante majestuoso. Pedro tuvo que ocultar una sonrisa, porque Pico Largo tenía un aire de importancia, pero al mismo tiempo era un tipo muy extraño. Era más grande que Petirrojo, tenía la cola corta, las patas cortas y el cuello corto. Pero su pico era lo suficientemente largo como para compensarlo. Su espalda era una mezcla de gris, marrón, negro y beige, mientras que su pecho y sus partes inferiores eran de un hermoso color rojizo-beige. Era su cabeza lo que lo hacía parecer extraño. Sus ojos eran muy grandes y estaban tan atrás que Pedro se preguntaba si no le resultaría más fácil mirar atrás que delante.

De repente, Pico Largo hundió el pico en el suelo. Lo hundió hasta el fondo. Luego lo sacó y Pedro vio la cola de un gusano desaparecer por la garganta de Pico Largo. Donde ese largo pico había penetrado en el suelo había un pequeño y limpio agujero redondo. Por primera vez, Pedro se dio cuenta de que había muchos agujeros redondos como ese por todas partes. —¿Tú hiciste todos esos agujeros redondos? —exclamó Pedro.

—En absoluto —respondió Pico Largo—. La señora Chocha del Este hizo algunos de ellos.

—¿Y había un gusano en cada uno? —preguntó Pedro, con los ojos muy abiertos por el interés.

Pico Largo asintió. —Por supuesto —dijo—. No creerás que nos tomaríamos la molestia de hacer uno si no supiéramos que al final encontraríamos un gusano, ¿verdad?

Pedro recordó cómo había visto a Petirrojo escuchar y, de repente, hundir el pico en la tierra y sacar un gusano. Pero los gusanos que encontraba Petirrojo siempre estaban cerca de la superficie, mientras que estos gusanos estaban tan profundos en la tierra que Pedro no entendía cómo era posible saber que estaban allí. Petirrojo podía ver cuando atrapaba un gusano, pero Pico Largo no. «Incluso si sabes que hay un gusano ahí abajo en la tierra, ¿cómo sabes cuándo lo has alcanzado? ¿Y cómo es posible que abras el pico ahí abajo para atraparlo?», preguntó Pedro.

Pico Largo se rió entre dientes. «Es fácil», dijo. «Tengo el pico más práctico que jamás haya existido. ¡Mira esto!». De repente, Pico Largo extendió su pico hacia delante y, para sorpresa de Pedro, levantó la parte superior sin abrir el resto del pico. «Así es como los atrapo», dijo. «Puedo sentirlos cuando los alcanzo, y entonces solo tengo que abrir la parte superior de mi pico y agarrarlos. Creo que ahora mismo hay uno justo debajo de mis patas; mira cómo lo atrapo». Pico Largo se hundió en el suelo hasta que su cabeza quedó casi pegada a él. Cuando sacó el pico, efectivamente, había un gusano. «Por supuesto», explicó Pico Largo, «solo puedo hacer esto en suelo blando. Por eso tengo que volar hacia el sur tan pronto como el suelo se congela».

«Es maravilloso», suspiró Pedro. «Supongo que nadie más puede encontrar gusanos escondidos de esa manera».

«Mi primo, Agachadiza Chica, puede», respondió Pico Largo rápidamente. «Se alimenta de la misma manera que yo, solo que le gustan los prados pantanosos en lugar de los pantanos cubiertos de matorrales. Quizás lo conozcas».

Pedro asintió. «Sí», dijo. «Ahora que lo mencionas, hay un gran parecido familiar, aunque antes no había pensado en él como pariente tuyo. Ahora tengo que irme. Me alegro mucho de haberte visto y volveré a visitarte en cuanto tenga oportunidad».

Así que Pedro se despidió y siguió bajando por el Arroyo Risueño hasta llegar al estanque Sonriente. Justo donde el Arroyo Risueño desembocaba en el estanque Sonriente había una pequeña playa de guijarros. Corriendo por la orilla del agua había un pajarito delgado y esbelto, con patas bastante largas, un pico largo y delgado, el dorso gris parduzco con manchas y marcas negras, y un chaleco blanco con manchas negras. Daba pocos pasos y se detenía para recoger algo, luego se quedaba un segundo balanceándose de arriba abajo de la forma más divertida, como si su cuerpo estuviera tan bien equilibrado sobre sus patas que se balanceara hacia adelante y hacia atrás como un balancín. Era Teeter, el Andarríos Manchado, un viejo amigo de Pedro. Pedro lo saludó alegremente.

«¡Peet-weet! ¡Peet-weet!», gritó Teeter, volviéndose hacia Pedro y balanceándose e inclinándose como solo Teeter sabe hacerlo. Antes de que Pedro pudiera decir otra palabra, Teeter corrió hacia él, y era evidente que Teeter estaba muy preocupado por algo. «¡No te muevas, Pedro Conejo! ¡No te muevas!», gritó.

«¿Por qué no?», preguntó Pedro, ya que no veía ningún peligro y no se le ocurría ninguna razón por la que no debiera moverse. En ese momento, la señora Teeter se acercó corriendo y se agachó en la arena justo delante de Pedro.

«¡Gracias a Dios!», exclamó Teeter, sin dejar de balancearse y saludar con la cabeza. «Si hubieras dado un paso más, Pedro Conejo, habrías pisado nuestros huevos. Me has dado un susto terrible».

Pedro estaba desconcertado. Lo demostró mientras miraba a la señora Teeter justo delante de él. «No veo ningún nido, ni huevos, ni nada», dijo con cierta irritación.

La señora Teeter se levantó y se hizo a un lado. Entonces Pedro vio, en un pequeño hueco en la arena, con solo unos pocos trozos de hierba como revestimiento, cuatro huevos blancos con grandes manchas oscuras. Se parecían tanto a los guijarros que los rodeaban que nunca los habría visto si no hubiera sido por la señora Teeter. Pedro retrocedió apresuradamente unos pasos. La señora Teeter se deslizó sobre los huevos y se acomodó cómodamente. De repente, a Pedro se le ocurrió que si no la hubiera visto hacerlo, no habría sabido que estaba allí. Verán, se parecía tanto a su entorno que nunca la habría notado.

—¡Vaya! —exclamó—. Sin duda habría pisado esos huevos si no me hubiera advertido —dijo—. Estoy muy agradecido de no haberlo hecho. No entiendo cómo se atreve a ponerlos al aire libre de esta manera.

La señora Teeter se rió suavemente. «Es el lugar más seguro del mundo, Pedro», dijo ella. «Se parecen tanto a estas piedras que nadie los ve. El único momento en que corren peligro es cuando alguien, como tú, se acerca y puede pisarlos sin verlos. Pero eso no sucede a menudo».



Mirlo de alas rojas (*Agelaius phoeniceus*)
Nombre en inglés: Red-winged Blackbird
Norte América hasta Costa Rica



Chocha del Este (*Scolopax minor*)
Nombre en inglés: American Woodcock
Norte América este u oriente



Agachadiza Chica (*Lymnocyrtus minimus*)
Nombre en inglés: Jack Snipe
Norte América este u oriente



Andarrios Manchado (*Actitis macularia*)
Nombre en inglés: Spotted Sandpiper
Norte América hasta Sur América



LongBILL THE WOODCOCK. Look for him in damp, wooded places.



BOB WHITE. No other bird is shaped like him.

LongBILL THE WOODCOCK. Look for him in damp, wooded places. BOB WHITE. No other bird is shaped like him.

CAPÍTULO X. Mirlo de alas rojas y Carpintero escapulario dorado

Pedro había ido al Estanque Sonriente especialmente para presentar sus respetos a Redwing el mirlo de alas rojas Redwing, así que en cuanto pudo, sin ser descortés, dejó a la señora Teeter sentada sobre sus huevos, y a Teeter mismo meneando la cabeza y haciendo reverencias de la manera más amistosa, y se apresuró hacia donde crecían los juncos. En la copa del Gran Nogal, un poco más allá en la orilla del Estanque Sonriente, estaba sentado alguien que a esa distancia parecía estar vestido todo de negro. Cantaba como si no hubiera nada más que alegría en todo el mundo. "¡Quong-ka-ri! ¡Quong-ka-ri! ¡Quong-ka-ri!", cantaba. Pedro habría sabido por esta sola canción que era Redwing, el mirlo de alas rojas, pues no hay otra canción que se le parezca.

En cuanto Pedro apareció, Redwing abandonó su alto posadero y voló hacia abajo para posarse entre los juncos derribados. Mientras volaba, Pedro vio la hermosa mancha roja en la curva de cada ala, de la cual Redwing recibe su nombre. «Nadie podría confundirlo con nadie más», pensó Pedro, «porque no hay nadie más con manchas tan hermosas en los hombros».

“¿Qué hay de nuevo, Pedro Conejo?”, gritó Redwing, acercándose para sentarse muy cerca de Pedro.

“No hay mucho”, respondió Pedro, “excepto que Teeter, la chocha del oeste, tiene cuatro huevos a poca distancia de aquí”.

Redwing rió entre dientes. “Eso no es nada nuevo, Pedro”, dijo. “¿Crees que vivo al lado de Teeter y no sé dónde está su nido ni todo lo que pasa? No hay mucho que pase alrededor del Estanque Sonriente que yo no sepa, te lo aseguro”.

Pedro pareció un poco decepcionado, porque no hay nada que le guste más que ser el portador de noticias. “Supongo”, dijo cortésmente, “que pronto estarás construyendo un nido tú mismo, Redwing”.

Redwing rió suavemente. Era una risa feliz y satisfecha. “No, Pedro”, dijo. “No voy a construir un nido”.

“¿Qué?”, exclamó Pedro, y sus dos largas orejas se erizaron con asombro. —No —respondió el mirlo, sin dejar de reír—. No voy a construir un nido, y si quieres saber un secretito, tenemos cuatro huevos tan bonitos como nunca se han puesto.

Pedro rebotaba de interés y curiosidad. "¡Qué espléndido!", exclamó. "¿Dónde está tu nido, Mirlo? Me encantaría verlo. Supongo que es porque está empollando esos

huevos que no he visto a la señora Mirlo. Fue una tontería no imaginar que la gente que llega tan temprano como tú sería de las primeras en construir un hogar. ¿Dónde está, Mirlo? Dime, por favor."

Los ojos de Redwing brillaron.

*"Un secreto que tres conocen
pronto dejará de ser un secreto."*

—dijo él—. No es que no confíe en ti, Pedro. Sé que no revelarías mi secreto a propósito. Pero podrías hacerlo sin querer. Lo que no sabes, no puedes contarlo.

—Así es, Redwing. Me alegra que tengas tanto sentido común —dijo otra voz, y la señora Redwing se apeó muy cerca de Redwing.



Macho



Hembra

Mirlo de alas rojas (*Agelaius phoeniceus*)
Nombre en inglés: Red-winged Blackbird
Norte América hasta Costa Rica

Pedro no pudo evitar pensar que la Madre Naturaleza había sido muy injusta al vestir a la Sra. Redwing. Era, si cabe, un poco más baja que su apuesto esposo, y tenía un cuerpo tan sencillo, por no decir feo, que costaba trabajo darse cuenta de que era una Blackbird. Para empezar, no era negra. Iba vestida de marrón grisáceo con vetas de marrón más oscuro que en algunos lugares eran casi negras. No llevaba hombreras de colores brillantes. De hecho, no llevaba ni una sola pluma brillante en ninguna parte. Pedro quiso preguntarle por qué vestía tan sencillamente, pero fue demasiado educado y decidió esperar a ver a Jenny Cucarachera. Ella seguro que lo sabría. En cambio, exclamó: "¿Cómo está, Sra. Redwing? Me alegro mucho de verla. Me preguntaba dónde estaba. ¿De dónde venía?".

“Directamente desde mi casa”, respondió la señora Redwing con recato. “Y si lo digo, es el mejor hogar que hemos tenido”.

Redwing rió entre dientes. Estaba lleno de risas. Verás, había notado con qué entusiasmo Pedro buscaba por todas partes.

“Esto te diré, Pedro”, dijo Redwing: “nuestro nido está en algún lugar entre estos juncos, y si lo encuentras, no diremos ni una palabra, aunque no guardes el secreto”.

Entonces Redwing rió de nuevo y la señora Redwing rió con él. Sabían que a Pedro no le gustaba el agua, y ese nido estaba escondido en un grupo de juncos marrones y descompuestos, con agua por todas partes. De repente, Redwing voló por los aires con un grito áspero. “¡Corre, Pedro! ¡Corre!”, gritó. “¡Ahí viene Reddy Zorro!”.

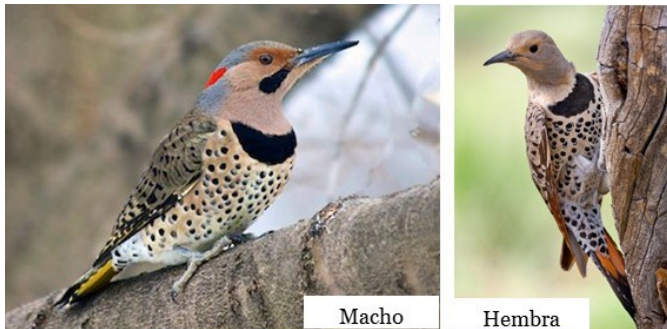
Pedro no esperó una segunda advertencia. Supo por el sonido de la voz de Redwing que no bromeaba. Solo había un lugar seguro, y ese era un viejo agujero del abuelo Marmota entre las raíces del nogal americano. Pedro no tardó en llegar, y llegó justo a tiempo, pues Reddy le pisaba los talones tan de cerca que le arrancó unas canas de la cola al zambullirse de cabeza en el agujero. Por suerte, Pedro era demasiado pequeño para que Reddy pudiera seguirlo, y las raíces le impidieron cavarlo más grande.

Pedro estuvo un buen rato en la vieja casa del abuelo Marmota, preguntándose cuándo sería seguro salir. Por un rato oyó al señor y la señora Redwing regañar con vehemencia, y con esto supo que Reddy Zorro seguía por allí. Poco a poco dejaron de regañar, y unos minutos después oyó la alegre canción de Redwing. «Eso significa», pensó Pedro, «que Reddy Zorro se ha ido, pero creo que me quedaré aquí un rato más para asegurarme».

Ahora Pedro estaba sentado justo debajo del Gran Nogal. Al cabo de un rato, empezó a oír leves ruidos, pequeños golpecitos y arañazos, como de garras. Parecían venir justo encima de su cabeza, pero sabía que no había nadie más en ese agujero que él. No podía entenderlo en absoluto.

Finalmente, Pedro decidió que sería seguro echar un vistazo afuera. Con mucho cuidado, asomó la cabeza. Justo en ese momento, una pequeña astilla le dio justo en la nariz. Pedro echó la cabeza hacia atrás rápidamente y se quedó mirando la pequeña astilla que yacía justo delante del agujero. Entonces cayeron dos o tres astillas más. Pedro supo que debían de venir del Gran Nogal, y enseguida despertó su curiosidad. El mirlo cantaba tan alegremente que Pedro estuvo seguro de que no había peligro cerca, así que saltó afuera y miró hacia arriba para ver de dónde habían salido esas astillas. A pocos metros por encima de su cabeza vio un agujero redondo en el tronco del Gran Nogal. Mientras lo miraba, una cabeza con un pico largo y

robusto sobresalía, y en ese pico había dos o tres astillas. El corazón de Pedro dio un pequeño salto de alegría.



Carpintero escapulario dorado (*Colaptes auratus*)
Nombre en inglés: Yellow-shafted
Canadá y Estados Unidos

"¡Ala Amarilla!", gritó. "¡Dios mío!, ¡cómo me asustaste!".

Las astillas cayeron y la cabeza sobresalió aún más. Los costados y la garganta eran de un suave color canela rojizo, y a cada lado, al principio del pico, había una mancha negra. La parte superior de la cabeza era gris y justo detrás había una pequeña banda roja

brillante. Era inconfundible. Pertenecía a Ala Amarilla, el Carpintero escapulario dorado, sin duda alguna.

"¡Hola, Pedro!", exclamó Ala Amarilla con ojos brillantes. "¿Qué haces aquí?".

"Nada", respondió Pedro, "pero quiero saber qué haces. ¿Qué son todas esas astillas?".

"Estoy arreglando mi vieja casa", respondió Ala Amarilla con rapidez. "No era lo suficientemente profunda para mí, así que la estoy haciendo un poco más profunda. La señora Ala Amarilla y yo no hemos podido encontrar otra casa que nos convenga, así que hemos decidido vivir aquí de nuevo este año". Salió completamente y voló al suelo cerca de Pedro. Cuando extendió las alas, Pedro vio que la parte inferior eran de un hermoso amarillo dorado, al igual que la parte inferior de las plumas de la cola. Alrededor de su garganta llevaba un collar ancho y negro. Desde este, hasta la cola, había puntos negros. Con las alas extendidas, la parte superior de su cuerpo, justo por encima de la cola, era de un blanco puro.

"¡Vaya!", exclamó Pedro, "¡qué guapo eres! Nunca me había dado cuenta de lo guapo que eres".

Ala Amarilla parecía complacido. Quizás se sintió un poco halagado. "Me alegra que pienses eso, Pedro", dijo. "Yo también estoy bastante orgulloso de mi traje. No conozco a ningún miembro de mi familia con quien me gustaría cambiar de abrigo". Un pensamiento repentino asaltó a Pedro. "¿A qué familia perteneces?", preguntó bruscamente. "A la familia del Pájaro Carpintero", respondió Ala Amarilla con orgullo.



REDWING THE BLACKBIRD. His shoulders are brilliant red with a margin of yellow.

SPECKLES THE STARLING. He looks something like a Blackbird speckled with tiny light spots.

REDWING THE BLACKBIRD. His shoulders are brilliant red with a margin of yellow. SPECKLES THE STARLING. He looks something like a Blackbird speckled with tiny light spots.



YELLOW WING THE FLICKER. The bright yellow of the underside of each wing, the black crescent across his breast and his spotted underparts make him easy to identify.

YELLOW WING THE FLICKER. The bright yellow of the underside of each wing, the black crescent across his breast and his spotted underparts make him easy to identify.

CAPÍTULO XI. Bateristas y carpinteros

Pedro Conejo tenía tantas preguntas que apenas sabía cuál hacer primero. Pero Alas Amarillas, el carpintero escapulario, no le dio oportunidad de hacer ninguna. Desde el límite del bosque verde se oyó un grito claro y fuerte: "¡Pe-ok! ¡Pe-ok! ¡Pe-ok!".

“Disculpa, Pedro, me llama la señora Alas Amarillas”, exclamó el señor Alas Amarilla, y se fue. Pedro notó que, al volar, subía y bajaba. Parecía como si saltara por el aire, igual que Pedro salta sobre el suelo. “Lo reconocería por cómo vuela, hasta donde lo veo”, pensó Pedro, mientras se dirigía a su casa en el querido Viejo Zarzal. “Por alguna razón, no parece un pájaro carpintero, ya que pasa tanto tiempo en el suelo. Debo preguntarle a Jenny Cucarachera por él”.

Pasaron dos o tres días antes de que Pedro tuviera la oportunidad de charlar un poco con Jenny Cucarachera. Cuando lo hizo, lo primero que preguntó fue si Alas Amarillas era un verdadero pájaro carpintero.

—Claro que sí —respondió Jenny Cucarachera—. Claro que sí. ¿Por qué ibas a pensar que no?

—Porque me parece que pasa más tiempo en el suelo que en los árboles —replicó Pedro—. No conozco ningún otro pájaro carpintero que baje al suelo.

—¡Tut, tut, tut, tut! —regañó Jenny—. ¡Piénsalo, Pedro! ¡Piénsalo! ¿Nunca has visto a carpintero cabecirrojo en el suelo?

Pedro parpadeó. "Sííí", dijo lentamente. "Ahora que lo pienso, sí. Lo he visto recogiendo hayucos en otoño. Los pájaros carpinteros son una familia curiosa. No los entiendo."

En ese momento, un largo y continuo rat-tat-tat resonó justo sobre sus cabezas. "Ahí va otro", rió Jenny. "Es Downy, el más pequeño de la familia. Sin duda, arma un ruido terrible para ser tan pequeño. Toca la batería de maravilla y es igual de buen carpintero. Construyó la casa que ocupo ahora".

Pedro estaba sentado con la cabeza echada hacia atrás intentando ver a Downy, el Carpintero Albinegro Menor. Al principio no lo distinguía. Entonces captó un ligero movimiento encima de una rama muerta. Era la cabeza de Downy, que se movía de un lado a otro mientras batía su largo rollo. Iba vestido de blanco y negro. En la nuca tenía una pequeña mancha escarlata. Armaba un ruido tremendo para ser tan pequeño, solo un poco más grande que uno de la familia gorrión.

“¿Está haciendo un agujero para un nido ahí arriba?” preguntó Pedro con entusiasmo.

—¡Caramba, Pedro, qué pregunta! ¡Qué pregunta tan tonta! —exclamó Jenny Cucarachera con desdén—. Concédenos un poco de sentido común a las aves. Si estuviera haciendo un agujero para un nido, todos los que lo oyeran sabrían dónde buscarlo. Downy tiene demasiado sentido común en esa cabecita como para hacer una tontería así. Cuando hace un agujero para un nido, no hace más ruido del estrictamente necesario. ¿No ves que vuelan astillas?

—No, no —respondió Pedro lentamente—. Ahora que tú hablas de eso, yo no... ¿Está... está buscando gusanos en el bosque?

Jenny se rió a carcajadas. «Para nada, Pedro, para nada», dijo. «Solo está tocando el tambor, nada más. Esa rama hueca es la mejor del mundo y Downy le está sacando el máximo partido. ¡Escúchalo! No hay mejor baterista en ningún sitio».

Pero Pedro no estaba satisfecho. Finalmente, se aventuró a preguntar: "¿Por qué lo hace?"

—¡Qué buena pregunta, Pedro! —exclamó Jenny—. ¿Para qué corres y saltas en primavera? ¿Para qué canta el señor Cucarachero allá? Downy tamborilea precisamente por la misma razón: felicidad. No puede correr ni saltar, ni cantar, pero sí tamborilea. Por cierto, ¿sabes que Downy es uno de los pájaros más útiles del Viejo Huerto?

En ese momento, Downy se fue volando, pero apenas había desaparecido cuando otro baterista tomó su lugar. Al principio, Pedro pensó que Downy había regresado, hasta que notó que el recién llegado era un poco más grande que Downy. La aguda mirada de Jenny Cucarachera lo divisó de inmediato.

—¡Hola! —exclamó—. Ahí está Peludo. ¿Alguna vez has visto a dos primos tan parecidos? Si no fuera porque Peludo es más grande que Downy, sería difícil distinguirlos. ¿Ves alguna otra diferencia, Pedro?

Pedro se quedó mirando, parpadeó y volvió a mirar, luego negó lentamente con la cabeza. —No —confesó—, no la veo.

—Eso demuestra que no has aprendido a usar la vista, Pedro —dijo Jenny con brusquedad—. Mira las plumas exteriores de su cola; son todas blancas. Las plumas exteriores de la cola de Downy tienen pequeñas barras negras. Peludo es tan buen carpintero como Downy, pero, de hecho, no conozco a ningún miembro de la familia de los pájaros carpinteros que no sea un buen carpintero, es el Carpintero Albinegro Mayor. ¿Dónde dijiste que Ala Amarilla tiene su hogar este año?

—Allá en el Gran Nogal junto al Estanque Sonriente —respondió Pedro—. Todavía no entiendo por qué Ala Amarilla pasa tanto tiempo en el suelo.

—Hormigas —respondió Jenny Cucarachera—. Solo hormigas. Le gustan tanto las hormigas como al Viejo Sapo, y eso es mucho decir. Si Ala Amarilla sigue así, se convertirá en un pájaro terrestre en lugar de un pájaro arbóreo. Ahora se gana la vida más de la mitad del tiempo en el suelo. Hablando de tambores, ¿alguna vez has oído a Ala Amarilla tamborilear sobre un tejado de hojalata?

Pedro meneó la cabeza.

Bueno, si hay un techo de hojalata por ahí, y Ala Amarilla lo encuentra, será feliz. Le encanta hacer ruido, y la hojalata es el mejor tambor.

Justo entonces, Jenny fue interrumpida por la llegada, al tronco del árbol contiguo al que estaba parada, de un ave del tamaño de Sammy Jay, el ave arrendajo azul. Toda su cabeza y cuello eran de un hermoso rojo intenso. Su pecho era blanco puro y su lomo era negro hasta casi el comienzo de la cola, donde era blanca.

—¡Hola, Cabecirrojo! —exclamó Jenny Cucarachera—. ¿Cómo supiste que hablábamos de tu familia?

—Hola, mitotera —replicó Cabecirrojo con un brillo en los ojos—. No sabía que hablabas de mi familia, pero podría haber adivinado que hablabas de la familia de alguien. ¿Se te para la lengua alguna vez, Jenny?

Jenny Cucarachera empezó a indignarse y a regañar, pero luego lo pensó mejor. "Habla por Pedro", dijo, intentando parecer digna, algo imposible para cualquier miembro de la familia Cucarachera. "Pedro siempre ha creído que los verdaderos pájaros carpinteros nunca se posan en el suelo. Le estaba explicando que Ala Amarilla es un verdadero pájaro carpintero, pero que pasa la mitad del tiempo en el suelo".

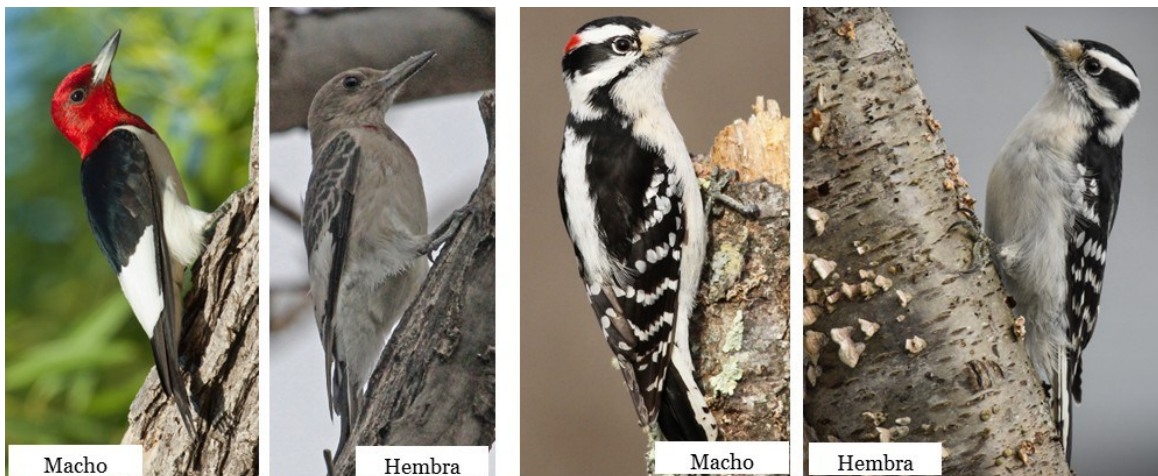
Cabecirrojo asintió. "Todo es por culpa de las hormigas", dijo. "No conozco a nadie que le gusten tanto las hormigas, a menos que sea el Viejo Sapo. A mí me gustan algunas, pero Ala Amarilla se alimenta de ellas cuando puede. Habrás notado que yo también bajo al suelo de vez en cuando. Me gustan bastante los escarabajos, y algún saltamontes de vez en cuando me sabe muy bien. Me gusta la variedad. Sí, señor, desde luego que me gusta la variedad: cerezas, moras, frambuesas, fresas, uvas. De hecho, casi todas las frutas me saben bien, por no hablar de los hayucos y las bellotas cuando no hay fruta".

Jenny Cucarachera sacudió la cabeza. "No mencionaste los huevos de algunos de tus vecinos", dijo bruscamente.

Cabecirrojo hizo lo mejor que pudo para parecer inocente, pero Pedro se dio cuenta de que dio un respingo de culpabilidad y cambió de tema muy bruscamente, y un momento después se fue volando.

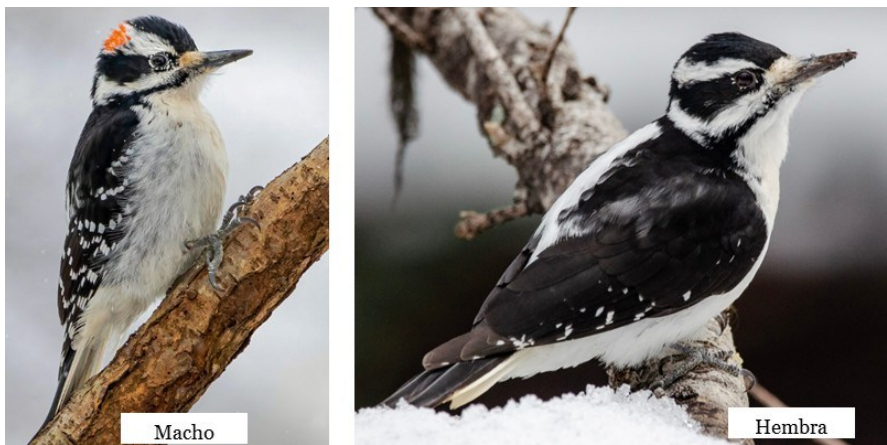
—¿Es cierto —preguntó Pedro— que Cabecirrojo hace algo tan terrible?

Jenny meneó la cabeza rápidamente y sacudió la cola. "Ya lo he dicho", dijo. "Nunca lo he visto hacerlo, pero conozco a otros que sí. Dicen que no es mejor que Sammy Jay, el arrendajo azul o Blacky el Cuervo. ¡Pero por Dios! No puedo quedarme aquí charlando eternamente". Jenny meneó su graciosa colita, miró a Pedro con sus ojos brillantes y desapareció en su casa.



Carpintero de cabeza roja (*Melanerpes erythrocephalus*)
Nombre en inglés: Red Headed Woodpecker
Sur de Canadá y Estados Unidos

Carpintero Albinegro Menor (*Dryobates pubescens*)
Nombre en inglés: The Downy Woodpecker
Canadá y Estados Unidos



Carpintero Albinegro Mayor (*Leuconotopicus villosus*)
Nombre en inglés: Hairy woodpecker
Norteamérica y Centroamérica hasta Costa Rica

CAPÍTULO XII. Algunos parientes que no parecen parientes

Con otras cosas que atender, o mejor dicho, otras cosas que despertaron su curiosidad, Pedro Conejo no visitó el Viejo Huerto durante varios días. Cuando lo hizo, encontró a todo el vecindario bastante alterado. Se estaba celebrando una reunión de indignación dentro y alrededor del árbol donde Chebec y su modesta esposa tenían su hogar. ¡Cómo se hablaba! Pedro sabía que algo había sucedido, pero aunque escuchó con todas sus fuerzas, no le encontraba ni pies ni cabeza.

Finalmente, Pedro logró llamar la atención de Jenny Cucarachera. "¿Qué ha pasado?", preguntó Pedro. "¿A qué viene todo este alboroto?"

Jenny Cucarachera estaba tan emocionada que no pudo quedarse quieta ni un instante. Sus ojitos penetrantes se abrieron de par en par y su cola la alzó más alta que nunca. "¡Es una desgracia! ¡Es una desgracia para todas las especies emplumadas, y hay que hacer algo al respecto!", balbuceó Jenny. "¡Me avergüenza pensar que una criatura tan despreciable lleve plumas! ¡De verdad!"

"¿Pero de qué se trata?", exigió Pedro con impaciencia. "Quédate quieta un momento para decírmelo. ¿Quién es esta despreciable criatura?"

"Sally Astuta", espetó Jenny Cucarachera. Sally Astuta, el tordo común. Esperaba que no deshonrara el Viejo Huerto este año, pero lo ha hecho. Cuando el Sr. y la Sra. Chebec regresaron de desayunar esta mañana, encontraron un huevo de Sally Astuta en su nido. Están muy disgustados, y no los culpo. Si yo estuviera en su lugar, simplemente tiraría ese huevo. ¡Eso es lo que haría, lo tiraría!

Pedro estaba desconcertado. Parpadeó y se acarició los bigotes mientras intentaba comprender el significado de todo aquello. "¿Quién es Sally Astuta y por qué hizo eso?", se atrevió a preguntar finalmente.

—¡Por Dios, Pedro Conejo! ¿Me estás diciendo que no sabes quién es Sally Astuta?
—Y sin esperar la respuesta de Pedro, Jenny siguió hablando—. ¡Es de la familia Aves negras y es la más perezosa, inútil, escurridiza, insensible y egoísta que conozco! — Jenny hizo una pausa para recuperar el aliento—. Puso ese huevo en el nido de Chebec porque es demasiado perezosa para construir su propio nido y demasiado egoísta para cuidar de sus propios hijos. ¿Sabes qué pasará, Pedro Conejo? ¿Sabes qué pasará?

Pedro negó con la cabeza y confesó que no. "Cuando ese huevo eclosiona, ese joven chamón será casi el doble de grande que los hijos de Chebec", balbuceó Jenny. "Será tan grande que se quedará con casi toda la comida. Simplemente robará a esos pequeños Chebecs a pesar de todo lo que puedan hacer sus padres. Y Chebec y su esposa tendrán el corazón tan blando que trabajarán hasta quedarse en huesos para alimentar al joven, porque es huérfano y no tiene a nadie que lo cuide. Lo peor es que Sally Astuta probablemente les gaste la misma broma a los demás. Siempre elige el nido de alguien más pequeño que ella. Es terriblemente astuta. Nadie la ha visto por aquí. Se coló en el Viejo Huerto esta mañana cuando todos estaban ocupados, puso ese huevo y volvió a escabullirse".

“¿Dijiste que ella es miembro de la familia aves negras?” preguntó Pedro.



Tordo renegrado (*Molothrus bonariensis*)
Nombre en inglés: Shiny Cowbird
América

Otros nombres en América: chamón común (Colombia), morajú (Argentina), mirlo (Chile), tordo común (Uruguay), Chupin y azulão (Brasil), tordo renegrado y mulata (Paraguay), vaquerita, pájaro vaquero (República Dominicana) y vaquero mirlo (Cuba).

Jenny Cucarachera asintió vigorosamente. "Eso es", dijo. "Gracias a Dios, no es miembro de mi familia. Si lo fuera, nunca podría mantener la cabeza en alto. Solo escuchen a Goldy, la Oropéndola de Baltimore, en ese gran olmo. No entiendo cómo puede cantar así, sabiendo que uno de sus parientes acaba de cometer un acto tan vergonzoso. Es extraño que haya dos miembros de la misma familia tan distintos. La señora Goldy construye uno de los nidos más maravillosos que conozco, y Sally Astuta es demasiado perezosa para construir uno. Si yo estuviera en el lugar de Goldy, yo..."

—¡Espera! —gritó Pedro—. Creí que habías dicho que Sally Astuta es de la familia Aves negras. No entiendo qué tiene que ver con Goldy.

—¿No lo sabes, eh? —exclamó Jenny—. Bueno, para alguien que se mete en los asuntos ajenos como tú, no sabes mucho. Las oropéndolas, los mirlos, los zanates, los arrendajos (caciques), los tordos, todos están emparentados y pertenecen a la misma familia.

Pedro jadeó. "No tenía ni la menor idea de que alguna de estos seres fuera pariente", balbuceó Pedro.



La oropéndola de Baltimore (*Icterus galbula*)
Nombre en inglés: Baltimore Oriole
Desde América del Norte hasta Colombia



El turpial del huerto (*Icterus spurius*)
Nombre en inglés: Orchard Oriole
Desde América del Norte hasta Colombia

—Pues sí que lo son —replicó Jenny Cucarachera—. ¡Por Dios, que ahora sí que está Sally Astuta!

Pedro vislumbró un pájaro gris parduzco que le recordó un poco a la señora Zorzal. Era más o menos del mismo tamaño y se parecía mucho a ella. Era evidente que intentaba mantenerse oculta, y en cuanto supo que la habían descubierto, voló en dirección al Viejo Pasto. Sucedió que, al final de la tarde, Pedro visitó el Viejo Pasto y la volvió a ver. Ella y algunos de sus amigos caminaban afanosamente cerca de las patas de las vacas, donde parecían estar recogiendo comida. Una tenía la cabeza, el cuello y el pecho marrones; el resto de su plumaje era negro brillante. Pedro acertó en adivinar que debía ser el señor Tordo. Al verlos en tan buena relación con las vacas, comprendió por qué se les llama Tordos.

Seguros de que Sally Astuta se había marchado del Viejo Huerto, los emplumados se dedicaron a sus asuntos personales y domésticos, entre ellos Jenny Cucarachera. Sin nadie con quien hablar, Pedro encontró un lugar sombreado cerca del viejo muro de piedra y allí se sentó a reflexionar sobre las sorprendentes cosas que había aprendido. En ese momento, Goldy, la oropéndola de Baltimore, se posó en el manzano más cercano, y a Pedro le pareció que nunca había visto a nadie vestido con tanta belleza. Su cabeza, cuello, garganta y parte superior de la espalda eran negros. La parte inferior de la espalda y el pecho eran de un hermoso color naranja intenso. Tenía un toque naranja en los hombros, pero el resto de las alas eran negras con un borde blanco. Su cola era negra y naranja. Pedro había oído que lo llamaban el Pájaro de Fuego, y ahora entendía por qué. Su canto era tan rico y hermoso como su plumaje.

Poco después se le unió la señora Goldy. Comparada con su apuesto esposo, vestía con mucha modestia. Vestía más de marrón que de negro, y donde aparecía el color naranja, este era más bien apagado. No perdió tiempo en cantar. Casi al instante, sus agudos ojos divisaron un trozo de cuerda enganchado en los arbustos, casi encima de la cabeza de Pedro. Con un pequeño grito de alegría, bajó volando y lo agarró. Pero la cuerda estaba enganchada, y aunque tiró y tiró con todas sus fuerzas, no pudo soltarla. Goldy vio el problema que tenía e, interrumpiendo su canción, bajó volando para ayudarla. Juntos tiraron y tiraron y tiraron y tiraron, hasta que tuvieron que detenerse a descansar y recuperar el aliento.

“Simplemente necesitamos este trozo de cuerda”, dijo la Sra. Goldy. “He estado buscando un trozo por todas partes, y este es el primero que he encontrado. Es justo lo que necesitamos para atar nuestro nido a las ramas. Con esto no tendré el menor temor de que el nido se desprenda, por muy fuerte que sople el viento”.

Una vez más tiraron y tiraron, tiraron y tiraron hasta que por fin lo liberaron, y la señora Goldy se fue volando triunfal con la cuerda en el pico. Goldy mismo los siguió. Pedro los vio volar hasta la copa de una rama larga y oscilante de un gran olmo cerca de la casa del granjero Brown. Vio algo que parecía una bolsa colgando allí, y supo que ese debía ser el nido.

—¡Caramba! —dijo Pedro—. Deben de ser muy sacudidos con el viento. Diría que sus crías saldrían despedidas.

"No te preocupes por las crías", dijo una voz.

Pedro levantó la vista y vio a, Petirrojo justo encima. "La señora Goldy hace uno de los nidos más maravillosos que conozco", continuó Petirrojo. "Es como un nido profundo hecho de hierba, cuerda, pelo y corteza, todo tejido como un trozo de tela. Es tan profundo que es bastante seguro para las crías, y parecen disfrutar meciéndose con el viento. Yo no debería cuidarlo porque me gusta una base sólida para mi casa, pero a los Goldies les encanta. Parece peligroso, pero en realidad es uno de los nidos más seguros que conozco. Las serpientes y los gatos nunca llegan muy arriba y hay pocos ladrones de nidos con plumas que puedan llegar a esos huevos tan profundos. A Goldy a veces es confundida con el Ruiseñor Dorado. No es un petirrojo en absoluto, pero me sentiría muy orgulloso si fuera miembro de mi familia. Es tan útil como guapo, y eso es mucho decir. Simplemente adora las orugas. Ahí está la señora Petirrojo llamándome. Adiós, Pedro".

Tan pronto Petirrojo voló y Pedro una vez más se dispuso a reflexionar sobre todo lo que había aprendido.



GOLDIE THE BALTIMORE ORIOLE. He is almost wholly black and orange and nearly the size of a Robin.

SAMMY JAY. His blue and gray coat with black and white markings makes the Blue Jay one of the easiest of all birds to recognize.

CAPÍTULO XIII. Más de la familia pájaros negros

Pedro Conejo dormitaba. Sí, señor, Pedro estaba medio dormido. No pretendía dormir, pero siempre que Pedro se queda quieto un buen rato intentando pensar, era casi seguro que se queda dormido. Poco a poco se despertó sobresaltado. Al principio no supo qué lo había despertado, pero mientras estaba allí sentado parpadeando, oyó unas notas sonoras provenientes de la copa del manzano más cercano. «Es Goldy la Oropéndola», pensó Pedro, y se asomó para ver.

Pero, aunque miraba y miraba, no veía a Goldy por ninguna parte, pero sí a un extraño. Era alguien de tamaño y forma similar a Goldy. De hecho, se parecía tanto a Goldy, salvo por el color de su traje, que al principio Pedro casi pensó que Goldy se había cambiado de ropa. Claro que sabía que no podía ser, pero parecía que sí, pues la canción que cantaba el extraño se parecía a la de Goldy. La cabeza, el cuello y la espalda del extraño eran negros, igual que los de Goldy, y sus alas estaban ribeteadas de blanco de la misma manera. Pero el resto de su traje, en lugar de ser del hermoso naranja del que Goldy se enorgullece, era de un hermoso color castaño.

Pedro parpadeó y miró fijamente. "¿Quién será?", dijo, hablando en voz alta y sin pensar.

"¿No lo conoces?", preguntó una voz aguda tan cerca de Pedro que lo sobresaltó. Pedro se dio la vuelta. Allí estaba la Ardilla Rayada, sonriéndole desde lo alto del viejo muro de piedra. "Ese es Tejedor, el Turpial del Huerto", continuó la Ardilla Rayada. "Si no lo conoces, deberías saberlo, porque es una de las especies más amables del Viejo Huerto. Me encanta oírlo cantar".

—¿Es... es... pariente de Goldy? —preguntó Pedro algo dubitativo.

—Claro —replicó la Ardilla Rayada—. No creo que tengas que mirarlo más de una vez para saberlo. Es primo hermano de Goldy. Ahí viene la Sra. Tejedora. Espero que hayan decidido construir en el Viejo Huerto este año.

"Me alegra que me hayas dicho quién es, porque nunca lo habría adivinado", confesó Pedro mientras observaba a la recién llegada. No se parecía en nada a Tejedor. Vestía de verde oliva y amarillo apagado, con marcas blancas en las alas.

Pedro no pudo dejar de pensar en lo fácil que debía ser para ella que para su apuesto marido esconderse entre las hojas verdes.

Mientras él la observaba, ella voló al suelo y recogió un trozo largo de hierba. "¡Están construyendo aquí, te lo aseguro!", gritó la Ardilla Rayada. "Me alegro. ¿Has visto

alguna vez su nido, Pedro? Claro que no, porque dijiste que nunca los habías visto. Su nido es una maravilla, Pedro. De verdad que lo es. Está hecho casi en su totalidad de hierba fina y lo tején de una manera maravillosa."

"¿Tienen un nido colgante como el de Goldy?" preguntó Pedro un poco tímidamente.

—No tan profundo —respondió la Ardilla Rayada—. Lo cuelgan entre las ramitas cerca del extremo de una rama gruesa, pero lo atan más fuerte a una rama gruesa y no es lo suficientemente profundo como para columpiarse como el de Goldy.

Pedro acababa de abrir la boca para hacer otra pregunta cuando oyó un fuerte olfateo más arriba, a lo largo del viejo muro de piedra. No esperó a oírlo de nuevo. Sabía que venía Bowser el Sabueso.

—¡Adiós, Ardilla Rayada! Este no es lugar para mí —susurró Pedro, y se dirigió al querido Zarzal. Tenía tanta prisa que, al cruzar los Prados Verdes, casi se topa con Jimmy Zorrillo antes de verlo.

"¿Por qué tienes prisa, Pedro?", preguntó Jimmy.

—Bowser el Sabueso casi me encuentra en el Viejo Huerto —jadeó Pedro—. Es un milagro que no haya encontrado mi rastro. Espero que lo haga en cualquier momento. Me alegra verte, Jimmy, pero creo que será mejor que me vaya.

—No tengas tanta prisa, Pedro. No tengas tanta prisa —respondió Jimmy, que nunca se apresura—. Detente y charla un rato. Bowser el Sabueso no te molestará mientras estés conmigo.

Pedro dudó. Quería cotillear, pero aún estaba nervioso por Bowser el Sabueso. Sin embargo, como no oyó nada de la poderosa voz de Bowser, quien le decía a todo el mundo que había encontrado las huellas de Pedro, decidió detenerse unos minutos. "¿Qué haces aquí en los Prados Verdes?", preguntó.

Jimmy sonrió. «Estoy buscando saltamontes y larvas, por si quieres saberlo», dijo. «Y se me ocurre que podría encontrar huevos frescos. No los como a menudo, pero de vez en cuando alguno sabe rico».

—Si quieres saber mi opinión, es curioso buscar huevos aquí en los Prados Verdes —respondió Pedro—. Cuando quiero algo, lo busco donde es probable encontrarlo.

—Así es, Pedro; así es —replicó Jimmy Zorrillo, asintiendo con la cabeza en señal de aprobación—. Por eso estoy aquí.

Pedro parecía desconcertado. Estaba desconcertado. Pero antes de que pudiera hacer otra pregunta, una canción alegre hizo que ambos levantaran la vista. Allí, con

alas temblorosas en el aire, estaba el cantante. Vestía de forma muy parecida al mismísimo Jimmy Zorrillo, de blanco y negro, salvo que en algunos lugares el blanco tenía un toque amarillo, sobre todo en la nuca. Era Bob el tordo arrocero. ¡Y cómo cantaba! Parecía como si las notas se superpusieran.



Tordo arrocero (*Dolichonyx oryzivorus*)
Nombre en inglés: Bobolink
Sur de Canadá y Estados Unidos. Migra a Sur América

Jimmy Zorrillo se incorporó un poco sobre sus patas traseras para ver dónde se detenía Bob en la hierba. Entonces Jimmy empezó a moverse en esa dirección. De repente, Pedro comprendió. Recordó que el nido de Bob siempre está en el suelo. ¡Eran sus huevos lo que Jimmy Zorrillo buscaba!

—No habrás visto a la señora Bob por aquí, ¿verdad, Pedro? —preguntó Jimmy, intentando hablar con indiferencia.

—No —respondió Pedro—. Si lo supiera, no te diría dónde. Debería darte vergüenza, Jimmy Zorrillo, pensar en robar a un cantante tan guapo como Bob.

—¡Bah! —replicó Jimmy—. ¿Qué tiene de malo? Si encuentro esos huevos, él y la señora Bob podrían simplemente construir otro nido y poner más. No les pasará nada malo, y yo habré desayunado bien.

“Pero piensa en todo el trabajo que tendrían que hacer para construir otro nido”, respondió Pedro.

—Debería preocuparme —replicó Jimmy Zorrillo—. Cualquiera que pueda dedicar tanto tiempo a cantar puede permitirse un trabajo extra.

—Eres horrible, Jimmy Zorrillo. Eres simplemente horrible —dijo Pedro—. ¡Espero que no encuentres ni un solo huevo, así que ahí tienes!

Con esto, Pedro se dirigió de nuevo al querido Viejo Zarzal, mientras Jimmy Mofeta continuaba hacia el lugar donde Bob había desaparecido entre la hierba alta. Pedro solo recorrió una corta distancia y luego se incorporó para observar a Jimmy Zorrillo. Justo antes de que Jimmy llegara al lugar donde Bob había desaparecido, este volvió a remontar el vuelo, cantando alegremente como si no hubiera lugar en su corazón para nada más que la felicidad. Entonces vio a Jimmy encogido y se emocionó muchísimo. Voló un poco más abajo, y luego volvió a subir, y empezó a regañar.

Parecía como si se hubiera escondido entre la hierba para avisar a la señora Bob. Evidentemente, Jimmy lo pensó, pues se dirigió enseguida hacia allí. Cuando Bob hizo lo mismo una y otra vez, Pedro se puso nervioso. Sabía lo paciente que podía ser Jimmy Zorrillo, y temía mucho que Jimmy encontrara ese nido. Al poco rato se cansó de observar y se dirigió al querido Viejo Zarzal. Justo antes de llegar, un pájaro marrón, que le recordó un poco a la señora Mirla de Alas Rojas y a Sally Astuta, el tordo, aunque era más pequeño, cruzó corriendo el sendero frente a él y luego voló hasta la copa de un tallo de gordolobo. Era la señora Bob. Pedro la conocía bien, pues eran muy buenos amigos.

—¡Ay! —gritó Pedro—. ¿Qué haces aquí? ¿No sabes que Jimmy Zorrillo está buscando tu nido por allá? ¿No estás muerta de preocupación? Yo lo estaría si estuviera en tu lugar.

La señora Bob se rió entre dientes. "¿Verdad que es un encanto? ¿Y qué listo es?", dijo, refiriéndose al señor Bob, por supuesto, y no a Jimmy Zorrillo. "Solo mira cómo se lleva a ese ladrón blanco y negro".

Pedro la miró fijamente durante un minuto entero. "¿Quieres decir", dijo, "que tu nido no está ahí?"

La señora Bob rió más fuerte que nunca. "Claro que no está ahí", dijo.

"¿Y dónde está?", preguntó Pedro.

"Eso es revelador", respondió la Sra. Bob. "No está allí, ni cerca de allí. Pero donde está es el secreto de Bob y mío, y queremos guardarlo. Ahora tengo que ir a buscar algo de comer", y con una despedida apresurada, la Sra. Bob voló al otro lado del querido Viejo Zarzal.

Pedro recordó haber visto a la Sra. Bob corriendo por el suelo antes de que volara hacia el viejo tallo de gordolobo. Regresó al lugar donde la había visto por primera

vez y buscó por la hierba, pero sin éxito. Verán, la Sra. Bob había sido tan astuta al engañar a Pedro como el señor Bob al engañar a Jimmy Zorrillo



BUBBLING BOB THE BOBOLINK. He is dressed in black and yellowish white.

CAPÍTULO XIV. Bob White y Charly el Chirlobirlo

¡Bob... Bob White! ¡Bob... Bob White! ¡Bob... Bob White! Claro y dulce, ese llamado llegó al querido Viejo Zarzal hasta que Pedro no pudo soportarlo más. Sintió que debía ir a visitar temprano a uno de sus mejores amigos, quien en esta época del año se deleita silbando su propio nombre: Bob White¹.

—Supongo —murmuró Pedro— que Bob White tiene un nido. Ojalá me lo enseñara. Es muy reservado al respecto. El año pasado busqué su nido hasta que me dolieron los pies, pero no me sirvió de nada. Entonces, una mañana, me encontré con la señora Bob White paseando con quince crías. No entiendo cómo pudo esconder un nido con quince huevos.

Pedro dejó el Viejo Zarzal y se dirigió por los Prados Verdes hacia el Pasto Viejo. Al acercarse a la cerca que separaba los Prados Verdes del Pasto Viejo, vio a Bob White sentado en uno de los postes, silbando con todas sus fuerzas. En otro poste, cerca de él, había posado otro pájaro casi del tamaño del Petirrojo. También le contaba a todo el mundo su felicidad. Era Chirlo, el Chirlobirlo.

Pedro observaba con tanta atención a sus dos amigos que no prestó atención a sus pasos. De repente, oyó un zumbido casi bajo sus narices y se detuvo en seco, tan asustado que casi chilló. En un instante reconoció a la señora Chirlobirlo. La vio volar hacia donde Chirlo cantaba. Sus robustas alas se movieron rápidamente un instante, luego siguió volando sin moverlas en absoluto. Luego volvieron a aletear rápidamente hasta que voló lo suficientemente rápido como para volver a volar con ellas extendidas. Las plumas blancas exteriores de su cola se veían claramente y le recordaron a Pedro la cola del gorrión vespertino, solo que, por supuesto, era muchísimo más grande.

Pedro se quedó quieto hasta que la señora Chirlobirlo se posó en la cerca, al lado de Charly. Entonces se preparó para seguir adelante, pues ansiaba charlar un poco con sus buenos amigos. Pero justo antes de hacerlo, miró hacia abajo y allí, casi a sus pies, vio algo que lo hizo gritar de alegría. Era un nido con cuatro de los huevos más bonitos que Pedro había visto en su vida. Eran blancos con manchas marrones por todas partes. De no ser por los huevos, nunca habría visto ese nido, jamás en el mundo. Estaba hecho de hierba seca y marrón, y estaba astutamente escondido bajo un pequeño manojito de hierba muerta que caía sobre él, ocultándolo casi por completo. Pero lo que más sorprendió a Pedro fue la ingeniosa forma en que se

¹ Bobwhite es el nombre de la codorniz norteña, debe su nombre a su característico canto silbado de dos o tres notas que suena similar a «bob-WHITE» o «bob-bob-WHITE»

ocultaba el acceso. Era mediante un pequeño túnel de hierba. "¡Oh!", exclamó Pedro, y sus ojos brillaron de alegría. Este debe ser el nido de la señora Chirlobirlo. Con razón nunca lo he encontrado, cuando lo he buscado. Es pura suerte que lo haya encontrado esta vez. Me parece maravilloso que la señora Chirlobirlo pueda esconder su hogar de esa manera. Espero de verdad que Jimmy Zorrillo no esté por aquí.

Pedro se incorporó y miró con ansiedad a un lado y a otro. Jimmy Zorrillo no estaba por ningún lado y Pedro dio un pequeño suspiro de alivio. Con mucho cuidado, rodeó el nido y su pequeño túnel, y luego corrió hacia la valla lo más rápido que pudo.

"¡Es precioso, Charly!", exclamó en cuanto estuvo lo suficientemente cerca. "¡Y no se lo diré a nadie!".

"Espero que no. ¡Claro que no!", exclamó la señora Chirlobirlo con ansiedad. "No tendría ni un minuto más de tranquilidad si pensara que le contarías a alguien sobre mi nido. Prométeme que no, Pedro. Pedro prometió no decírselo a nadie. La señora Chirlobirlo pareció sentirse mejor. Voló de inmediato y Pedro se giró para observarla. La vio desaparecer entre la hierba, pero no era allí donde había encontrado el nido. Pedro esperó unos minutos, pensando que la vería elevarse de nuevo y volar hacia el nido. Pero esperó en vano. Entonces, con una mirada perpleja, se giró para mirar a Charly.

Los ojos de Charly brillaron. "Sé lo que estás pensando, Pedro", rió entre dientes. "Piensas que es curioso que la señora Chirlobirlo no haya ido directamente a nuestro nido cuando parecía tan preocupada. Quiero que sepas que es demasiado lista para hacer una tontería así. Sabe muy bien que alguien podría verla y descubrir nuestro secreto. Ha caminado hasta allí desde el lugar donde la viste desaparecer entre la hierba. Así es como siempre hacemos cuando vamos a nuestro nido. Hoy en día, nunca se es demasiado precavido". Entonces Charly comenzó a expresar su felicidad una vez más, como si nada hubiera interrumpido su canción.

Por alguna razón, Pedro nunca se había percatado de lo bonito que era Charly, el Chirlobirlo. Pedro cuando se detuvo a observarlo, identificó un hermoso cuello y chaleco amarillos, con una amplia media luna negra en el pecho. Tenía una línea amarilla sobre cada ojo. Su lomo era marrón con manchas negras. Sus costados eran blanquecinos, con polas y vetas negras. Los bordes exteriores de su cola eran blancos. En conjunto, era realmente guapo, mucho más guapo de lo que uno sospecharía viéndolo de lejos.

Tras descubrir el secreto de Charly, Pedro estaba doblemente ansioso por encontrar la casa de Bob White, así que corrió hacia el poste donde Bob silbaba con todas sus

fuerzas. "¡Bob!", gritó Pedro. "Acabo de encontrar el nido de Charly y prometí mantenerlo en secreto. ¿No me mostrarías el tuyo también si te prometo mantenerlo en secreto?"

Bob echó la cabeza hacia atrás y rió con alegría. «A estas alturas, Pedro, ya deberías saber», dijo, «que hay secretos que nunca se deben contar a nadie. Mi nido es uno de ellos. Si lo encuentras, está bien; pero no se lo mostraría ni a mi mejor amigo, y supongo que no tengo mejor amigo que tú, Pedro». Entonces, de pura felicidad, silbó: «¡Bob White! ¡Bob... Bob White!» con todas sus fuerzas.

Pedro estaba decepcionado y un poco molesto. "Supongo", dijo, "que podría encontrarlo si quisiera. Supongo que no está mejor escondido que el del señor y la señora Chirlobirlo y lo descubrí. Hay gente que no es tan lista como cree".

Bob White, a quien a veces llaman Codorniz y a veces Perdiz, y que no es ni lo uno ni lo otro, rió con ganas. «Adelante, viejo Sr. Curiosidad, adelante, caza todo lo que quieras», dijo. «Me hace gracia cómo algunos se creen listos cuando en realidad simplemente han tenido suerte. Sabes muy bien que acabas de encontrar el nido de Charly. Si encuentras el mío, no tendré ni una palabra que decir».

Bob White respiró hondo, echó la cabeza hacia atrás hasta que su pico quedó apuntando hacia el cielo azul, azul, y con todas sus fuerzas silbó su nombre: "¡Bob... Bob White! ¡Bob... Bob White!".

Mientras Pedro lo miraba, se dio cuenta de que Bob White era el pájaro más regordete que conocía. Era tan regordete que su cuerpo parecía casi redondo. La cola corta contribuía a este efecto, ya que Bob tiene una cola muy corta. La parte superior de su pelaje era de un atractivo marrón rojizo con vetas oscuras y bordes claros. Sus costados y la parte superior del pecho eran del mismo atractivo marrón rojizo, mientras que por debajo era blanquecino con pequeñas barras negras. Su garganta era blanca, y sobre cada ojo tenía una ancha franja blanca. Su garganta blanca estaba bordeada de negro, y una banda negra separaba la garganta de la línea blanca sobre cada ojo. La parte superior de su cabeza era una mezcla de negro y marrón. En conjunto, era un pequeño apuesto, de una manera modesta.

De repente, Bob White dejó de silbar y miró a Pedro con un brillo especial. "¿Por qué no vas a buscar ese nido, Pedro?", dijo.

"Me voy", respondió Pedro secamente, pues sabía que Bob sabía que no tenía ni idea de dónde buscar. Podría estar en algún lugar de los Prados Verdes o en el Pasto Viejo; Bob no le había dado la menor pista. Pedro presentía que el nido no estaba lejos y que estaba en los Prados Verdes, así que empezó a buscar, corriendo sin rumbo de

un lado a otro, sintiéndose siempre como un tonto, pues, por supuesto, sabía que Bob White lo observaba y reía por lo bajo.

Hacía mucho calor allá abajo en los Prados Verdes, y Pedro empezó a sentir calor y cansancio. Decidió correr hacia el Pasto Viejo, a la sombra del Viejo Zarzal. Justo al otro lado de la cerca había un sendero hecho por las vacas y usado a menudo por el hijo del Granjero Brown, Reddy Zorro y otros que visitaban el Pasto Viejo. Pedro correteaba, haciendo ruido, camino al zarzal. No miró ni a la derecha ni a la izquierda. No se le ocurrió que fuera de alguna utilidad, pues, por supuesto, nadie construiría un nido cerca de un sendero por el que la gente pasaba a diario.

Y así fue como, con su despreocupada forma, Pedro pasó corriendo junto a un grupo de hierbas altas junto al sendero, sin sospechar que, ingeniosamente escondido, estaba precisamente lo que buscaba. Con risa en los ojos, la astuta Sra. Bob White, con dieciséis huevos blancos debajo de ella, lo vio pasar. Había elegido ese mismo lugar para su nido porque sabía que era el último lugar donde alguien esperaría encontrarlo. El hecho de que pareciera el lugar más peligroso que podría haber elegido lo convertía en el más seguro.



Codorniz nortea (Colinus virginianus)
Nombre en inglés: Northern Bobwhite
Desde Estados Unidos hasta Guatemala



Chirlobirlo (Sturnella magna)
Nombre en inglés: Eastern Meadowlark
América



Charly the Meadow Lark

CAPÍTULO XV. Una golondrina y otra que no es

Johnny y Polly Marmota habían construido su hogar entre las raíces de un viejo manzano en el rincón más alejado del Viejo Huerto. Saben que tienen su dormitorio en el sótano, al que se accede por un largo pasillo. Habían cavado su casa entre las raíces de ese viejo manzano porque descubrieron que había espacio justo entre esas raíces extendidas para entrar y salir, y no había espacio para cavar una entrada más grande. Así que se sentían a salvo de Reddy Zorro y Bowser el Sahueso, quienes habrían estado encantados de desenterrarlos de no ser por esas raíces.

Justo frente a su puerta había un hermoso umbral de arena brillante donde Johnny Marmota disfrutaba sentarse cuando tenía el estómago lleno y tener nada que hacer. Los vecinos más cercanos de Johnny vivían a solo un metro y medio por encima de la cabeza de Johnny cuando este se sentaba en su umbral. Eran Skimmer, la golondrina, y su esbelta esposa, y el umbral de su casa era un pequeño agujero redondo en el tronco de aquel manzano, un agujero que había sido cortado años antes por uno de los pájaros carpinteros.

Johnny y Skimmer, la golondrina bicolor, eran los mejores amigos. A Johnny le encantaba ver a Skimmer salir disparado de entre las ramas de los árboles, dar vueltas y planear, a veces en lo alto del cielo azul, y a veces rozando la hierba, con sus alas que parecían incansables. Pero disfrutaba aún más de los chismes cuando Skimmer se sentaba en la puerta de su casa y charlaba sobre sus vecinos del Viejo Huerto y sus aventuras en el Gran Mundo durante sus largos viajes de ida y vuelta al lejano Sur.

Para Johnny Marmota, nadie lucía tan elegante y pulcro como Skimmer, con su pecho blanco como la nieve, su espalda y alas azul verdosas. Dos cosas que siempre le intrigaban a Johnny: su pequeño pico y sus patas cortas. Finalmente, se atrevió a preguntarle sobre ellas.

—¡Por Dios, Johnny! —exclamó Skimmer—. “No querría tener un billete grande para nada. No sabría qué hacer con él; me estorbaría. Verás, casi toda mi comida la obtengo en el aire cuando vuelo, mosquitos, moscas y todo tipo de pequeños insectos con alas. No tengo que recogerlos de los árboles, los arbustos o el suelo, así que no necesito más pico del que tengo. Lo mismo ocurre con mis patas. ¿Alguna vez me has visto caminar por el suelo?”

Johnny pensó un momento. "No", dijo, "ahora que hablas de eso, nunca lo he hecho".

"¿Y alguna vez me has visto saltando en las ramas de un árbol?", insistió Skimmer.

De nuevo, Johnny Marmota admitió que nunca.

"El único uso que tengo para los pies", continuó Skimmer, "es para posarme mientras descanso. No necesito piernas largas para caminar o saltar, así que la Madre Naturaleza las ha hecho muy cortas. Verás, paso la mayor parte del tiempo en el aire".

"Supongo que le pasa lo mismo a tu primo, Hollín, la Golondrina ahumada", dijo Johnny.

"¡Eso demuestra lo mucho que saben algunos seres!", gorjeó Skimmer indignado. "¡La idea de llamar a Hollín Golondrina! ¡La sola idea! Te dejo que sepas, Johnny Marmota, que Hollín ni siquiera es pariente mío. Es un vencejo, no una golondrina".

"Parece una golondrina", protestó Johnny Marmota. —Él tampoco. Solo crees que sí porque pasa la mayor parte del tiempo en el aire, como nosotras, las Golondrinas —farfulló Skimmer—. La familia Golondrinas jamás admitiría como miembro a un tipo tan feo como él.

—¡Vaya, vaya, vaya! Creo que Skimmer está celoso —exclamó Jenny Cucarachera, que llegó justo a tiempo para oír los últimos comentarios de Skimmer.

—Nada de eso —declaró Skimmer, cada vez más indignado—. Me gustaría saber qué tiene Hollín, el Vencejo de Chimenea, que podría poner celosa a una Golondrina.

Jenny Cucarachera levantó la cola con esa picardía suya y le guiñó un ojo a Johnny Marmota. «Cómo vuela», dijo en voz baja.

—¡Cómo vuela! —balbuceó Skimmer—. ¡Cómo vuela! ¡Jamás en su vida pudo volar como una golondrina! No hay nadie más elegante al volar que yo, si me permiten decirlo. Y no hay nadie más torpe que Hollín.

En ese momento se oyó un parloteo estridente en lo alto y todos alzaron la vista para ver a Hollín, el vencejo de chimenea, surcando el cielo como si se lo pasara en grande. Batía las alas con furia y luego planeaba como tú o yo en patines. Es cierto que no era elegante. Pero podía dar vueltas y hacer todo tipo de travesuras, algo que Skimmer jamás soñó con hacer.

—Él puede usar primero un ala y luego la otra, mientras que tú tienes que usar las dos a la vez —insistió Jenny Cucarachera—. Ni por tu vida podrías bajar directamente a una chimenea, y lo sabes, Skimmer. Él puede hacer cosas con sus alas que tú, ni ningún otro pájaro, puede hacer.

“Puede que sea cierto, pero aun así no le tengo ni un poquito de celos”, dijo Skimmer, y salió disparado para escapar del alcance de la afilada lengua de Jenny.

“¿De verdad es cierto que él y Hollín no son parientes?”, preguntó Johnny Marmota, mientras observaban a Skimmer trazando círculos aéreos en lo alto del lago.

Jenny asintió. “Es totalmente cierto, Johnny”, dijo el sitio. “Hollín pertenece a otra familia. Es un tipo curioso. ¿Alguna vez en tu vida has visto unas alas tan estrechas? Y su cola no merece ser llamada cola”.

Johnny Marmota rió. “Allá arriba, en el aire, se ven casi iguales en ambos extremos”, dijo. “¿Es todo negro?”

“No es negro para nada”, declaró Jenny. “Es marrón hollín, más bien grisáceo en la garganta y el pecho. Hablando de esa cola, las plumas terminan en pequeñas puntas afiladas y rígidas. Las usa de la misma manera que Downy, el pájaro carpintero, usa las plumas de su cola cuando se apoya con ellas en el tronco de un árbol”.

“Pero nunca he visto a Hollín en el tronco de un árbol”, protestó Johnny Marmota. “De hecho, nunca lo he visto en ningún otro lugar que no sea el aire”.

“Y nunca lo verás”, espetó Jenny. “El único lugar donde se posa es dentro de una chimenea o dentro de un árbol hueco. Allí se aferra al costado igual que Downy, el pájaro carpintero, se aferra al tronco de un árbol”.

Johnny parecía no creerlo del todo. “Si es así, ¿dónde anida?”, preguntó. “¿Y dónde duerme?” —En una chimenea, tonto. En una chimenea, claro —replicó Jenny Cucarachera—. Fija su nido justo en el interior de la chimenea. Hace una canastilla normal con ramitas y la fija al lateral de la chimenea.

—¿Me estás contando tonterías? —preguntó Johnny Marmota indignado—. ¿Cómo puede fijar su nido al costado de una chimenea si no hay una repisa donde colocarlo? Y si nunca se posa, ¿cómo consigue los palitos para hacer el nido? Me gustaría saber cómo esperas que me crea una historia como esa.

Los ojitos agudos de Jenny Cucarachera se abrieron de par en par. —Si usaras la vista, no tendrías que preguntarme cómo consigue esos palitos —farfulló—. Si lo hubieras visto cuando volaba cerca de las copas de los árboles, lo habrías visto agarrar ramitas muertas con sus garras y romperlas sin parar. Así es como consigue sus palitos, Sr. Sabelotodo. Los fija con una sustancia pegajosa que tiene en la boca, y fija el nido al costado de la chimenea de la misma manera. Lo creas o no, pero es así. —Lo creo, Jenny, lo creo —respondió Johnny Marmota con mucha humildad—. Por favor, Jenny, ¿Hollín también deja que su comida salga por el aire?

“Claro”, respondió Jenny con aspereza. “Solo come insectos y los atrapa al vuelo. Ahora debo volver a mis tareas en casa”.

“Dime una cosa más”, exclamó Johnny Marmota apresuradamente. “¿No tiene Hollín parientes cercanos como la mayoría de los pájaros?”

“No tiene a nadie más cercano que una especie de primos segundos: Boomer el Halcón Nocturno, Chotacabras y Hummer el Colibrí”.

“¿Qué?”, gritó Johnny Marmota, como si no pudiera creer que hubiera oído bien. “¿Dijiste Hummer el Colibrí?” Pero no obtuvo respuesta, pues Jenny Cucarachera ya no podía oír.



Vencejo de chimenea (*Chaetura pelagica*)
Nombre en inglés: Chimney Swift
América

CAPÍTULO XVI. Un ladrón en el Viejo Huerto

“No lo creo”, murmuró Johnny Marmota en voz alta. “No creo que Jenny Cucarachera sepa de qué habla”.

“¿Qué ha dicho Jenny Cucarachera que tú no crees?”, preguntó Skimmer, la golondrina bicolor, mientras se acomodaba de nuevo en la puerta.

“Dijo que Hummer, el colibrí, es una especie de primo segundo de Hollín, el vencejo de chimenea”, respondió Johnny Marmota.

“Bueno, es cierto, si no lo crees”, declaró Skimmer. “No veo que sea más difícil de creer que el hecho de que seas primo de la Ardilla Rayada y de Jack, la Ardilla Gris. Con solo verte, nadie pensaría que eres miembro de la familia de las Ardillas, pero debes admitir que lo eres”.

Johnny Marmota asintió pensativo. “Sí”, dijo él, “lo soy, aunque no lo parezca. Qué mundo tan curioso, ¿verdad? No siempre se sabe con quién puede estar emparentado alguien por su aspecto. Ahora que he descubierto que Hollín no es pariente tuyo y sí de Hummer, no me atreveré a volver a adivinar quién es. Siempre supuse que Púrpura, el Martín, era pariente tuyo, pero ahora que he descubierto que Hollín no lo es, sospecho que Púrpura tampoco lo es”.

—Sí, claro que lo es —respondió Skimmer con prontitud—. Es el más grande de la familia Golondrinas, y todos estamos muy orgullosos de él. Todos lo adoran.

“¿Es tan negro como parece, volando en círculos?”, preguntó Johnny Marmota. “Nunca baja aquí como tú, donde uno puede verlo bien.”

“Sí”, respondió Skimmer, “viste todo de negro, pero es de un hermoso azul negruzco, y cuando el sol le da en la espalda parece casi morado. Por eso algunos lo llaman el Golondrina Púrpura. Es uno de los animales más sociables que conozco. Me gusta tener una casa sola, como la que tengo aquí, pero a Púrpura le encanta la compañía. Le gusta vivir en un edificio de apartamentos con muchos de su especie. Por eso siempre busca una de esas casas con muchas habitaciones, como la que el hijo del granjero Brown ha construido en lo alto de ese poste alto en su patio trasero. Él paga por todo el esfuerzo que el hijo del granjero Brown se tomó para construir esa casa. Si hay alguien que atrapa más moscas e insectos alados que Púrpura, no sé quién es”.

“¿Y yo qué?”, preguntó una nueva voz, mientras una grácil figura pasaba rozando la cabeza de Johnny Marmota y, girando como un rayo, regresaba. Era Tijereta, la Golondrina Común, la más hermosa y una de las más gráciles de toda la familia de

las Golondrinas. Pasó tan cerca de Johnny que este tuvo la espléndida oportunidad de ver y admirar su brillante lomo azul acero y el hermoso castaño rojizo de su frente y garganta con su estrecho collar negro, y el color marrón a beige de sus partes inferiores. Pero lo que más llamaba la atención era su cola, tan profundamente bifurcada que parecía casi dos colas.

"Lo reconocería hasta donde pudiera verlo solo por su cola", exclamó Johnny. "No conozco ninguna otra cola igual".

"No hay ninguna otra igual", declaró Skimmer. "Si Púrpura, el Martín, es el más grande de nuestra familia, Tijereta es el más hermoso".

"¿Y qué hay de mi utilidad?" —preguntó Tijereta, al pasar de nuevo a toda velocidad—. El primo Gorjeo sí que atrapa muchas moscas e insectos, pero estoy dispuesto a enfrentarlo cualquier día a ver quién atrapa más.

Dicho esto, salió disparado. Al observarlo, lo vieron posarse en lo alto del granero del granjero Brown. —Es curioso —comentó Johnny Chuck—, pero desde que conozco a Tijereta, y lo conozco desde que era lo suficientemente mayor como para conocer a alguien, nunca he descubierto cómo construye su nido. Lo he visto sobrevolando los Prados Verdes innumerables veces, y a menudo viene aquí al Viejo Huerto, como hizo hace un momento, pero nunca lo he visto detenerse en ningún otro lugar que no sea ese granero.

—Ahí es donde anida —rió Skimmer.

—¿Qué? —gritó Johnny Marmota—. ¿Quieres decir que anida en el granero del granjero Brown?

—No —respondió Skimmer. "Anida ahí. Por eso se le llama Golondrina Común, y por eso nunca has visto su nido. Si vas al granero del Granjero Brown y miras hacia arriba en el tejado, verás el nido de Tijereta por ahí."

"¡Vamos al granero del Granjero Brown!" exclamó Johnny Marmota. "¿Crees que estoy loco?"

Skimmer rió entre dientes. "Tijereta no está loco", dijo, "y entra y sale de ese granero todo el día. Debo decir que no me gustaría construir en un lugar así, pero parece que le gusta. Hay una cosa: su casa es cálida, seca y cómoda, haga el tiempo que haga. Sin embargo, no lo cambiaría por nada. No, señor, no lo cambiaría por nada. Dame un hueco en un árbol bien forrado de plumas para un nido de barro y paja, aunque esté forrado de plumas." "¿Quieres decir que un muchacho tan guapo y pulcro como Tijereta usa barro en su nido?", exclamó Johnny.

Skimmer asintió. "Eso es lo que hace", dijo. "En eso es como Petirrojo. Yo..."

Pero Johnny Marmota nunca supo qué diría Skimmer a continuación, pues justo en ese instante levantó la vista. Por un instante se quedó inmóvil, horrorizado, y luego, con un grito, salió disparado por los aires. Al oír ese grito, la señora Skimmer, que había estado todo el tiempo sentada sobre sus huevos en el hueco del árbol, salió disparada por la puerta, también chillando. Por un momento, Johnny Marmota no pudo imaginar qué podía pasar. Entonces, un ligero crujido atrajo su atención hacia una horquilla en el árbol, un poco más arriba de la entrada de la casa de Skimmer. Allí, parcialmente enroscado en una rama, con la cabeza balanceándose de un lado a otro, los ojos brillantes y la lengua bífida saliendo y entrando, mientras intentaba mirar hacia abajo, dentro del nido de Skimmer, estaba el señor Serpiente Negra. A Johnny le pareció que en un minuto todos los pájaros del Viejo Huerto habían llegado a la escena. ¡Menudos chillidos y alaridos! Uno tras otro se lanzaban contra el Sr. Serpiente Negra, solo para perder el valor en el último segundo y desviarse. El pobre Skimmer y su pequeña esposa estaban frenéticos. Hicieron todo lo posible por distraer la atención del Sr. Serpiente Negra, lanzándose casi a su cara y luego alejándose antes de que pudiera atacar. Pero el Sr. Serpiente Negra sabía que no podían hacerle daño, y sabía que había huevos en ese nido. No hay nada que le guste más que los huevos, a menos que sea un festín de polluelos. Más allá de silbar furioso dos o tres veces, no prestó atención a Skimmer ni a sus amigos, sino que continuó acercándose sigilosamente a la entrada del nido.

Por fin llegó a una posición donde pudo asomar la cabeza por la puerta. Al hacerlo, Skimmer y la Sra. Skimmer lanzaron un pequeño grito de desesperación. Pero tan pronto como su cabeza desapareció en el agujero del viejo manzano, Scrapper, el tirano, lo atacó salvajemente. Al instante, el Sr. Serpiente Negra retiró la cabeza, silbando ferozmente, y atacó con furia a los pájaros más cercanos. Varias veces ocurrió lo mismo. Tan pronto como su cabeza desapareció en el agujero, Scrapper o alguno de los amigos de Skimmer, más valiente que el resto, se abalanzaron sobre él y lo picotearon ferozmente, mientras que todos los pájaros chillaban como solo los emplumados pueden hacerlo. Johnny Marmota estaba tan emocionado como sus amigos emplumados, y tan absorto en la observación del odiado ladrón negro que no tenía ojos para nada más. De repente, oyó pasos justo detrás de él. Giró la cabeza y, frenéticamente, se zambulló de cabeza en su agujero. ¡Había mirado directamente a los ojos del hijo del granjero Brown!

"¡Ja, ja!", gritó el hijo del granjero Brown, "¡Ya me lo imaginaba!" Y con un largo látigo golpeó al Sr. Serpiente Negra justo cuando este asomaba la cabeza por la puerta, decidido a coger los huevos esta vez. Pero al sentir el látigo y oír la voz del hijo del granjero Brown, cambió de opinión al instante. Simplemente soltó el árbol y

se dejó caer. En cuanto tocó el suelo, salió disparado hacia la seguridad del viejo muro de piedra, seguido por el hijo del granjero Brown. El hijo del granjero Brown no pretendía matar al Sr. Serpiente Negra, pero sí quería asustarlo tanto que no volviera a visitar el Viejo Huerto con prisa, y lo consiguió.

Apenas desapareció el Sr. Serpiente Negra, todos los pájaros montaron tal alborozo que cualquiera habría pensado que ellos, y no el hijo del granjero Brown, habían salvado los huevos del Sr. y la Sra. Skimmer. Al escucharlos, Johnny marmota no pudo evitar sonreír.



Golondrina bicolor (*Tachycineta bicolor*)
Nombre en inglés: Tree Swallow
América de Norte y migra hasta América central



Golondrina Púrpura (*Progne subis*)
Nombre en inglés: Purple Martin
Norteamérica



Golondrina común o tijereta (*Hirundo rustica*)
Nombre en inglés: Barn Swallow
Habita en Europa, Asia, África, América y parte de Australasia.



CAPÍTULO XVII. Más ladrones

Por los sonidos de alegría entre los habitantes emplumados del Viejo Huerto, Johnny Marmota supo que ya era seguro salir. Estaba ansioso por contarle a Skimmer, la Golondrina, lo contento que estaba de que el Sr. Serpiente Negra se hubiera ido antes de que pudiera conseguir sus huevos. Al asomar la cabeza por la puerta, se dio cuenta de que algo seguía mal en el Viejo Huerto. En el alegre coro se interrumpió una nota de angustia y tristeza. Johnny reconoció al instante las voces del Señor y la Sra. Petirrojo. No hay nadie entre sus vecinos emplumados que pueda expresar tanto preocupación y tristeza como los petirrojos.

Johnny llegó justo a tiempo para ver a todos los pájaros corriendo hacia la parte del Viejo Huerto donde los petirrojos habían construido su hogar. El regocijo dio paso de repente a gritos de indignación e ira, y Johnny captó las palabras: "¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Miserable!". Parecía que allí reinaba la misma agitación que cuando descubrieron al Sr. Serpiente Negra intentando robar a Skimmer y a la Sra. Skimmer. No podía ser el Sr. Serpiente Negra otra vez, porque el hijo del granjero Brown lo había perseguido en otra dirección.

"¿Qué pasa ahora?", le preguntó Johnny a Skimmer, quien seguía comentando con entusiasmo con la Sra. Skimmer su reciente susto.

"No lo sé, pero voy a averiguarlo", respondió Skimmer y salió disparado.

Johnny Marmota esperó pacientemente. La agitación entre los pájaros parecía aumentar, y el parloteo y los gritos furiosos se hicieron más fuertes. Solo las voces del Señor y la Sra. Petirrojo no estaban enojadas. Eran tristes, como si el Señor y la Sra. Petirrojo estuvieran desconsolados. Al poco rato, Skimmer regresó para contarle la noticia a la Sra. Skimmer.

"¡Los petirrojos han perdido sus huevos!", gritó emocionado. Los cuatro estaban rotos y comidos. La señora Petirrojo los dejó para venir aquí a ayudar a ahuyentar al señor Serpiente Negra, y mientras estaba aquí, alguien se comió los huevos. Nadie sabe quién pudo haber sido, porque todas las aves del Viejo Huerto estaban aquí en ese momento. Pudo haber sido Parlanchín la Ardilla Roja, o Sammy Jay, el arrendajo azul, o Creaker el Zanate, o Blacky el Cuervo. Quienquiera que haya sido, simplemente aprovechó la oportunidad para escabullirse y robar el nido cuando nadie lo veía.

Justo entonces, desde el Bosque Verde, se escuchó un burlón "¡Graznido, graznido, graznido!". Al instante, el ruido en el Viejo Huerto cesó por un momento. Luego

volvió a estallar. Ya no cabía duda. Blacky el Cuervo era el ladrón. ¡Cómo decían esas lenguas! No había nada malo que decir de Blacky. Y qué cosas tan horribles prometían hacerle esos pájaros a Blacky el Cuervo si alguna vez lo atrapaban en el Viejo Huerto.

"¡Graznido, graznido, graznido!", gritó Blacky desde la distancia, y su voz sonaba como si creyera haber hecho algo muy inteligente. Era evidente que al menos no se arrepentía de lo que había hecho.

Todos los pájaros estaban tan emocionados y furiosos, mientras se reunían alrededor del Señor y la Sra. Petirrojo intentando consolarlos, que pasó un tiempo antes de que su indignada reunión se disolviera y regresaran a sus hogares y tareas. Casi al instante se oyó otro grito de angustia. ¡Les habían robado los huevos al señor y la señora Chebec! Mientras asistían a la reunión de indignación en casa de los petirrojos, un ladrón aprovechó la oportunidad para robarles los huevos y escapar.

Por supuesto, de inmediato todos los pájaros acudieron a solidarizarse con los Chebec y repetir contra el ladrón desconocido todas las amenazas que habían lanzado contra Blacky el Cuervo. Sabían que esta vez no podía haber sido Blacky porque lo habían oído graznar en el límite del Bosque Verde. En medio de la acalorada discusión sobre quién era el ladrón, Tejedor, el Oropéndola del Huerto, divisó una pluma azul y blanca en el suelo, justo debajo del nido de Chebec.

"¡Era Sammy Jay, el arrendajo azul! ¡Sin duda, era Sammy Jay!", gritó.

Al ver esa pluma reveladora, todos los pájaros supieron que Tejedor tenía razón, y liderados por Scrapper, el Tirano, comenzaron una ruidosa búsqueda por el Viejo Huerto en busca del astuto ladrón. Pero Sammy no aparecía, y pronto abandonaron la búsqueda, pues ninguno se atrevía a alejarse más tiempo de su casa por temor a que algo sucediera allí. El Señor y la Sra. Petirrojo seguían llorando lastimeramente, pero el señor y la señora Chebec soportaban su pena casi en silencio.

"Hay una cosa", le dijo el señor Chebec a su afligida esposa: "Ese huevo de Sally Astuta se fue con los demás, y no tendremos que criar a esa huérfana molesta".

"Es cierto", dijo ella. "No tiene sentido llorar por lo que no se puede evitar. Es una pérdida de tiempo quedarse sentado llorando. Vamos, Chebec, busquemos un lugar para construir otro nido. La próxima vez no dejaré los huevos sin vigilar ni un minuto".

Mientras tanto, Jenny Cucarachera hablaba sin parar con Pedro Conejo, quien había llegado en medio de la agitación y, por supuesto, tenía que saberlo todo.

“Blacky el Cuervo tiene un corazón tan negro como su pelaje, y su primo Sammy Jay, el arrendajo azul, no es mucho mejor”, declaró Jenny. “Pertenece a una familia de ladrones”.

“¡Un momento!”, exclamó Pedro. “¿Quieres decir que Blacky el Cuervo y Sammy Jay son primos?”

“¡Por Dios, Pedro!”, exclamó Jenny, “¿quieres decir que no lo sabes? Claro que son primos. No se parecen mucho, pero pertenecen a la misma familia. Esperaría casi cualquier cosa mala de alguien tan negro como Blacky el Cuervo. Pero no entiendo cómo un tipo tan guapo como Sammy Jay puede hacer cosas tan terribles. No es tan malo como Blacky, porque sí hace mucho bien. Destruye un montón de orugas y otras plagas.

“No hay ojos más agudos en ningún lugar que los de Sammy Jay, y debo decir esto por él: siempre que descubre un peligro nos avisa. Ha salvado la vida de muchos de nosotros, los emplumados, de esta manera. Si no fuera por su hábito de robarnos los huevos, no tendría ni una palabra que decir en su contra, pero, dicho sea de paso, no es tan malo como Blacky el Cuervo. Dicen que Blacky hace algo bueno destruyendo larvas blancas y otras plagas dañinas, pero es un auténtico caníbal, pues le gustan tanto los polluelos como los huevos, y el daño que hace de esta manera es mayor que el bien que hace de otras maneras. Es atrevido, negro y malo, si me preguntas. Recordando sus tareas domésticas, Jenny Cucarachera desapareció dentro de su casa con su habitual brusquedad. Pedro se quedó un rato, pero al no encontrar a nadie que se tomara el tiempo de hablar con él, decidió ir al Bosque Verde a buscar a algunos de sus amigos. Apenas se había adentrado en el Bosque Verde cuando vislumbró una figura azul que se escabullía entre los árboles. Lo supo al instante, pues no hay nadie con un abrigo así excepto Sammy Jay. Pedro miró hacia arriba, al árbol del que Sammy había volado, y allí vio un nido en una horquilla a media altura. “Me pregunto”, pensó Pedro, “si Sammy estaba robando huevos allí, o si ese es su propio nido”. Entonces echó a correr tras Sammy tan rápido como pudo. Mientras corría, miró hacia atrás por casualidad y llegó justo a tiempo de ver a la Sra. Jay deslizarse hacia el nido. Entonces Pedro supo que había descubierto la casa de Sammy. Rió entre dientes mientras corría. “¡He descubierto tu secreto, Sammy Jay!”— gritó Pedro cuando por fin alcanzó a Sammy.

—Entonces espero que seas lo suficientemente caballeroso como para quedártelo —gruñó Sammy, sin parecer nada complacido.

—Claro —respondió Pedro con dignidad—. No se me ocurriría decírselo a nadie. ¡Qué guapo eres, Sammy!

Sammy parecía complacido. Es un poco vanidoso, Sammy Jay. No se puede negar que es guapo. Es solo un poco más grande que Petirrojo. Su lomo es azul grisáceo. Su cola es de un azul brillante con pequeñas barras negras cruzadas y ribeteada de blanco. Sus alas son azules con barras blancas y negras. Su garganta y pecho son de un blanco grisáceo suave, y lleva un collar negro. En la cabeza lleva una gorra puntiaguda, una gorra muy conveniente, pues a veces se la baja para que no sea nada puntiaguda.

—¿Por qué robaste los huevos de la señora Chebec? —preguntó Pedro bruscamente.

Sammy no pareció en absoluto molesto. —Porque me gustan los huevos —respondió con prontitud—. Si la gente deja sus huevos sin vigilancia, es normal que los pierda. ¿Cómo supiste que los había cogido?

—No importa, Sammy; no importa. Me lo dijo un pajarito —replicó Pedro con picardía.

Sammy abrió la boca para una respuesta brusca, pero en lugar de eso lanzó un grito de advertencia. —¡Corre, Pedro! ¡Corre! ¡Ahí viene Reddy Zorro! —gritó.

Pedro se zambulló de cabeza bajo un montón de maleza. Allí estaba a salvo. Mientras esperaba a que Reddy Zorro se fuera, pensó en Sammy Jay. —Es curioso —reflexionó—, cómo se pueden mezclar tantas cosas buenas y malas. Sammy Jay robó los huevos de Chebec y luego me salvó la vida. Sé que habría hecho lo mismo por el señor y la señora Chebec, o por cualquier otro vecino emplumado. Solo puede robar huevos un ratito en primavera. Supongo que, en general, hace más bien que mal. De todas formas, voy a pensarlo.

Pedro tenía toda la razón. Sammy Jay sí que hace más bien que mal.

CAPÍTULO XVIII. Algunas casas en el Bosque Verde

Reddy Zorro no perdió tiempo esperando a que Pedro Conejo saliera de debajo de la maleza donde se había escondido por advertencia de Sammy Jay. Tras lanzarle unas amenazas terribles solo para asustarlo, se alejó trotando en busca de ratones. A Pedro no le importaron en absoluto esas amenazas. Estaba acostumbrado a ellas. Sabía que estaba a salvo donde estaba, y solo tenía que quedarse allí hasta que Reddy estuviera lo suficientemente lejos como para que fuera seguro salir.

Para matar el tiempo, Pedro se echó una siesta. Al despertar, se sentó unos minutos intentando decidir adónde ir y qué hacer a continuación. Desde lejos, en dirección al Viejo Pasto, le llegó la voz de Blacky el Cuervo. Pedro aguzó el oído y rió entre dientes.

«Reddy Zorro ha vuelto al Viejo Pasto y Blacky lo ha encontrado allí», pensó felizmente. Verás, entendió lo que Blacky decía. Para ti o para mí, Blacky habría dicho simplemente: «¡Cuau! ¡Cuau!». Pero a todos los pequeños del Bosque Verde y los Prados Verdes que lo oían, les gritaba: "¡Zorro! ¡Zorro!".

"Me pregunto", pensó Pedro, "dónde estará anidando Blacky este año. El año pasado su nido estaba en un pino alto, no lejos del límite del Bosque Verde. Creo que iré corriendo a ver si tiene un nido nuevo cerca del viejo".

Así que Pedro corrió hacia el pino alto donde estaba el viejo nido de Blacky. Mientras lo miraba con la cabeza echada hacia atrás, se dio cuenta de que ese nido no parecía tan viejo, después de todo. De hecho, parecía como si lo hubieran arreglado recientemente, como si fuera nuevo. Estaba pensando en esto e intentando adivinar qué significaba, cuando Blacky se posó cerca del borde.

Había algo en su pico, aunque Pedro no pudo ver qué era. Casi al instante, una cabeza negra apareció por encima del borde del nido y un pico negro atrapó lo que Blacky había traído. Entonces la cabeza desapareció y Blacky voló silenciosamente.

“Tan seguro como que vivo”, pensó Pedro, “era la señora Blacky, y Blacky le trajo comida para que no tuviera que dejar esos huevos que debía tener ahí arriba. Puede que sea el ladrón despiadado que todos dicen que es, pero sin duda es un buen esposo. Es mejor esposo que otros que conozco, de quienes solo se dicen cosas buenas. Esto demuestra que hay algo bueno en la peor gente. Blacky es un viejo pícaro y astuto. Normalmente es tan ruidoso como cualquiera que conozca, pero iba y venía sin hacer ruido. Ahora que lo pienso, no he oído su voz ni una sola vez por aquí esta primavera. Supongo que, si el hijo del granjero Brown pudiera encontrar este nido, se vengaría de Blacky por arrancarle el maíz. Conozco a mucha gente inteligente, pero a nadie tan inteligente como Blacky el Cuervo. Con toda su maldad, no puedo evitar que me caiga bien”.

Dos veces, mientras Pedro observaba, Blacky regresó con comida para la señora Blacky. Entonces, cansado de estar callado tanto tiempo, Pedro decidió correr a un lugar más alejado del Bosque Verde, que rara vez era visitado. Era un lugar que Pedro solía evitar. Fue pura curiosidad lo que lo llevó a ir allí ahora. El descubrimiento de que Blacky el Cuervo usaba su antiguo nido le había recordado que Redtail el Gavilán usa el suyo año tras año, y quería saber si Redtail había regresado a él este año.



Reinita del bosque u hornera (*Seiurus auropilla*)
Nombre en inglés: Ovenbird
América del Norte y que inverna en América Central, el Caribe y el norte de Sudamérica.

A mitad de camino hacia ese lugar solitario en el Bosque Verde, un pequeño pájaro esbelto voló del suelo, saltó de rama en rama de un árbol, caminó por una rama, y luego, de pura felicidad, echó la cabeza hacia atrás y gritó: "¡Maestro, maestro, maestro, maestro, maestro!", cada vez un poco más fuerte que antes. Era el Maestro, el Pájaro del Horno.

En su alegría al ver a este viejo amigo, Pedro se olvidó por completo de Redtail el Gavilán. "¡Ay, Maestro!", gritó Pedro. "¡Me alegro tanto de volver a verte!".

El Maestro dejó de cantar y miró a Pedro. "Si estás tan contento, ¿por qué no has venido a verme antes?", preguntó. "Llevo aquí un tiempo".

Pedro parecía un poco tonto. "La verdad, Maestro", dijo con humildad, "he estado visitando tanto el Viejo Huerto y aprendiendo tantas cosas que esta es la primera oportunidad que tengo de venir hasta aquí, al Bosque Verde. Verás, he estado aprendiendo muchas cosas sobre ustedes, los emplumados, cosas que ni siquiera imaginaba. Hay algo que me gustaría que me dijeras, Maestro, ¿lo harías?".

"Eso depende de qué sea", respondió el Maestro, mirando a Pedro con cierta sospecha.

"Por eso te llaman Pájaro del Horno", dijo Pedro.

"¿Eso es todo?", preguntó el Maestro. Entonces, sin esperar respuesta, añadió: «Es por cómo construimos nuestro nido la señora Maestra y yo. Algunos piensan que es como un horno y por eso nos llaman pájaros del horno. Yo creo que es un nombre tonto, tan tonto como Zorzal de Corona Dorada, que es como me llaman algunos. No soy un Zorzal. Ni siquiera tengo parentesco con la familia de los Zorzales. Soy una Reinita, una Reinita de Bosque».

"Supongo", dijo Pedro, mirando pensativo al maestro, "Yo creo que te pusieron ese nombre porque vistas como los Zorzales. Ese abrigo verde oliva y el chaleco blanco con vetas y manchas negras me recuerdan a la familia de los Zorzales. Si no fueras mucho más pequeño que cualquiera de los Zorzales, casi pensaría que eres uno de ellos. Vaya, no eres mucho más grande que Chippy, el gorrión, solo que tienes las patas más largas. Supongo que es porque pasas mucho tiempo en el suelo. Creo que

solo "Maestro" es el mejor nombre para ti. Nadie que te haya oído podría confundirte con nadie más. Por cierto, Maestro, ¿dónde dijiste que está tu nido?"

"No lo dije", replicó e Maestro. "Es más, no lo voy a decir".

"¿No me dirás al menos si está en un árbol?", suplicó Pedro.

Los ojos del Maestro brillaron. "Supongo que no hará daño decírtelo", dijo. "No, no está en un árbol. Está en el suelo y, si lo digo, es un nido tan escondido como cualquiera podría construir. ¡Ay, Pedro, ten cuidado! ¡Cuidado con el paso!", gritó el Maestro.

Pedro, que acababa de empezar a saltar hacia su derecha, se detuvo en seco, asombrado. Justo delante de él había un pequeño montón de hojas muertas, y unos metros más allá, el Maestro revoloteaba en el suelo como si estuviera muy herido. Pedro simplemente no sabía qué hacer. Una vez más, hizo un movimiento como si fuera a saltar. El maestro voló justo delante de él. "¡Pisarás mi nido!", gritó.

Pedro se quedó mirando, pues no vio ningún nido. Lo dijo.

"¡Está debajo de ese pequeño montón de hojas justo delante de tus pies!", gritó el Maestro. "No iba a decírtelo, pero tenía que hacerlo o seguro que lo habrías pisado."

Con mucho cuidado, Pedro rodeó el pequeño manojito de hojas y miró debajo desde el otro lado. Allí, efectivamente, había un nido debajo, y en él cuatro huevos moteados. "No se lo diré a nadie, Maestro. Te prometo que no se lo diré a nadie", declaró Pedro con mucha seriedad. "Ahora entiendo por qué te llaman Pájaro Hornero, pero aun así me gusta más el nombre Maestro."

Sintiendo que el Sr. y la Sra. Maestro se sentirían más tranquilos si los dejaba, Pedro se despidió y se dirigió al solitario lugar del Bosque Verde donde sabía que había estado el antiguo nido del Redtail, el Gavilán. Al acercarse, mantuvo la vista fija entre las copas de los árboles para ver a Redtail. De repente, lo vio en lo alto del cielo azul, volando perezosamente en grandes círculos. Entonces Pedro se volvió muy, muy cauteloso. Avanzó de puntillas, manteniéndose a cubierto tanto como le fue posible. Por fin, asomándose por debajo de un pequeño arbusto, pudo ver el viejo nido de Redtail. Enseguida se dio cuenta de que era más grande que la última vez que lo vio. De repente, se oyó un coro de gritos de hambre y Pedro vio a la señora Redtail acercándose con un ratón entre las garras. Desde donde estaba sentado, pudo ver cuatro cabezas graciosas que se extendían por encima del borde del nido.

"Redtail está usando su antiguo nido de nuevo y ya tiene una familia", exclamó Pedro. "Supongo que este no es lugar para mí. Cuanto antes me vaya, mejor".

Justo entonces, Redtail descendió del cielo azul y se posó en un árbol cercano. Pedro decidió que lo mejor que podía hacer era quedarse quieto donde estaba. Tenía una vista espléndida de Redtail, y no pudo evitar admirar a este gran miembro de la familia de los Gavilanes. La parte superior de su pelaje era de un marrón grisáceo oscuro mezclado con toques castaños. La parte superior de su pecho estaba veteada de marrón grisáceo y beige, mientras que la parte inferior tenía pocas vetas. Debajo de esta, había manchas negras y barras que terminaban en blanco. Pero fue la cola lo que más le llamó la atención a Pedro. Era de un intenso marrón rojizo con una estrecha banda negra cerca del final y la punta blanca. Pedro comprendió al instante por qué a este gran Gavilán se le llama Redtail. No fue hasta que el Sr. y la Sra. Redtail salieron en busca de más comida para sus hambrientos polluelos que Pedro se atrevió a escabullirse. En cuanto sintió que era seguro, se dirigió a casa tan rápido como pudo, lapiz-lapiz-lapiz. Sabía que no se sentiría seguro hasta que ese lugar solitario en el Bosque Verde quedara muy atrás.

Pero, a decir verdad, Pedro tenía menos motivos para preocuparse que si se hubiera tratado de otro miembro de la familia Gavilán en lugar de Redtail. Y aunque Redtail y su esposa a veces atrapan a algunos de sus vecinos emplumados y peludos, y de vez en cuando a una gallina, hacen mucho más bien que mal.



Gavilán Colirrojo (*Buteo jamaicensis*)
Nombre en inglés: Red-tailed Hawk
Desde Alaska hasta las Antillas

CHAPTER XIX. El ave trueno y un amigo de la familia de pájaros negros

Las intenciones de Pedro Conejo eran las mejores. Una vez a salvo de aquella solitaria zona del Bosque Verde donde se encontraba el hogar de Redtail el Gavilán, pretendía regresar directamente a su querido Zarzal. Pero no había llegado a la mitad del camino cuando, desde otra dirección del Bosque Verde, llegó un sonido que lo hizo detenerse en seco y olvidarse por completo de su hogar. Era un sonido muy parecido a un trueno lejano. Empezó despacio al principio y luego fue cada vez más rápido. ¡Bum- bum- bum- bum- b- b- b- b- b- b- bum! Era como el redoble largo de un bombo.

Pedro se rió a carcajadas. "¡Ese es Presuntuoso, el Urogallo engolado!", gritó con alegría. "Me había olvidado por completo de él. Tengo que ir a visitarlo y averiguar dónde está la señora Urogallo. ¡Vaya, cómo toca el tambor Presuntuoso!"

Pedro se dirigió rápidamente hacia ese trueno lejano. A medida que se acercaba, sonaba cada vez más fuerte. De repente, Pedro se detuvo para intentar localizar con exactitud el lugar de donde provenía ese sonido, que ahora se parecía más que nunca a un trueno. De repente, Pedro recordó algo. «Sé exactamente dónde está», se dijo. «Hay un tronco grande, hueco y cubierto de musgo allá, y recuerdo que la Sra. Urogallo me dijo una vez que ese es el tronco de Presuntuoso».

Con mucho, mucho cuidado, Pedro avanzó sigilosamente, sin hacer ningún ruido. Por fin llegó a un lugar desde donde pudo asomarse y ver ese gran tronco hueco y musgoso. Efectivamente, allí estaba Presuntuoso, el urogallo canadiense. Cuando Pedro lo vio por primera vez, estaba agachado en un extremo del tronco, una bola esponjosa de plumas marrón rojizas, negras y grises. Estaba descansando. De repente, se irguió en toda su altura, levantó la cola y la extendió hasta que fue como un abanico abierto sobre su espalda. El borde exterior era gris, luego venía una ancha franja negra, seguida de franjas grises, marrones y negras. Alrededor de su cuello había una maravillosa gorguera negra. Sus alas marrón rojizas caían hasta que las puntas casi tocaban el tronco. Su pecho lleno y redondeado era de color beige con manchas negras. Era aproximadamente del tamaño de las pequeñas gallinas Bantam que Pedro había visto en el gallinero del granjero Brown.

De la forma más majestuosa que puedas imaginar, Presuntuoso caminaba a lo largo de ese tronco musgoso. Era la imagen perfecta del orgullo, pavoneándose como Tom el gran pavo. Al llegar al final del tronco, de repente bajó la cola, se estiró al máximo y sus alas comenzaron a batir, primero lentamente, luego cada vez más rápido, hasta

que se convirtieron en un borrrón. Parecían tocarse por encima de su espalda, pero al bajar no llegaron a golpearle los costados. Fueron esas alas veloces las que produjeron el trueno. Era tan fuerte que Pedro casi quiso taparse los oídos. Cuando terminó, Presuntuoso se acomodó para descansar y, una vez más, parecía una bola de plumas esponjosas. Su gorguera estaba extendida.

Pedro lo vio tronar varias veces y luego se atrevió a mostrarse. "¡Presuntuoso, eres maravilloso! ¡Simplemente maravilloso!", exclamó Pedro, y decía exactamente lo que decía.

Presuntuoso sacó pecho con orgullo. "Eso es justo lo que dice la Sra. Urogallo", respondió. "No conozco a nadie que truene mejor, si lo digo yo mismo."

"Hablando de la señora Urogallo, ¿dónde está?", preguntó Pedro con entusiasmo.

"Atendiendo sus asuntos domésticos, como debe ser una buena ama de casa", replicó Presuntuoso con prontitud.

"¿Quieres decir que tiene un nido y huevos?", preguntó Pedro.

Presuntuoso asintió. "Tiene doce huevos", añadió con orgullo.

"Supongo", dijo Pedro con astucia, "que su nido está por aquí cerca, en el suelo".

"Está en el suelo, Pedro, pero no diré dónde está. Puede que esté cerca de aquí o no. ¿Quieres oírme tronar otra vez?"

Por supuesto, Pedro dijo que sí, y esa fue excusa suficiente para que Presuntuoso se luciera. Pedro se quedó un rato más cotilleando, pero al ver que Presuntuoso estaba más interesado en tronar que en hablar, emprendió de nuevo el camino a casa.

"De verdad que me gustaría saber dónde está ese nido", se dijo a sí mismo mientras corría. Supongo que la señora Urogallo lo ha escondido tan hábilmente que es inútil buscarlo.

De camino, pasó junto a un árbol grande. El suelo estaba cubierto de hojas marrones y muertas. No había arbustos ni árboles jóvenes. Pedro ni siquiera pensó en buscar un nido. Era el último lugar del mundo donde esperaría encontrar uno. Cuando ya había pasado el árbol, se oyó una suave risita y, entre las hojas marrones, justo al pie del árbol, se alzó levemente una cabeza con un par de ojos brillantes. Esos ojos brillaron mientras observaban a Pedro perderse de vista.

"No me vio para nada", rió entre dientes la Sra. Urogallo, mientras se acomodaba de nuevo. "Eso es lo que pasa con una capa tan parecida al color de estas bonitas hojas marrones. No es el primero que pasa junto a mí sin verme. Es mejor que intentar

ocultar un nido, y sin duda le estoy agradecida a la Madre Naturaleza por la capa que me dio. Me pregunto si todos estos doce huevos eclosionarán. Si lo hacen, sin duda tendré una familia de la que estar orgulloso”.



Urogallo engolado (*Bonasa umbellus*)
Nombre en inglés: Ruffed Grouse
Canadá y Estados Unidos

Mientras tanto, Pedro siguió adelante con su habitual despreocupación hasta que llegó al límite del Bosque Verde. En los Prados Verdes, un poco más allá, divisó una figura negra que caminaba majestuosamente y de vez en cuando recogía algo. Le recordó a Blacky el Cuervo, pero supo de inmediato que no era Blacky, porque era mucho más pequeño, no más de la mitad de grande. “Es Creaker el Zanate. Fue uno de los primeros en llegar esta primavera y me avergüenzo de no haberlo visitado”, pensó Pedro, mientras saltaba del coche y cruzaba los Prados Verdes hacia Creaker. “Qué cola tan larga tiene. Creo que Jenny Cucarachera me dijo que pertenece a la familia de los Mirlos. Se parece tanto a Blacky el Cuervo que supongo que por eso lo llaman Mirlo Cuervo”.

En ese momento, Creaker se giró de tal manera que el sol le dio de lleno en la cabeza y la espalda. “¡Vaya! ¡Vaya!”, exclamó Pedro, frotándose los ojos con asombro. “¡No es solo negro! Es hermoso, simplemente hermoso, y siempre supuse que era simplemente negro, sencillo y feo”.

Era cierto. Creaker el Zanate, con el sol brillando sobre él, era realmente hermoso. Su cabeza y cuello, su garganta y la parte superior del pecho eran de un azul negruzco brillante, mientras que su espalda era de un verde cobrizo intenso y brillante. Sus alas y cola eran muy parecidas a su cabeza y cuello. Mientras Pedro observaba, parecía como si los colores cambiaran constantemente. Este cambio de colores se llama iridiscencia. Otra cosa que Pedro notó fue que los ojos de Creaker eran

amarillos. Justo en ese momento, Pedro no recordaba ningún otro pájaro con ojos amarillos.

"¡Creaker!", exclamó Pedro, "¡Me pregunto si sabes lo guapo que eres!".

"Me alegra que lo pienses", respondió Creaker. "No soy nada vanidoso, pero hay muy pocos pájaros con los que cambiaría de pelaje".

"¿Viste... viste... la señora Creaker tan elegantemente como tú?", preguntó Pedro con cierta timidez.

Creaker negó con la cabeza. "No del todo", dijo. "Le gusta más el negro liso. Algunas plumas de su lomo brillan como las mías, pero dice que no tiene tiempo para lucirse al sol ni para cuidar plumas finas".

"¿Dónde está ahora?", preguntó Pedro.

"En casa", respondió Creaker, sacando una larva blanca de las raíces de la hierba. "Tenemos un nido allí, en uno de esos pinos al borde del Bosque Verde, y espero que cualquier día tengamos cuatro crías hambrientas que alimentar. Tendré que ponerme manos a la obra entonces. Sabes que soy de los que creen que todo padre debe contribuir plenamente al cuidado de su familia".

"Me alegra oírte decirlo", declaró Pedro, asintiendo con la cabeza en señal de aprobación, como si él mismo fuera el mejor de los padres, lo cual no es en absoluto.

"¿Puedo hacerte una pregunta muy personal, Creaker?"

"Haz todas las preguntas que quieras. No tengo por qué responderlas a menos que quiera", replicó Creaker.

"¿Es cierto que robas los huevos de otros pájaros?" Pedro soltó la pregunta con bastante prisa.

Los ojos amarillos de Creaker empezaron a brillar. "Esa es una pregunta muy personal", dijo. No me atrevería a decir que robo huevos, pero he descubierto que son muy buenos para mi salud y, si encuentro un nido sin nadie cerca, a veces me los sirvo. Verás, el dueño podría no volver y entonces esos huevos se echarían a perder, y sería una lástima.

"Eso no es excusa", declaró Pedro. "Creo que no eres mejor que Sammy Jay, el arrendajo azul, y Blacky el Cuervo".

Creaker rió entre dientes, pero no pareció ofenderse en absoluto. Justo entonces oyó a la señora Creaker llamarlo y, con una despedida apresurada, extendió las alas y se dirigió al Bosque Verde. Una vez en el aire, parecía simplemente negro. Pedro lo

observó hasta perderse de vista y luego, una vez más, se dirigió al querido Viejo Zarzal.



Zanate común o norteño (*Quiscalus quiscula*)
Nombre en inglés: common grackle
Canadá, Estados Unidos y norte de México



CAPÍTULO XX. Un ladrón de pescado

Solo por curiosidad, y debido a su peculiar pie errante, que significa que le encanta vagar, Pedro Conejo corrió a la orilla del Gran Río. Había muchos arbustos, matas de hierba alta, maleza y enredaderas a lo largo de la orilla, así que Pedro se sentía bastante seguro allí. Le gustaba sentarse a contemplar el agua y preguntarse de dónde venía, adónde iba y qué la mantenía en movimiento.

Estaba haciendo precisamente eso esa mañana en particular cuando, por casualidad, miró hacia el cielo azul, azul. Allí vio un ave de alas anchas volando en círculos amplios y gráciles. Al instante, Pedro se agachó un poco más en su escondite, pues sabía que era un miembro de la familia de los halcones, y Pedro había aprendido por experiencia que la única manera de mantenerse completamente a salvo cuando una de estas aves de garras y picos ganchudos está cerca es mantenerse fuera de la vista. Así que ahora se agazapó muy cerca del suelo y mantuvo la vista fija en el gran pájaro que volaba con tanta gracia en el cielo azul, azul, sobre el Gran Río. De repente, el extraño detuvo su vuelo y por un instante pareció quedarse quieto, con sus grandes alas calentándose rápidamente para mantenerlo allí. Entonces, esas alas se cerraron y, con una ráfaga, se lanzó directo al agua, desapareciendo con un gran chapoteo. Al instante, Pedro se incorporó completamente para poder ver mejor.

—Es Plunger, el águila pescadora, pescando, y no tengo nada que temerle —gritó alegremente.



Aguila pescadora (*Pandion haliaetus*)
Nombre en inglés: Osprey
América

Del agua, batiendo sus grandes alas, surgió Plunger. Pedro miró con ansias para ver si había pescado algo, pero no había nada en las grandes y curvas garras de Plunger. O bien el pez había estado demasiado profundo o lo había visto y se había alejado justo a tiempo. Pedro tuvo una vista espléndida de Plunger. Era solo un poco más grande que el halcón Cola Roja. Por encima era marrón oscuro, con la cabeza y el cuello marcados de blanco. Su cola era grisácea, cruzada por varias bandas

oscuras estrechas y con la punta blanca. Sus partes inferiores eran blancas con algunas manchas marrón claro en el pecho. Pedro pudo ver claramente las grandes y curvas garras que son los anzuelos de Plunger.

Subió, subió, subió, dando vueltas y vueltas en espiral. Cuando estuvo bien arriba en el cielo azul, comenzó a navegar de nuevo en amplios círculos como cuando Pedro lo vio por primera vez. No tardó mucho en detenerse de nuevo y descender disparado hacia el agua. Esta vez, extendió bruscamente sus enormes alas justo antes de tocar el agua, de modo que apenas se mojó los pies. Una vez más, se le había escapado un pez. Pero Plunger no parecía desanimado en absoluto. Es un verdadero pescador, y todo buen pescador posee paciencia. Volvió a ascender en espiral hasta alcanzar tanta altura que Pedro se preguntó cómo era posible que viera un pez tan abajo. Verán, Pedro no sabía que es más fácil ver el agua desde arriba que desde cerca. Además, no hay ojos más maravillosos que los de los miembros de la familia de los Halcones. Y Plunger, el águila pescadora, es un halcón, comúnmente llamado Halcón marino.

Por tercera vez, Plunger descendió y, esta vez, como en su primer intento, golpeó el agua con un gran chapoteo y desapareció. En un instante reapareció, sacudiéndose el agua con una espuma plateada y aleteando con fuerza. Esta vez, Plunger pudo atrapar un gran pez brillante entre sus garras. Era pesado, como Pedro notó por la forma en que Plunger volaba. Se dirigió hacia un árbol alto en la otra orilla del Río Grande, para disfrutar de su desayuno. Apenas había recorrido la mitad del camino cuando un grito estridente lo sobresaltó.

Miró hacia arriba y vio un gran pájaro, con maravillosas alas anchas, balanceándose en círculos cortos alrededor de Plunger. Su cuerpo y alas eran de color marrón oscuro, y su cabeza, blanca como la nieve, al igual que su cola. Su gran pico ganchudo era amarillo, al igual que sus patas. Pedro supo al instante quién era. No podía haber ninguna duda. Era el Águila Rey, comúnmente conocido como Águila Calva, aunque su cabeza no es calva en absoluto.



Aguila calva (*Haliaeetus leucocephalus*)
Nombre en inglés: Bald Eagle
Canadá, Estados Unidos y norte de México

Los ojos de Pedro parecían a punto de salirse de las órbitas, pues era evidente que el Águila Rey iba tras Plunger, y Pedro no lo entendía en absoluto. Verán, él no entendía lo que gritaba Águila Rey. Pero Plunger sí. Águila Rey gritaba: "¡Suelta ese pez! ¡Suelta ese pez!".

Plunger no tenía intención de soltar ese pez si podía evitarlo. Era su pez. ¿Acaso no lo había atrapado él mismo? No pensaba entregárselo a ningún

ladrón del aire, aunque ese ladrón fuera el mismísimo Águila Rey, a menos que lo obligaran. Así que Plunger empezó a esquivar y a dar vueltas en el aire, subiendo cada vez más alto y gritando con fuerza: "¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡No voy a soltar este pez! ¡Es mío! ¡Es mío!".

Como el pez pesaba mucho, Plunger no podía volar con la misma facilidad y rapidez que si no llevara nada. Subía y subía, pero Águila Rey seguía subiendo con él, dando vueltas a su alrededor, gritando con fuerza y amenazando con golpearlo con sus enormes y crueles garras curvas. Pedro los observaba, tan emocionado que casi bailaba. "¡Ay, espero que Plunger se escape de ese gran ladrón!", exclamó Pedro. "Puede que sea el rey del aire, pero es un ladrón al fin y al cabo".

Plunger y Águila Rey estaban ahora en el aire, sobre el Gran Río. De repente, Águila Rey voló sobre Plunger y por un instante pareció quedarse quieto, igual que Plunger antes de lanzarse al agua tras el pez. Había una nota aún más áspera en el grito de Águila Rey. Si Pedro hubiera estado lo suficientemente cerca, habría visto una mirada de ira y determinación en los feroces ojos amarillos de Águila Rey. Plunger lo vio y supo lo que significaba. Sabía que Águila Rey no toleraría más tonterías. Con un grito de amarga decepción y rabia, soltó el gran pez.

Abajo, abajo, cayó el pez, brillando al sol como una barra de plata. Águila Rey entrecerró las alas y se lanzó como un rayo. Justo antes de que el pez llegara al agua, Águila Rey lo golpeó con sus grandes garras, se detuvo extendiendo sus anchas alas y cola, y luego, triunfante, voló hacia el mismo árbol hacia el que Plunger se había dirigido al atrapar el pez. Allí preparó su desayuno tranquilamente, aparentemente disfrutándolo tanto como si lo hubiera conseguido honestamente.

En cuanto al pobre Plunger, se sacudió, gritó furioso un par de veces, y luego pareció pensar que lo más sensato era sacarle el máximo provecho a un mal asunto y que había más peces de donde había salido ese, pues una vez más comenzó a navegar en círculos sobre el Río Grande, buscando un pez cerca de la superficie. Pedro lo observó hasta que lo vio atrapar otro pez y volar triunfalmente con él. Águila Rey también lo observó, pero después de un buen desayuno, estaba dispuesto a dejar que Plunger disfrutara de su captura en paz.

A última hora de la tarde, Pedro visitó el Viejo Huerto, pues tenía que contarle a Jenny Cucarachera todo lo que había visto esa mañana.

"Águila Rey es rey simplemente porque es tan grande, feroz y fuerte", balbuceó Jenny. No tiene hábitos regios, ni lo más mínimo. Nunca duda en robar a los más pequeños, como lo viste robar a Plunger. Le encantan los peces, y de vez en cuando pesca uno cuando Plunger no está para que se lo robe, pero no es muy buen pescador,

ni es nada quisquilloso con el pescado. Plunger solo come pescado fresco que él mismo pesca, pero Águila Rey come peces muertos que encuentra en la orilla. Tampoco parece importarle cuánto tiempo llevan muertos.

¿Es que no come nada más que pescado? —preguntó Pedro con inocencia. —Bueno —replicó Jenny Cucarachera con ojos brillantes—, no te aconsejo que corras por los Prados Verdes a la vista de Águila Rey. Me han dicho que le gusta mucho el conejo. De hecho, le encanta la carne fresca de cualquier tipo. Incluso atrapa a las crías del ciervo Pie ligero cuando tiene oportunidad. Es tan ágil que hasta los miembros de la familia de los patos le temen, pues le gusta especialmente el pato gordo. Ni siquiera Bocina, el ganso, está a salvo de él. Puede que sea rey, pero solo gobierna a través del miedo. Es un viejo ladrón de cabeza blanca. Lo mejor que puedo decir de él es que tiene una pareja para toda la vida y le es fiel mientras viva, lo cual son muchos años. Por cierto, Pedro, ¿sabías que ella es más grande que él, y que las crías, durante el primer año después de dejar el nido, son más grandes que sus padres y no tienen cabeza blanca? Cuando les crece la cabeza blanca, son del mismo tamaño que sus padres. “Es extraño y difícil de creer”, dijo Pedro.

“Es extraño, pero es cierto, lo creas o no”, replicó Jenny Cucarachera, y desapareció rápidamente en su casa.



KING EAGLE, the bald or whiteheaded Eagle. His head, neck and tail are snowy white.

PLUNGER THE OSPREY, one of our largest hawks, brown above and white beneath.

CAPÍTULO XXI. Un festín de pesca

Pedro Conejo estaba sentado al borde del Viejo Zarzal, intentando decidir si quedarse en casa, lo cual era lo más prudente y correcto, o ir a visitar a algunos amigos que aún no había visitado. Un áspero y agudo traqueteo le hizo levantar la vista y ver un pájaro aproximadamente un tercio más grande que Petirrojo, y con una cabeza desproporcionada en relación con su cuerpo. Volaba directo hacia el Estanque Sonriente, traqueteando ásperamente. El simple sonido de su voz resolvió el asunto para Pedro. «Es Martín, el Pescador», gritó. «Creo que iré corriendo al Estanque Sonriente a presentarle mis respetos».



Martín Pescador norteamericano (*Megasceryle alcyon*)
Nombre en inglés: Belted Kingfisher
América del Norte, el Caribe, América Central y la parte norte de Sudamérica.

Así que Pedro se dirigió al Estanque Sonriente tan rápido como sus largas piernas se lo permitieron, lipperty-lipperty-lip. Había perdido de vista a Martín, el Pescador, y cuando llegó al fondo del Estanque Sonriente, dudaba qué camino tomar. Era muy temprano por la mañana y no se veía ni una sola onda en la superficie del Estanque Sonriente. Mientras Pedro estaba sentado allí, tratando de decidir qué camino tomar, vio venir desde la dirección del Río Grande un gran pájaro de alas anchas, volando lentamente. Parecía no tener cuello, pero dos largas patas lo sostenían directamente.

"¡Patatas Largas, la Garza Azul! Me pregunto si vendrá aquí", exclamó Pedro. "Espero que sí".

Pedro se quedó donde estaba y esperó. Piernas Largas se acercaba cada vez más. Cuando estuvo justo enfrente de Pedro, de repente bajó sus largas patas, plegó sus

grandes alas y se posó justo en el borde del Estanque Sonriente, frente a donde estaba sentado Pedro. Si cuando volaba parecía no tener cuello, ahora parecía tenerlo todo al estirarlo al máximo. De hecho, su cuello era tan largo que, al volar, lo llevaba doblado sobre los hombros. Pedro, nunca había tenido una oportunidad de ver a Piernas Largas volando.

Medía más de un metro veinte de altura. La parte superior de su cabeza y garganta eran blancas. Desde la base de su gran pico y sobre su ojo, una franja negra terminaba en dos largas y delgadas plumas negras que colgaban de la nuca. Su pico era más largo que su cabeza, robusto y afilado como una lanza, de color amarillo. Su largo cuello era de un gris parduzco claro. Su espalda y alas eran de un color azulado. La curva de cada ala y las partes emplumadas de sus patas eran de un rojo óxido. El resto de sus patas y pies eran negros. Sobre su pecho colgaban hermosas y largas plumas de color gris perla, muy diferentes a las que Pedro había visto en ninguno de sus otros amigos emplumados. A pesar de la longitud de sus patas y su cuello, era a la vez elegante y atractivo.

«Me pregunto qué lo habrá traído al Estanque Sonriente», pensó Pedro.

No tuvo que esperar mucho para descubrirlo. Tras permanecer inmóvil con el cuello estirado al máximo hasta asegurarse de que no había peligro, Piernas Largas se adentró en el agua unos pasos, dobló el cuello hacia atrás hasta que su largo pico pareció descansar sobre su pecho y luego permaneció inmóvil como si no tuviera vida. Pedro también permaneció inmóvil. Poco a poco, empezó a preguntarse si Piernas Largas se habría dormido. Su paciencia se estaba agotando y estaba a punto de ir en busca de Martín, el Pescador, cuando, como un rayo, el pico de Piernas Largas, como una daga, salió disparado hacia el agua. Al retirarlo, Pedro vio que Piernas Largas había atrapado un pececito, que se tragó de inmediato. Pedro casi se echó a reír al ver los divertidos esfuerzos de Piernas Largas por tragarse el pez. Entonces, Piernas Largas volvió a su antigua posición, tan inmóvil como antes.

Ya no le costaba a Pedro quedarse quieto, pues estaba demasiado interesado en observar a este pescador solitario como para pensar en irse. No tardó mucho en que Piernas Largas volviera a atrapar a un renacuajo gordo. Pedro recordó cómo había visto a Plunger, el águila pescadora, pescando en el Río Grande y la diferencia en las costumbres de los dos pescadores.



Garzón azulado o Garza morena (*Ardea herodias*)
Nombre en inglés: Great Blue Heron
América del Norte, Centroamérica, islas Galápagos y norte de Sudamérica

“Plunger busca su pez mientras Patas Largas espera a que el suyo venga a él”, pensó Pedro. “Me pregunto si Patas Largas nunca sale de caza”.

Como respondiendo al pensamiento de Pedro, Patas Largas pareció concluir que ya no venían más peces. Se estiró cuan alto era, miró fijamente a un lado y a otro para asegurarse de que todo estaba bien, y luego empezó a caminar por el borde del Estanque Sonriente. Apoyó cada pie lenta y cuidadosamente para no hacer ruido. Apenas había dado unos pasos cuando aquel gran pico se lanzó como un rayo, y Pedro vio que había atrapado a una joven rana descuidada. Unos pasos más adelante, atrapó a otro renacuajo. Luego, al llegar a un lugar que le convenía, se metió de nuevo en el agua y empezó a buscar peces.

Pedro recordó de repente a Martín, el Pescador, a quien había olvidado por completo. Desde el Gran Nogal Americano de la orilla, Martín voló sobre el Estanque Sonriente, se quedó suspendido un instante y luego se zambulló de cabeza. Se oyó un chapoteo, y un segundo después, Martín estaba de nuevo en el aire, sacudiéndose el agua con una lluvia plateada. En su largo, robusto y negro pico había un pececito. Voló de vuelta a una rama del Gran Nogal que colgaba sobre el agua y golpeó al pez contra la rama hasta que murió. Luego lo giró para poder tragárselo de cabeza. Era un pez grande para el tamaño del pescador y le costó muchísimo bajarlo. Pero por fin bajó, y Martín se dispuso a buscar otro. El sol lo iluminaba de lleno, y Pedro dejó escapar un pequeño grito de sorpresa.

«Nunca me había dado cuenta de la elegancia de Martín», pensó Pedro. Era más o menos del tamaño de Ala Amarilla, el Pájaro carpintero escapulario, pero su cabeza

lo hacía parecer más grande de lo que era. Verán, las plumas de la parte superior de su cabeza se erizaban formando una cresta, como si hubieran sido cepilladas al revés. Su cabeza, espalda, alas y cola eran de un gris azulado. Su garganta era blanca y llevaba un collar blanco. Delante de cada ojo había una pequeña mancha blanca. Sobre su pecho había un cinturón gris azulado, y debajo era blanco. Tenía diminutas manchas blancas en las alas, y su cola estaba salpicada de blanco. Su pico era negro y, como el de Patas Largas, era largo, robusto y afilado. Parecía casi demasiado grande para su tamaño.

En ese momento Martín voló y se zambulló de nuevo en el Estanque Sonriente, esta vez muy cerca de donde Patas Largas esperaba pacientemente. Atrapó un pez, porque Martín no suele fallar. Era un pez más pequeño que el primero, y esta vez, en cuanto regresó al Gran Nogal, se lo tragó sin golpearlo contra la rama. En cuanto a Patas Largas, parecía completamente molesto. Por un momento, se quedó mirando furioso a Martín. Verán, cuando Martín se había lanzado tan cerca de Patas Largas, había asustado a todos los peces. Finalmente, Patas Largas pareció convencerse de que solo había espacio para un pescador a la vez en el Estanque Sonriente. Desplegando sus grandes alas, doblando su largo cuello hacia atrás sobre sus hombros y arrastrando sus largas patas, voló pesadamente en dirección al Río Grande. Martín se quedó lo suficiente para atrapar otro pececito, y luego, voló río abajo por el Arroyo Risueño. «Lo reconocería en cualquier lugar por ese cascabel de canto», pensó Pedro. No hay nadie que pueda hacer un ruido parecido. Me pregunto dónde se habrá metido. Debe de tener un nido, pero no tengo ni idea de qué clase de nido construye. ¡Hola! Ahí está el Abuelo Rana en su nenúfar verde. Quizás pueda decírmelo.

Así que Pedro siguió saltando hasta estar lo suficientemente cerca como para hablar con el Abuelo Rana. "¿Qué clase de nido construye el Martín Pescador?", repitió el Abuelo Rana. "¡Chug-arum², Pedro Conejo! Creía que todo el mundo sabía que Martín no construye nidos. Al menos yo no lo llamaría nido. Vive en un agujero en la tierra".

"¡Qué!", gritó Pedro, con cara de no poder creer lo que oía.

El Abuelo Rana sonrió y sus ojos saltones brillaron. "Sí", dijo, "Martín vive en un agujero en la tierra".

—Pero... pero... pero ¿qué clase de agujero? —tartamudeó Pedro.

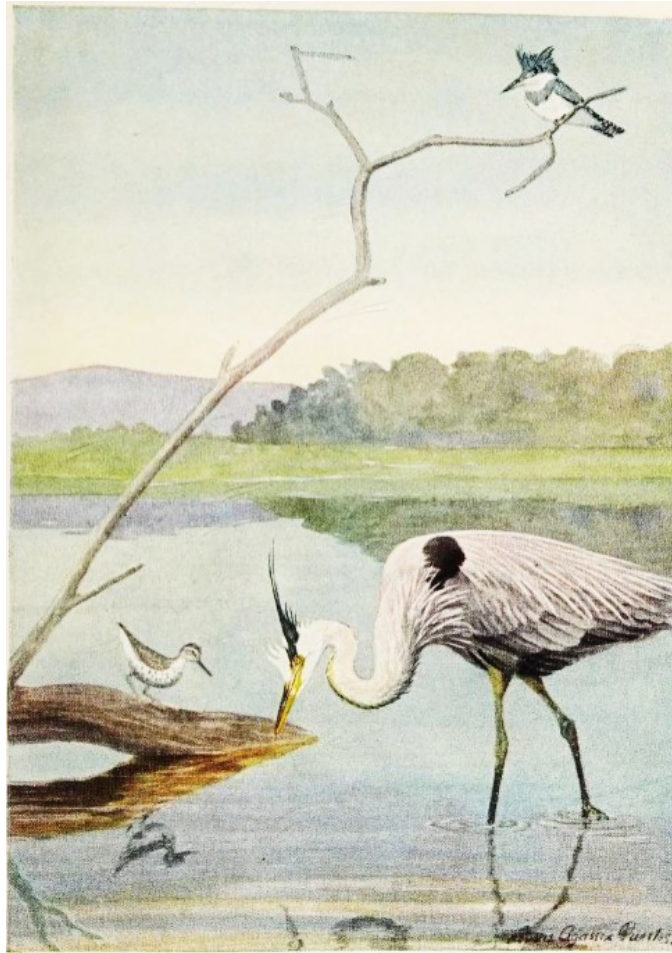
² Chug-arum" (o chugarum, jug-o-rum) es una onomatopeya que representa el sonido grave y característico de la rana toro (bullfrog).

“Un simple agujero”, replicó el Abuelo Rana, sonriendo más ampliamente que nunca. Luego, al ver la perplejidad de Pedro, continuó explicando: “Suele elegir un banco alto de grava cerca del agua y cava un agujero recto, a poca distancia de la cima. Lo hace lo suficientemente grande para que él y la Sra. Martín puedan entrar y salir cómodamente, y lo cava recto por varios metros. Me han dicho que al final hace una especie de dormitorio, porque suele tener una familia numerosa”.

“¿Quieres decir que lo cava él mismo?”, preguntó Pedro.

El Abuelo Rana asintió. “Si no lo hace él, lo hace la Sra. Martín Pescador”, respondió. Esos picos tan grandes que tienen son como picos y lanzas para pescar. Con ellos sueltan la arena y la sacan con los pies. Nunca he visto el interior de su casa, pero me han dicho que su dormitorio está lleno de espinas de pescado. Quizás tú puedas llamarlo nido, pero yo no.

"Voy directo al Arroyo Risueño a buscar ese agujero", declaró Pedro, y se fue con tanta prisa que olvidó ser cortés y darle las gracias al Abuelo Rana.



RATTLES THE KINGFISHER. His voice sounds like a watchman's rattle.
TEETER THE SPOTTED SANDPIPER. You can tell him by the way he
bobs or tecters.
LONGLEGS THE GREAT BLUE HERON. He stands nearly four feet
high.



Belted Kingfisher. Illustration by Louis Agassiz Fuertes, 1914

CAPÍTULO XXII. Algunos excavadores emplumados.

Pedro Conejo correteaba por una orilla del Arroyo Risueño, buscando con ansias una orilla alta y pedregosa como aquella en la que, según había dicho el Abuelo Rana, a Martín, el Pescador, le gustaba construir su hogar. Si Pedro se hubiera parado a pensar un poco, habría sabido que estaba perdiendo el tiempo. Verán, el Arroyo Risueño fluía por los Prados Verdes, así que, por supuesto, no habría una orilla alta y pedregosa, porque los Prados Verdes son bajos. Pero Pedro Conejo, con su habitual descuido, no pensó. Había visto a Martín volar por el Arroyo Risueño, así que dio por sentado que su hogar debía estar en algún lugar allí abajo.

Por fin, Pedro llegó al lugar donde el Arroyo Risueño se unía al Río Grande. Claro que no había encontrado el hogar de Martín. Pero ahora sí encontró algo que, por el momento, lo hizo olvidar por completo a Martín y su hogar. Justo antes de llegar al Río Grande, el Arroyo Risueño serpenteaba por un pantano con muchos árboles altos y muchos árboles jóvenes. Allí crecían muchos helechos grandes, ideales para esconderse bajo ellos. A Pedro siempre le había gustado ese pantano.

Se había detenido a descansar en un grupo de helechos cuando se sobresaltó al ver un gran pájaro posado en un árbol a poca distancia. Su primer pensamiento fue que era un halcón, así que pueden imaginarse su sorpresa y alegría al descubrir que era la Señora Patas Largas. De alguna manera, Pedro siempre había pensado que la Garza Azul, Patas Largas, nunca se posaba en ningún lugar excepto en el suelo. Pero allí estaba la Señora Patas Largas en un árbol. Sin nada que temer, Pedro salió sigilosamente de su escondite para ver mejor.

En el árbol donde estaba posada la Señora Patas Largas, y justo debajo de ella, vio una pequeña plataforma de ramas. No sospechó que fuera un nido, porque parecía demasiado tosco y descuidado para serlo. Probablemente no habría pensado en ello si la Sra. Piernas Largas no se hubiera acomodado en él justo mientras Pedro observaba. No parecía lo suficientemente grande ni fuerte como para sostenerla, pero lo hizo.

"¡Por Dios!", pensó Pedro, "¡He encontrado el nido de Piernas Largas! Él y la Sra. Piernas Largas pueden ser buenos pescadores, pero ciertamente son muy malos constructores de nidos. No entiendo cómo la Sra. Piernas Largas puede entrar y salir de ese nido sin patear los huevos".

Pedro se quedó sentado un rato, pero como no quería que se supiera su presencia y como no había nadie con quien hablar, decidió que, estando tan cerca del Río

Grande, iría allí a ver si Plunger, el águila pescadora, estaba pescando de nuevo ese día.

Cuando llegó al Río Grande, no vio a Plunger. Pedro se sintió decepcionado. Casi había decidido regresar por donde había venido, cuando desde más allá del pantano, río arriba, oyó el grito áspero y estridente de Martín, el Pescador. Le recordó lo que había venido a buscar, y de inmediato echó a correr en esa dirección.

Pedro salió del pantano a una pequeña playa de arena. Allí se agachó un momento, parpadeando, pues allí el sol brillaba con fuerza. Entonces, un poco más allá, descubrió algo que, en su ávida curiosidad, le hizo olvidar por completo que estaba al descubierto, donde no era nada seguro para un Conejo. Lo que vio fue un alto banco de arena. Con una rápida mirada a un lado y a otro para asegurarse de que no había ningún enemigo a la vista, Pedro corrió por la orilla del agua hasta llegar justo al pie del banco de arena. Entonces se agachó y buscó con ansias un agujero como el que imaginaba que Martín, el Pescador, podría hacer. En lugar de un solo agujero, vio muchos, pero eran muy pequeños. Supo de inmediato que Martín no podría entrar ni salir de ninguno de esos agujeros. De hecho, esos agujeros en la orilla no eran más grandes que los que hace Downy, el Pájaro Carpintero, en los árboles. Pedro no podía imaginar quién o qué los había hecho.

Mientras Pedro estaba sentado allí, mirando y preguntándose, una cabecita esbelta apareció en la entrada de uno de esos agujeros. Era una cabecita esbelta con un pico muy pequeño y una garganta blanca como la nieve. A primera vista, Pedro pensó que era su viejo amigo, Skimmer, la Golondrina de Árbol, y estaba a punto de preguntar qué hacía Skimmer en un lugar como ese, cuando, con un animado gorjeo de saludo, el dueño de ese pequeño agujero en la orilla salió volando y voló en círculos sobre la cabeza de Pedro. No era Skimmer en absoluto. Era Banquero, la Golondrina de Banco, primo de Skimmer, la Golondrina de Árbol. Pedro lo reconoció en cuanto lo vio de cerca.



Golondrina ribereña (*Riparia riparia*)

Nombre en inglés: Bank Swallow

América, Africa y Eurasia. En Colombia llega hasta 3000m de altura sobre el nivel del mar en todo el país.

Para empezar, Banquero era un poco más pequeño que Skimmer. Además, no era tan guapo. Su lomo, en lugar de ser de ese hermoso azul acero intenso que hace a Skimmer tan guapo, era de un sobrio marrón grisáceo. Era un poco más oscuro en las alas y la cola. Su pecho, en lugar de ser completamente blanco como la nieve, estaba cruzado por una franja marrón. Su cola era más cuadrada en la punta que la de otros miembros de la familia de las Golondrinas.

"¿Qué... qué... qué hacías ahí?", tartamudeó Pedro, con los ojos desorbitados por la curiosidad y la emoción.

"¡Pero si esta es mi casa!", gorjeó Banquero.

“¿Quieres decir que vives en un agujero en la tierra?”, exclamó Pedro.

“Claro. ¿Por qué no?”, gorjeó Banquero mientras atrapaba una mosca justo sobre la cabeza de Pedro.

“No sé por qué no deberías”, confesó Pedro. “Pero me cuesta pensar que los pájaros vivan en agujeros en la tierra. Acabo de descubrir que Martín, el Pescador, vive en ellos. Pero no sabía que había más aves. ¿Hiciste tú ese agujero, Banquero?”

“Claro”, respondió Banquero. “Es decir, ayudé a hacerlo. La señora Banquero hizo su parte. Al fondo tenemos un nidito precioso de paja y plumas. Es más, tenemos cuatro huevos blancos ahí, y la señora Banquero está empollando sobre ellos ahora mismo”. Para entonces, el aire parecía estar lleno de los amigos de Banquero, revoloteando y dando vueltas por todos lados, entrando y saliendo de los pequeños agujeros de la orilla.

"Soy como mi primo mayor, la Golondrina Púrpura, amante de la compañía", explicó Banquero. "A las Golondrinas de Ribera nos gusta tener nuestras casas cerca. Dijiste que acababas de descubrir que Martín, el Pescador, tiene su casa en una orilla. ¿Sabes dónde está?"

"No", respondió Pedro. "La estaba buscando cuando descubrí tu casa. ¿Puedes decirme dónde está?"

"Haré algo mejor que eso", respondió Banquero. "Te mostraré dónde está".

Se lanzó un trecho por la orilla y se quedó flotando un instante cerca de la cima. Pedro corrió hacia allí y miró hacia arriba. Allí, a solo unos centímetros por debajo, había otro agujero, un agujero mucho más grande que los que acababa de dejar. Mientras lo miraba fijamente, una cabeza con un pico largo y afilado y una cresta que parecía como si todas las plumas de la coronilla hubieran sido peinadas al revés, apareció. Era el mismísimo Martín. No parecía nada contento de ver a Pedro. De

hecho, salió y se abalanzó sobre él furioso. Pedro no esperó a sentir ese pico afilado como una daga. Echó a correr. Había visto lo que buscaba y estaba muy contento de volver a casa.

Pedro tomó un atajo a través de los Prados Verdes. Lo llevó más allá de cierto árbol alto y muerto. Un agudo grito de "¡Kill-ee, kill-ee, kill-ee!" hizo que Pedro levantara la vista justo a tiempo para ver un pájaro esbelto y hermoso, cuyo cuerpo era aproximadamente del tamaño de Sammy Arrendajo azul, pero cuyas alas y cola más largas lo hacían parecer más grande. Una mirada fue suficiente para que Pedro supiera que se trataba de un miembro de la familia de los Halcones, el más pequeño de la familia. Era Killy, el cernícalo americano³. Es demasiado pequeño para que Pedro le tema, así que ahora Pedro no poseía nada más que una gran curiosidad, y se sentó a observar.

Killy voló sobre la hierba del prado. De repente, batiendo las alas, se mantuvo en un lugar en el aire y luego descendió sobre la hierba. Volvió a estar arriba en un instante, y Pedro pudo ver que tenía un saltamontes gordo en sus garras. Voló de vuelta a la copa del árbol alto y muerto y allí se comió al saltamontes. Cuando terminó, se sentó erguido e inmóvil, tan inmóvil que parecía parte del árbol. Con esos maravillosos ojos suyos, observaba atentamente a otro saltamontes o a un ratón de campo descuidado.

Killy era muy elegante y guapo. Su lomo era de color marrón rojizo, cruzado por barras negras. Su cola era de color marrón rojizo con una banda negra cerca del final y la punta blanca. Sus alas eran de un azul pizarra⁴ con pequeñas barras negras; las plumas más largas dejaban barras blancas. Debajo tenía un hermoso color, moteado de negro. Su cabeza era azulada con una mancha rojiza justo en la parte superior. Delante y detrás de cada oreja tenía una marca negra. Su pico, bastante corto, como el del resto de su familia, era ganchudo.

Mientras Pedro admiraba a Killy, pues era lo suficientemente guapo como para que cualquiera lo admirara, notó por primera vez un agujero en lo alto del tronco del árbol, un agujero como el que Alas Amarillas, el carpintero escapulario, podría haberlo hecho. Pedro recordó de inmediato lo que Jenny Cucarachera le había

³ En el libro original está con el nombre Sparrow Hawk, pero es una especie de gavián de Eurasia. Como se trata de un libro sobre las aves de América, el ave que más se asocia con la descripción que hace el personaje Pedro Conejo, es el Cernícalo Americano.

⁴ En inglés slaty-blue (gris azulado oscuro) se traduce al español principalmente como azul pizarra. Es un tono que combina la frialdad del azul con la sobriedad grisácea de la pizarra, a menudo utilizado para describir colores oscuros azulados-grises.

contado sobre el nido de Killy en un agujero como ese. "Me pregunto", pensó Pedro, "si ese es el hogar de Killy".



Gavilán común (Accipiter nisus)
Nombre en inglés: Sparrowhawk
Eurasia



Cernícalo Americano (Falco sparverius)
Nombre en inglés: American Kestrel
Gran parte de América, desde Canadá hasta Tierra del Fuego

En ese momento, Killy voló y se dejó caer en la hierba justo delante de Pedro, donde atrapó otro saltamontes gordo. "¿Es ese tu hogar ahí arriba?", preguntó Pedro apresuradamente.

"Claro que sí, Pedro", respondió Killy. "Este es el tercer verano que la señora Killy y yo tenemos nuestro hogar allí".

"Pareces tener mucho cariño a los saltamontes", aventuró Pedro.

"Sí", respondió Killy. "Son un bocado delicioso cuando uno puede comer lo suficiente".

"¿Son el único alimento que comes?", aventuró Pedro.

Killy se rió. Fue una risa estridente. "Yo diría que no", dijo. Como arañas, gusanos y todo tipo de insectos lo suficientemente grandes como para darle un buen mordisco a alguien. Pero para comer bien, denme un ratón de campo gordo. No me opongo a un gorrión ni a ningún otro pájaro pequeño de vez en cuando, sobre todo cuando tengo que alimentar a una familia de polluelos hambrientos. Pero, durante toda la temporada, vivo principalmente de saltamontes, insectos y ratones de campo. Hago mucho bien en este mundo, quiero que lo sepan.

Pedro dijo que suponía que así era, pero que no dejaba de pensar en la lástima que Killy matara a sus vecinos emplumados. En cuanto le fue posible, se despidió cortésmente de Killy y se apresuró a volver a su querido Viejo Zarzal, para reflexionar sobre lo extraño que parecía que un miembro de la familia de los halcones anidara

en un árbol hueco y un miembro de la familia de las golondrinas cavara un hoyo en la tierra.

CAPÍTULO XXIII. Algunas bocas grandes

¡Bum! Pedro Conejo saltó como si le hubieran disparado. Fue todo tan repentino e inesperado que Pedro saltó antes de tener tiempo de pensar. Entonces pareció tonto. Se sintió tonto. Se había asustado cuando no había nada que temer.

"Ja, ja, ja, ja", rió Jenny Cucarachera. "¿Por qué saltas, Pedro Conejo? Ese solo era Boomer el Halcón Nocturno⁵".

"Lo sé tan bien como tú, Jenny Cucarachera", replicó Pedro con enfado. "Sabes que asustarse de repente suele enfadar a la gente. Si lo hubiera visto por aquí, no me habría asustado. Fue lo inesperado. De todas formas, no entiendo por qué anda ahora. Ni siquiera ha anochecido, y pensé que era un ave nocturna".

"Así es", replicó Jenny Cucarachera. "En fin, es un pájaro nocturno, y eso viene a ser lo mismo. Pero que le guste más la noche no es razón para que no salga de día, ¿verdad?"

"No", respondió Pedro con cierta lentitud. "Supongo que no".

"Claro que no", declaró Jenny Cucarachera. "Veo a Boomer casi todos los días al final de la tarde. En los días nublados, a menudo lo veo temprano por la tarde. Es un tipo raro, Boomer. ¡Menuda boca tiene! Supongo que es muy útil tener una boca grande si uno tiene que atrapar toda la comida en el aire, pero ciertamente no es bonita cuando está bien abierta".

"Una boca abierta de par en par rara vez no es bonita", replicó Pedro, que todavía se sentía un poco molesto. "Nunca me había dado cuenta de que Boomer tuviera una boca particularmente grande".

"Bueno, la tiene, te hayas dado cuenta o no", replicó Jenny Cucarachera con brusquedad. Tiene un pico pequeño, pero una boca enorme. No entiendo por qué lo llaman Halcón cuando no lo es en absoluto. No es más Halcón que yo, y Dios sabe que ni siquiera soy pariente de la familia Halcón.

"Creo que me dijiste el otro día que Boomer es pariente de Hollín, el Vencejo de Chimenea", dijo Pedro.

⁵ En el texto original está Nighthawk, sin embargo, hacen referencia al ave Chotacabras

Jenny asintió vigorosamente. "Así es, Pedro", respondió. "Me alegra que tengas tan buena memoria. Boomer y Hollín son como primos segundos. Ahí está Boomer ahora, allá arriba en el cielo. Ojalá se lanzara en picado y asustara a alguien más".

Pedro echó la cabeza hacia atrás. En lo alto, en el cielo azul, había un pájaro que a esa distancia parecía una golondrina gigante. Daba vueltas y se movía de un lado a otro. Mientras Pedro lo observaba, entrecerró las alas y descendió a tal velocidad que Pedro contuvo la respiración. Parecía como si Boomer fuera a estrellarse. Justo antes de tocar tierra, abrió las alas de repente y giró hacia arriba. En el instante en que se giró, se oyó el estruendo que tanto había sobresaltado a Pedro. Lo produjo el viento que se abría paso entre las plumas más grandes de sus alas al detenerse.

En ese picado, Boomer se había acercado lo suficiente como para que Pedro pudiera verlo bien. Su pelaje parecía una mezcla de marrón y gris, de aspecto muy suave. Sus alas eran marrones con una mancha blanca en cada una. Tenía una mancha blanca en la garganta y una franja blanca cerca del final de la cola.

"¿Es bastante guapo, no crees?", preguntó Jenny Cucarachera.

"Claro que sí", respondió Pedro. "¿Sabes por casualidad qué tipo de nido construyen los Halcones Nocturnos, Jenny?"

"No construyen ninguno". Jenny Cucarachera era la viva imagen del desprecio al decir esto. "No construyen ningún nido. No puede ser porque sean perezosos, porque no conozco ningún pájaro que cace con más ahínco para ganarse la vida que Boomer y la Sra. Boomer".

"Pero si no hay nido, ¿dónde pone los huevos la Sra. Boomer?", exclamó Pedro. "Creo que te equivocas, Jenny Cucarachera. Deben tener algún tipo de nido. Claro que sí". "¿No dije que no tienen nido?", balbuceó Jenny. "La Sra. Halcón Nocturno solo pone dos huevos. Quizás piensa que no vale la pena construir un nido para solo dos huevos. En fin, los pone en el suelo o en una roca plana y ya está. No es tan mala como Sally Astuta, el Tordo, porque sí se empolla sobre esos huevos y es una buena madre. ¡Pero piensa en esos niños Halcón Nocturno que nunca tendrán un hogar! No me parece bien y nunca lo tendrá. ¿Alguna vez viste a Boomer en un árbol?"

Pedro negó con la cabeza. "Lo he visto en el suelo", dijo, "pero nunca lo he visto en un árbol. ¿Por qué preguntaste, Jenny Cucarachera?"

"Para ver qué tan bien has usado la vista", espetó Jenny. "Solo quería ver si habías notado algo peculiar en su forma de sentarse en un árbol. Pero ya que no lo has visto en un árbol, te diré que no se sienta como la mayoría de los pájaros. Se sienta a lo largo de una rama. Nunca se sienta transversalmente como el resto de nosotros".

“¡Qué gracioso!” exclamó Pedro. “Supongo que es Boomer el que hace ese ruido raro que oímos”.

“Sí”, respondió Jenny. “Ciertamente le gusta usar su voz. Me dicen que algunos lo llaman Murciélago, aunque no entiendo por qué lo llaman Murciélago o Halcón. Supongo que conoces a su primo, Will, el Chotacabras cuerpoespín”.

“Diría que sí”, respondió Pedro. Es capaz de volverte loco cuando empieza a gritar “¡Ay, pobrecito Will!” tan cerca. Esa voz me atraviesa tanto que quiero taparme los oídos. No conozco a nadie que pueda repetir una cosa una y otra vez, tantas veces, sin parar. ¿Debo entender que es primo de Boomer?

"Es una especie de primo segundo, igual que Hollín el Vencejo de Chimenea", explicó Jenny Cucarachera. "Se parecen lo suficiente como para ser primos. El Chotacabras cuerpoespín tiene la misma boca grande y se viste como Boomer, salvo que no tiene manchas blancas en las alas".

"Ya me he fijado", dijo Pedro. "Es una forma de distinguirlos".

"¿Así que te fijaste en eso?", exclamó Jenny. "Te hace honor, Pedro. Te hace honor. Me pregunto si también te fijaste en los bigotes del Chotacabras cuerpoespín".

"¡Bigotes!", exclamó Pedro. ¿Quién ha oído hablar de un pájaro con bigotes? Puedes tragarme un montón, Jenny Cucarachera, pero hay cosas que no puedo tragar, y los bigotes de pájaro son una de ellas.

"Nadie te pidió que te los tragaras. Nadie quiere que te los tragues", espetó Jenny. "No sé por qué un pájaro no debería tener bigotes igual de bien que tú, Pedro Conejo. En fin, el chotacabras los tiene y punto. Da igual que creas en ellos o no, ahí están. Y supongo que el chotacabras los encuentra tan útiles como tú los tuyos, e incluso un poco más. Lo que sí sé es que, si tuviera que atrapar toda mi comida en el aire, querría bigotes y muchos para que los insectos se enredaran en ellos. Supongo que para eso son los bigotes de los chotacabras".

"Disculpa, Jenny Cucarachera", dijo Pedro con mucha humildad. “Claro que el Chotacabras cuerpoespín tiene bigotes, si tú lo dices. Por cierto, ¿acaso los Chotacabras cuerpoespín hacen mejores nidos que los Halcones Nocturnos (Chotacabras)?”

“Para nada”, respondió Jenny Cucarachera. “La señora Chotacabras cuerpoespín pone sus huevos en el suelo, pero normalmente en el Bosque Verde, donde es oscuro y solitario. Al igual que la señora Halcón Nocturno, solo pone dos. Lo mismo ocurre con otra prima segunda, la viuda Tapacamino de Carolina”.

“¿Quién?”, exclamó Pedro, frunciendo el ceño.

“¡El tapacamino de Carolina!”, casi gritó Jenny Cucarachera. ¿No lo conoces?

Pedro negó con la cabeza. “Nunca había oído hablar de un pájaro así”, confesó.

“Eso es lo que pasa por no haber viajado nunca”, replicó Jenny Cucarachera. “Si alguna vez hubieras estado en el Sur como yo, conocerías al Tapacamino de Carolina. Se parece mucho a los otros dos de los que hemos estado hablando, pero tiene una boca aún más grande. Es más, tiene bigotes con ramas. No hace falta que me mires como si lo dudara, Pedro Conejo; es cierto. En sus costumbres es igualito a sus primos: sin nido y solo dos huevos. Nunca vi a seres con tanto miedo de criar una familia de verdad. Si los Cucaracheros no lo hicieran mejor, no sé qué sería de nosotros”. Sabes que Jenny suele tener una familia de seis u ocho miembros.



Chotacabras (Chordeiles minor)
Nombre en inglés: Nighthawk
América



Chotacabras puercoespín (Antrostomus vociferus)
Nombre en inglés: Whip-poor-will
Norte América hasta Costa Rica



Tapacamino de Carolina (Antrostomus carolinensis)
Nombre en inglés: Chuck-will's-widow
América del norte hasta el norte de América del sur



BOOMER THE NIGHTHAWK. Look for him in the air late in the afternoon.

CAPÍTULO XXIV. Las reinitas llegan

Si hay una familia de amigos emplumados que desconcierta a Pedro Comejo más que ninguna otra, es la de las Reinitas.

"Se juntan tantas y se mueven tan constantemente que nadie tiene tiempo de mirarlas lo suficiente para reconocerlas", se quejó Pedro a Jenny Cucarachera una mañana, cuando el Viejo Huerto estaba repleto de pajaritos no más grandes que la propia Jenny Cucarachera.

¡Y qué inquietos eran!

No se quedaban quietos ni un instante, revoloteando de árbol en árbol, de ramita en ramita, surcando el aire y manteniendo un parloteo interminable mezclado con pequeños fragmentos de canto. Apenas Pedro fijaba la vista en una, otra de apariencia completamente diferente ocupaba su lugar. De vez en cuando veía a alguna que reconocía, una que se quedaba durante la temporada de anidación. Pero la mayoría solo se detenía un día o dos, rumbo al norte para establecer sus hogares de verano.

Al parecer, Jenny Cucarachera no las veía con buenos ojos. Quizás Jenny sentía un poco de envidia, pues comparados con los brillantes colores de algunos de ellos, Jenny era una personita muy fea. Además, eran tantos y estaban tan ocupados atrapando todo tipo de insectos pequeños que quizás Jenny temía que no le dejaran suficientes para alimentarse fácilmente.

"No entiendo por qué se quedan aquí", regañó Jenny. "Podrían irse a otro lugar donde no estarían quitándole la comida de la boca a los seres honestos que se quedan aquí todo el verano. ¿Has visto alguna vez animales tan inquietos? No se quedan quietos ni un instante. Me cansa mucho solo de verlos".

Pedro no pudo evitar reírse entre dientes, pues Jenny Cucarachera es muy inquieta e intranquila. En cuanto a Pedro, estaba disfrutando muchísimo de la visita de las Reinitas, a pesar de que le costaba muchísimo distinguir quién era quién. De repente, uno se lanzó hacia abajo y atrapó una mosca casi bajo las narices de Pedro, y volvió a subir a un árbol antes de que Pedro pudiera recuperar el aliento. "¡Es Zee Zee, el colirrojo!", gritó Pedro con alegría. "Reconocería a Zee Zee en cualquier parte. ¿Sabes a quién me recuerda, Jenny Cucarachera?". "¿A quién?", preguntó Jenny.

"Goldy el Oropéndola", respondió Pedro con prontitud. "Solo que, por supuesto, es muchísimo más pequeño. Es todo negro, rojo anaranjado y algo blanco, como Goldy, solo que no tiene tanto naranja".

Por un instante, Zee Zee se quedó quieto con la cola extendida. Su cabeza, garganta y espalda eran negras, con una banda negra en la punta de la cola y una raya negra en el medio. El resto era de un rojo anaranjado brillante. En cada ala había una banda rojo anaranjado y sus costados eran del mismo color. Debajo era blanco con un toque más o menos anaranjado.

Zee Zee se quedó quieto solo un instante; luego estaba en el aire, lanzándose, zambulléndose, dando vueltas, haciendo todo tipo de travesuras mientras atrapaba insectos diminutos, demasiado pequeños para que Pedro los viera. Pedro empezó a preguntarse cómo se quedaba quieto el tiempo suficiente para dormir por la noche. Y su voz era tan agitada como sus alas. "¡Zee, zee, zee, zee!", gritaba. Pero esta era solo una de muchas notas. A veces cantaba una hermosa cancioncita y luego parecía que intentaba imitar a otros miembros de la familia de las Reinitas.

"Espero que Zee Zee se quede aquí", dijo Pedro. "Me encanta verlo".

"Se quedará lo suficiente", replicó Jenny Cucarachera. No creo que se quede en el Viejo Huerto y espero que no, porque si lo hace, me será mucho más difícil conseguir lo suficiente para alimentar a mi gran familia. Probablemente él y la Sra. Colirrojo establecerán su hogar en el límite del Bosque Verde. Les gusta más allí, por lo que estoy agradecido. Ahí está la Sra. Colirrojo ahora. Fíjense que donde Zee Zee es de un rojo anaranjado brillante, ella es amarilla, y en lugar de una cabeza negra tiene una cabeza gris y su lomo es verde oliva con un tinte grisáceo. No es ni de lejos tan guapa como Zee Zee, pero bueno, eso no es de esperar. Deja que Zee Zee cante y presuma, y ella hace el trabajo. Supongo que construirá ese nido casi sin ayuda de él. Pero Zee Zee es un buen padre, eso lo digo por él. Él contribuirá a alimentar a sus crías.

En ese momento, Pedro vio un pájaro todo amarillo. Era casi del mismo tamaño que Zee Zee y revoloteaba entre los arbustos a lo largo del viejo muro de piedra. "¡Ahí está Sunshine!", gritó Pedro, y sin ser lo suficientemente cortés como para despedirse siquiera de Jenny Cucarachera, corrió hacia donde podía ver al ave que él llamaba Sunshine revoloteando de arbusto en arbusto.

"¡Oh, Sunshine!", gritó, al llegar a una distancia que le permitiera hablar, "Me alegro muchísimo de verte de vuelta. Espero de verdad que tú y la Sra. Sunshine se instalen en algún lugar cerca de aquí donde pueda verlas todos los días".

"¡Hola, Pedro! Me alegro tanto de verte como tú de verme", gritó Sunshine, la Reinita Dorada. "Sí, claro, sin duda nos quedaremos aquí si encontramos el lugar adecuado para nuestro nido. Es maravilloso estar de vuelta. Hemos viajado tanto que no

queremos ir más lejos si podemos evitarlo. ¿Has visto a Sally Astuta, el Tordo, por aquí en esta primavera?"

Pedro asintió. "Sí", dijo, "Y lo ha hecho".

"Lo siento", declaró Sunshine. "Nos causó muchos problemas el año pasado. Pero la engañamos".

"¿Cómo la engañaste?", preguntó Pedro.

Sunshine se detuvo para sacar un gusanito de una hoja. "Bueno", dijo, "encontró nuestro nido justo después de que lo termináramos y antes de que la Sra. Sunshine tuviera la oportunidad de poner un huevo. Claro que sabes lo que hizo".

"Me lo imagino", respondió Pedro. "Puso uno de sus propios huevos en tu nido".

Sunshine se detuvo para sacar dos o tres gusanitos más de las hojas. "Sí", dijo. "¡Eso hizo, la perezosa inútil! Pero no le sirvió de nada, en absoluto. Ese huevo nunca eclosionó. La engañamos y eso es lo que volveremos a hacer si repite el truco este año".

"¿Qué hiciste, tirar ese huevo?", preguntó Pedro.

"No", respondió Sunshine. "Nuestro nido era demasiado profundo para sacar ese huevo. Simplemente hicimos un segundo fondo justo encima y elevamos un poco los lados. Luego nos aseguramos de que no pusiera otro huevo ahí."

"Entonces tenías un nido de dos pisos, ¿verdad?", exclamó Pedro, abriendo mucho los ojos.

Sunshine asintió. "Sí, señor", dijo, "y era un nido precioso, si me permiten decirlo. Si hay algo de lo que la Sra. Sunshine y yo nos enorgullecemos es de nuestro nido. No hay crías que tengan un hogar más suave y acogedor que el nuestro".

"¿De qué haces tu nido?", preguntó Pedro.

"De hierbas finas y fibras suaves de plantas, algo de pelo cuando lo encontramos y algunas plumas. Pero siempre usamos mucho de ese suave y agradable algodón de helecho. No hay nada más suave ni más bonito que yo sepa". Pedro había estado admirando a Sunshine todo el tiempo y pensando en lo bien que le habían puesto ese nombre. A primera vista, parecía completamente amarillo, como si de alguna manera hubiera logrado atrapar y retener la luz del sol en sus plumas. No tenía ni una sola pluma blanca. Al acercarse mucho, Pedro pudo ver que en el pecho y debajo tenía pequeñas rayas de color marrón rojizo, y que sus alas y cola eran un poco negruzcas. Por lo demás, era completamente amarillo.

Al poco rato se le unió la señora Sunshine. No era de un amarillo tan brillante como Sunshine, con un tinte verde oliva en el lomo. Pero por debajo era casi amarillo claro, sin las rayas marrón rojizas. Ella también se alegró de ver a Pedro, pero no podía detenerse a cotillear, pues, según le informó a Sunshine, ya había encontrado el lugar perfecto para su nido. Por supuesto, Pedro rogó que le dijera dónde estaba. Pero los dos pequeños de amarillo lo miraron con sus ojos brillantes y le dijeron que ese era su secreto y que no pensaban contárselo a nadie. Quizás si Pedro no hubiera sido tan curioso y ansioso por conocer a otros miembros de la familia de las Reinitas, se habría quedado a espiar un poco. Así las cosas, se prometió volver a buscar el nido después de que lo construyeran; luego se escabulló entre los árboles del Viejo Huerto para buscar otros amigos entre las pequeñas y atareadas Reinitas que hacían del Viejo Huerto un lugar tan animado esa mañana.

"¡Hay algo en esto!", exclamó Pedro. "Cualquiera puede reconocer a Zee Zee, el Colirrojo, por su traje negro y llama. No hay otro igual. Y cualquiera puede reconocer a Sunshine, la Reinita Amarilla, porque no hay nadie más que parezca ser todo amarillo. ¡Caramba, qué grupo tan vivaz y encantador son estas Reinitas!".



Macho



Hembra

Candelita norteña o colirrojo americano (*Setophaga ruticilla*)
Nombre en inglés: American Redstart
Norte de América hasta el norte de Sudamérica



Macho



Hembra

Reinita dorada (*Setophaga petechia*)
Nombre en inglés: Mangrove Yellow Warbler
Norte de América hasta el norte de Sudamérica



SUNSHINE THE YELLOW WARBLER, the one bird who is all yellow.
ZEE-ZEE THE REDSTART, dressed chiefly in black and orange.



SEEP-SEEP THE BROWN CREEPER. When in winter you see a little brown-backed bird going round and round up a tree trunk it is the Brown Creeper.

CAPÍTULO XXV. Tres primos bastante diferentes

Cuando Pedro Conejo pasó junto a uno de los manzanos del Viejo Huerto, una voz fina y nerviosa lo saludó. «Es extraño que al menos no digas que te alegras de verme de vuelta, Pedro Conejo», dijo la voz.

Pedro, que había estado saltando bastante rápido, se detuvo bruscamente para mirar hacia arriba. Corriendo por una rama justo encima de su cabeza, ahora encima, ahora debajo, había un pajarito con un pelaje a rayas blancas y negras y un chaleco blanco. Justo cuando Pedro miró, voló hacia abajo hasta casi la base del árbol y comenzó a subir por el tronco, recogiendo cosas de la corteza aquí y allá mientras corría. Su forma de subir por el tronco le recordó a Pedro a uno de sus amigos del invierno, Seep Seep, el trepadorcito americano.

«Me parece que esta es una bienvenida muy pobre para alguien que acaba de llegar desde Sudamérica», dijo el pajarito blanco y negro con ojos brillantes.

«¡Ay, trepador, no sabía que estabas aquí!», gritó Pedro. «Sabes que me alegra verte. Me alegro muchísimo. Eres tan callado que me temo que no te habría visto si no hubieras hablado. Sabes que siempre me ha costado creer que eres una Reinita de verdad.»

¿Por qué? —preguntó Seep Seep, el trepadorcito americano, pues ese es el nombre por el que se la conoce comúnmente—. ¿Por qué? ¿Acaso no parezco una Reinita?

—Sí —dijo Pedro lentamente—. Pareces una, pero no actúas como tal.

—¿En qué sentido no actúo como tal? —preguntó Seep Seep, el trepadorcito americano. “Bueno”, respondió Pedr, “el resto de las Reinitas son las más inquietas que conozco. No pueden estarse quietos ni un minuto. Están revoloteando sin parar de un lado a otro. La verdad es que me canso de verlas. Pero tú no eres así en absoluto. Entonces, la forma en que trepas por los troncos y las ramas no se parece en nada a la de las Reinitas. ¿Por qué no revoloteas y corres como los demás?”

Los ojos brillantes de Seep Seep brillaron.

“No tengo por qué hacerlo”, dijo. Te voy a contar un secretito, Pedro. Los demás se ganan la vida con las hojas, las ramitas y el aire, pero yo he descubierto una forma más fácil. He descubierto que hay un montón de gusanitos, insectos y huevos en los troncos y las ramas grandes de los árboles, y que puedo vivir de maravilla allí sin tener que estar revoloteando sin parar. No tengo que compartirlos con nadie más que con los pájaros carpinteros, los trepadores pechiblanco y Tommy, el carbonero.

“Eso me recuerda”, dijo Pedro. “Esos que mencionaste anidan en huecos de árboles, ¿y tú?”

“Yo diría que no”, replicó Seep Seep, el trepadorcito americano. “No conozco a ninguna Reinita que lo haga. Yo construyo en el suelo, por si quieres saberlo. Anido en el Bosque Verde. A veces hago mi nido en un pequeño hueco al pie de un árbol; a veces lo pongo debajo de un tocón o una roca, o lo meto bajo las raíces de un árbol derribado. Pero bueno, Pedro Conejo, ya he hablado suficiente. Me alegra que te alegres de que haya vuelto, y yo también me alegro de haber vuelto”.

Seep Seep, el trepadorcito americano, continuó subiendo por el tronco del árbol, picoteando aquí y allá. Justo entonces, Pedro vio a otro amigo al que siempre reconocía por la máscara negra que llevaba. Era Mummer, el mascarita común. Acababa de meterse en la espesura de arbustos junto al viejo muro de piedra. Pedro corrió rápidamente a buscarlo. Cuando Pedro llegó al lugar donde había vislumbrado a Mummer, no había nadie. Pedro se sentó, sin saber qué camino tomar. De repente, Mummer apareció justo delante de Pedro, como si surgiera de la nada. Su garganta y pecho eran de un amarillo brillante, y sus alas traseras y cola de un suave verde oliva. Pero lo más llamativo era la máscara negra que le cubría las mejillas, los ojos y la frente. Al menos parecía una máscara, aunque en realidad no lo era.

"¡Hola, Mummer!", gritó Pedro.

"¡Hola a ti también, Pedro Conejo!", replicó Mummer, y luego desapareció tan repentinamente como había aparecido.

Pedro parpadeó y miró en vano a su alrededor.

"¿Buscas a alguien?", preguntó Mummer, apareciendo de repente donde Pedro menos lo esperaba.

"¡Por Dios! ¿No puedes quedarte quieto un minuto?", gritó Pedro. "¿Cómo esperas que alguien te hable si no puede mantenerte la vista fija más de dos segundos?". "¿Quién te pidió que hablaras conmigo?", respondió Mummer, y desapareció de la vista. Dos segundos después regresó y sus brillantes ojitos brillaron con picardía. Entonces, antes de que Pedro pudiera decir una palabra, Mummer empezó a cantar una agradable cancioncita. Estaba tan lleno de felicidad que Pedro no pudo enfadarse con él.

"Hay algo que me gusta de ti, Mummer", declaró Pedro, "y es que nunca te confundo con nadie más. Te reconocería perfectamente por esa máscara negra que te cubre la cara. ¿Ya llegó la señora Mummer?"

"Claro", respondió otra voz, y la Señora Mummer pasó justo frente a Pedro. Se quedó quieta un instante, lo suficiente para que él la viera bien. Vestía muy parecida a Mummer, salvo por la máscara negra.

Pedro estaba a punto de decir algo cortés y agradable cuando, justo detrás de él, se oyó un fuerte y enfático "¡Chut! ¡Chut!". Pedro se dio la vuelta para encontrarse con otro viejo amigo. Era Chut-Chut, Reinita grande, el más grande de la familia de las Reinitas. Era tanto más grande que Mummer le costaba creer que fueran primos. Pero Pedro lo sabía, y también sabía que jamás podría confundir a Chut-Chut con ningún otro miembro de la familia debido a su gran tamaño, que era el de algunos miembros de la familia de los Gorrión. Su lomo era de un verde oliva oscuro, pero su garganta y pecho eran de un hermoso amarillo brillante. Tenía una ancha línea blanca sobre cada ojo y una pequeña línea blanca debajo. Debajo del pecho estaba todo blanco.

De haberlo visto, uno habría pensado que sospechaba que Pedro podría hacerle daño. Así actuó. Si Pedro no lo hubiera conocido tan bien, podría haberse ofendido. Pero Pedro sabía que no hay nadie entre sus amigos emplumados más cauteloso que Chut-Chut el Reinita grande. Nunca da nada por sentado. Parece estar siempre alerta ante el peligro, hasta el punto de sospechar incluso de sus mejores amigos.

Cuando decidió que no había peligro, Chut-Chut salió a cotillear un poco. Pero como el resto de las Reinitas, no pudo quedarse quieto. Justo en medio de la historia de sus viajes desde el lejano México, voló a la copa de un arbolito, empezó a cantar, luego voló por los aires con las patas colgando y la cola moviéndose de arriba abajo de la forma más divertida, y allí continuó su canto mientras descendía lentamente hacia la espesura. Era una canción hermosa y Pedro se apresuró a decírselo. Chut-Chut estaba contento. Lo demostró dando un pequeño concierto él solo. A Pedro le pareció que nunca había oído tanta variedad de silbidos, llamadas y canciones como las que salían de Mascarita Común. Cuando terminó, Chut-Chut se despidió bruscamente y desapareció. Pedro pudo oír su agudo "¡Chut! ¡Chut!" más lejos, en la espesura, mientras buscaba gusanos entre los arbustos.

"Me pregunto", dijo Pedro, hablando en voz alta sin pensar, "dónde construye su nido. Me pregunto si lo construye en el suelo, como lo hace el Trepadorcito".

"No", declaró Mummer, que todo el tiempo había estado merodeando por allí cerca. "Él no, pero yo sí. Chut-Chut pone su nido cerca del suelo, generalmente a dos o tres pies. Lo construye en arbustos o zarzas. A veces, si encuentro una buena maraña de zarzas, construyo mi nido allí, a varios pies del suelo, pero por lo general prefiero tenerlo en el suelo, debajo de un arbusto o entre la maleza. ¿Ya has visto a mi primo Duende, la reinita tropical?"

"Todavía no", dijo Pedro, mientras se dirigía a casa.



Trepadorcito americano (*Certhia americana*)
Nombre en inglés: Brown creeper
Norte de América hasta el norte de Sudamérica



Macho



Macho



Hembra

Mascarita común (*Geothlypis trichas*)
Nombre en inglés: Common Yellowthroat
Norte de América



Hembra

Reinita grande (*Icteria virens*)
Nombre en inglés: Yellow-breasted Chat
Norte de América hasta Costa Rica

CAPÍTULO XXVI. Pedro se lastima el cuello

Durante varios días, a Pedro Conejo le pareció que dondequiera que iba encontraba miembros de la familia de las Reinitas. Ansioso por conocerlas a todas, hizo todo lo posible por recordar el aspecto de cada una, pero eran tantas y algunas vestían de forma tan parecida que, al cabo de un tiempo, Pedro se confundió tanto que lo dio por perdido. Entonces, tan repentinamente como habían aparecido, las Reinitas desaparecieron. Es decir, la mayoría desapareció. Verán, solo se habían detenido a hacer una visita, ya que se dirigían hacia el norte.

Interesado en los asuntos de sus otros amigos emplumados, Pedro se había olvidado por completo de las Reinitas. Un día, estando en el Bosque Verde, donde crecen los

abetos, se detuvo a descansar. Esta parte del Bosque Verde era baja y húmeda, y en muchos árboles crecía un musgo gris que colgaba de las ramas, haciéndolos parecer mucho más viejos de lo que realmente eran. Pedro estaba mirando una rama colgante de este musgo sin pensarlo dos veces cuando, de repente, un pajarito se posó en ella y desapareció. Al menos, eso es lo que Pedro pensó. Pero todo fue tan inesperado que no podía estar seguro de si sus ojos lo habían engañado.

Por supuesto, enseguida se interesó mucho en ese montón de musgo. Lo observó con atención. Al principio no se diferenciaba de una docena de otros montones de musgo, pero pronto notó que era un poco más grueso que otros, como si de alguna manera lo hubieran tejido. Saltó a un lado para ver mejor. Parecía que en un lado del montón de musgo había un pequeño agujero redondo. Pedro parpadeó y miró con mucha atención para asegurarse. Un minuto después ya no tenía ninguna duda, pues asomó una cabecita emplumada y un segundo después, un pequeño pájaro salió volando y se posó muy cerca de Pedro. Era uno de los miembros más pequeños de la familia de las Reinitas.

"¡Duende!", gritó Pedro con alegría. "Te extrañé cuando tus primos pasaron por aquí, y pensé que te habías ido al Lejano Norte con los demás."

"Bueno, no, y además no voy a seguir hasta el Lejano Norte. Me quedaré aquí mismo", declaró Duende, la Reinita tropical, pues eso era lo que era.

Mientras Pedro miraba a Duende, no pudo evitar pensar que no había un miembro más delicado en toda la familia de las Reinitas. Su pelaje era de un suave color azulado con una mancha amarillenta en el centro de la espalda. Atravesaba cada ala dos barras blancas. Su garganta era amarilla. Justo debajo, una pequeña franja de color negro azulado. Su pecho era amarillo y sus costados eran grisáceos y castaños.

"Duende, eres simplemente un ave hermosa", declaró Pedro con franca admiración. "¿Por qué no te vi en el Viejo Huerto con tus primos?" "Porque no estaba allí", fue la rápida respuesta de Duende mientras revoloteaba, incapaz de quedarse quieto ni un minuto. "No estaba allí porque me gusta más el Bosque Verde, así que vine directamente aquí".

"¿Qué hacías ahora mismo en ese montón de musgo?", preguntó Pedro, con una repentina sospecha de la verdad saltando en su cabeza.

"Solo lo estaba mirando", respondió Duende, intentando parecer inocente.

En ese preciso instante, Pedro levantó la vista justo a tiempo de ver una cola desaparecer en el pequeño agujero redondo en el costado del montón de musgo.

Sabía que esa cola pertenecía a la señora Duende, y solo ese vistazo le dijo todo lo que quería saber.

"¡Tienes un nido ahí!", exclamó Pedro emocionado. "No sirve de nada negarlo, Duende; ¡tienes un nido ahí! ¡Qué lugar tan encantador para un nido!".

Duende comprendió al instante que sería inútil intentar engañar a Pedro. "Sí", dijo él, "la Sra. Duende y yo tenemos un nido ahí. Lo acabamos de terminar. Me parece bastante bonito. Siempre construimos con musgo como este. Solo tenemos que encontrar un buen manojo grueso, tejerlo en la base y forrar el interior con hierbas finas. Se parece tanto al resto de los manojos de musgo que rara vez lo encuentran. No cambiaría nidos con nadie que conozca".

"¿No se sienten bastante solos aquí?", preguntó Pedro.

"Para nada", respondió Duende. "Verán, no estamos tan solos como creen. Mi primo, Fidget, la Reinita Culiarrilla, está anidando no muy lejos, y otro primo, Weechi, la Reinita Magnolia, también está bastante cerca. Ambos ya han empezado a cuidar de la casa".

Por supuesto, Pedro se llenó de emoción e interés al instante. "¿Dónde están sus casas?", preguntó con entusiasmo. Dime dónde están y te llamaré enseguida.

"Pedro", dijo Duende con severidad, "deberías saber que no debes pedirme que te cuente algo así. Has estado aquí lo suficiente como para saber que no hay secreto tanpreciado como el secreto de un hogar. Encontraste el mío, y supongo que puedo confiar en que no le dirás a nadie dónde está. Si puedes encontrar las casas de Fidget y Weechi, de acuerdo, pero desde luego no pienso decirte dónde están".

Pedro sabía que Duende tenía toda la razón al negarse a contar los secretos de sus primos, pero no podía pensar en volver a casa sin al menos buscar esas casas. Intentó parecer inocente mientras preguntaba si también estaban en manojos de musgo colgantes. Pero Duende era demasiado listo para dejarse engañar y Pedro no descubrió nada.

Durante un tiempo, Pedro estuvo saltando de un lado a otro, pensando que cada manojo de musgo que veía seguramente contenía un nido. Pero aunque buscó y buscó, no encontró otro pequeño agujero redondo, y había tantos manojos de musgo que finalmente le dolió el cuello de inclinar tanto la cabeza hacia atrás. Ahora Pedro no tiene tanta paciencia como podría tener, así que después de un tiempo abandonó la búsqueda y comenzó su camino a casa. En un terreno más alto, justo por encima del lugar bajo y pantanoso donde crecían los árboles cubiertos de musgo, llegó a un montón de jóvenes cicuta (coníferas). Estos no tenían musgo.

Habiendo abandonado su búsqueda, Pedro estaba pensando en otras cosas cuando revoloteó frente a él un pájaro negro y gris con una gorra amarilla, costados amarillos y una mancha amarilla en la raíz de su cola. Esas manchas amarillas eran todo lo que Pedro necesitaba ver para reconocer a Fidget, la Reinita Culiamarilla, uno de los dos amigos que había estado buscando durante tanto tiempo entre los árboles cubiertos de musgo.

—¡Ay, Fidget! —gritó Pedro, corriendo tras el inquieto pajarito—. ¡Ay, Fidget! Te he estado buscando por todas partes.

—Bueno, aquí estoy —replicó Fidget—. “No buscaste por todas partes o me habrías encontrado antes. ¿Qué puedo hacer por ti?”. Fidget estuvo todo el tiempo saltando y revoloteando, sin detenerse ni un instante.

—Puedes decirme dónde está tu nido —respondió Pedro con prontitud.

—Puedo, pero no lo haré —replicó Fidget—. Ahora, en serio, Pedro, ¿crees que tienes derecho a hacer esa pregunta?

Pedro bajó la cabeza y luego respondió con toda sinceridad: —No, Fidget. Pero verás, Duende me dijo que tenías un nido no muy lejos del suyo y he estado mirando montones de musgo hasta que me dio un calambre en la nuca.

—¡Montones de musgo! —exclamó Fidget. ¿Qué crees que tengo que ver con un montón de musgo?

—¡Vaya!... Pensé que probablemente tenías tu nido en uno, igual que tu primo Duende.

Fidget se rió a carcajadas. —Me temo que tendrías un dolor de cuello peor que el que tienes ahora antes de encontrar mi nido en un montón de musgo —dijo—. El musgo puede que le vaya bien a mi primo Duende, pero a mí no me va nada bien. Además, no me gustan esos lugares oscuros donde crece el musgo en los árboles. Construyo mi nido con ramitas, hierba y tallos de maleza, y lo forro con pelo, raicillas y plumas. A veces lo ato con seda de araña, y si de verdad quieres saberlo, me gusta ponerlo en un pequeño cicuta. No está muy lejos de aquí, pero no te diré dónde está. ¿Has visto a mi primo, Weechi?

—No —respondió Pedro. “¿Está por aquí?”

“Justo aquí”, respondió otra voz, y Weechi, la Reinita Magnolia, se dejó caer al suelo un segundo justo delante de Pedro.

La parte superior de su cabeza y la nuca eran grises. Sobre su ojo tenía una raya blanca y sus mejillas eran negras. Su garganta era de un amarillo claro, justo debajo

de la cual había una banda negra. Desde esta, rayas negras le recorrían el pecho amarillo. En la base de su cola era amarilla. Su cola era mayormente negra por encima y blanca por debajo.

Sus alas eran negras y grises con dos barras blancas. Era un poco más pequeño que Fidget, la Reinita Culiamarilla, e igual de inquieto.

Pedro tenía muchas ganas de preguntarle a Weechi dónde estaba su nido, pero para entonces ya había aprendido la lección, así que, sabiamente, guardó silencio.

"¿De qué hablaban?", preguntó Weechi.

"Nidos", respondió Fidget. "Le estaba diciendo a Pedro que, aunque al primo Duende le gustaría construir en ese musgo colgante de ahí abajo, a mí no me convendría para nada."

"A mí tampoco", declaró Weechi enseguida. "Prefiero construir un nido de verdad, igual que tú. Por cierto, Fidget, me detuve a ver tu nido esta mañana. Me parece que construimos bastante parecido y nos gusta el mismo tipo de lugar para ponerlo. Supongo que sabes que soy vecino tuyo bastante cerca, ¿no?"

"Claro que lo sé", respondió Fidget. "De hecho, te vi empezar tu nido. ¿No crees que lo tienes bastante cerca del suelo?"

"No demasiado cerca, Fidget; no demasiado cerca. No soy tan pretencioso como algunos. Me gusta estar a dos o tres pies del suelo."

"A mí sí", respondió Fidget.

Fidget y Weechi se interesaron tanto en hablar de nidos y la forma correcta de construirlos que se olvidaron por completo de Pedro Conejo. Pedro se sentó un rato a escuchar, pero como le interesaba más ver esos nidos que oír hablar de ellos, finalmente se escabulló a buscarlos. Buscó y buscó, pero había tantos abetos jóvenes y se parecían tanto que Pedro perdió la paciencia y lo dio por perdido.



Macho



Hembra

Reinita tropical (*Setophaga pitiayumi*)
Nombre en inglés: Tropical Parula
Sureste de Texas, en Estados Unidos, hasta el norte de Argentina y Uruguay.



Macho



Hembra

Reinita magnolia (*Setophaga magnolia*)
Nombre en inglés: Magnolia Warbler
América del norte hasta Panamá.



Macho

Reinita culiamarilla (*Setophaga coronata*)
Nombre en inglés: Yellow-rumped warbler
América del norte hasta Panamá



Hembra

CAPÍTULO XXVII. Un Viejo amigo y un nuevo amigo

Pedro Conejo nunca olvidará la primera vez que vio a Glory, el Cardenal, a veces llamado el Cardenal norteño. Había llegado al Viejo Huerto para su visita matutina habitual y, justo al saltar el viejo muro de piedra, oyó un hermoso silbido, claro y fuerte, que atrajo su mirada hacia la copa de un manzano. Pedro se detuvo en seco con una breve exclamación de asombro y deleite. Luego se frotó los ojos y volvió a mirar. No podía creer que estuviera viendo lo que creía ver. Nunca se había imaginado que alguien, ni siquiera entre los pájaros, pudiera ser tan hermoso.

El desconocido iba vestido todo de rojo, excepto un poco de negro alrededor de la base del pico. Incluso el pico era rojo. Lucía una hermosa cresta roja que lo hacía aún más distinguido, ¡y cómo cantaba! Pedro había notado que, a menudo, los pájaros mejor vestidos tienen los cantos más pobres. Pero el canto de este desconocido era tan hermoso como su pelaje, y ese era uno de los más hermosos, si no el más hermoso, que Pedro había visto jamás. Por supuesto, no perdió tiempo en buscar a Jenny Cucarachera. "¿Quién es, Jenny? ¿Quién es esa hermosa desconocida con una canción tan encantadora?", exclamó Pedro en cuanto la vio.

"Es Glory el Cardenal", respondió Jenny Cucarachera con prontitud. "¿No es lo más hermoso que has visto en tu vida? Espero que se quede aquí. Como dije antes, no suelo envidiar la ropa fina de nadie, pero cuando veo a Glory a veces siento la tentación de sentir envidia. Si yo fuera la Sra. Cardenal, me temo que sentiría celos. Ahí está, en el mismo árbol con él. ¿Has visto alguna vez tanta diferencia?"

Pedro miró con interés. En lugar del glorioso rojo de Glory, la Sra. Cardenal llevaba un vestido muy opaco. Su espalda era de un gris parduzco. Su garganta era de un negro grisáceo. Su pecho era de un beige opaco con un ligero matiz rojo. Sus alas y cola estaban teñidas de un rojo opaco. En general, vestía con mucha sobriedad, pero era una personita estilizada y pulcra. Pero si no iba elegantemente vestida, sabía cantar. De hecho, cantaba casi tan bien como su apuesto esposo.

"He notado", dijo Pedro, "que las aves con ropa elegante pasan la mayor parte del tiempo pensando en ella y es de muy poca utilidad cuando se trata del trabajo de verdad".

"Bueno, no pienses eso de Glory", declaró Jenny con su tono vigoroso. "Es tan guapo como atractivo. Es un esposo ejemplar. Si viven por aquí, lo verán contribuyendo plenamente al cuidado de sus crías. A veces crían dos familias. Cuando lo hacen, Glory se encarga de la primera tanda de polluelos en cuanto pueden salir del nido para que la señora Cardenal no tenga de qué preocuparse mientras cuida de la

segunda. Los mimaba como si fueran los únicos hijos del mundo. Todos adoran a Glory. Disculpa, Pedro, voy a ver si de verdad se van a quedar”.

Cuando Jenny regresó, estaba tan emocionada que no pudo quedarse quieta ni un minuto. "¡Les gusta esto, Pedro!", exclamó. "Les gusta tanto este lugar que si encuentran un lugar adecuado para anidar, se quedarán. Les dije que es el mejor lugar del mundo. Les gusta construir en un árbol perenne, y creo que les han echado el ojo a esos árboles cerca de la casa del granjero Brown. ¡Vaya, le darán un toque especial a este vecindario!"

El señor y la señora Cardenal silbaban y cantaban con el corazón rebosante de alegría, y Pedro se sentó a escuchar como si no tuviera nada más que hacer. Probablemente se habría quedado allí sentado el resto de la mañana si no hubiera visto a un viejo amigo al que le tiene mucho cariño, Kitty, el pájaro gato. A diferencia de Glory, Kitty parecía un auténtico cuáquero, pues iba vestido casi por completo de gris, un gris pizarra bastante oscuro. La parte superior de la cabeza y la cola eran negras, y justo en la base de la cola tenía una mancha castaña. Era un poco más pequeño que Petirrojo. No había peligro de confundirlo con otra ave, pues no había nadie vestido igual que él.

Pedro se olvidó por completo de Glory, encantado al descubrir el regreso de Kitty, y se apresuró a darle la bienvenida. Kitty había desaparecido entre los arbustos junto al viejo muro de piedra, pero Pedro no tuvo problemas para encontrarlo por los extraños gritos que emitía, muy parecidos al maullido de Gatita Negra. Eran muy ásperos y desagradables, y Pedro comprendió perfectamente por qué es conocido como Pájaro Gato. No se apresuró a esconderse entre los arbustos, sino que esperó expectante. A los pocos minutos, los ásperos gritos cesaron y entonces, del mismo lugar, surgió un canto que parecía estar compuesto por fragmentos de los cantos de todos los demás pájaros del Viejo Huerto. No era fuerte, pero sí encantador. Contenía el silbido claro de Glory, e incluso se oía el tintineo de Amiguito, el gorrión cantor. En ese canto se oían las notas de otros amigos, y con ellas las de pájaros sureños cuyos cantos Kitty había aprendido durante el invierno en el sur. Luego, notas propias.

Pedro escuchó hasta que terminó el canto y luego se escabulló entre los arbustos. De repente, esos gritos ásperos volvieron a estallar. Cualquiera habría pensado que Kitty regañaba a Pedro por ir a verlo en lugar de alegrarse. Pero así era Kitty. Simplemente rebosaba de diversión y travesuras, y le encanta fingir.

Cuando Pedro lo encontró, estaba sentado con todas sus plumas desplegadas hasta parecer una pelota con cabeza y cola. Parecía estar completamente dormido. Al ver a Pedro, se recogió las plumas, levantó la cola al estilo de Jenny Cucarachera, y se

veía tan delgado y esbelto como cualquier ave conocida de Pedro. No se parecía en nada al mismo pájaro del momento anterior. Entonces dejó caer la cola como si no tuviera fuerzas para sostenerla. Colgaba recta. Bajó las alas y, en un segundo, se convirtió en un pájaro bastante desprestigiado. Pero sus ojos brillaban y se encendían constantemente, y Pedro supo que esos cambios de apariencia se debían a la pura diversión y travesuras. “Me preguntaba si vendrías de vuelta”, exclamó Pedro. “No conozco a ningún amigo emplumado al que extrañe tanto como a ti”.

“Gracias”, respondió Kitty. “Es muy amable de tu parte decir eso, Pedro. Si te alegra verme, yo me alegro aún más de volver”.

“¿Pasaste un invierno agradable en el sur?”, preguntó Pedro.

“Ciertamente. Bastante”, respondió Kitty. “Por cierto, Pedro, escuché algunas canciones nuevas por allá. ¿Te gustaría escucharlas?”

“Por supuesto”, respondió Pedro, “pero no creo que necesites canciones nuevas. Nunca he visto a un tipo así aprendiendo canciones de otros, excepto a Mocker, el ruiseñor”.

Al mencionar a Mocker, una pequeña nube cruzó el rostro de Kitty por un instante. “Ese es un tipo al que realmente envidio”, dijo. “Soy bastante bueno imitando a los demás, pero Mocker es mejor. Espero que, si practico lo suficiente, algún día pueda ser igual de bueno. Lo vi mucho en el Sur y sin duda es inteligente.”

“¡Vaya! No tienes por qué envidiarlo”, replicó Pedro. “Tú también eres un gran imitador. ¿Qué me dices de esas notas nuevas que aprendiste cuando estabas en el Sur?”

La cara de Kitty se aclaró, se le hinchó la garganta y empezó a cantar. Era un popurrí. No parecía que tantas notas pudieran salir de una sola garganta. Cuando terminó, Pedro ya tenía una pregunta preparada.

“¿Vas a construir algo cerca de aquí?”, preguntó.

“Claro que sí”, respondió Kitty. “La señora Pájaro Gato se retrasó un par de días. Espero que llegue hoy y entonces nos pondremos manos a la obra enseguida. Creo que construiremos en estos arbustos de por aquí. Me alegra que el granjero Brown tenga la sensatez de dejarlos crecer. Son justo el tipo de lugar que me gusta para un nido. Están bastante cerca del jardín del granjero Brown, y el Viejo Huerto está justo aquí. Es justo la combinación que me viene bien.”

Pedro parecía algo inseguro. “¿Por qué quieres estar cerca del jardín del granjero Brown?”, preguntó.

"Porque ahí es donde ganaré buena parte de mi sustento", respondió Kitty con prontitud. "Debería estar contento de tenerme cerca. De vez en cuando cojo un poco de fruta, pero lo pago diez veces más caro por la cantidad de bichos y gusanos que encuentro en su jardín y en el Viejo Huerto. Me enorgullezco de ser útil. No hay nada como ser útil en este mundo, Pedro".

Pedro asintió como si estuviera totalmente de acuerdo. Aunque, como usted y yo sabemos, Pedro mismo hace muy poco excepto llenar su propio estómago.



Cardenal norteno (*Cardinalis cardinalis*)
Nombre en inglés: Northern Cardinal
Sur de Canadá, Estados Unidos hasta Guatemala



Pájaro gato gris (Maullador Gris)
Nombre en inglés: Catbird bird
Norteamérica hasta Panamá



GLORY THE CARDINAL. He is often called Redbird. You cannot mistake him.

KITTY THE CATBIRD. His black crown and slaty-gray coat make him easy to recognize.

CAPÍTULO XXVIII. Pedro ve al Picogordo Degollado y al Tangara Escarlata

“¿Quién es?” Pedro Conejo levantó sus largas orejas y miró fijamente las copas de los árboles del Viejo Huerto.

Al instante, Jenny Cucarachera asomó la cabeza por la puerta. Ladeó la cabeza para escuchar, luego miró a Pedro y sus ojillos penetrantes se abrieron de par en par.

“No oigo ninguna voz extraña”, dijo. “Por la forma en que miras, Pedro Conejo, uno pensaría que realmente has oído algo nuevo y valioso”.

En ese momento se oyeron dos o tres notas bastante agudas y chirriantes desde la copa de uno de los árboles. “¡Ahí!”, gritó Pedro. “¡Ahí! ¿No oíste eso, Jenny Cucarachera?”

“¡Por Dios!, ¡Pedro Conejo, no querrás decir que no sabes de quién es esa voz!”, gritó. “Ese es Picogordo Degollado. Él y la Sra. Picogordo Degollado llevan aquí bastante tiempo. No supuse que alguien no conociera esas voces agudas y chillonas. Me irritán. Para qué quiere alguien chillar así cuando pueden cantar como Picogordo Degollado, es más de lo que puedo entender.”

En ese preciso instante, el Sr. Cucarachero empezó a regañar como solo él y Jenny saben. Pedro miró a Jenny y le guiñó un ojo con picardía. “Y para qué quieren regañar así cuando pueden cantar como el Sr. Cucarachero, es demasiado para mí”, replicó Pedro. “Pero no me has dicho quién es Picogordo Degollado.”

“El Picogordo, por supuesto”, balbuceó Jenny. “Si no conoces a Picogordo Degollado, Pedro Conejo, seguro que has sido ciego y sordo desde que naciste. ¡Escucha esto! ¡Solo escucha esa canción!”

Pedro escuchó. Había muchas canciones, pues era una mañana muy hermosa y todos los cantores del Viejo Huerto desbordaban la alegría que llevaban dentro. Una canción era un poco más fuerte y clara que las demás porque provenía de un árbol muy cercano, el mismo árbol del que habían salido esas notas chirriantes apenas unos minutos antes. Pedro sospechó que esa debía ser la canción a la que se refería Jenny Cucarachera. Parecía desconcertado. Estaba desconcertado. “¿Te refieres a la canción de Petirrojo?”, preguntó con cierta timidez, pues presentía que sería víctima de la lengua afilada de Jenny Cucarachera.

“No, no me refiero a la canción de Petirrojo”, espetó Jenny. “¿De qué sirven unas orejas largas si no distinguen una canción de otra? Puede que esa canción suene

como la de Petirrojo, pero si tuvieras buen oído para algo, sabrías enseguida que no es Petirrojo cantando. Es una canción mejor. La canción de Petirrojo es de alegría, pero esta es de pura felicidad. No tendría unas orejas como las tuyas por nada del mundo, Pedro Conejo”.

Pedro se rió a carcajadas mientras intentaba imaginarse a Jenny Cucarachera con unas orejas largas como las suyas. “¿De qué te ríes?”, preguntó Jenny con enfado. “¡No te atrevas a reírte de mí! Si hay algo que no soporto es que se rían de mí”.

“No me reía de ti”, respondió Pedro con mucha humildad. “Me reía pensando en lo gracioso que te verías con un par de orejas largas como las mías. Ahora que lo dices, Jenny, esa canción es muy diferente a la de Petirrojo.”

“Claro que sí”, replicó Jenny. “Es Picogordo Degollado cantando ahí arriba, y ahí está, justo en la copa del árbol. ¿Verdad que es guapo?”

Pedro levantó la vista y vio un pájaro un poco más pequeño que Petirrojo. Tenía la cabeza, el cuello y el lomo negros. Sus alas eran negras con manchas blancas. Pero fue su pecho lo que hizo que Pedro contuviera la respiración con una pequeña exclamación de admiración, pues ese pecho era de un hermoso rojo rosado. El resto de su cuerpo debajo era blanco. Era el Picogrueso Degollado.

“¡Qué bonito!”, exclamó Pedro, y añadió en un instante: “¿Quién es ese que está con él?”

“La señora Picogordo Degollado, por supuesto. ¿Quién más podría ser?” —balbuceó Jenny con cierta irritación, pues todavía estaba un poco molesta porque se habían reído de ella.

—Jamás lo hubiera imaginado —dijo Pedro—. No se parece en nada a él.

Era cierto. La señora Picogrueso no tenía un hermoso color de rosa. Vestía principalmente de colores marrones y grisáceos, con un poco de ante aquí y allá, y con vetas oscuras en el pecho. Sobre cada ojo había una línea blanquecina. En conjunto, parecía más un miembro importante de la familia Gorrión que de la familia cardinálidos, y menos la esposa del apuesto Picogordo Degollado. Mientras Picogordo Degollado cantaba, la señora Picogordo estaba muy ocupada recogiendo capullos y flores del árbol.

—¿Por qué hace eso? —preguntó Pedro.

—Por la misma razón que se muerden las flores y las hojas del meliloto —respondió Jenny Cucarachera con aspereza.

—¿Quieres decir que viven de capullos y flores? —exclamó Pedro—. Nunca había oído hablar de tal cosa.



Picogordo Degollado (*Pheucticus ludovicianus*)
Nombre en inglés: Rose-breasted Grosbeak
Norteamérica hasta Sudamérica

—¡Tut, tut, tut, tut, tut! Puedes hacer preguntas más tontas que cualquiera de mis conocidos —replicó Jenny Cucarachera—. Claro que no viven de capullos y flores. Si lo hicieran, pronto morirían de hambre, porque los capullos y las flores no duran mucho. Comen unos pocos solo para variar, pero viven principalmente de bichos e insectos. Pregúntale al hijo del granjero Brown quién lo ayuda más en su huerto de patatas, y te dirá que son los Picogordos Degollados. Sin duda, les encantan los bichos de la patata. Comen algo de fruta, pero en general son tan útiles en un jardín como cualquier otro que conozca. Ahora vete, Pedro Conejo, y no me molestes más.

Al ver al hijo del granjero Brown pasar por el Viejo Huerto, Pedro decidió que ya era hora de irse. Así que corrió hacia el Bosque Verde, lipperty-lipperty-lip. Justo en el límite del Bosque Verde, divisó algo que, por un momento, le disipó la idea del hijo del granjero Brown. Revoloteaba en el suelo un pájaro, al que ni siquiera Glory, el Cardenal, podía comparar. Era aproximadamente del tamaño de Redwing, el Mirlo. Las alas y la cola eran completamente negras, y todo el resto era de un hermoso color escarlata. Era Escarlata, la Tangara. Al principio, Pedro solo se fijó en la maravillosa belleza de Escarlata. Nunca lo había visto tan de cerca. De repente, Pedro se dio cuenta de que algo le pasaba a Escarlata y se apresuró a ver qué le pasaba.

Escarlata oyó el crujido de los pies de Pedro entre las hojas secas y de inmediato empezó a aletear intentando escapar volando, pero no pudo despegar. "¿Qué pasa, Escarlata? ¿Te ha pasado algo? Es solo Pedro Conejo. No tienes nada que temer de

mí", gritó Pedro. La mirada de terror que había en los ojos de Escarlata se extinguió, y dejó de aletear, simplemente jadeando.

"Ay, Pedro", jadeó, "no sabes cuánto me alegra que solo seas tú. Tuve un terrible accidente y no sé qué hacer. No puedo volar, y si tengo que quedarme en tierra, algún enemigo seguro que me atraparé. ¿Qué hago, Pedro? ¿Qué hago?"

De inmediato, Pedro se llenó de compasión. "¿Qué clase de accidente fue?, Escarlata, y ¿cómo ocurrió?", preguntó.



Tangara escarlata (Piranga olivacea)
Nombre en inglés: Scarlet Tanager
Norteamérica hasta Bolivia

"Ala Ancha el Gavilán intentó atraparme", sollozó Escarlata. "Al esquivarlo entre los árboles, me descuidé por un momento y no vi hacia dónde iba. Golpeé una ramita seca y puntiaguda y me la clavé justo en el ala derecha".

Escarlata levantó el ala derecha y, efectivamente, había un pequeño palo que sobresalía de ambos lados, cerca del hombro. El ala sangraba un poco. —¡Ay, Dios mío! ¿Qué hago, Pedro Conejo? ¿Qué hago? —sollozó Escarlata.

—¿Te duele muchísimo? —preguntó Pedro.

Escarlata asintió. —Pero no me importa el dolor —se apresuró a decir—. Es la idea de lo que pueda pasarme.

Mientras tanto, la señora Tangara Escarlata volaba por las copas de los árboles cercanos y llamaba con ansiedad. Iba vestida casi por completo de verde oliva claro y amarillo verdoso. No se parecía más a la hermosa al Señor Tangara Escarlata.

—¿No puedes volar un poco para despegar del suelo? —gritó con ansiedad—. ¿No es horrible, Pedro Conejo, tener un accidente así? Apenas tenemos nuestro nido a medio construir, y no sé qué haré si algo le pasa a la Señora Escarlata. ¡Ay, Dios mío, ahí viene alguien! ¡Escóndete, Señora Escarlata! ¡Escóndete! La señora Tangara voló un poco hacia un lado y empezó a llorar con gran angustia. Pedro supo al instante que lloraba para llamar la atención de quienquiera que viniera.

El pobre Escarlata, con la vieja mirada de terror en los ojos, revoloteaba, buscando algo bajo lo que esconderse. Pero no había nada bajo lo que pudiera arrastrarse, y no había forma de esconder ese maravilloso abrigo rojo. Pedro oyó el sonido de pasos pesados y, al mirar atrás, vio que el hijo del Granjero Brown se acercaba. «No tengas miedo, Escarlata», susurró. «Es el hijo del Granjero Brown y estoy seguro de que no te hará daño. Quizás pueda ayudarte». Entonces Pedro echó a correr un poco y se incorporó para observar qué pasaba.

Por supuesto, el hijo del Granjero Brown vio a la Tangara Escarlata. Nadie con ojos habría podido evitar verlo, debido a ese maravilloso abrigo escarlata. También vio, por la forma en que actuaba Escarlata, que estaba en un gran problema. Cuando el hijo del Granjero Brown se acercó y Escarlata vio que lo habían descubierto, intentó con todas sus fuerzas escapar revoloteando. El hijo del Granjero Brown comprendió al instante que algo andaba mal con un ala y, corriendo hacia adelante, atrapó al Tangara Escarlata. “Pobrecita. Pobre y hermosa criatura”, dijo el hijo del granjero Brown en voz baja al ver la cruel ramita que se clavaba en el hombro de Escarlata. “Tendremos que sacarla enseguida”, continuó el hijo del granjero Brown, acariciando al Tangara con mucha delicadeza.

De alguna manera, con ese suave toque, Escarlata perdió gran parte de su miedo y una pequeña esperanza brotó en su corazón. Vio, también, que no era un enemigo, sino un amigo. El hijo del granjero Brown sacó su cuchillo y cortó con cuidado la ramita de la parte superior del ala. Luego, haciendo todo lo posible por ser cuidadoso y lastimar lo menos posible, sacó la otra parte de la ramita por la parte inferior. Examinó cuidadosamente el ala para ver si tenía algún hueso roto. No tenía ninguno, y después de sujetar unos minutos al Tangara Escarlata, lo subió con cuidado a un árbol y se retiró una corta distancia. Tangara Escarlata saltó de rama en rama hasta que llegó a la mitad del árbol. Luego se quedó allí sentado un rato como si temiera tocar esa ala herida. Mientras tanto, la señora Tangara llegó y lo mimó, le habló, lo engatusó y lo trató como si fuera un bebé.

Pedro se quedó dónde estaba hasta que por fin vio a Casaca Roja extender sus alas negras y volar hacia otro árbol. Voló de árbol en árbol, descansando un poco en cada uno, hasta que él y la señora Tangara Escarlata desaparecieron en el Bosque Verde.

"Sabía que el hijo del granjero Brown lo ayudaría, y me alegro mucho de que lo haya encontrado", exclamó Pedro alegremente, y se dirigió al querido Viejo Zarzal.



REDCOAT THE SCARLET TANAGER. He is all red save his black wings and tail.

ROSEBREAST THE GROSBEEK. You cannot mistake this black and white bird with the rose-colored breast for any one else. It is the Rose-breasted Grosbeak.

CAPÍTULO XXIX. Los cantantes imparables

En un arce, junto al patio del Granjero Brown, vivían el Sr. y la Sra. Ojorrojo, los verderón ojirrojo. Pedro Conejo sabía que tenían un nido allí porque Jenny Cucarachera se lo había dicho. Lo habría adivinado de todos modos, porque Ojorrojo pasaba mucho tiempo en ese árbol durante la temporada de anidación. A cualquier hora del día que Pedro visitara el Viejo Huerto, oía a Ojorrojo cantando en el arce. Pedro solía pensar que si el canto es una expresión de felicidad, Ojorrojo debía ser el pájaro más feliz de todos.

Era un animalito del tamaño de una de las Reinitas más grandes y vestía tan modestamente como cualquiera de sus conocidos. La coronilla era gris con un pequeño borde negruzco a cada lado. Sobre cada ojo había una línea blanca. Debajo era blanco. Por lo demás, vestía de verde oliva claro. La primera vez que se acercó lo suficiente para que Pedro lo viera bien, Pedro comprendió al instante por qué se llamaba Ojorrojo. Tenía los ojos rojos. Sí, señor, tenía los ojos rojos, y este solo hecho bastaba para distinguirlo de cualquier otro miembro de su familia.

Pero no era frecuente que Ojorrojo descendiera tan cerca del suelo como para que Pedro pudiera verle los ojos. Prefería pasar la mayor parte del tiempo en las copas de los árboles, y Pedro solo lo veía fugazmente de vez en cuando. Pero si no lo veía a menudo, era menos frecuente que no lo oyera. "No veo cuándo Ojorrojo encuentra tiempo para comer", declaró Pedro mientras escuchaba la canción aparentemente interminable en el arce.

"Ojorrojo cree cantar mientras trabaja", dijo Jenny Cucarachera. "Por mi parte, creo que se desgastaría la garganta. Cuando otros pájaros cantan, no hacen nada más, pero Ojorrojo canta todo el tiempo que está buscando comida y solo se detiene el tiempo suficiente para tragarse un gusano o un insecto cuando lo encuentra. En cuanto lo deja caer, vuelve a cantar mientras busca otro. Debo decir que los Ojorrojos son muy buenos constructores de nidos. "¿Has visto su nido en ese arce, Pedro?"

Pedro negó con la cabeza.

"No me atrevo a ir allí excepto muy temprano por la mañana, antes de que la familia del granjero Brown se despierte", dijo, "así que no he tenido mucha oportunidad de buscarlo".

"Probablemente no lo hayas visto, de todos modos", declaró Jenny Cucarachers. "Lo han colocado bastante alto del suelo y esas hojas son tan gruesas que lo ocultan. Es una pequeña cesta normal sujeta a una horquilla cerca del extremo de una rama y

está tejida casi tan bien como el nido de Goldy, el oropéndola. No entiendo cómo alguien tiene la paciencia de tejer un nido así.”

“¿De qué está hecho?”, preguntó Pedro.

“¡Tiras de corteza, pelusa vegetal, telaraña, hierba y trozos de papel!”, respondió Jenny. “Es curioso lo de Ojorrojo; le encanta tener un trozo de papel en su nido. Para qué, no me lo imagino. Es tan quisquilloso con un trozo de papel como Cresty, el papamoscas, con un trozo de piel de serpiente. Eché un vistazo a ese nido hace unos días y, si no me equivoco, Sally Astuta, el tordo, ha conseguido imponerse a los Ojosrojos. Estoy segura de que vi uno de sus huevos en ese nido”.

Unas mañanas después de la conversación con Jenny Cucarachera sobre Ojorrojo, el verderón ojirrojo, Pedro volvió a visitar el Viejo Huerto. Apenas lo vio, Jenny Cucarachera empezó a hablar. “¿Qué te dije, Pedro? ¿Qué te dije? ¡Sabía que era así, y lo es!”, exclamó Jenny.

“¿Qué es así?” —preguntó Pedro con cierta irritación, pues no tenía ni la menor idea de qué hablaba Jenny Cucarachera.

—¡Sally Astuta puso un huevo en el nido de Ojorrojo, y ahora ha eclosionado y no sé qué será de los hijos de Ojorrojo! ¡Es un escándalo! ¡Eso es, un escándalo! —gritó Jenny, dando saltitos, sacudiendo la cola y poniéndose furiosa.

—Los Ojosrojos se están quedando sin plumas y huesos alimentando a ese feo joven Tordo, mientras que sus propios bebés no comen ni la mitad —continuó Jenny—. Uno de ellos ya murió. Ese joven bruto lo echó del nido a patadas.

—¡Qué horror! —exclamó Pedro—. Si hace cosas así, creo que los Ojorrojos lo echarían a él del nido.

—Son demasiado blandos —declaró Jenny. —Les aseguro que yo no sería tan compasivo si estuviera en su lugar. ¡No, señor, no lo sería! Pero dicen que no es culpa suya estar ahí, y que no es más que un bebé indefenso, así que simplemente lo cuidan.

—Entonces, ¿por qué no alimentan primero a sus propios bebés y le dan lo que les queda? —preguntó Pedro. Porque es el doble de grande que cualquiera de sus crías y tan fuerte y glotón que les arrebatara la comida de la boca a los demás. Como se lleva la mayor parte, crece el doble de rápido que ellos. No me sorprendería que echara a todos los demás antes de terminar. El señor y la señora Ojorrojo están terriblemente angustiados, pero lo alimentarán porque dicen que no es culpa suya. Es un asunto terrible y la comidilla de todo el Huerto. Supongo que su madre anda por ahí, pasándose bien, sin importarle en absoluto lo que le pase. Creo en la bondad, pero

a veces se pasa. Menos mal que no soy tan débil mental como para que me puedan imponer algo así.

“Hablando de los verderones ojirrojos, Ojorrojo parece ser el único miembro de su familia por aquí”, comentó Pedro.

“¡Escucha!”, ordenó Jenny Cucarachera. “¿No oyes ese gorjeo allá en el gran olmo frente a la casa del Granjero Brown, donde Goldy, el oropéndola, tiene su nido?”

Pedro escuchó. Al principio no lo oyó, y como de costumbre, Jenny Cucarachera se burló de él por tener orejas tan grandes y no poder usarlas mejor. Al poco rato sí lo oyó. La voz no era muy distinta a la de Ojorrojo, pero el canto era más suave, continuo y dulce. El rostro de Pedro se iluminó. “Lo oigo”, gritó.

“Ese es el primo de Ojorrojo, el Vireo Gorjeador”, dijo Jenny. Canta mejor que Ojorrojo y le encanta escuchar su propia voz. Canta desde que el alegre Sr. Sol se levanta por la mañana hasta que se acuesta por la noche. Canta cuando hace tanto calor que los demás nos alegramos de quedarnos quietos para estar tranquilos. No conozco a nadie que ame más las copas de los árboles que él. Parece que no le importa nada el Viejo Huerto, pero se queda en esos árboles grandes junto al camino. Tiene un nido en ese olmo enorme y es tan alto como el de Goldy el Oropéndola; no lo he visto, pero Goldy me lo contó. No sé por qué alguien tan pequeño querría vivir tan alto en el mundo, como tampoco sé por qué alguien querría vivir en otro lugar que no fuera el Viejo Huerto.

"Por alguna razón, no recuerdo exactamente cómo es Warble ", confesó Pedro.

"Se parece mucho a su primo, Ojorrojo", respondió Jenny. Su pelaje es un verde oliva un poco más apagado y por debajo es un poco amarillento en lugar de blanco. Claro que no tiene ojos rojos, y es un poco más pequeño que Ojorrojo. De todas formas, toda la familia se parece bastante.

"Dijiste algo, Jenny Cucarachera", declaró Pedro. "Me confunden. Si algunos tuvieran colores brillantes, sería más fácil distinguirlos".

"Uno sí", respondió Jenny Cucarachera. "Tiene la garganta y el pecho de un amarillo brillante y se llama Vireo de Garganta Amarilla. No hay la menor posibilidad de confundirlo".

"¿También canta?", preguntó Pedro.

"Por supuesto", respondió Jenny. Cada miembro de esa bendita familia ama el sonido de su propia voz. Es un rasgo familiar. A veces me duele la garganta escucharlos todo el día. Algo bueno es bueno, pero más que suficiente de algo bueno

es demasiado". Eso aplica tanto a los chismes como a las canciones, y he perdido más tiempo contigo del que debería. Ahora, vete, Pedro, y no me molestes más por hoy.



Verderon ojirrojo (*Vireo olivaceus*)
Nombre en inglés: Red-eyed Vireo
Norteamérica hasta Bolivia



Viero Gorjeador (*Vireo gilvus*)
Nombre en inglés: Warbling Vireo
Norteamérica hasta Costa Rica



Viero Gorjiamarillo (*Vireo flavifrons*)
Nombre en inglés: Yellow-throated Vireo
Norteamérica hasta el norte de América del Sur.

CAPÍTULO XXX. Los primos de Jenny Cucarachera

Pedro Conejo nunca olvidará su sorpresa cuando Jenny Cucarachera le preguntó una mañana de primavera si había visto algo de su primo mayor. Pedro dudó. De hecho, no se le ocurría ningún primo mayor de Jenny Cucarachera. Todos los primos que conocía eran casi del tamaño de Jenny.

Jenny Cucarachera es una de las personitas más impacientes del mundo. "Vaya, vaya, vaya, Pedro, ¿te has quedado sin habla?", parloteó. "¿No puedes responder a una pregunta sencilla sin hablar de ello todo el día? ¿Has visto algo de mi primo mayor? Ya es hora de que esté aquí".

"No tienes por qué enfadarte tanto si soy lento", respondió Pedro. "Solo intento pensar quién es tu primo mayor. Supongo que, para ser sincero, no lo conozco".

"¡No lo conozco! ¡No lo conozco!", balbuceó Jenny. "Claro que lo conoces. Es inevitable que lo conozcas. Me refiero a Brownie, el Cuitlacoche". Sorprendido, Pedro prácticamente dio un salto. "¿Qué es eso?", exclamó. "¿Desde cuándo Brownie, el Cuitlacoche, está emparentado con la familia de los Cucaracheros?".

"Desde que existen los Cucaracheros y los Cuitlacoche", replicó Jenny. "Brownie pertenece a una rama de la familia y yo a otra, y eso lo convierte en mi primo segundo. Es sorprendente lo poco que sabes de nosotros".

"Pero siempre he supuesto que pertenecía a la familia de los Cuitlacoche", protestó Pedro. "Claro que parece un Zorzal".

"Parecerlo no lo convierte en uno", espetó Jenny. "A estas alturas ya deberías haber aprendido que nunca se puede juzgar a nadie solo por su apariencia. Siempre me irrita oír que llaman a Brownie el Zorzal Pardo. No tiene ni una gota de sangre de Zorzal. Pero aún no has respondido a mi pregunta, Pedro Conejo. Quiero saber si ya ha llegado".

"Sí", dijo Pedro. "Lo vi ayer mismo en el límite del Pastizal Viejo. Estaba revoloteando entre los arbustos y el suelo, sacudiendo su larga cola de arriba abajo y de un lado a otro como si no supiera qué hacer con ella. Nunca había visto a nadie menear la cola como él."

Jenny Cucarachero rió entre dientes. "Es muy típico de él", dijo. "Es porque meneas tanto la cola que le llaman Cuitlacoche. Supongo que llevaba puesto su nuevo traje de primavera".

“No sé si era un traje nuevo o no, pero era guapísimo”, respondió Pedro. “Me encanta ese precioso marrón rojizo de su espalda, alas y cola, y sin duda realza su chaleco blanco y beige con esas vetas y manchas oscuras. Debes admitir, Jenny Cucarachera, que cualquiera que lo vea vestido tan parecido a los Zorzales tiene derecho a pensar que es un Zorzal”.

“Supongo que sí”, admitió Jenny a regañadientes. “Pero ningún Zorzal tiene un pelaje marrón tan brillante. Brownie es guapo, si me permites decirlo. ¿Te fijaste en el pico tan largo que tiene?”



Cuitlacoche rojizo (*Toxostoma rufum*)
Nombre en inglés: Brown Thrasher
Norteamérica

Pedro asintió. “Y me di cuenta de que tenía dos barras blancas en cada ala”, dijo.

“Me alegra que seas tan observador”, respondió Jenny secamente. “¿Lo oíste cantar?”

“¡Sí que lo oí cantar!” exclamó Pedro, con los ojos brillantes al recordarlo. Cantó especialmente para mí. Voló hasta la copa de un árbol, echó la cabeza hacia atrás y cantó como pocos pájaros que conozco. Tiene una voz maravillosa, Brownie. No conozco a nadie a quien disfrute más. Y cuando canta, actúa como si él también lo disfrutara y supiera lo bien que canta. Me fijé en que su larga cola colgaba recta, igual que la del Sr. Cucarachero cuando canta.

“Claro que sí”, respondió Jenny con prontitud. “Es un rasgo de familia. Las colas de mis otros dos primos mayores hacen lo mismo”.

“¿Qué, qué, qué es eso? ¿Tienes más primos mayores?”, exclamó Pedro, mirando a Jenny como si fuera una criatura extraña a la que nunca había visto.

"Claro que sí", replicó Jenny. "Mocker, el cenzone norteño, y Kitty, el pájaro gato gris, pertenecen a la familia de Brownie, y eso los convierte en primos segundos míos". Qué expresión tan graciosa se dibujó en el rostro de Pedro. Sintió que Jenny Cucarachera decía la verdad, pero la noticia le sorprendió y le costó creerla tanto que durante unos minutos no pudo encontrar la lengua para hacer otra pregunta. Finalmente, se atrevió a preguntar con mucha timidez: "¿Imita Brownie el canto de otros pájaros como Mocker y Kitty?". Jenny Cucarachera negó con la cabeza con decisión. "No", dijo. "Está perfectamente satisfecho con su propio canto". Antes de que pudiera añadir nada más, el silbido claro de Glory, el Cardenal, sonó desde un árbol a poca distancia. Al instante, Pedro se olvidó por completo de los parientes de Jenny Cucarachera y corrió hacia ese árbol. Verás, Glory es tan hermoso que Pedro nunca pierde la oportunidad de verlo.



Sinsonte norteño o cenzone norteño (*Mimus polyglottos*)
Nombre en inglés: Northern Mockingbird
Norteamérica



Pájaro gato gris (Maullador Gris)
Nombre en inglés: Catbird bird
Norteamérica hasta Panamá

Mientras Pedro miraba fijamente al árbol, intentando vislumbrar el hermoso pelaje rojo de Glory, el silbido claro y dulce sonó una vez más. Atrajo la mirada de Pedro hacia una de las ramas superiores, pero en lugar del hermoso y brillante pelaje de Glory el Cardenal, vio un pájaro del tamaño del Petirrojo, vestido de un sobrio gris ceniza, con dos barras blancas en las alas y plumas blancas en los bordes exteriores de la cola. Era muy estilizado y pulcro, y su cola colgaba recta hacia abajo, como la de Brownie cuando cantaba. Era una cola larga, pero no tanto como la de Brownie. Mientras Pedro parpadeaba y miraba sorprendido, el desconocido abrió la boca y de ella salió el hermoso silbido de Glory. Entonces el desconocido miró a Pedro, y sus ojos brillaron con picardía.

"Te engañé, ¿verdad, Pedro?", rió entre dientes. "Pensabas que ibas a ver a Glory el Cardenal, ¿verdad?". Entonces, sin esperar la respuesta de Pedro, este extraño de aspecto serio ofreció un concierto como ningún otro en el mundo podría dar. De esa maravillosa garganta brotaron canción tras canción y nota tras nota de los amigos íntimos de Pedro del Viejo Huerto, y la actuación terminó con una hermosa canción,

toda suya. A Pedro no le hizo falta que le dijeran quién era el extraño. Era Mocker, el Cenzontle norteño.

"¡Oh!", exclamó Pedro. "Oh, Mocker, ¿cómo lo haces? Estaba seguro de que era Glory a quien oí silbar. Nunca más podré creer lo que oí."

Mocker rió entre dientes. "No eres el único al que he engañado, Pedro", dijo. "Me enorgullezco de poder engañar a casi cualquiera si me lo propongo. Es muy divertido. Puede que no sea muy atractivo, pero cuando se trata de cantar, no hay nadie a quien envidie."

"Creo que eres muy elegante", respondió Pedro cortésmente. "Esta mañana me he dado cuenta de que no se puede saber mucho de las criaturas solo por su aspecto".

"Y ahora has aprendido que no siempre se puede reconocer a la gente por su voz, ¿verdad?", rió Mocker.

"Sí", respondió Pedro. "De ahora en adelante, nunca estaré seguro de ningún pájaro emplumado a menos que pueda verlo y oírlo. ¿No volverás a cantar para mí, Mocker?"

Mocker lo hizo. Cantó y cantó, porque se nota que le encanta cantar. Cuando terminó, Pedro tenía otra pregunta preparada: "Alguien me dijo una vez que en el sur eres el pájaro más querido de todos. ¿Es cierto?" "No me corresponde a mí decirlo", respondió Mocker con modestia. "Pero te puedo decir esto, Pedro: me tienen en gran estima allá abajo. Hay muchos pájaros allí que están muy bien vestidos, pájaros que ni siquiera suben aquí. Pero ninguno es tan querido como yo, y todo es por mi voz. Prefiero tener una voz hermosa que un pelaje bonito".

Pedro asintió como si estuviera de acuerdo, lo cual, pensándolo bien, resulta bastante curioso, ya que Pedro no tiene ni un pelaje bonito ni una voz bonita. Un destello de travesura brilló en los ojos de Mocker. "Ahí está la señora Goldy, la oropéndola", dijo. "Mírame cómo la engaño". Empezó a llamar imitando exactamente la voz de Goldy cuando estaba preocupado por algo. Enseguida, la señora Goldy se acercó corriendo para averiguar qué pasaba. Al descubrir a Mocker, se enfureció y lo regañó con vehemencia; luego se marchó furiosa. Mocker y Pedro se rieron, pues les pareció una buena broma.

De repente, Pedro recordó lo que le había dicho Jenny Cucarachera. "¿Te decía la verdad Jenny Cucarachera cuando dijo que eres primo segundo suyo?", preguntó.

Mocker asintió. "Sí", dijo, "somos parientes. Cada uno pertenece a una rama de la misma familia". Entonces empezó a cantar la canción del señor Cucarachero, tras lo cual se disculpó y fue a buscar a la señora Mocker. Porque, como le explicó, ya era hora de que pensarán en un nido.



BROWNIE THE THRASHER. You cannot mistake him because of his bright reddish-brown coat, long tail and spotted breast.

CHEWINK THE TOWHEE. He is black and white with reddish-brown sides, usually on the ground in a thicket.

CAPÍTULO XXXI. Voces al anochecer

El alegre, redondo y rojo Sr. Sol se estaba acostando tras las Colinas Púrpuras y las Sombras Negras habían comenzado a arrastrarse por el Bosque Verde y las Praderas Verdes. Era la hora del día que más le gusta a Pedro Conejo. Se sentó en el borde del Bosque Verde, esperando la primera estrellita que titilara en lo alto del cielo. Pedro se sentía en paz con todo el Gran Mundo, pues era la hora de la paz, la hora del descanso para quienes habían estado ocupados durante todo el brillante día. La mayoría de los amigos emplumados de Pedro se habían preparado para la noche que se avecinaba, olvidadas las preocupaciones y los afanes del día. Todo el Gran Mundo parecía en silencio. A lo lejos, Dulce Voz, el Gorrión Vespertino, entonaba su canto vespertino, pues era la hora en que tanto le gusta cantar. Allá en el Bosque Verde, el Chotacabras cantaba como si su vida dependiera de la cantidad de veces que pudiera decir «¡Azota al pobre Chotacabras!» sin respirar. De vez en cuando, desde arriba, llegaba el agudo y áspero grito de Boomer, el Halcón Nocturno, mientras cazaba su cena en el aire.

Por un momento, pareció que estos eran los únicos amigos emplumados que seguían despiertos, y Pedro no pudo evitar pensar que quienes se acostaban tan temprano se perdían la hora más hermosa del día. Entonces, de un árbol justo detrás de él, brotó una canción tan clara, tan dulce, tan maravillosamente apropiada para esa hora de paz, que Pedro contuvo la respiración hasta que terminó. Conocía a ese cantante y lo amaba. Era Melody, el Zorzal de Bosque.

Cuando la canción terminó, Pedro saltó al árbol del que había salido. Aún había suficiente luz para ver al dulce cantante. Estaba sentado en una rama cerca de la copa, con la cabeza echada hacia atrás y su garganta suave y llena palpitando con las notas flautistas que emitía. Era un poco más pequeño que Petirrojo. Su pelaje era de un hermoso marrón rojizo, no tan brillante como el de Brownie, el Zorzal. Debajo, estaba blanco, con grandes manchas negras que le salpicaban el pecho y los costados. Cantaba como si intentara plasmar en esas hermosas notas toda la alegría de la vida. Al escucharlo, Pedro sintió que lo invadía una maravillosa sensación de paz y pura felicidad. Por nada del mundo la habría interrumpido.

Las Sombras Negras se extendían por los Prados Verdes y oscureció tanto en el Bosque Verde que Pedro apenas podía distinguir a la dulce cantante sobre su cabeza. Melody seguía cantando y el silencio del atardecer se hacía más profundo, como si todo el Gran Mundo contuviera la respiración para escuchar. No fue hasta que varias estrellitas empezaron a centellear en lo alto del cielo que Melody dejó de cantar y buscó la seguridad de su refugio para pasar la noche. Pedro estaba seguro de que en

algún lugar cercano había un nido, y lo que hacía esa canción tan hermosa era el amor que Melody intentaba expresarle a su pequeño compañero sentado sobre los huevos que ese nido debía contener. "Voy a pasarme por aquí temprano por la mañana", pensó Pedro.

Pedro es un gran ayudante para pasar la noche fuera, y eso fue precisamente lo que hizo esa noche. Justo antes de que llegara la hora de que el alegre, redondo y rojo Sr. Sol se quitara sus mantas rosadas y comenzara su ascenso diario hacia el cielo azul, Pedro partió hacia su querido Viejo Zorzal. Por todas partes, en el Bosque Verde, en el Viejo Huerto, en los Prados Verdes, sus amigos emplumados despertaban. Había olvidado por completo su intención de visitar a Melody y solo la recordó al oír de nuevo esas hermosas notas flautistas. Enseguida corrió hacia donde había pasado una hora tan tranquila la noche anterior. Melody lo vio enseguida y se echó al suelo a charlar un rato mientras él escarbaba entre las hojas en busca de su desayuno.

"¡Me encanta oírte cantar, Melody!", exclamó Pedro casi sin aliento. "No conozco ninguna otra canción que me haga sentir como la tuya, tan completamente contento y libre de preocupaciones".

"Gracias", respondió Melody. "Me alegra que te guste oírme cantar, porque no hay nada que me guste más. Es la única forma en que puedo expresar mis sentimientos. Amo a todo el Gran Mundo y no puedo evitarlo. No pretendo presumir cuando digo que toda la familia Zorzal tiene buenas voces". —Pero tú tienes lo mejor de todo — exclamó Pedro.

Melody negó con su cabeza castaña. —Yo no diría eso —dijo con modestia—. Creo que el canto de mi primo Hermit es aún más hermoso que el mío. Y luego está mi otro primo, Veery. Su canto es maravilloso, me parece.

Pero justo entonces la curiosidad de Pedro fue mayor que su interés por las canciones. —¿Ya has construido tu nido? —preguntó.

Melody asintió. —Está en un arbolito no muy lejos de aquí —dijo él—, y la señora Zorzal de Bosque está empollando cinco huevos en este mismo instante. ¿No es una maravilla?

Fue el turno de Pedro de asentir. —¿De qué está hecho tu nido? —preguntó.

—Raicillas, ramitas, tallos de hierba, hojas y barro —respondió Melody.

—¡Barro! —exclamó Pedro—. ¡Pero si eso es lo que usa Petirrojo en su nido! —Bueno, Petirrojo es mi primo, así que no sé si hay algo sorprendente en eso —replicó Melody.

“Ah”, dijo Pedro. “Había olvidado que es de la familia de los Zorzales”.

“Bueno, lo es, aunque se vista de forma muy diferente al resto de nosotros”, respondió Melody.

“Mencionaste a tu primo, Hermit. No creo conocerlo”, dijo Pedro.

“Entonces ya es hora de que lo conozcas”, respondió Melody rápidamente. “Le gusta estar solo y por eso se llama Zorzal Ermitaño. Es más pequeño que yo y su pelaje no es de un marrón tan brillante. Su cola es más brillante que su pelaje. Tiene un chaleco moteado muy parecido al mío. Algunos lo consideran el cantor más hermoso de la familia de los Zorzales. Me alegra que te guste mi canción, pero debes escuchar cantar a Hermit. De verdad creo que no hay canción tan hermosa en todo el Bosque Verde”.

“¿Construye un nido como el tuyo?”, preguntó Pedro.

“No”, respondió Melody. Construye su nido en el suelo y no usa barro. Ahora, si me disculpas, Pedro, debo desayunar y darle a la señora Zorzal de Bosque la oportunidad de conseguir el suyo.

Así que Pedro continuó su camino hacia el querido Zarzal Viejo y allí pasó el día. Al anoecer, decidió volver a escuchar cantar a Melody. Justo al acercarse al Bosque Verde, oyó desde el Arroyo Risueño una canción que lo hizo cambiar de opinión y lo impulsó a correr en esa dirección. Era una canción muy diferente a la de Melody, el Zorzal de Bosque; sin embargo, si nunca la hubiera escuchado, Pedro habría sabido que una canción así no podía salir de otra garganta que la de un miembro de la familia de los Zorzales. Al acercarse al Arroyo Risueño, las hermosas notas parecieron resonar por el Bosque Verde como una campana. Así como la canción de Melody había llenado a Pedro de una sensación de paz, esta canción despertó en él la sensación del maravilloso misterio de la vida. Había en ella el espíritu mismo del Bosque Verde. Pedro no tardó mucho en encontrar al cantante. Era Veery, a quien llaman Zorzal de Wilson; y algunos lo conocen como el Zorzal Leonado.

Al oír el golpeteo de los pies de Pedro, el canto se detuvo de golpe y fue recibido con un silbido: “¡Uuu! ¡Uuu!”. Entonces, al ver que no tenía por qué temer a nadie, Veery salió de debajo de unos helechos para saludar a Pedro. Era más pequeño que Melody, el Zorzal de Bosque, y aproximadamente un cuarto más pequeño que Petirrojo. Llevaba un pelaje marrón, pero no tan brillante como el de su prima Melody. Su pecho estaba ligeramente moteado de marrón, y por debajo era blanco. Sus costados eran de un blanco grisáceo, no moteados como los de Melody.

“Te oí cantar y tenía que venir a verte”, exclamó Pedro.

"Espero que te guste mi canción", dijo Veery. "Me encanta cantar justo a esta hora y me encanta pensar que a la gente le gusta oírme". "Sí que lo hacen", declaró Pedro con gran énfasis. "No me imagino cómo a alguien podría no gustarle oírte. Vine hasta aquí solo para sentarme un rato y escuchar. ¿Cantas un poco más para mí, Veery?"

"Claro que sí, Pedro", respondió Veery. "No me sentiría bien si no cantara hasta que oscurezca. No hay momento del día que ame más que la noche, y la única manera de expresar mi felicidad, mi amor por el Bosque Verde y la alegría de estar de vuelta en casa es cantando".

Veery se escabulló, y casi al instante sus notas, como campanas, comenzaron a resonar por el Bosque Verde. Pedro se quedó sentado donde estaba, contento de escuchar y sentir en su interior la alegría de estar vivo y feliz en la hermosa primavera que Veery expresaba tan maravillosamente. Las Sombras Negras se oscurecieron aún más. Una a una, las estrellitas salieron y centellearon entre las copas de los árboles. Finalmente, desde lo profundo del Bosque Verde, sonó el llamado de caza de Hooty el Búho. El canto de Veery se detuvo. "Buenas noches, Pedro", llamó suavemente. "Buenas noches, Veery", respondió Pedro y regresó a saltos a los Prados Verdes para un festín de meliloto.



Zorzal del bosque (*Hylocichla mustelina*)
Nombre en inglés: Wood Thrush
Desde Canadá hasta Colombia



Zorzal rojizo (*Catharus fuscescens*)
Nombre en inglés: Veery
Desde Canadá hasta Colombia y Venezuela.



Zorzal del ermitaño (*Catharus guttatus*)
Nombre en inglés: Hermit Thrush
Canadá hasta Guatemala.



MELODY THE WOOD THRUSH. His sides are spotted like his breast.
TEACHER THE OVEN BIRD. You can tell him by the way he repeats
his own name.

CAPÍTULO XXXII. Pedro salva a un amigo y aprende algo.

Pedro Conejo estaba sentado en un matorral de árboles jóvenes al borde del Bosque Verde. Hacía calor y Pedro se sentía perezoso. No tenía nada en particular que hacer, y como no conocía un lugar más fresco, se había acucillado allí para dormitar un rato y soñar un poco. Que él supiera, Pedro estaba completamente solo. No había visto a nadie al entrar en ese pequeño matorral, y aunque había escuchado, no había oído ningún sonido que indicara que no lo tenía completamente solo. Estaba muy tranquilo allí, y aunque al entrar no tenía la menor intención de dormirse, no tardó en dormitar.

Pedro tiene el sueño ligero, como todos los pequeños que nunca saben cuándo tendrán que correr para salvar la vida. Poco a poco se despertó sobresaltado, y estaba completamente despierto. Algo lo había despertado, aunque no podía decir qué. Sus largas orejas estaban erguidas mientras escuchaba con todas sus fuerzas, esperando algún pequeño sonido que pudiera significar peligro. Su hocico tembloroso se movía con gran rapidez, tanteando el aire en busca del olor de un posible enemigo. Pedro esperaba muy alerta.

Durante unos minutos no oyó ni vio nada. Entonces, cerca del borde exterior del matorral, oyó un fuerte crujido de hojas secas. Debió de ser esto lo que lo despertó. Pedro se sobresaltó por un instante, pero solo por un instante. Sus largas orejas le indicaron al instante que ese ruido lo hacía alguien rascando entre las hojas, y sabía que nadie sin plumas podía rascar así.

"¿Quién será?", pensó Pedro, y avanzó sigilosamente hacia el lugar de donde provenía el sonido. De pronto, al asomarse entre los troncos de los árboles jóvenes, vio las hojas marrones que cubrían el suelo volar de un lado a otro, y en medio de ellas había una persona extremadamente ocupada, un poco más pequeña que Petirrojo, rascando como si le fuera la vida. De vez en cuando recogía algo.

Tenía la cabeza, la garganta, la espalda y el pecho negros. Por debajo era blanco. Sus costados eran de color marrón rojizo. Su cola era blanca y negra, y las plumas más largas de sus alas estaban ribeteadas de blanco. Era Chewink el Rascador Pinto, a veces llamado Petirrojo de Tierra.

Pedro rió entre dientes, pero fue una risa silenciosa. Se quedó completamente quieto, pues era divertido observar a alguien que no tenía ni la menor idea de que lo observaban. Era evidente que Chewink tenía hambre y que bajo esas hojas secas encontraba una buena comida. Sus pies estaban hechos para rascar y sin duda sabía cómo usarlos. Pedro permaneció allí un rato observando. Casi había decidido que se

haría notar y contaría un poco sobre la mañana cuando, al mirar por casualidad más allá del borde del pequeño matorral, vio algo rojo. Era algo vivo, pues se movía muy lenta y cautelosamente hacia el lugar donde Chewink estaba tan ocupado y olvidaba todo menos su desayuno. Pedro sabía que solo había una persona con un pelaje de ese color. Era Reddy Zorro, y era evidente que Reddy Zorro esperaba atrapar a Chewink.

Por un segundo o dos, Pedro dudó sobre qué hacer. No podía advertir a Chewink sin que Reddy Zorro se diera cuenta de su presencia. Claro que podía quedarse quieto y dejar que atraparan a Chewink, pero era una idea tan terrible que Pedro no la consideró más de un segundo o dos. De repente, golpeó el suelo con los pies. Era su señal de peligro, la que todos sus amigos conocían. Entonces se giró y corrió, haciendo un ruido sordo, hacia una espesa maraña de zarzas que no estaba muy lejos. Al oír ese ruido, Chewink voló al instante a un arbolito. Entonces vio a Reddy Zorro y empezó a regañarlo. Reddy, por su parte, miró hacia la maraña de zarzas y gruñó. «Te atraparé un día de estos, Pedro Conejo», dijo. «Te atraparé un día de estos y te pagaré por haberme estafado el desayuno». Sin siquiera mirar a Chewink, Reddy se dio la vuelta y se fue trotando, intentando parecer digno y como si nunca hubiera considerado la idea de intentar atrapar a Chewink. Desde su percha, Chewink observó hasta que estuvo seguro de que Reddy Fox se había ido para siempre. Entonces llamó suavemente: "¡Chewink! ¡Chewink! ¡Todo está a salvo ahora, Pedro Conejo! Sal y habla conmigo y déjame decirte lo agradecido que estoy por salvarme la vida".

Chewink voló al suelo y Pedro salió sigilosamente de la maraña de zarzas. "No fue nada", declaró Pedro. "Vi a Reddy y sabía que tú no, así que, por supuesto, di la alarma. Tú habrías hecho lo mismo por mí. ¿Sabes, Chewink? Me he preguntado mucho sobre ti".

"¿Qué te has preguntado sobre mí?", preguntó Chewink.

"Me he preguntado a qué familia perteneces", respondió Pedro.

Chewink rió entre dientes. "Pertenezco a una gran familia", dijo. Pertenezco a la familia más grande de las aves. Es la familia de los pinzones y gorriones. Somos muchos y muchos no nos parecemos mucho, pero aun así pertenecemos a la misma familia. Supongo que sabes que el Picogrueso y el Cardenal Gloria son miembros de mi familia.

"No lo sabía", respondió Pedro, "pero si tú lo dices, supongo que debe serlo. Es más fácil creer que estás emparentado con los Gorriones que creerlo".

"Sin embargo, lo estoy", replicó Chewink.

“¿Qué buscabas cuando te vi por primera vez?”, preguntó Pedro.

“Oh, gusanos e insectos que se esconden bajo las hojas”, respondió Chewink con indiferencia. “No tienes idea de cuántos se esconden bajo las hojas muertas”.

“¿Comes algo más?”, preguntó Pedro.

“Bayas y frutas silvestres de temporada”, respondió Chewink. “Me encantan. Son una variedad en la comida”.

“He notado que rara vez te veo en las copas de los árboles”, comentó Pedro.

“Prefiero el suelo”, respondió Chewink. “Paso más tiempo en el suelo que en cualquier otro lugar”.

“Supongo que eso significa que anidan en el suelo”, aventuró Pedro. Chewink asintió. “Claro”, dijo. “De hecho, tengo un nido en este mismo matorral. La señora Rascador Pinto está allí ahora mismo, y sospecho que está preocupada y ansiosa por saber qué pasó aquí cuando me advertiste sobre Reddy Zorro. Creo que debo ir a tranquilizarla”.

Pedro estaba a punto de preguntar si podía ir a ver el nido cuando una nueva voz los interrumpió.

“¿De qué están hablando, amigos?”, preguntó, y allí revoloteó justo frente a Pedro un pajarito del tamaño de un gorrión, pero más hermoso que cualquier gorrión conocido de Pedro. A primera vista parecía todo azul, de un azul brillante y precioso. Pero al detenerse un instante, Pedro vio que sus alas y cola eran casi negras, y que el hermoso azul brillaba más en su cabeza y lomo. Era Índigo, el Azulillo.

“Estábamos hablando de nuestra familia”, respondió Chewink. “Le estaba diciendo a Pedro que pertenecemos a la familia más grande de las aves”. “Pero no dijiste nada de Índigo”, interrumpió Pedro. “¿Quieres decir que pertenece a la misma familia?”

“Claro que sí”, respondió Índigo. “Soy pariente bastante cercano de la rama Gorrión. ¿No me parezco a un Gorrión?”

Pedro miró a Índigo con atención. “En tamaño y forma sí”, confesó, “pero aun así, jamás se me habría ocurrido relacionarte con los Gorriones”.

“¿Y yo?”, preguntó otra voz, y un pequeño pájaro marrón voló junto a Índigo, meneando la cola nerviosamente. Se parecía mucho a un Gorrión, tanto que, si Pedro no la hubiera visto con su apuesto compañero, pues era la señora Azulillo, sin duda la habría tomado por un Gorrión.

Solo en sus alas y cola había algo del azul que hacía tan hermoso el pelaje de Índigo, y este era solo un ligero matiz. “Debo confesar que, en lo que a ti respecta, no es difícil pensar que eres pariente de los Gorriones”, declaró Pedro. “¿No te gustaría a veces ir tan elegantemente vestido como Índigo?”

La señora Azulillo negó con la cabeza con decisión. “¡Jamás!”, declaró. “Ya tengo suficientes preocupaciones criando una familia, pero si tuviera un abrigo como el suyo no tendría ni un momento de paz. No tienes idea de cuánto me preocupo por él a veces. Deberías agradecer, Pedro Conejo, no tener un abrigo como el suyo. Llama demasiado la atención”.

Pedro intentó imaginarse con un abrigo azul brillante y se rió a carcajadas de solo pensarlo, y los demás se le unieron. Entonces Índigo voló a la copa de un árbol alto no muy lejos y comenzó a cantar. Era una canción animada y Pedro la disfrutó muchísimo. La señora Azulillo aprovechó la oportunidad para escabullirse sin ser vista, y cuando Pedro buscó a Chewink con la mirada, él también había desaparecido. Había ido a decirle a la señora Rascador Pinto que estaba completamente a salvo y que no tenía nada de qué preocuparse.



Macho



Hembra

Rascador pinto (*Pipilo erythrophthalmus*)
Nombre en inglés: Eastern Towhee
Canadá y Estados Unidos



Macho



Hembra

Azulillo o Azulito norteño (*Passerina cyanea*)
Nombre en inglés: Indigo Bunting
Norteaméricas hasta el norte de Sudamérica

CAPÍTULO XXXIII. Un elegante pájaro y un nido tardío

Jenny y el Sr. Cucarachero estaban ocupados. Si había pequeños más ocupados en el mundo, Pedro Conejo no podía imaginar quiénes serían. Verán, todos los siete huevos del nido de los Cucaracheros habían eclosionado, y siete bocas son muchas para alimentar, sobre todo cuando hay que buscar y llevar cada bocado desde lejos. Había poco tiempo para chismes. En cuanto amaneció lo suficiente, Jenny y el Sr. Cucarachero empezaron a alimentar a esos bebés siempre hambrientos, y siguieron haciéndolo sin apenas tiempo para un bocado ocasional, hasta que las Sombras Negras aparecieron sigilosamente desde las Colinas Púrpuras. Las crías de los Cucaracheros, como todas las crías de pájaros, crecen muy rápido, lo que significa que cada una debe comer mucho cada día. Cada una a menudo comía su propio peso en comida al día, y toda su comida tenía que ser buscada y, cuando la encontraban, llevársela y ponérsela en las boquitas abiertas. Apenas Jenny Cucarachera desaparecía en el portón redondo de su casa con una oruga en el pico, volvía a salir de un salto, y el Sr. Cucarachero ocupaba su lugar con una araña o una mosca, y luego se apresuraba a buscar algo más.

Pedro intentó llevar la cuenta de las veces que entraban y salían, pero pronto lo abandonó, considerándolo una tarea difícil. Empezó a preguntarse de dónde venían todos los gusanos, insectos y arañas, y poco a poco llegó a tener un gran respeto por los ojos lo suficientemente agudos como para encontrarlos con tanta rapidez. No hace falta decir que Jenny estaba más irritable que nunca. No tenía tiempo para chismes y lo decía con el mayor énfasis. Así que, finalmente, Pedro desistió de intentar averiguar con ella ciertas cosas que quería saber y se fue a buscar a alguien menos ocupado. Había recorrido poco cuando una canción tan dulce y llena de pequeños trinos le llamó la atención, que primero se detuvo a escuchar y luego fue a buscar a la cantante. No tardó mucho en encontrarlo, pues estaba sentado en la copa de un abeto en el patio del granjero Brown. Pedro no se atrevió a acercarse, pues ya era pleno día, y casi había decidido que tendría que contentarse con escuchar a esa dulce cantante cuando esta voló sobre el Viejo Huerto y se posó justo encima de la cabeza de Pedro. "¡Hola, Pedro!", gritó.

"¡Hola, Linnet!", gritó Pedro. "Me preguntaba quién podría ser el que cantaba así. Debería haberlo sabido, pero hace tanto tiempo que no te oigo cantar que no podía recordar tu canción. Me alegro mucho de que hayas venido, porque me muero de ganas de hablar con alguien".

Linnet, el pinzón morado, pues era él, se rio a carcajadas. «Veo que sigues siendo el mismo Pedro de siempre», dijo. «Supongo que sigues tan lleno de curiosidad y de preguntas como siempre. Bueno, aquí estoy, ¿de qué hablamos?»

«De ti», respondió Pedro sin rodeos. «Últimamente he descubierto tantas cosas sorprendentes sobre mis amigos emplumados que quiero saber más. Estoy intentando aclararme quién es pariente de quién, y he descubierto algunas cosas que me han hecho sentir que sé muy poco sobre mis vecinos emplumados. La cosa va tan mal que ni siquiera me atrevo a adivinar quiénes son los parientes de alguien. Por favor, Linnet, ¿a qué familia perteneces?»

Linnet voló un poco más cerca de Pedro. «Mírame, Pedro», dijo con ojos brillantes. «Mírame a ver si puedes decirlo tú mismo». Pedro miró solemnemente a Linnet. Vio un pájaro del tamaño de un gorrión, la mayor parte del cuerpo de un rojo rosado, más brillante en la cabeza, más oscuro en el dorso y más pálido en el pecho. Por debajo era blanquecino.

Sus alas y cola eran parduscas, con las partes exteriores de las plumas ribeteadas de rojo rosado. Su pico era corto y grueso.

Antes de que Pedro pudiera responder, apareció la señora Linnet. No había ni un toque de ese hermoso rojo rosado en ella. Su dorso pardo grisáceo estaba vetado de negro, y su pecho y costados blancos estaban moteados y vetados de marrón. Si Pedro no la hubiera visto con Linnet, sin duda la habría tomado por un gorrión. Se parecía tanto a uno que se atrevió a decir: «Supongo que perteneces a la familia de los gorriones».



Gorrión Morado (*Haemorhous purpureus*)
Nombre en inglés: Purple Finch
Canadá y Estados Unidos

«Se parece bastante, Pedro. Se parece bastante», declaró Linnet. «Pertenece a la rama de la familia de los pinzones, lo que convierte a los gorriones en primos nuestros. La gente puede confundir a la Sra. Linnet con algunos de nuestros primos Gorrión, pero a mí nunca me confundirán. No hay nadie más que yo con un pelaje rojo rosado como el mío. Si no recuerdan mi canción, que deberían, porque no hay otra igual, siempre podrán distinguirme por el color de mi pelaje. ¡Hola! Aquí viene el primo Chicoree. ¿Alguna vez, han visto a un ser más feliz que él? Me atrevo a decir que se lo ha pasado tan bien que ni siquiera ha pensado en construir un nido, y aquí la mitad de la gente del Viejo Huerto ha formado familias. Yo también tengo un nido y huevos, pero ese loco solo anda por ahí pasándose bien. ¿Verdad, Chicoree? »

"¿Verdad qué?", preguntó Chicoree el Jilguero, posado muy cerca de donde estaba Linnet.



Jilguero americano o Jilguero carnario (*Spinus tristis*)
Nombre en inglés: American Goldfinch
Canadá y Estados Unidos

"¿Verdad que ni siquiera has empezado a pensar en un nido?" —preguntó Linnet. Chicoree voló entre la hierba, casi bajo la nariz de Pedro, y empezó a arrancar un diente de león que había echado semillas. Arrancó las semillas de la suave pelusa a la que estaban adheridas y no dijo ni una palabra hasta que terminó. Luego voló al árbol cerca de Linnet y, mientras se arreglaba las plumas, respondió a la pregunta de Linnet.

"Es muy cierto, pero ¿y qué?", dijo. "Ya habrá tiempo para pensar en la construcción del nido y los quehaceres domésticos más tarde. La señora Jilguero y yo empezaremos a pensar en ellos a principios de julio. Mientras tanto, aprovechamos esta hermosa temporada para pasear y pasarlo bien. Para empezar, nos gusta el vilano para forrar nuestro nido, y todavía no hay vilano. Entonces, no tiene sentido criar una familia hasta que haya suficiente comida adecuada, y ya sabes que los

Jilgueros vivimos principalmente de semillas. Me atrevo a decir que somos los mejores comedores de semillas del mundo. Claro que, cuando las crías son pequeñas, necesitan comida blanda, pero se pueden encontrar muchos gusanos e insectos en cualquier momento del verano. En cuanto los niños son lo suficientemente grandes como para buscar su propia comida, necesitan semillas, así que no tiene sentido intentar criar una familia hasta que haya suficientes semillas para cuando las necesiten. Mientras tanto, nos lo pasamos bien. ¿Qué te parece mi traje de verano, Pedro?” —Es precioso —exclamó Pedro—. No te reconocería por el mismo pájaro que veo tan a menudo a finales de otoño y a veces en invierno. No conozco a nadie que logre un cambio más completo. Esa gorra negra es, sin duda, muy elegante y favorecedora.

Chicoree ladeó la cabeza para realzar mejor su gorra negra. El resto de su cabeza y todo su cuerpo eran de un amarillo brillante. Sus alas eran negras con dos barras blancas en cada una. Su cola también era negra, con algo de blanco. Era un poco más pequeño que Pardillo Común y, en conjunto, uno de los más elegantes de todos los pequeños con plumas. Era un placer simplemente mirarlo. Si Pedro hubiera sabido algo de canarios, que, por supuesto no sabía, porque los canarios siempre se mantienen en jaulas, habría entendido por qué a Chicoree, el jilguero, a menudo se le llama Canario Salvaje.

La señora Jilguero se unió a su apuesto compañero y era evidente que lo admiraba tanto como Pedro. Sus alas y cola eran muy parecidas a las de él, pero más marrones que negras. No llevaba gorra en absoluto y su espalda y cabeza eran de un marrón grisáceo con un matiz oliva. Por debajo era más clara, con un toque amarillo. En conjunto, era una personita vestida con mucha modestia. Según Pedro recordaba el traje de invierno de Chicoree, era muy parecido al que ahora usaba la señora Jilguero, salvo que sus alas y cola eran como ahora se veían.

Todo el tiempo, Chicoree mantenía un gorjeo alegre y continuo, rompiendo a cantar cada pocos minutos. Era evidente que rebosaba de alegría.

"Supongo", dijo Pedro, "que parece una tontería preguntar si eres miembro de la misma familia que Linnet".

"Muy tonto, Pedro. Muy tonto", rio Chicoree. ¿No me llamo Jilguero, y él no se llama Pinzón Morado? Pertenece a la misma familia, y es una familia magnífica. Ahora tengo que ir al Pasto Viejo a ver cómo van los cardos.

Se fue volando y gritando: "¡Chicori, per-chicori, chicori!". La señora Jilguero lo siguió. Mientras volaban, subían y bajaban en el aire de forma muy parecida a como lo hace Ala Amarilla, el Pájaro Carpintero.

"Los reconocería solo por eso, aunque Chicori no siguiera gritando su propio nombre", pensó Pedro. "Es curioso cómo a menudo se quedan por aquí todo el invierno y, sin embargo, son de los últimos pájaros en establecerse. Como le dije una vez a Jenny Cucarachera, los pájaros son criaturas muy curiosas". —¡Tut, tut, tut, tut, tut! No es eso, Pedro Conejo. No es eso», regañó Jenny Cucarachera mientras se alejaba volando de Pedro para ir a buscar otro gusano para sus hambrientos bebés.



CHICOREE THE GOLDFINCH. There is no mistaking this little yellow and black bird.



HUMMER THE RUBY-THROATED HUMMINGBIRD. The only member of his family in the East.

CAPÍTULO XXXIV. La Paloma y el Cuco

Un largo camino conduce desde el corral del granjero Brown hasta su maizal en la Pradera Verde. Sucedió que una mañana muy temprano, al conejo Pedro se le metió en su cabecita esa idea de correr por ese largo camino para ver qué podía encontrar. En cierto lugar junto a ese largo camino había un terraplén de grava en el que el granjero Brown había excavado para sacar grava y ponerla en la carretera cerca de su casa. Mientras Pedro corría por ese lugar donde el granjero Brown había excavado, vio a algo en ese pozo de grava. Pedro se detuvo en seco y se sentó para mirar.

Era Mourner, la paloma, a quien Pedro veía, un viejo amigo al que Pedro tenía mucho cariño. Su cuerpo era un poco más grande que el de Petirrojo, pero su cuello largo y delgado, y su cola y alas más largas lo hacían parecer considerablemente más grande. Su forma le recordó inmediatamente a Pedro a las palomas del granjero Brown. Su espalda era de color marrón grisáceo, variando a gris azulado. La coronilla y la parte superior de la cabeza eran de color gris azulado. Su pecho era de color rojizo, degradándose a un suave color beige. Su pico era negro y sus patas rojas. Las dos plumas centrales de su cola eran las más largas y del mismo color que su espalda. Las demás plumas eran de color gris pizarra con pequeñas bandas negras y puntas blancas. En sus alas había algunas manchas negras dispersas. Justo debajo de cada oreja había una mancha negra. Pero lo más bonito de Mourner eran los lados de su esbelto cuello. Cuando no eran tocadas por los alegres rayos de sol, las plumas del cuello parecían tener un color muy parecido al de su pecho, pero en cuanto eran tocadas por los alegres rayos de sol, parecían cambiar constantemente, lo que, como ya sabes, se llama iridiscencia. En conjunto, Mourner era encantador de una manera tranquila.

Pero no era su aspecto lo que hacía que Pedro se quedara mirándolo, sino lo que estaba haciendo. Caminaba de un lado a otro y, de vez en cuando, recogía algo, como si estuviera buscando su desayuno en esa grava, y Pedro no podía imaginar nada bueno que comer allí abajo. Sabía que ni siquiera había gusanos allí. Además, a Mourner no le gustan los gusanos; se alimenta casi exclusivamente de semillas y granos de muchos tipos. Así que Pedro estaba desconcertado. Pero, como ya sabes, no es de los que se quedan desconcertados por mucho tiempo cuando puede usar su lengua.

—¡Hola, Mourner! —gritó—. ¿Qué estás haciendo ahí? ¿Estás desayunando?

—No, Pedro, no —respondió Mourner con voz suave—. Ya he desayunado y ahora estoy recogiendo un poco de grava para hacer la digestión. —Recogió una piedrecita y se la tragó.

—¡Vaya, qué cosas! —exclamó Pedro—. Debes de estar loco. La idea de pensar que la grava te va a ayudar a hacer la digestión. Yo diría que lo más probable es que te haga justo lo contrario.

Mourner se rió. Era una risita suave y melodiosa, muy agradable de oír. «Veo que, como siempre, juzgas a los demás por ti mismo», dijo. «A estas alturas ya deberías saber que no hay nada más tonto que eso. No tengo la menor duda de que un desayuno a base de grava te provocaría un terrible dolor de estómago. Pero tú eres tú y yo soy yo, y ahí está toda la diferencia del mundo. Sabes que yo como granos y semillas duras. Como no tengo dientes, tengo que tragármelos enteros. Una parte de mi estómago se llama molleja y su función es moler y triturar la comida para que pueda ser digerida. Las piedrecitas y la grava ayudan a moler la comida y, por lo tanto, facilitan la digestión. Creo que ya tengo suficiente por esta mañana, y es hora de darme un baño de polvo. Hay un lugar polvoriento en el camino donde me baño todos los días».

«Si no te importa», dijo Pedro, «te acompañaré».

Mourner dijo que no le importaba, así que Pedro lo siguió hasta el lugar polvoriento del largo camino. Allí se unió a Mourner la señora Paloma, que vestía de forma muy similar a él, salvo que no tenía un cuello tan bonito. Mientras se cubrían de polvo, charlaron con Pedro.

«Te veo tanto en el suelo que a menudo me pregunto si construyes tu nido en el suelo», dijo Pedro.

«No», respondió Mourner. «La señora Paloma construye en un árbol, pero normalmente no muy lejos del suelo. Ahora, si nos disculpas, debemos volver a casa. La señora Paloma tiene dos huevos que incubar y, mientras lo hace, me gusta estar cerca para hacerle compañía y cortejarla».

Los palomos sacudieron el polvo de sus plumas y se alejaron volando. Pedro los observó para ver adónde iban, pero los perdió de vista detrás de unos árboles, así que decidió correr hacia el viejo huerto. Allí encontró a Jenny y al señor Cucarachero tan ocupados como siempre alimentando a su creciente familia. Jenny no paraba ni un instante para cotillear. Pedro estaba tan emocionado con lo que había descubierto sobre el señor y la señora Paloma que tenía que contárselo a alguien. Oyó a Kitty, el pájaro gato, maullar entre los arbustos junto al viejo muro de piedra, así que se

apresuró a ir a buscarlo. En cuanto lo encontró, Pedro comenzó a contarle lo que había descubierto sobre Mourner, la paloma.

—Eso no es ninguna novedad, Pedro —interrumpió Kitty—. Sé todo sobre Mourner y su esposa. Son seres muy agradables, aunque debo decir que la señora Paloma es una de las peores amas de casa que conozco. Supongo que nunca has visto su nido.

Pedro negó con la cabeza. —No —dijo—, nunca lo he visto. ¿Cómo es?

Kitty el pájaro gato se rió. «Es el peor nido que conozco», dijo. «Está hecho con palitos y muy pocos. No entiendo cómo se mantienen unidos. Supongo que es bueno que la señora Paloma no ponga más de dos huevos, y me sorprende que esos dos se queden en el nido. ¡Escucha! Ahí está la voz del Cuco. Para ser alguien tan feliz, sin duda tiene la voz más triste que existe. Al oírlo, uno pensaría que está triste en lugar de feliz. Siempre me entristece oírlo».

«Es cierto», respondió Pedro, «pero me gusta oírlo de todos modos. ¡Hola! ¿Quién es ese?».

Desde uno de los árboles del Viejo Huerto se oyó un largo y claro «¡Kow-kow-kow-kow-kow-kow!». Era una voz muy diferente a todas las que Pedro había oído esa primavera.

«Es el Cuco», dijo Kitty. «¿Quieres decir que no conoces al Cuco?».

«Claro que lo conozco», replicó Pedro. «Solo que había olvidado el sonido de su voz, eso es todo. Dime, Kitty, ¿es cierto que la señora Cuco no es mejor que Sally Astuta, la tordilla, y que pone sus huevos en los nidos de otras aves? He oído decir eso de ella».

«No hay nada de cierto en eso», declaró Kitty enfáticamente. —Ella construye un nido, tal y como es, que no es gran cosa, y cuida de sus propios hijos. Los Cucos tienen mala fama por culpa de unos primos suyos que no sirven para nada, que viven al otro lado del océano, donde vive Bully, el gorrión inglés, y que, si todos los informes son ciertos, realmente no son mejores que Sally Astuta, la tordilla. Es curioso cómo se pega la mala fama. A los Cucos se les ha acusado de robar los huevos de otras aves, pero yo nunca los he visto hacerlo y he vivido cerca de ellos durante mucho tiempo. Supongo que tienen mala fama por su costumbre de moverse en silencio y mantenerse fuera de la vista tanto como pueden, como si fueran culpables de algo malo y trataran de no ser vistos. De hecho, son aves muy útiles. El granjero Brown debería estar encantado de que el señor y la señora Cuco hayan vuelto este año al Viejo Huerto.

—¿Por qué? —preguntó Pedro.



MOURNER THE DOVE. You may surprise him taking a dust bath in the road.

CAPÍTULO XXXV. Un Verdugo y un Colibrí

No muy lejos del Viejo Huerto crecía un árbol espinoso por el que Pedro Conejo solía pasar a menudo. Nunca le había prestado especial atención. Una mañana se detuvo a descansar bajo él. Al levantar la vista, vio algo asombroso. Clavados en las afiladas espinas de una de las ramas había tres grandes saltamontes, una gran polilla, dos grandes orugas, un lagarto, un pequeño ratón y un joven gorrión inglés. ¿Te extraña que Pedro pensara que estaba soñando? No podía imaginar cómo esas criaturas habían podido quedar atrapadas en esas largas y afiladas espinas. De alguna manera, eso le produjo una sensación incómoda y se apresuró a ir al Viejo Huerto, rebotante de ganas de contarle a alguien lo extraño y terrible que había visto en el árbol espinoso.



Verdugo americano (*Lanius ludovicianus*)

Nombre en inglés: Loggerhead Shrike

Sur de Canadá, Estados Unidos y sur de México (hay registros del ave hasta Oaxaca y Veracruz)

Al entrar en el Viejo Huerto, en el rincón más alejado, vio a Johnny Marmota sentado en el umbral de su puerta y se apresuró a contarle la extraña noticia. Johnny escuchó hasta que Pedro terminó y luego le dijo con toda franqueza que nunca había oído algo así y que pensaba que Pedro debía de haber estado soñando y no lo sabía.

«Te equivocas, Johnny Marmota. Pedro no ha estado soñando en absoluto», dijo Skimmer la Golondrina, que, como recordarás, vivía en un agujero en un árbol justo encima de la entrada de la casa de Johnny Marmota. Había estado sentado donde podía oír todo lo que Pedro había dicho.

«Bueno, si sabes tanto sobre el tema, por favor, explícalo», dijo Johnny Marmota bastante enfadado.

«Es muy sencillo», respondió Skimmer. «Pedro simplemente encontró el almacén de Verdugo, el Verdugo Americano. Debo admitir que no es una vista muy agradable, pero hay que reconocerle a Verdugo el mérito de ser lo suficientemente inteligente como para almacenar comida cuando hay en abundancia».

«¿Y quién es Verdugo Americano?», preguntó Pedro. «Es nuevo para mí».

«Es nuevo en este lugar», respondió Skimmer, «y probablemente no lo hayas visto. Yo lo he visto a menudo en el sur. Ahí está, en la copa de ese árbol de allá».

Pedro y Johnny miraron con entusiasmo. Vieron un pájaro que, a primera vista, no se diferenciaba mucho de Mocker, el sinsonte. Estaba vestido completamente de negro, gris y blanco. Cuando giró la cabeza, notaron una franja negra en el costado de su cara y que la punta de su pico era ganchuda. Esto fue suficiente para hacerles olvidar que, por lo demás, era como Mocker. Mientras lo observaban, voló hacia la hierba y cogió un saltamontes. Luego voló con un vuelo constante y uniforme, solo un poco por encima del suelo, durante cierta distancia, y de repente se elevó y regresó a la rama donde lo habían visto por primera vez. Allí se comió el saltamontes y reanudó su vigilancia en busca de otra presa.

«Sin duda tiene unos ojos maravillosos», dijo Skimmer con admiración. «Debió de ver ese saltamontes allá lejos, en la hierba, antes de lanzarse a por él, porque voló directamente hacia allí. No pierde el tiempo ni la energía cazando sin rumbo fijo. Se posa en un lugar elevado y observa hasta que ve algo que le interesa. Muchas veces lo he visto posado en lo alto de un poste telegráfico. Tengo entendido que Bully, el gorrión inglés, se ha vuelto muy nervioso desde la llegada de Verdugo. Le gustan especialmente los gorriones ingleses. Supongo que lo que viste en el árbol espinoso, Pedro, era uno de los hijos de Bully. Por mi parte, espero que asuste a Bully y lo haga abandonar el Viejo Huerto. Sería bueno para el resto de nosotros».

«Pero he podido entender por qué clava a sus víctimas en esas largas espinas», dijo Pedro.

«Por dos razones», respondió Skimmer. «Cuando atrapa más saltamontes y otros insectos de los que puede comer, los clava en esas espinas para asegurarse de tener una buena comida más tarde, en caso de que no haya más que atrapar cuando tenga hambre. A los ratones, gorriones y animales demasiado grandes para tragárselos, los clava en las espinas para poder despedazarlos más fácilmente. Verás, sus patas y garras no son lo suficientemente grandes y fuertes como para sujetar a sus presas mientras las desgarran con su pico en forma de gancho. A veces, en lugar de clavarlas en las espinas, las clava en el alambre de púas de una cerca y otras veces las encaja en la bifurcación de dos ramas».

«¿Mata a muchos pájaros?», preguntó Pedro.

«No muchos», respondió Skimmer, «y la mayoría de los que mata son gorriones ingleses. El resto hemos aprendido a mantenernos alejados de él. Se alimenta principalmente de insectos, gusanos y orugas, pero le gustan mucho los ratones y caza muchos. En este sentido, se parece mucho a Killy, el gavilán. Tiene un primo, el alcaudón norteño americano, que a veces viene en invierno y se le parece mucho. ¡Hola! ¿Qué ha pasado?».



Alcaudón norteño Americano o alcaudón boreal (*Lanius borealis*)

Nombre en inglés: Great Northern Shrike

Zonas de taiga-tundra de Alaska y Canadá, y pasan el invierno en Estados Unidos

Se había desatado una gran conmoción no muy lejos, en el Viejo Huerto. Al instante, Skimmer voló para ver de qué se trataba y Pedro lo siguió. Llegó justo a tiempo para ver a Parlanchín la Ardilla Roja, esquivando el tronco de un árbol, primero, por un lado, luego por el otro, para evitar los afilados picos de las enfurecidas aves que lo habían descubierto tratando de robar un nido con sus crías.

Pedro se rió entre dientes. «Parlanchín está recibiendo su merecido, supongo», murmuró. «Me recuerda a cuando me metí en un nido de avispa amarilla. ¡Vaya, qué enojadas están esas aves!».

Parlanchín siguió esquivando de un lado a otro del árbol mientras las aves se abalanzaban sobre él, todas gritando a todo pulmón. Finalmente, Parlanchín vio su oportunidad de correr hacia el viejo muro de piedra. Solo un pájaro fue lo suficientemente rápido como para alcanzarlo y era tan pequeño que parecía apenas más grande que un insecto grande. Era Hammer, el colibrí. Siguió a Parlanchín hasta el viejo muro de piedra. Un momento después, Pedro oyó un zumbido justo encima

de su cabeza y miró hacia arriba para ver al propio Hammer posado en una ramita, donde chilló emocionado durante unos minutos, ya que su voz no es más que un pequeño chillido.

A menudo, Pedro había visto a Hummer volando de flor en flor y quedándose quieto en el aire frente a cada una de ellas mientras clavaba su largo pico en el corazón de la flor para atrapar los diminutos insectos que había allí y los dulces jugos que tanto le gustaban. Pero era la primera vez que Pedro lo veía quieto. Era tan pequeño que costaba creer que fuera un pájaro. Su espalda era de un verde brillante y resplandeciente. Sus alas y cola eran de color marrón con un tinte púrpura. Por debajo era blanquecino, pero fue su garganta lo que llamó la atención de Pedro. Era de un maravilloso color rojo rubí que brillaba y resplandecía al sol como una joya.

El colibrí levantó un ala y, con su largo pico en forma de aguja, alisó las plumas que tenía debajo. Luego se lanzó al aire, moviendo las alas tan rápido que Pedro no podía verlas. Pero, aunque no podía verlas, podía oírlas. Se movían tan rápido que hacían un sonido muy parecido al zumbido de Bumble, la abeja. Por eso se le llama colibrí. Unos minutos más tarde regresó, y esta vez lo acompañaba la señora Colibrí. Estaba vestida de manera muy similar al señor Colibrí, pero no tenía la hermosa garganta color rubí. Se detuvo solo un minuto o dos, y luego se lanzó en picado hacia lo que parecía una pequeña taza de musgo. Era su nido.

En ese momento llegó Jenny Cucarachera, y como estaba bastante agotada por el trabajo de alimentar a sus siete crías, se contentó con descansar unos momentos y charlar. Pedro le contó lo que había descubierto.

«Lo sé todo sobre eso», replicó Jenny. «No creerás que busco comida en estos árboles sin saber dónde viven mis vecinos, ¿verdad? Tienes que entender, Pedro, que ese es el nido más delicado del Viejo Huerto. Está hecho completamente de pelusa vegetal y cubierto por fuera con trozos de esa cosa gris parecida al musgo que crece en la corteza de los árboles y se llama líquenes. Eso es lo que hace que ese nido no parezca más que un nudo en la rama. Parlanchín cometió un gran error al visitar este árbol. Hummer puede ser un tipo diminuto, pero no le tiene miedo a nadie bajo el sol. Su pico es tan afilado y él es tan rápido que pocos se atreven a molestarlo más de una vez. No hay un solo miembro de la familia de los halcones al que Hummer no ataque. No hay ni una sola pluma cobarde en él.

«¿Va muy al sur durante el invierno?», preguntó Pedro. «Es tan pequeño que no veo cómo puede soportar un viaje tan largo».

«¡Ja!», exclamó Jenny Cucarachera. «La distancia no le importa al colibrí. No te preocupes por sus alas. Llega hasta Sudamérica. Tiene muchísimos parientes allí.

Deberías ver a sus crías cuando nacen. No son más grandes que las abejas. Pero crecen muy rápido. Vuelan a las tres semanas de nacer. Me alegro de no tener que bombear comida por la garganta de mis crías como tiene que hacer la señora Colibrí con las suyas».

Pedro parecía perplejo. «¿Qué quieres decir con meterles comida en la garganta?», preguntó.

«Sólo lo que digo», respondió Jenny Cucarachera. «La señora Colibrí les mete el pico en la garganta y luego les bombea la comida ella ha comido. Supongo que es bueno que los bebés tengan el pico corto».

«¿De verdad?», preguntó Pedro, abriendo mucho los ojos por la sorpresa.

«Sí», respondió Jenny. «Cuando nacen tienen picos cortos, pero no tardan mucho en crecer».

«¿Cuántos bebés suele tener la señora Colibrí?», preguntó Pedro.

«Solo dos», respondió Jenny. «Solo dos. Es todo lo que cabe en el nido. Pero, por Dios, Pedro, no puedo seguir cotilleando aquí. No tienes ni idea de lo que supone cuidar de siete crías».

Con un movimiento brusco de la cola, Jenny Cucarachera se marchó volando, y Pedro se apresuró a volver para contarle a Johnny Marmota todo lo que había descubierto sobre Hummer, el colibrí.



BUTCHER THE NORTHERN SHRIKE. His cousin, the Loggerhead Shrike looks much like him.



SNIPPER THE CROSSBILL. No other bird has the tips of his bill crossed.

CAPÍTULO XXXVI. Un extranjero y Dany el Ampelis

Verdugo no era el único recién llegado al Viejo Huerto. Había otro desconocido que, como pronto descubrió Pedro Conejo, era mirado con recelo por todas las demás aves del Viejo Huerto. La primera vez que Pedro lo vio, estaba caminando por el suelo a cierta distancia. No saltaba, sino que caminaba, y a esa distancia parecía completamente negro. Su porte y sus movimientos al caminar le recordaron a Pedro a Creaker Zanate. De hecho, Pedro lo confundió con Creaker. Eso fue porque no lo miró bien. Si lo hubiera hecho, habría visto de inmediato que el extraño era más pequeño que Creaker.

En ese momento, el desconocido se posó en un árbol y Pedro vio que su cola era poco más de la mitad de larga que la de Creaker. De inmediato, Pedro se dio cuenta de que se trataba de un desconocido y, por supuesto, su curiosidad se despertó. No tenía ninguna duda de que se trataba de un miembro de la familia de los mirlos, pero no tenía ni idea de cuál podía ser. «Jenny Cucarachera lo sabrá», pensó Pedro y salió corriendo a buscarla.

«¿Quién es ese nuevo miembro de la familia de los mirlos que ha venido a vivir al Viejo Huerto?», preguntó Pedro en cuanto encontró a Jenny Cucarachera.

«No hay ningún nuevo miembro de la familia de los mirlos viviendo en el Viejo Huerto», replicó Jenny Cucarachera con acritud.

«Sí que lo hay», contradijo Pedro. «Lo vi con mis propios ojos. Lo puedo ver ahora mismo. Está sentado en ese árbol de allá. Es todo negro, así que, por supuesto, debe de ser un miembro de la familia de los mirlos».

—¡Tut, tut, tut, tut, tut! —regañó Jenny Cucarachera—. ¡Tut, tut, tut, tut, tut! Ese tipo no es miembro de la familia de las aves negras en absoluto y, lo que es más, no es negro. Ve allí y míralo bien; luego vuelve y dime si sigues pensando que es negro.

Jenny le dio la espalda a Pedro y se fue a buscar gusanos. Como no tenía nada más que hacer, Pedro saltó hasta donde podía ver bien al desconocido. El sol le daba de lleno y no era negro en absoluto. Jenny Cucarachera tenía razón. En su mayor parte era de un verde muy oscuro. Al menos, eso es lo que Pedro pensó a primera vista. Luego, cuando el desconocido se movió, pareció ser de un intenso color púrpura en algunas partes. En resumen, cambiaba de color al girarse. Sus plumas eran como las de Creaker Zanate: iridiscentes. Estaba salpicado de pequeñas manchas claras. Por debajo era de color marrón grisáceo oscuro. Sus alas y cola eran del mismo color, con pequeños toques de color beige. Su pico, bastante grande, era amarillo.

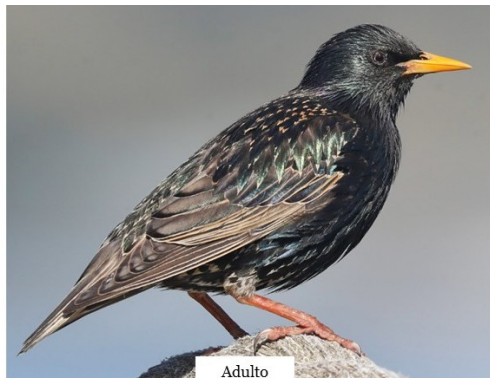
Pedro regresó apresuradamente junto a Jenny Cucarachera y hay que reconocer que parecía avergonzado. «Tenías razón, Jenny; no es negro en absoluto», confesó Pedro. «Por supuesto que tenía razón. Normalmente la tengo», replicó Jenny. «No es negro, ni siquiera está emparentado con la familia aves negras, y no tiene nada que hacer en el Viejo Huerto. De hecho, si me preguntas, no tiene nada que hacer en este país. Es un extranjero. Eso es lo que es, un extranjero».

«Pero no me has dicho quién es», protestó Pedro.

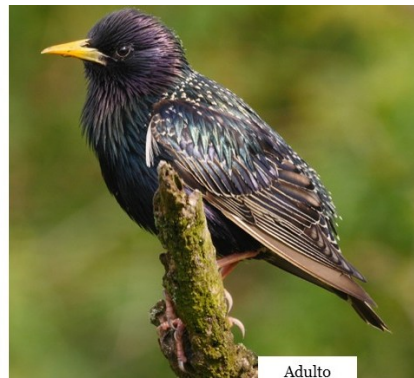
«Es Speckles el Estornino, y en realidad no es estadounidense», respondió Jenny. «Viene del otro lado del océano, igual que Bully el Gorrión Inglés. Menos mal que no tiene un carácter tan pendenciero como Bully. De todos modos, el resto de nosotros estaríamos más contentos si él no estuviera aquí. Ha tomado posesión de una de las antiguas casas de Alas amarillas el pájaro carpintero, y eso significa una casa menos para las aves que realmente pertenecen aquí. Si su familia crece al mismo ritmo que la de Bully, me temo que algunos de nosotros pronto nos veremos desplazados del Viejo Huerto. ¿Te has fijado en su pico amarillo?»

Pedro asintió con la cabeza. «Por supuesto», dijo. «No podía evitar fijarme en él».

«Bueno, hay algo curioso en ese pico», respondió Jenny. «En invierno se vuelve casi negro. La mayoría de nosotros llevamos un traje de diferente color en invierno, pero nuestros picos siguen siendo los mismos».



Adulto



Adulto

Estornino pinto (*Sturnus vulgaris*)
Nombre en inglés: European Starling
Nativo de Europa, introducido en Norteamérica,
Uruguay, Argentina, Sudáfrica y Australia



Juvenil

«Bueno, parece que está bastante bien instalado aquí, y no veo otra cosa que puedan hacer el resto de ustedes, que sacar lo mejor de la situación», dijo Pedro. «Lo que quiero saber es si es útil o no».

«Supongo que debe hacer algo bueno», admitió Jenny Cucarachera con cierta renuencia. «Lo he visto recoger gusanos y larvas, pero le gusta el grano, y sospecho que si su familia se vuelve muy numerosa —lo que muy probablemente ocurrirá— acabarán comiendo más grano del granjero Brown que gusanos o insectos, a pesar de que estos son los que destruyen los cultivos. ¡Hola! Ahí están Dandy el Ampelis y sus amigos».



Ampelis americano (*Bombycilla cedrorum*)

Nombre en inglés: Cedar Waxwing

América del norte y central hasta Costa Rica. Algunos avistamientos en Panamá y Colombia.

Una bandada de aves modestamente vestidas, pero de aspecto bastante distinguido, se había posado en un cerezo y rápidamente comenzó a servirse de las cerezas del granjero Brown. Eran del tamaño del simpático pájaro Azulejo gorjicanelo, pero no se parecían en nada a él, ya que estaban vestidas casi en su totalidad de un hermoso y rico color marrón grisáceo suave. En el extremo de cada cola había una banda amarilla. En cada uno de ellos, la frente, el mentón y una línea que atravesaba cada ojo eran de un negro aterciopelado. Todos llevaban un gorro puntiagudo muy elegante y, en las alas de la mayoría de ellos, había pequeñas manchas rojas que parecían lacre, de ahí el nombre de Ampelis. Eran delgados, esbeltos y bastante elegantes, y, de una manera discreta, realmente hermosos.

Mientras Pedro los observaba, comenzó a preguntarse si al granjero Brown le quedarían cerezas. Pedro es bastante bueno llenándose el estómago, pero incluso él

se maravilló de la forma en que esos pájaros devoraban las cerezas. Le quedó muy claro por qué a menudo se les llama pájaros cereza.

«Si se quedan mucho tiempo, el granjero Brown se quedará sin cerezas», comentó Pedro.

«No te preocupes», respondió Jenny Cucarachera. «No se quedarán mucho tiempo. No conozco a nadie que les iguale en cuanto a vagabundear. La mayoría de nosotros tenemos familias que mantener, el señor y la señora Azulejo gorjicanelo tienen una segunda familia y el señor y la señora Petirrojo tienen una segunda puesta de huevos, mientras que esos vagabundos de ahí arriba ni siquiera han empezado a pensar en formar un hogar. Sin duda les gustan esas cerezas, pero supongo que el granjero Brown puede soportar la pérdida de lo que comen. Puede que tenga menos cerezas, pero gracias a ellos tendrá más manzanas».

«¿Por qué?», preguntó Pedro.

«Oh», respondió Jenny Cucarachera, «estuvieron aquí hace un tiempo, cuando esos pequeños gusanos verdes amenazaban con devorar todo el huerto, y se atiborraron de esos gusanos igual que ahora se atiborran de cerezas. Les gustan mucho las frutas pequeñas, pero la mayoría de las que comen son silvestres, que no sirven para nada al granjero Brown ni a nadie más. Ahora mira qué espectáculo, ¿quieres?».

Habían cinco Ampelis y ahora estaban sentados uno al lado del otro en una rama del cerezo. Uno de ellos tenía una cereza jugosa que le pasó al siguiente. Este se la pasó al siguiente, y así fue pasando hasta el final de la fila y la mitad del camino de vuelta antes de que finalmente se la comieran. Pedro se echó a reír. «Nunca en mi vida había visto tanta cortesía», dijo.

«¡Ja!», exclamó Jenny Cucarachera. «No creo que fuera cortesía en absoluto. Supongo que, si llegaras al fondo del asunto, descubrirías que cada uno estaba tan lleno que pensaba que no tenía espacio para esa cereza y por eso la pasaba al siguiente».

«Bueno, yo creo que fue cortesía de todos modos», replicó Pedro. «El primero podría haber dejado caer la cereza si no podía comerla, en lugar de pasársela al siguiente». En ese momento, los Ampelis se alejaron volando.

Pasó todo el verano antes de que Pedro Conejo volviera a ver a Dandy el Ampelis. Por casualidad, descubrió a Dandy sentado en la copa de un árbol de hoja perenne, como si estuviera de guardia. Estaba de guardia, porque en ese árbol estaba su nido, aunque Pedro no lo sabía en ese momento. De hecho, era tan avanzado el verano que la mayoría de los amigos de Pedro ya habían terminado de anidar y él había perdido

por completo el interés en los nidos. En ese momento, Dandy voló a una rama más baja y allí se le unió la señora Ampelis. Entonces Pedro pudo disfrutar de una de las vistas más bonitas que había visto nunca. Frotaban sus picos como si se besaran. Se alisaban las plumas el uno al otro y juntos formaban una imagen perfecta de dos pajaritos enamorados. Pedro no podía pensar en otra pareja que pareciera tan tierna y cariñosa.

A finales del otoño, Pedro vio al señor y la señora Ampelis y a su familia juntos. Estaban en un cedro y recogían y comían las bayas del cedro con el mismo afán con el que los cinco Ampelis habían recogido las cerezas del granjero Brown a principios del verano. Pedro no lo sabía, pero debido a su afición por las bayas del cedro, a los Ampelis se les solía llamar Pájaros cedros o Ampelis cedro.



DANDY THE CEDAR WAXWING, often called CHERRY BIRD.
You can tell him from his cousin the Bohemian Waxwing by his smaller size.

CAPÍTULO XXXVII. Despedidas y bienvenidas

Durante todo el largo verano, Pedro Conejo observó a sus amigos emplumados y aprendió cosas sobre sus costumbres que nunca había sospechado. Al verlos mantener los árboles del Viejo Huerto libres de plagas de insectos, trabajar en el jardín del granjero Brown y recoger las innumerables semillas de maleza por todas partes, empezó a darse cuenta, con una nueva admiración, del maravilloso papel que desempeñan estos amigos emplumados para mantener el Gran Mundo hermoso y digno de ser habitado.

Se reía a carcajadas mientras observaba a los polluelos aprender a volar y a buscar su propio alimento. Durante todo el verano, aprendían a su lado a estar atentos al peligro, a usar sus ojos y oídos, y todas las cosas que un pájaro debe saber para crecer y sobrevivir.

Al acercarse el otoño, Pedro descubrió que sus amigos se reunían en bandadas y vagaban de aquí para allá. Era una de las primeras señales de que el verano estaba a punto de terminar, y eso le producía una ligera sensación de tristeza. Ahora ya no oía cantar a los pájaros, porque la temporada de canto había terminado. También descubrió que muchos de sus amigos emplumados, los más bellos, habían cambiado sus elegantes plumajes por sobrios trajes de viaje, preparándose para el largo viaje al lejano sur, donde pasarían el invierno. De hecho, al principio no reconoció a algunos de ellos.

Llegó septiembre y, a medida que los días se acortaban, algunos de los amigos de Pedro se despidieron de él. Emprendían el largo viaje, planeando hacerlo, en su mayor parte, en etapas tranquilas. Cada día veía cómo algunos se marchaban. Al pensar en los peligros del largo viaje que les esperaba, Pedro se preguntaba si volvería a verlos alguna vez. Pero algunos se quedaron incluso después de la primera visita de Jack Frost: el señor y la señora Petirrojo, el señor y la señora Azulejo gorjicanelo, y su pequeño amigo el gorrión cantor con su esposa estaban entre ellos. Poco a poco, hasta ellos se vieron obligados a marcharse.

Estos días habrían sido muy tristes y solitarios para Pedro si no hubiera sido porque, con la partida de los amigos con los que había pasado tantas horas felices, llegaron otros amigos del lejano norte, donde habían establecido sus hogares de verano. Algunos de ellos se quedaron unos días de paso. Otros vinieron para quedarse, y Pedro se mantuvo ocupado buscándolos y dándoles la bienvenida.

Había algunos viejos amigos que se quedaban todo el año. Sammy Astuta era uno de ellos. Downy y Peludo, los pájaros carpinteros, eran otros. Y había uno al que Pedro quería mucho. Era Tommy, el carbonero.

Tommy no se había ido al norte en primavera. De hecho, había establecido su hogar no muy lejos del Viejo Huerto. Pero Pedro no había encontrado ese hogar y solo había visto a Tommy un par de veces. Ahora, con las tareas domésticas terminadas y su numerosa familia bien encaminada en la vida, Tommy ya no estaba interesado en el acogedor hogar que había construido en un hueco de un tocón de abedul, y él y la señora Carbonero pasaban el tiempo revoloteando de aquí para allá, difundiendo alegría. Cada vez que Pedro visitaba el Viejo Huerto, lo encontraba allí, y como Tommy siempre estaba dispuesto a charlar alegremente, Pedro pronto dejó de extrañar a Jenny Cucarachera.

—¿No te da miedo el invierno, Tommy? —le preguntó Pedro un día, mientras observaba a Tommy colgado boca abajo de una ramita, recogiendo unos diminutos huevos de insecto de la parte inferior.

«En absoluto», respondió Tommy. «Me gusta el invierno. Me gusta el frío. Hace que uno se sienta bien desde la punta de las garras hasta la punta del pico. Estoy agradecido de no tener que hacer ese largo viaje que la mayoría de los pájaros tienen que hacer. Hace mucho tiempo descubrí un secreto, Pedro; ¿te lo cuento?».

«Por favor, Tommy», exclamó Pedro. «Sabes lo mucho que me gustan los secretos».

«Bueno», respondió Tommy, «es esto: si uno mantiene el estómago lleno, tendrá los dedos de los pies calientes».

Pedro parecía un poco desconcertado. «Yo... yo... no veo qué tiene que ver el estómago con los dedos de los pies», dijo.

Tommy se rió entre dientes. Era una risita encantadora y gutural. «¡Dee, dee, dee!», dijo. «Lo que quiero decir es que, si uno tiene mucho que comer, mantendrá el frío a raya, y he descubierto que, si uno usa los ojos y no le da miedo trabajar un poco, puede encontrar mucho que comer. Al menos yo puedo. Lo único que me preocupa de verdad es cuando los árboles se cubren de hielo. Si no fuera porque el hijo del granjero Brown es tan considerado que cuelga un trozo de sebo en un árbol para mí, temería esas tormentas de hielo más de lo que lo hago. Como dije antes, tener mucha comida te mantiene te mantiene caliente».

«Pensaba que era tu plumaje lo que te mantenía caliente», dijo Pedro.

«Oh, las plumas ayudan», respondió Tommy. «La comida genera calor y un plumaje cálido mantiene el calor en el cuerpo. Pero primero tiene que haber calor, o las

plumas no sirven de nada. Lo mismo ocurre contigo, Pedro. Sabes que nunca estás realmente caliente en invierno a menos que tengas mucho que comer...».

«Es cierto», respondió Pedro pensativo. «Nunca se me había ocurrido antes. De todos modos, no entiendo cómo encuentras suficiente comida en los árboles cuando están desnudos en invierno».

“¡Dee, Dee, Carbonero!

Deja ese asunto en mis manos,”

Tommy se rió entre dientes. «A estas alturas ya deberías saber, Pedro Conejo, que muchos tipos diferentes de insectos ponen huevos en las ramas y los troncos de los árboles. Esos huevos permanecerían allí todo el invierno y en primavera eclosionarían en pulgones y gusanos si no fuera por mí. A veces, en un solo día, encuentro y me como casi quinientos huevos de esos pequeños piojos verdes que causan tanto daño en primavera y verano. Luego están los pequeños gusanos que se introducen justo debajo de la corteza, y hay otras criaturas que pasan el invierno durmiendo en pequeñas grietas de la corteza. Oh, tengo mucho que hacer en invierno. Soy uno de los policías de los árboles. Downy y Peludo, los pájaros carpinteros; Seep-Seep, el trepadorcito americano; y Yank-Yank, el trepador pechiblanco, son otros. Si no nos quedáramos aquí trabajando todo el invierno, no sé qué sería del Viejo Huerto».

Tommy colgaba boca abajo de una ramita mientras recogía unos diminutos huevos de insectos de la parte inferior de la misma. A Tommy no parecía importarle lo más mínimo estar boca arriba o boca abajo. Era un pequeño y animado montón de plumas blancas y negras, no mucho más grande que Jenny Cucarachera. La parte superior de su cabeza, la nuca y el plumaje eran de un negro brillante. Los lados de la cabeza y el cuello eran blancos. Su espalda era gris cenizo. Los costados eran de un suave color crema y las plumas de las alas y la cola tenían los bordes blancos. Su diminuto pico era negro, y sus ojitos negros chispeaban y brillaban de una forma muy agradable a la vista. Ninguno de los amigos de Pedro es tan alegre como Tommy, el carbonero. La alegría y la felicidad brotan de él constantemente, sin importar el tiempo que haga. Es amigo de todos y parece sentir que todos son sus amigos.

«Me he dado cuenta —dijo Pedro— de que las aves que no cantan en ninguna otra época del año cantan en primavera. ¿Tienes una canción de primavera, Tommy?».

«Bueno, no sé si se le puede llamar canción, Pedro,» rió Tommy. «No, no creo que se le pueda llamar canción. Pero tengo un pequeño canto de amor que suena así: ¡Phoe-be! ¡Phoe-be!».

Era un silbido muy suave y dulce, y Tommy lo había llamado acertadamente un canto de amor. «Vaya, lo he oído muchas veces en primavera y no sabía que era tu voz», exclamó Pedro. «Dices Phoebe con más claridad que el pájaro que se llama Phoebe, y es mucho más suave y dulce. Supongo que es porque lo silbas».

«Supongo que tienes razón», respondió Tommy. «Ahora no puedo quedarme más tiempo hablando. Estos árboles necesitan mi atención. Quiero que el hijo del granjero Brown sienta que me he ganado el regalo de invierno que me deja, que seguro que me dará tan pronto como lleguen la nieve y el hielo. No le tengo ningún miedo al hijo del granjero Brown. Prefiero comer de su mano que de cualquiera. Él sabe que me gustan las nueces picadas, y el invierno pasado solía comer de su mano todos los días». Pedro abrió mucho los ojos, sorprendido. «¿Quieres decir», dijo, «que tú y el hijo del granjero Brown son tan amigos que te atreves a posarte en su mano?».

Tommy asintió enérgicamente con su cabecita de gorra negra. «Por supuesto», dijo. «¿Por qué no? ¿De qué sirve tener amigos si no puedes confiar en ellos? Cuanto más confíes en ellos, mejores amigos serán».

«De todos modos, no entiendo cómo te atreves a hacerlo», respondió Pedro. «Sé que el hijo del granjero Brown es amigo de todos los animalitos, y yo tampoco le tengo mucho miedo, pero aun así no me atrevería a acercarme lo suficiente como para que me tocara.»

«¡Bah!», replicó Tommy. «Esa no es forma de demostrar verdadera amistad. No tienes idea, Pedro, de lo reconfortante que es saber que puedes confiar en un amigo, y siento que el hijo del granjero Brown es uno de mis mejores amigos. Ojalá hubiera más niños y niñas como él».



TOMMY TIT THE CHICKADEE. Tommy will introduce himself.
YANK-YANK THE WHITE-BREASTED NUTHATCH. A winter
visitor who goes down a tree head first.

CAPÍTULO XXXVIII. Llegan Honker y Chiflado

Las hojas de los árboles se volvieron amarillas, rojas y marrones, y luego comenzaron a caer, primero unas pocas, luego cada vez más cada día, hasta que todos los árboles quedaron desnudos, excepto los abetos, los pinos, las cicutas, los abetos rojos y los cedros. Para entonces, la mayoría de los amigos emplumados de Pedro del verano se habían marchado, y había días en los que Pedro se sentía muy solo. El pelaje de su abrigo se estaba volviendo más grueso. La hierba de los prados verdes se había vuelto marrón. Pedro conocía muy bien estas señales. Sabía que el rudo Hermano Viento del Norte y Jack Frost estaban bajando desde el lejano norte.

Pedro tenía pocos amigos a los que visitar ahora. Johnny Marmota se había ido a dormir durante el invierno a su pequeña habitación bajo tierra. El abuelo Rana también se había ido a dormir. Lo mismo había hecho el viejo Sr. Sapo. Pedro pasaba mucho tiempo en el querido viejo zarzal, sentado en silencio y escuchando. No sabía qué estaba escuchando. Simplemente le parecía que había algo que debía oír en esta época del año, así que se sentaba a escuchar y escuchar, preguntándose qué era lo que estaba escuchando. Entonces, una tarde, llegó flotando desde lo alto del cielo, débil al principio, pero cada vez más fuerte, un sonido diferente a cualquier otro que Pedro hubiera oído durante todo el largo verano. El sonido era una voz. Más bien eran muchas voces mezcladas: «¡Honk, honk, honk, honk, honk, honk, honk!».

Pedro dio un pequeño salto.

«¡Eso es lo que estaba escuchando!», exclamó. «¡Honkeri! el Ganso canadiense y sus amigos están llegando. Oh, espero que se detengan donde yo pueda visitarlos».

Saltó al borde del querido y viejo zarzal para ver mejor, y miró al cielo. En lo alto, volando en forma de V, vio una bandada de grandes aves que volaban sin pausa desde el lejano norte. Por el sonido de sus voces, supo que habían volado mucho ese día y estaban cansadas. Un ave iba en cabeza y él sabía que era su viejo amigo Honker. Pasaron justo por encima de su cabeza y, mientras Pedro escuchaba sus voces, sintió dentro de sí el espíritu mismo del lejano norte, esa tierra grande, salvaje y solitaria que nunca había visto, pero de la que había oído hablar tantas veces.

Mientras Pedro observaba, Honker giró de repente y se dirigió hacia el Gran Río. Luego comenzó a descender en picado, seguido por su bandada. Y al poco tiempo desaparecieron detrás de los árboles a lo largo de la orilla del Gran Río. Pedro soltó un pequeño suspiro de felicidad. «Van a pasar la noche allí», pensó. «Cuando salga la luna, correré hacia allí, porque vendrán a la orilla y sé exactamente dónde. Ahora que han llegado, sé que el invierno no está lejos. La voz de Honker es una señal tan

segura de la llegada del invierno como la del Azulejo gorjicanelo anuncia que la primavera está cerca».

Pedro estaba impaciente por la llegada de las Sombras Negras y, tan pronto como estas se deslizaron sobre los Prados Verdes, se dirigió al Gran Río. Sabía exactamente adónde ir, porque sabía que Honker y sus amigos descansarían y pasarían la noche en el mismo lugar donde se habían detenido el año anterior. Sabía que permanecerían en medio del Gran Río hasta que las Sombras Negras les permitieran nadar con total seguridad. Llegó a la orilla del Gran Río justo cuando la dulce Señora Luna comenzaba a proyectar su luz plateada sobre el Gran Mundo. En ese punto del Gran Río había un banco de arena, y Pedro se sentó en cuclillas en la orilla, justo donde comenzaba ese banco de arena.

A Pedro le pareció que había estado sentado allí media noche, pero en realidad solo había pasado poco tiempo cuando oyó una señal baja en las sombras negras que cubrían el centro del Gran Río. Era la voz de Honker. Entonces Pedro vio pequeñas líneas plateadas moviéndose en el agua y, al poco tiempo, una docena de grandes siluetas aparecieron a la luz de la luna. Honker y sus amigos estaban nadando hacia él. El largo cuello de cada una de esas grandes aves estaba estirado al máximo, y Pedro sabía que cada ave estaba atenta al más mínimo sonido sospechoso. Lentamente se acercaron, con Honker a la cabeza. Eran la imagen de la precaución perfecta. Cuando llegaron al banco de arena, permanecieron quietos, mirando y escuchando durante un rato. Entonces, seguro de que todo estaba en orden, Honker dio una señal baja y de inmediato comenzó un murmullo grave mientras las grandes aves relajaban su vigilancia y salían al banco de arena, todas menos una. Esa era la guardia, y permaneció con el cuello erguido, vigilando. Algunas nadaron entre los juncos que crecían en el agua muy cerca de donde estaba sentado Pedro y comenzaron a alimentarse. Otras se sentaron en el banco de arena y se acicalaron las plumas. El propio Honker llegó a la orilla cerca de donde estaba sentado Pedro.

—Oh, Honker —exclamó Pedro—, me alegro mucho de que hayas vuelto sano y salvo.

Honker dio un pequeño respingo, pero al reconocer a Pedro al instante, se acercó a él. Allí de pie, a la luz de la luna, estaba realmente hermoso. Su garganta y una gran mancha a cada lado de la cabeza eran blancas. El resto de la cabeza y el cuello largo y delgado eran negros. Su cola corta también era negra. La espalda, las alas, el pecho y los costados eran de un suave color marrón grisáceo. Era blanco alrededor de la base de la cola y llevaba un collar blanco.

«Hola, Pedro», dijo. «Es bueno que un viejo amigo me salude. Estoy muy contento de haber regresado sano y salvo, porque los cazadores con sus terribles armas han

estado en casi todos nuestros lugares de descanso y ha sido muy difícil conseguir suficiente comida. Es un alivio encontrar un lugar donde no haya armas terribles».

—¿Has venido desde muy lejos? —preguntó Pedro.

—Desde muy lejos, Pedro, desde muy lejos —respondió Honker—. Y aún nos queda mucho camino por recorrer. Estaré agradecido cuando termine el viaje, porque de mí depende la seguridad de todos los que me acompañan, y es una gran responsabilidad.



Ganso canadiense (*Branta canadensis*)
Nombre en inglés: Canada Goose
América del norte hasta el norte de México

—¿Llegará pronto el invierno? —preguntó Pedro con entusiasmo.

—El rudo hermano Viento del Norte y Jack Frost nos seguían de cerca —respondió Honker. «Sabes que nos quedamos en el lejano norte todo el tiempo que podemos. El lugar donde anidábamos ya está helado y cubierto de nieve. Durante la primera parte del viaje nos mantuvimos justo por delante de la nieve y el hielo, pero a medida que nos acercábamos al lugar donde viven los hombres, nos vimos obligados a hacer viajes más largos cada día, ya que los lugares donde es seguro alimentarse y descansar son pocos y distantes entre sí. Ahora debemos apresurarnos hasta llegar al lugar en el lejano sur donde estableceremos nuestro hogar invernal».

En ese momento, Honker fue interrumpido por unos sonidos extraños y salvajes que provenían del centro del Gran Río. Sonaban como una risa loca. Pedro dio un respingo al oírlos, pero Honker se limitó a reírse. «Es el Colimbo chiflado», dijo.

«Pasó el verano en el lejano norte, no muy lejos de nosotros. Empezó a volar hacia el sur justo antes que nosotros».

«Ojalá viniera aquí para poder verlo bien y conocerlo», dijo Pedro.

«Puede que lo haga, pero lo dudo», respondió Honker. «Él y su pareja son muy independientes. Además, no tienen que bajar a tierra para alimentarse. Ya sabes que Chiflado se alimenta exclusivamente de pescado. En realidad, le resulta más fácil que a nosotros el largo viaje, porque puede conseguir su comida sin correr tanto riesgo de ser abatido por los terribles cazadores. Prácticamente vive en el agua. Es el tipo más torpe en tierra que conozco».



Colimbo chiflado (*Gavia immer*)

Nombre en inglés: Common loon

Norteamérica hasta la zona norte de México, Groenlandia, Islandia y Europa.

«¿Por qué iba a ser más torpe en tierra que tú?», preguntó Pedro, cuya curiosidad se despertó de inmediato.

«Porque», respondió Honker, «la vieja madre naturaleza le ha dado unas patas muy cortas y las ha colocado tan atrás en su cuerpo que no puede mantener el equilibrio para caminar y tiene que usar sus alas y su pico para ayudarse a desplazarse por el suelo. En tierra es lo más indefenso que te puedas imaginar. Pero en el agua es otra cosa. Se siente tan cómodo bajo el agua como sobre ella. ¡Vaya, cómo bucea ese tipo! Cuando ve el destello de un arma, se sumerge en el agua antes de que el disparo pueda alcanzarlo. Ahí es donde tiene ventaja sobre nosotros, los gansos. Ya sabes que nosotros no podemos bucear. Podría cruzar este río a nado bajo el agua si quisiera, y puede ir tan rápido bajo el agua que puede atrapar un pez. Es precisamente porque

sus patas están tan atrás que puede nadar tan rápido. Ya sabes que sus pies no son más que grandes remos. Otra cosa curiosa es que puede sumergirse en el agua cuando quiere, dejando solo la cabeza fuera. Le envidio por eso. Sería mucho más fácil para nosotros, los gansos, escapar de los temibles cazadores si pudiéramos sumergirnos de esa manera.

—¿Tiene un pico como el tuyo? —preguntó Pedro inocentemente.

—Por supuesto que no —respondió Honker—. ¿No te dije que se alimenta de peces? ¿Cómo crees que podría sujetar a los resbaladizos peces si tuviera un pico ancho como el mío? Su pico es robusto, recto y afilado. Es un tipo bastante guapo. Es casi tan grande como yo, y su espalda, alas, cola y cuello son negros con un aspecto azulado o verdoso al sol. Su espalda y alas están manchadas de blanco, y tiene rayas blancas en la garganta y a los lados del cuello. Su pecho y la parte inferior son completamente blancos. Sin duda deberías conocer a Chiflado, Pedro, porque no hay nadie como él».

«Me gustaría», respondió Pedro. «Pero si nunca viene a la orilla, ¿cómo voy a hacerlo? Supongo que tendré que conformarme con conocerlo solo por su voz. Sin duda, nunca la olvidaré. Suena tan loca como la voz del Viejo Coyote, y eso es decir mucho».

«Hay una cosa que se me olvidó decirte», dijo Honker. —Chiflado no puede volar desde tierra firme; tiene que estar sobre el agua para poder elevarse.

—¿Tú sí puedes, verdad? —preguntó Pedro.

—Por supuesto que puedo —respondió Honker—. Los gansos obtenemos gran parte de nuestro alimento en tierra firme. Cuando es seguro hacerlo, visitamos los campos de cereales y recogemos el grano que se ha caído durante la cosecha. Por supuesto, no podríamos hacerlo si no pudiéramos volar desde tierra firme. Podemos elevarnos tanto desde tierra como desde agua. Ahora, si me disculpas, Pedro, voy a echar una siesta. ¡Vaya, qué cansado estoy! Y mañana me espera un largo viaje».

Así que Pedro se despidió educadamente de Honker y sus parientes y los dejó tranquilos en el banco de arena del Gran Río.

CAPÍTULO XXXIX. Pedro descubre a dos viejos amigos

El Hermano Áspero Viento del Norte y Jack Frost no se quedaron atrás de Honker el Ganso. En una noche, el mundo de Pedro Conejo se transformó. Se había convertido en un mundo nuevo, un mundo de un blanco puro. El último rezagado entre los amigos emplumados de Pedro que pasan el invierno en el lejano Sur se había marchado apresuradamente. Aun así, Pedro no se sentía solo. La alegre voz de Tommy lo saludó a primera hora de la mañana después de la tormenta. Tommy parecía estar de tan buen humor como siempre en verano.

Ahora a Pedro le gusta la nieve. Le gusta corretear en ella, así que siguió a Tommy hasta el Viejo Huerto. Estaba seguro de que allí encontraría compañía además de Tommy, y no se decepcionó. Downy y Peludo, los Pájaros Carpinteros, desayunaban en un trozo de sebo que el hijo del Granjero Brown les había colgado cuidadosamente en uno de los manzanos. Sammy Astuta también estaba allí, y su abrigo azul nunca había lucido mejor que contra el blanco puro de la nieve. Estos eran los únicos que Pedro realmente esperaba encontrar en el Viejo Huerto, así que pueden imaginar su alegría al saltar el viejo muro de piedra y oír la voz de alguien a quien casi había olvidado. Era la voz de Yank-Yank el Trepador pechiblanco, y aunque distaba mucho de ser dulce, había en ella algo de alegría y satisfacción. De inmediato, Pedro corrió hacia donde provenía.

En el tronco de un manzano, divisó un pájaro gris, blanco y negro, del tamaño aproximado de Downy el Pájaro Carpintero. La parte superior de su cabeza y la parte superior de su lomo eran de un negro brillante. El resto de su lomo era de un gris azulado. Los lados de su cabeza y su pecho eran blancos. Las plumas exteriores de su cola eran negras con manchas blancas cerca de las puntas.

Pero Pedro no necesitaba ver cómo vestía Yank-Yank para reconocerlo. Lo habría reconocido si hubiera estado tan lejos que los colores de su pelaje no se notaran en absoluto. Verán, Yank-Yank estaba haciendo algo sorprendente, algo que ningún otro pájaro puede hacer. Caminaba de cabeza por el tronco de aquel árbol, recogiendo diminutos huevos de insectos de la corteza, y parecía tan cómodo y despreocupado en aquella extraña posición como si estuviera boca arriba.

Al acercarse Pedro, Yank-Yank levantó la cabeza y lo saludó con un tono que sonó muy parecido a la repetición de su propio nombre. Luego se dio la vuelta y empezó a trepar al árbol con la misma facilidad con la que había bajado.

"¡Bienvenido a casa, Yank-Yank!", gritó Pedro, subiendo a toda prisa, casi sin aliento.

Yank-Yank se giró para quedar de nuevo cabizbajo, y sus ojos brillaron al mirar a Pedro. "Te equivocas, Pedro", dijo. "Este no es mi hogar. Simplemente he venido aquí a pasar el invierno. Sabes que el hogar es donde crías a tus hijos, y el mío está en los Grandes Bosques, más al norte. Hay demasiado hielo y nieve allá arriba, así que he venido aquí a pasar el invierno".

"Bueno, en fin, es una especie de hogar; es tu hogar de invierno", protestó Pedro, "y me alegro mucho de verte de vuelta. El Viejo Huerto no sería lo mismo sin ti. ¿Tuviste un verano agradable? Y si me haces el favor, Yank-Yank, cuéntame dónde construiste tu hogar y cómo era".

"Sí, Sr. Curiosidad, tuve un verano muy agradable", respondió Yank-Yank. "La Sra. Yank-Yank y yo criamos a una familia de seis, y les va mucho mejor que a algunos que conozco, si me permiten decirlo. En cuanto a nuestro nido, estaba hecho de hojas y plumas, y estaba en un agujero en un viejo tocón que solo conocíamos la Sra. Yank-Yank y yo. ¿Hay algo más que quieras saber? "

"Sí", replicó Pedro con rapidez. "Quiero saber cómo es que puedes bajar de cabeza por el tronco de un árbol sin perder el equilibrio ni caerte".

Yank-Yank rio alegremente. "Descubrí hace mucho tiempo, Pedro, dijo, "que las personas que mejor prosperan en este mundo son las que aprovechan al máximo lo que tienen y no pierden el tiempo deseando tener lo que tienen los demás. Supongo que habrás notado que toda la familia de los pájaros carpinteros tiene plumas rígidas en la cola y las usa para sujetarse cuando trepan a un árbol. Se han vuelto tan dependientes de ellas que no se atreven a moverse por el tronco de un árbol sin usarlas. Si quieren bajar de un árbol, tienen que retroceder. "

"Ahora bien, la Madre Naturaleza no me dio plumas rígidas en la cola, pero sí un muy buen par de pies con tres dedos delante y uno detrás, y cuando era muy pequeño aprendí a aprovecharlos al máximo. Cada dedo tiene una garra afilada. Cuando subo a un árbol, las tres garras delanteras de cada pata se enganchan en la corteza. Cuando bajo de un árbol, simplemente giro un pie para poder usar las garras de este pie para no caerme. Me resulta igual de fácil bajar de un árbol que subir, y puedo rodear el tronco con la misma facilidad y comodidad. Adaptando la acción a la palabra, Yank-Yank corrió alrededor del tronco del manzano justo encima de la cabeza de Pedro. Cuando reapareció, Pedro tenía otra pregunta preparada.

"¿Viven solo de larvas, gusanos, insectos y sus huevos?", preguntó.

"¡Diría que no!", exclamó Yank-Yank. "Me gustan las bellotas, los hayucos y ciertos tipos de semillas".

“No entiendo cómo un pequeñín como tú puede comer cosas tan duras como bellotas y hayucos”, protestó Pedro con cierta duda.

Yank-Yank se echó a reír a carcajadas. “Cuando te vea algún día en el Bosque Verde, te enseñaré”, dijo. “Cuando encuentro un hayuco gordo, lo llevo a una pequeña grieta de un árbol que lo sostenga a la perfección; luego, con este pico grueso que tengo, rompo la cáscara. Es bastante fácil cuando sabes cómo. Abrir una nuez de esa manera a veces se llama eclosionar, y de ahí viene el nombre de Trepador pechiblanco. ¡Hola! Ahí está Seep-Seep. No lo he visto desde que estábamos juntos en el norte. Su casa no estaba lejos de la mía”.

Mientras Yank-Yank hablaba, un pajarito marrón se posó al pie del árbol de al lado. Era solo un poco más grande que Jenny Cucarachera, pero no se parecía en nada a Jenny, pues mientras que la cola de Jenny suele estar levantada de la forma más atrevida, la de Seep-Seep nunca la levanta. De hecho, la dobla, pues Seep-Seep usa su cola igual que los miembros de la familia de los pájaros carpinteros. Estaba vestido de marrón grisáceo por encima y blanco grisáceo por debajo. Atravesaba cada ala con una pequeña franja de color ante, y su pico estaba ligeramente curvado.

Seep-Seep no se detuvo ni un instante, sino que empezó a trepar por el tronco del árbol, dando vueltas y vueltas mientras trepaba, sacando comida de debajo de la corteza. Su forma de trepar era muy parecida a arrastrarse, y Pedro pensó que a Seep-Seep le hacía justicia el nombre de Trepador Marrón o Trepadorcito americano. Sabía que era inútil intentar que Seep-Seep hablara. Sabía que Seep-Seep no perdería el tiempo así. Dio vueltas y vueltas por el tronco del árbol, y al llegar a la copa, voló de inmediato al pie del siguiente árbol y, sin detenerse, comenzó a subir. No perdió tiempo explorando las ramas, sino que se mantuvo pegado al tronco. De vez en cuando gritaba con una vocecita débil: “¡Sip! ¡Sip!”, pero nunca se detenía a descansar ni a mirar a su alrededor. Si hubiera sentido que solo de él dependía la tarea de recoger todos los huevos y larvas de insectos de esos árboles, no habría sido más diligente.

“¿Construye su nido en un agujero de un árbol?”, le preguntó Pedro a Yank-Yank. Yank-Yank negó con la cabeza. “No”, respondió. Busca un árbol o tocón con un trozo de corteza suelta colgando. Detrás, construye su nido con ramitas, tiras de corteza y musgo. Es un animalito muy curioso y no conozco a nadie en el mundo que se ocupe más de sus asuntos que Seep-Seep, el trepador pardo. Por cierto, Pedro, ¿has visto algo de Dotty, el gorrión molinero?

“Todavía no”, respondió Pedro, “pero creo que debe estar aquí. Me alegra que me lo hayas recordado. Iré a buscarlo”.

CAPÍTULO XL. Algunos semilleritos muy alegres.

Al recordar a Dotty, el gorrión molinero, Pedro Conejo sintió un gran deseo de encontrar a su pequeño amigo de los meses fríos y saber cómo le había ido durante el verano. No sabía dónde buscar a Dotty hasta que recordó un campo lleno de maleza en cuyo borde habían crecido arbustos. «Quizás lo encuentre allí», pensó Pedro, pues recordaba que Dotty vive casi exclusivamente de semillas, principalmente de maleza, y que le encantan los campos llenos de maleza con arbustos cercanos donde pueda esconderse.

Así que Pedro se apresuró a ir al campo lleno de maleza y allí, efectivamente, encontró a Dotty con un montón de amigos. Estaban muy ocupados desayunando. Algunos se agarraban a los tallos de la maleza arrancando las semillas de las copas, mientras que otros las recogían del suelo. Hacía frío. El Hermano Viento Norte hacía todo lo posible por levantar otra nube de nieve. No era para nada el tipo de día en el que uno esperaría encontrar a alguien de muy buen humor. Pero Dotty sí lo estaba. Incluso cantaba cuando Pedro llegó, y a su alrededor, sus amigos y parientes parloteaban tan alegremente como si fuera el comienzo de la primavera en lugar del invierno.

Dotty era casi del tamaño de Amiguito, el gorrión cantor, y se parecía un poco a él, salvo por el color gris ceniza de su pecho, salvo por una pequeña mancha oscura en el centro, el puntito del que toma su nombre. Llevaba una gorra castaña, casi idéntica a la de Chippy, el gorrión chillón. Le recordó a Pedro que a Dotty a menudo se le llama Chippy de Invierno.

"¡Bienvenida de nuevo, Dotty!", exclamó Pedro. "¡Me alegra mucho verte!".

"Gracias, Pedro", gorjeó Dotty alegremente. "En cierto modo, es bueno estar de vuelta. Sin duda, es bueno saber que un viejo amigo se alegra de verme".

"¿Te vas a quedar todo el invierno, Dotty?" —preguntó Pedro.

—Eso espero —respondió Dotty—. Claro que sí, si la nieve no es tan profunda que no pueda comer lo suficiente. Algunas de estas hierbas son tan altas que se necesitará mucha nieve para cubrirlas, y mientras las hojas estén por encima de la nieve, no tendré de qué preocuparme. Sabes que muchas semillas quedan en estas hojas durante todo el invierno. Pero si la nieve es tan profunda que las cubre, tendré que seguir adelante más al sur.

“Entonces espero que no haya mucha nieve”, declaró Pedro con mucho énfasis. “En invierno, como mucho, hay poca gente, y no conozco a nadie a quien disfrute más tener de vecino que a ti”.

“Gracias de nuevo, Pedro”, exclamó Dotty, “y, por favor, permíteme devolvarte el cumplido. Me gusta el clima frío. Me gusta el invierno cuando no hay mucho hielo ni mal tiempo. Siempre me siento bien con el frío. Esa es una de las razones por las que voy al norte a anidar”.

“Hablando de nidos, ¿construyes en un árbol?”, preguntó Pedro.

“Normalmente en el suelo o cerca de él”, respondió Dotty. “Sabes que en realidad soy un ave terrestre, aunque me llaman gorrión molinero. La mayoría de los gorriones pasamos el tiempo en el suelo o cerca de él”.

“Lo sé”, respondió Pedro. “¿Sabes que le tengo mucho cariño a la familia de los Gorrión? Aprecio a tu primo Chippy, que anida en el Viejo Huerto cada primavera. Ojalá se quedara todo el invierno. De verdad que no veo por qué no lo hace. Yo creo que podría si tú puedes.”

Dotty rió. Era una risita tintineante. "El primo Chippy se moriría de hambre", declaró Dotty. "Todo es cuestión de comida. Ya deberías saberlo, Pedro. El primo Chippy vive principalmente de gusanos e insectos, y yo vivo casi exclusivamente de semillas, y eso es lo que marca la diferencia. El primo Chippy debe ir a donde pueda comer en abundancia. Aquí consigo bastante, así que me quedo".

"¿Tú y tus parientes vinieron solos del Lejano Norte?", preguntó Pedro.

"No", respondió Dotty con prontitud. "Pizarroso el Junto Ojoscuro y sus parientes vinieron con nosotros y tuvimos una fiesta muy alegre".



Junco Ojoscuro (*Junco hyemalis hyemalis*)
Nombre en inglés: Slaty the Junco
América del norte hasta el norte de México

Pedro aguzó el oído. "¿Está Pizarroso aquí ahora?", preguntó con entusiasmo.

"Sí, aquí", respondió una voz justo a sus espaldas. Fue tan inesperado que Pedro dio un respingo. Se giró y vio al mismísimo Pizarroso riendo alegremente mientras recogía semillas. Era casi del mismo tamaño que Dotty, pero más estilizado. De hecho, era uno de los amigos de Pedro más estilizados y de aspecto más pulcro. No había forma de confundir a Pizarroso, el Junco, con ninguna otra ave. Su cabeza, garganta y pecho eran de un color pizarra claro. Por debajo era blanco. Sus costados eran grisáceos. Las plumas exteriores de la cola eran blancas. Su pico era de color carne. Parecía casi blanco.

"¡Bienvenido! ¡Bienvenido!", gritó Pedro. "¿Estás aquí para quedarte todo el invierno?"

"Claro que sí", fue la rápida respuesta de Pizarroso. Hará falta muy mal tiempo para que me vaya de aquí. Si la nieve es muy profunda, iré al corral del granjero Brown. Siempre puedo conseguir comida allí, porque el hijo del granjero Brown es muy amigo mío. Sé que no dejará que me muera de hambre, haga el tiempo que haga. Creo que va a nevar más. Me gusta la nieve. Ya sabes, a veces me llaman el Pájaro de Nieve.

Pedro asintió. "Eso he oído", dijo, "aunque creo que ese nombre en realidad le pertenece a Copito de Nieve, el Escribano Nival".



Escribano Nival (*Plectrophenax nivalis*)

Nombre en inglés: Snow Bunting

Zonas boreales de América y Europa, Canadá, Estados Unidos, Islandia y Europa.

"Muy bien, Pedro, muy bien", respondió Pizarroso. "Prefiero mucho más mi nombre de Junco. ¡Qué buenas son estas semillas!". Todo el tiempo estaba ocupado recogiendo semillas tan diminutas que Pedro ni siquiera las veía.

"¿Si te gusta tanto este lugar, por qué no te quedas todo el año?", preguntó Pedro.

"Hace demasiado calor", respondió Pizarroso rápidamente.

"Odio el calor. Dame frío siempre".

"¿Quieres decir que hace frío todo el verano donde anidan en el extremo norte?", preguntó Pedro.

"No exactamente frío", respondió Pizarroso, "pero mucho más fresco que aquí abajo. No voy tan al norte para anidar como Copito de Nieve, pero voy lo suficientemente lejos como para estar bastante cómodo. No entiendo cómo hay gente que aguanta el calor". "Menos mal que pueden", interrumpió Dotty. "Si a todos les gustaran las mismas cosas, no serviría de nada. Supongamos que todos los pájaros solo comieran semillas. No habría suficientes semillas para todos, y muchos moriríamos de hambre. Además, los gusanos y los bichos se lo comerían todo. Así que, en resumen, es una gran suerte que algunos pájaros vivan casi exclusivamente de gusanos, bichos y cosas así, dejando las semillas para el resto. Supongo que la Madre Naturaleza sabía lo que hacía cuando nos dio sabores diferentes".

Pedro asintió con la cabeza en señal de aprobación. "Siempre puedes confiar en que la Madre Naturaleza sabe qué es lo mejor", dijo sabiamente. "Por cierto, Pizarroso, ¿de qué haces tu nido y dónde lo pones?" Mi nido suele estar hecho de hierbas, musgo y raicillas. A veces está forrado con hierbas finas, y cuando tengo la suerte de encontrarlo, uso pelos largos. A menudo pongo mi nido en el suelo, y nunca muy por encima. En esto me parezco a mi amiga Dotty. Siempre me parece más fácil esconder un nido en el suelo que en cualquier otro lugar. No hay nada como tener un nido bien escondido. Se necesita una vista aguda para encontrar mi nido, te lo aseguro, Pedro Conejo.

En ese momento, Dotty, que estaba recogiendo semillas de la parte superior de una maleza, dio un grito de alarma y al instante se oyó un aleteo de muchas alas mientras Dotty, sus parientes y Pizarroso buscaban refugio en los arbustos que bordeaban el campo. Pedro se incorporó muy erguido y miró a un lado y a otro. Al principio no vio nada sospechoso. Luego, agazapado entre la maleza, vislumbró a Michi, la gata negra del granjero Brown. Había estado acercándose sigilosamente con la esperanza de atrapar a uno de esos alegres semilleros. Pedro pateó furioso. Luego, a grandes saltos, se dirigió al querido Viejo Zarzal, lipperty-lipperty-lip, porque a decir verdad, a pesar de su gran tamaño, le tenía un poco de miedo a Michi.

CAPÍTULO XLI. Más amigos vienen con la nieve

Pizarroso el Junco había acertado al pensar que iba a nevar más. El Hermano Viento Norte apresuró una gran nube tras otra, y al final de la tarde, los blancos copos plumosos cayeron del cielo.

Pedro Conejo se sentó en el querido Viejo Zarzal. De hecho, Pedro no se movió esa noche, sino que permaneció agachado justo en la entrada de un viejo agujero que el abuelo de Johnny Marmota había cavado hacía mucho tiempo en medio de su Zarzal. Poco antes del amanecer, la nieve dejó de caer y entonces el Hermano Viento Norte trabajó con la misma intensidad para dispersar las nubes como para traerlas.

Cuando el alegre, redondo y brillante Sr. Sol comenzó su ascenso diario en el cielo azul azul, contempló un mundo blanco. Parecía como si cada pequeño copo de nieve centelleara con cada rayo de sol. Todo era muy hermoso, y Pedro Conejo se regocijó mientras corría en busca de su desayuno. Partió primero hacia el campo lleno de maleza donde el día anterior había encontrado a Dotty, el gorrión molinero, y a Pizarroso, el junco. Llegaron antes que él, pasándose en grande mientras recogían semillas de las puntas de la maleza que asomaba por encima de la nieve.

Casi al instante, Pedro descubrió que no eran los únicos buscadores de semillas. Caminando sobre la nieve, tan ocupado buscando semillas como Dotty y Pizarroso, había un pájaro de tamaño similar al suyo. Tenía la parte superior de la cabeza, el cuello y el lomo de un suave marrón óxido, algo de negro en las alas —aunque estas eran mayormente blancas—, y las plumas exteriores de la cola también eran de ese color. Su pecho y sus partes inferiores eran blancos. Era Copo de Nieve, el Escribano Nival, con su traje de invierno.

Pedro lo reconoció al instante. No cabía duda de que era él, pues, como bien sabía, no hay otro pájaro de su tamaño y forma que sea tan blanco. Había aparecido tan inesperadamente que casi parecía que hubiera surgido de las nubes de nieve, igual que la nieve misma. Pedro tenía preparada su pregunta de siempre. «¿Vas a pasar el invierno aquí, Copo de Nieve?», gritó.

Copo de Nieve estaba tan ocupado desayunando que no respondió enseguida. Pedro notó que no saltaba, sino que caminaba o corría. Al rato se detuvo lo suficiente para responder a la pregunta de Pedro. “Si la nieve ha venido para quedarse todo el invierno, quizás me quede yo”, dijo.

“¿Qué tiene que ver la nieve?”, preguntó Pedro.

“Solo que me gusta la nieve y me gusta el frío. Cuando la nieve empieza a desaparecer, vuelo de vuelta más al norte”, respondió Copo de Nieve. No es que no me guste el suelo desnudo, porque sí, y siempre me alegra que el viento se lleve la nieve en algunos lugares para poder buscar semillas. Pero cuando la nieve empieza a derretirse por todas partes, me siento incómodo. No entiendo cómo la gente puede estar contenta donde no hay nieve ni hielo. No me encuentran en el sur. No, señor. Cuando llega la temporada de anidación, persigo a Jack Frost hasta donde pasa el verano. Anido en la orilla del Mar Polar, pero claro, no sabes dónde está, Pedro Conejo.

“Si tanto te gusta el frío del extremo norte, la nieve y el hielo, ¿para qué viniste al sur? ¿Por qué no te quedas ahí arriba todo el año?”, preguntó Pedro.

“Porque, Pedro”, respondió Copito de Nieve, gorjeando alegremente, “como todos, tengo que comer para vivir. Cuando me veas aquí abajo, sabrás que la nieve del norte es tan profunda que ha cubierto todas las semillas. Siempre estoy atento, como dice el dicho, y en cuanto parece que va a haber demasiada nieve para ganarme la vida, me voy. Espero no tener que ir más lejos, pero si alguna mañana te despiertas y encuentras la nieve tan profunda que todas las malas hierbas están enterradas, no esperes encontrarme.”

“Eso es lo que yo llamo buen sentido común”, dijo otra voz, y un pájaro un poco más grande que Copito de Nieve, y que a primera vista parecía estar vestido casi por completo de un suave color marrón chocolate, se posó en la nieve cercana y enseguida echó a correr en busca de semillas. Era Nómada, la Alondra Cornuda. Pedro lo saludó con alegría, pues había algo misterioso en Nómada, y a Pedro, como saben, le encanta el misterio.



Alondra cornuda (*Eremophila alpestris*)

Nombre en inglés: Horned Lark

América del norte, Eurasia y zonas aisladas en el norte de África y Colombia.

Pedro lo conocía desde su primer invierno, pero no se sentía realmente familiarizado, pues Nómada rara vez se quedaba el tiempo suficiente para una verdadera amistad. Cada invierno venía, a veces dos o tres veces, pero rara vez se quedaba más de unos pocos días. A menudo él y sus parientes aparecían con los Copitos de Nieve, pues son muy buenos amigos y viajan mucho juntos.

Ahora, mientras Nómada extendía la mano para coger semillas de la parte superior de una maleza, Pedro lo observó atentamente. Lo primero que notó fueron los dos pequeños mechones de plumas negras en forma de cuerno encima y detrás de los ojos. De ahí el nombre de Alondra Cornuda. Ninguna otra ave tiene algo parecido. Su frente, una línea sobre cada ojo y su garganta eran amarillas. Tenía una marca negra en cada esquina del pico que se curvaba hacia abajo justo debajo del ojo y casi se unía a una banda negra en forma de medialuna que cruzaba el pecho. Debajo de esta, estaba cubierto de blanco, con manchas oscuras aquí y allá. Su lomo era marrón, con un tinte casi rosado en algunos lugares. Su cola era negra, mostrando un poco de blanco en los bordes cuando volaba. En conjunto, era un animalito muy guapo.

"¿Toda tu familia tiene esos cuernecitos tan graciosos?", preguntó Pedro.

"No", fue la rápida respuesta de Alondra. "La señora Alondra no los tiene".

"Creo que le quedan muy bien", dijo Pedro cortésmente.

"Gracias", respondió Alondra. "Estoy de acuerdo contigo. Deberías verme cuando tenga mi traje de verano."

"¿Es tan diferente de este?", preguntó Pedro. "Creo que tu traje actual es bastante bonito."

"Bien dicho, Pedro, bien dicho", interrumpió Copito de Nieve. "Estoy totalmente de acuerdo contigo. Creo que el traje actual de Nómada es bastante bonito para cualquiera, pero es cierto que su traje de verano es aún más bonito. No es muy diferente, pero es más brillante, y esas manchas negras son mucho más fuertes y se ven mejor. Verás, Nómada es uno de mis vecinos del lejano Norte, y lo sé todo sobre él."

"Y eso significa que no sabes nada malo de mí, ¿verdad?", rio Nómada.

Copito de Nieve asintió. "Nada", respondió. "No pediría un mejor vecino. Deberías oírlo cantar, Pedro. Canta en el aire, y realmente es una canción muy bonita." "Me encantaría oírlo", respondió Pedro. "¿Por qué no cantas aquí, Nómada?"

“Esta no es época de cantar”, respondió Nómada con prontitud. “Además, no hay tiempo para cantar cuando uno tiene que estar ocupado cada minuto para comer lo suficiente”.

“No entiendo”, dijo Pedro, “por qué, cuando llegas aquí, no te quedas en un solo lugar”.

“Porque es más fácil ganarse la vida moviéndose”, respondió Nómada con prontitud. “Además, me gusta visitar nuevos lugares. No me gustaría estar atado a un solo sitio como algunos pájaros que conozco. ¿Tú sí, Copito de Nieve?”

Copito de Nieve respondió enseguida que no. Justo entonces Pedro descubrió algo que no sabía antes. “¡Dios mío!”, exclamó, “¡qué garra tan larga tienes en cada dedo trasero!”.

Era cierto. Cada garra trasera era aproximadamente el doble de larga que cualquier otra. Pedro no le veía ninguna utilidad especial y estaba a punto de preguntar más al respecto cuando Nómada avistó de repente una bandada de sus parientes a cierta distancia y voló para unirse a ellos. Probablemente esto le evitó una vergüenza, pues es dudoso que él mismo supiera por qué la Madre Naturaleza le había dado garras traseras tan largas.



SNOWFLAKE THE SNOW BUNTING, the one small bird who is largely white.

WANDERER THE HORNED LARK. His yellow throat and forehead and the two little tufts of feathers, like tiny horns, will always identify him.

CAPÍTULO XLII. Pedro aprende de Misterio

A Pedro Conejo le gusta el invierno. Al menos no le molesta tanto, aunque tenga que trabajar mucho para ganarse la vida. Quizás sea bueno que lo haga, porque podría engordar demasiado como para mantenerse alejado de Reddy Zorro. Verás, cuando la nieve es profunda, Pedro se ve obligado a comer lo que puede, y muy a menudo no hay mucho para él excepto la corteza de los árboles jóvenes. Es en esas épocas cuando Pedro se mete en líos, porque no hay corteza que le guste más que la de los árboles frutales jóvenes. Ahora ya sabes lo que pasa cuando se quita la corteza de todo el perímetro del tronco de un árbol. Ese árbol muere. Muere por la sencilla razón de que es por la capa interna de la corteza por donde sube la savia vital en primavera y verano. Claro, cuando se quita una tira de corteza de todo el perímetro cerca de la base de un árbol, la savia no puede subir y el árbol muere.

Ahora bien, cerca del Viejo Huerto, el Granjero Brown había plantado un huerto joven. Pedro lo sabía todo sobre ese joven huerto, pues lo había visitado muchas veces en verano. En aquel entonces abundaba el trébol de olor y otras plantas verdes, y Pedro nunca se había sentido tentado a probar la corteza de esos árboles jóvenes. Pero ahora las cosas eran muy diferentes, y rara vez Pedro sabía lo que era tener el estómago lleno. No dejaba de pensar en ese joven huerto. Sabía que, si era prudente, se mantendría alejado de allí. Pero cuanto más pensaba en ello, más le parecía que debía probar un poco de esa tierna corteza. Así que, justo al anochecer, una tarde, Pedro se dirigió al joven huerto. Llegó sano y salvo, y sus ojos brillaron al saltar al árbol joven más cercano. Pero al llegar, Pedro se llevó una terrible decepción. Alrededor del tronco del árbol joven había una malla de alambre. Pedro no pudo ni siquiera mordisquear la corteza. Probó con el siguiente árbol sin mejor resultado. Luego corrió de árbol en árbol, siempre con el mismo resultado. Verán, el granjero Brown sabía perfectamente que a Pedro le gustaba la corteza de los árboles frutales jóvenes, y había sido lo suficientemente sabio como para proteger su joven huerto.

Finalmente, Pedro se dio por vencido y saltó hacia el Viejo Huerto. Al pasar junto a cierto árbol grande, una voz lo sobresaltó. "¿Qué te pasa, Pedro?", dijo la voz. "No pareces feliz".

Pedro se detuvo en seco y miró hacia el gran manzano. Por mucho que mirara, no podía ver a nadie. Por supuesto, no había una sola hoja en ese árbol, y podía ver a través de ella. Pedro parpadeó y se sintió tonto. Sabía que si alguien hubiera estado sentado en alguna de esas ramas, no habría podido evitar verlo.

“No mires tan alto, Pedro; no mires tan alto”, dijo la voz con una risita. Esta vez sonó como si saliera directamente del tronco del árbol. Pedro se quedó mirando el tronco y de repente soltó una carcajada. A pocos metros del suelo había un agujero considerable en el árbol, y por él asomaba la cabeza un animalito gracioso de ojos grandes y pico ganchudo.

“¡Desde luego que me engañaste esa vez, Misterio!”, exclamó Pedro. “Debería haber reconocido tu voz, pero no lo hice”.

Misterio, el búho Currucutú, pues eso era, salió del agujero del árbol y, sin hacer ruido, voló y se posó justo encima de la cabeza de Pedro. Era un animalito pequeño, de no más de veinte centímetros de altura, pero era inconfundible a qué familia pertenecía. De hecho, se parecía mucho a una copia en miniatura de Hooty, el búho cornudo, tanto que Pedro sintió un escalofrío que lo recorrió, aunque no tenía nada que temer de Misterio. Su cabeza parecía casi tan grande como su cuerpo, y parecía no tener cuello. Estaba vestido de un brillante marrón rojizo, con pequeñas rayas y barras negras. Por debajo era blanquecino, con pequeñas rayas y barras negras y marrones. A cada lado de la cabeza tenía un mechón de plumas. Parecían orejas, y algunos creen que lo son, lo cual es un error. Sus ojos eran redondos y amarillos, con una mirada feroz y hambrienta. Su pico era pequeño y estaba casi oculto entre las plumas de su cara, pero era ganchudo, igual que el de Hooty. Al acomodarse, giró la cabeza hasta que pudo mirar directamente hacia atrás, y luego la volvió a colocar tan rápido que a Pedro le pareció que se había ido. Verás, los ojos de Misterio están fijos en sus cuencas y no puede moverlos de un lado a otro. Tiene que girar toda la cabeza para ver a un lado u otro.

"Todavía no me has dicho por qué te ves tan triste, Pedro", dijo Misterio.

"¿Acaso un estómago vacío no es suficiente para hacer infeliz a cualquiera?", replicó Pedro secamente.

Misterio rió entre dientes. "Yo también tengo el estómago vacío, Pedro", dijo, "pero no me hace infeliz. Tengo el presentimiento de que en algún lugar hay un ratón gordo esperándome".

En ese momento, Pedro recordó lo que Jenny Cucarachera le había contado a principios de primavera sobre cómo Misterio, el búho Currucutú, vive todo el año en un árbol hueco, y la curiosidad le hizo olvidar por un momento que tenía hambre. "¿Viviste en ese agujero todo el verano, Misterio?", preguntó.



Búho currucutú (*Megascops choliba*)
Nombre en inglés: Tropical Screech-Owl
De Costa Rica al norte de Argentina



Búho cornudo (*Bubo virginianus*)
Nombre en inglés: Tropical Screech-Owl
América del norte, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Colombia, Ecuador, Bolivia, sur de Brasil, Paraguay, norte de Argentina. Zonas aisladas en Venezuela, Guayanas, Perú.

Misterio asintió solemnemente. "He vivido en ese verano e invierno huecos durante tres años", dijo.

Los ojos de Pedro se abrieron de par en par. "Y hasta ahora ni siquiera lo había imaginado", exclamó. "¿Criaron una familia allí?"

"Claro que sí", respondió Misterio. "La señora Misterio y yo criamos a una familia de cuatro jóvenes tan guapos como jamás hayan visto. Ahora se han ido al Gran Mundo a ganarse la vida. Dos vestían igual que yo y dos eran canosos".

"¿Qué es eso?", exclamó Pedro.

"Dije que dos vestían igual que yo y dos eran canosos", respondió Misterio con brusquedad.

"Qué gracioso", exclamó Pedro.

"¿Qué es gracioso?", espetó Misterio con enfado.

"Que los cuatro no estuvieran vestidos igual", dijo Pedro.

"No tiene nada de gracioso", replicó Misterio, chasqueando el pico bruscamente con un pequeño crujido. "Nosotros, los Búhos Chillón, creemos en la variedad. Algunos somos grises y otros de color marrón rojizo. Es un caso en el que no se puede reconocer a un ser solo por el color de su vestimenta."

Pedro asintió como si entendiera bien, aunque no entendía nada en absoluto. "Me alegra mucho encontrarte viviendo aquí", dijo cortésmente. "Verás, en invierno el Viejo Huerto es un lugar bastante solitario. No entiendo cómo consigues suficiente para comer con tan pocos pájaros."

"¡Pájaros!" espetó Fantasma. "¿Qué tienen que ver los pájaros con esto?"

"¿Pero acaso no vives de pájaros?" preguntó Pedro con inocencia.

"Yo diría que no. Supongo que me moriría de hambre si dependiera de los pájaros para mi alimentación diaria", replicó Misterio. De vez en cuando atrapo un gorrión, claro, pero normalmente es un gorrión inglés, y considero que le hago un favor al Viejo Huerto cada vez que tengo la suerte de atrapar uno de la familia de Bully, el gorrión inglés. Pero vivo principalmente de ratones y musarañas en invierno, y en verano como muchos saltamontes y otros insectos. Si no fuera por mí y mis parientes, supongo que los ratones pronto invadirían el Gran Mundo. El granjero Brown debería estar contento de que haya venido a vivir al Viejo Huerto, y supongo que así es, porque su hijo lo sabe todo sobre esta casa mía y nunca me molesta. Ahora, si me disculpan, creo que voy a volar al joven huerto del granjero Brown. Debería encontrarme con uno o dos ratones gordos intentando arrancar un poco de corteza de esos árboles jóvenes.

"¡Vaya!", exclamó Pedro. "Pueden intentarlo todo, pero no conseguirán nada; te lo aseguro." Los redondos ojos amarillos de Misterio brillaron. "Debes de haber estado intentando conseguir un poco de esa corteza tú mismo", dijo. Pedro no dijo nada, pero parecía culpable, y Misterio rió entre dientes una vez más mientras extendía las alas y se alejaba volando tan silenciosamente que parecía más una sombra a la deriva que un pájaro. Entonces Pedro se dirigió a un pantano que conocía, donde seguro encontraría suficiente corteza para saciar su apetito.



SPOOKY THE SCREECH OWL. The most common of all Owls, sometimes reddish-brown and sometimes gray.

CAPÍTULO XLIII. Pies raros y un pico torcido

Pedro Conejo había ido al Bosque Verde a visitar a su primo, Jumper la Liebre, que vive allí. No tuvo dificultad en encontrar las huellas de Jumper en la nieve, y siguiéndolas, finalmente lo encontró. De hecho, Pedro casi choca con Jumper antes de verlo, pues Jumper llevaba un abrigo tan blanco como la nieve misma. Agachado bajo una pequeña cicuta cubierto de nieve, no parecía más que un pequeño montículo de nieve.

"¡Oh!", exclamó Pedro. "¡Cómo me asustaste! Ojalá tuviera un abrigo de invierno como el tuyo. Debe ser de gran ayuda para esquivar a tus enemigos".

"¡Claro que sí, primo Pedro!", exclamó Jumper. Nueve de cada diez veces, lo único que tengo que hacer es quedarme quieto sin hacer nada cuando no hay viento que lleve mi olor. He visto pasar a Reddy Fox a pocos metros de mí y ni siquiera sospeché que estaba cerca. Espero que esta nieve dure todo el invierno. Solo cuando no nieva me preocupo especialmente. Entonces no estoy tranquilo ni un minuto, porque mi pelaje blanco se ve a lo lejos contra el marrón de las hojas muertas.

Pedro rio entre dientes: «Justo cuando me siento más seguro», respondió. «Me gusta la nieve, pero este pelaje grisáceo mío sí que se nota. ¿No te parece bastante solitario aquí en el Bosque Verde con todos los pájaros desaparecidos, primo Jumper?»

Jumper negó con la cabeza. «No todos se han ido, Pedro, ¿sabes?», dijo. «Presuntuoso, el Urogallo, y la Señora Urogallo están aquí, y los veo todos los días. Ahora llevan raquetas de nieve».

Pedro parpadeó y pareció bastante perplejo. «¡Raquetas de nieve!». —exclamó—. No entiendo qué quieres decir.

—Ven conmigo —respondió Jumper—, te lo mostraré.

Así que Jumper abrió el camino y Pedro lo siguió de cerca. Al poco rato, llegaron a unas huellas en la nieve. A primera vista, le recordaron a Pedro las extrañas huellas que los patos del granjero Brown dejaban en el barro al borde del estanque Sonriente en verano. —¡Qué huellas tan raras son esas! —exclamó—. ¿Quién las hizo?

—Sigue siguiéndome y lo verás —replicó Jumper.

Así continuaron siguiendo las huellas hasta que, justo delante de ellos, vieron a Presuntuoso, el urogallo. Pedro abrió los ojos con sorpresa al descubrir que esas extrañas huellas las había dejado Presuntuoso.

“El primo Pedro quiere ver tus raquetas de nieve, Presuntuoso”, dijo Jumper mientras se acercaban.

Los ojos brillantes de Presuntuoso brillaron. “Está tan curioso como siempre, ¿verdad?”, dijo. “Bueno, no me importa enseñarle mis raquetas de nieve porque creo que son realmente maravillosas”. Levantó un pie con los dedos separados y Pedro vio que de los lados de cada dedo crecían unas extrañas puntitas córneas, muy juntas. Llenaban casi por completo el espacio entre sus dedos. Pedro recordó que cuando vio a Presuntuoso en verano, esos dedos eran lisos y que sus huellas en tierra blanda mostraban claramente el contorno de cada dedo. “¡Qué gracioso!”, exclamó Pedro.

“No tienen nada de gracioso”, replicó Presuntuoso. Si la Madre Naturaleza no me hubiera dado algo así, sin duda lo pasaría mal cuando hubiera nieve. Si mis pies fueran iguales que en verano, me hundiría completamente cuando la nieve estuviera blanda y no podría caminar. Ahora, con estas raquetas de nieve me las arreglo muy bien. Verás, me hundo muy poco.

Dio tres o cuatro pasos y Pedro vio enseguida lo útiles que eran esas raquetas. “¡Vaya!”, exclamó. “¡Ojalá la Madre Naturaleza también me diera raquetas de nieve!”. Presuntuoso y Jumper rieron, y al cabo de un segundo Pedro rio con ellos, pues se dio cuenta de lo imposible que sería para él tener algo parecido a las raquetas de nieve de Presuntuoso. “El primo Pedro decía que debería pensar que me sentiría solo aquí en el Bosque Verde. Olvidó que tú y la Sra. Urogallo se quedan todo el invierno, y olvidó que, si bien la mayoría de los pájaros que pasaron el verano aquí se han ido, hay otros que bajan del lejano Norte para ocupar su lugar”.

“¿Quiénes, por ejemplo?”, preguntó Pedro.

“Snipper, el Piquituerto”, respondió Jumper rápidamente. “Todavía no lo he visto este invierno, pero sé que está aquí porque esta mañana encontré unas semillas de pino en la nieve debajo de cierto árbol”.

“¡Vaya!”, exclamó Pedro. “Eso no prueba nada. Puede que esas semillas simplemente se hayan caído, o que Parlanchín, la Ardilla Roja, las haya dejado caer”.

“Esta no es época de que las semillas simplemente caigan, y sé por las señales que Parlanchín no ha estado por aquí”, replicó Jumper. “Vayamos para allá ahora a ver qué vemos”.

Una vez más, él abrió el camino y Pedro lo siguió. Al acercarse a ese pino, un breve silbido los hizo levantar la vista. Un pájaro, del tamaño de Bully, el gorrión inglés, estaba ocupado picando en una piña cerca de la copa. Estaba vestido completamente de rojo apagado, con alas y cola de color marrón negruzco.

"¿Qué te dije?", gritó Jumper. "Ahí está Snipper ahora mismo, y en ese árbol de al lado hay un montón de su familia y parientes. Mira qué forma tan curiosa trepan entre las ramas. No revolotean ni saltan, simplemente trepan. No conozco ningún otro pájaro por aquí que haga eso".

En ese momento, una semilla cayó y aterrizó en la nieve casi delante de la nariz de Pedro. Casi al instante, el propio Snipper la siguió, recogió y comiéndosela con tanta indiferencia como si Pedro y Jumper estuvieran a una milla de distancia en lugar de a solo un pie. Lo primero que vio Pedro fue el pico de Snipper. Las mitades superior e inferior se cruzaban en las puntas. Ese pico parecía como si Snipper hubiera golpeado algo duro y le hubiera torcido las puntas.

"¿Has tenido un accidente?", preguntó con cierta vacilación.

Snipper pareció sorprendido. "¿Me estás hablando a mí?", preguntó. "¿Quién te metió esa idea en la cabeza?"

"Tu pico", respondió Pedro con prontitud. "¿Cómo se te torció así?"

Snipper rió. "No está torcido", dijo. "Es como lo hizo la Madre Naturaleza, y la verdad es que no sé qué haría si fuera diferente".

Pedro se rascó una oreja larga, como suele hacer cuando está desconcertado. "No entiendo", dijo, "cómo es posible que recojas comida con un pico así".

"Y no sé cómo conseguiría comida si no tuviera un pico como este", replicó Snipper. Luego, al ver lo desconcertado que estaba Pedro, continuó explicando: "Verás, vivo principalmente de las semillas que crecen en las piñas de los pinos y de otros árboles. Claro que como otros alimentos, como semillas y brotes de árboles. Pero lo que más me gusta son las semillas que crecen en las piñas de los árboles perennes. Si alguna vez has visto una de esas piñas, entenderás que esas semillas no son fáciles de alcanzar. Pero con este tipo de pico no hay ningún problema. Puedo cortarlas con la misma facilidad con la que los pájaros con picos rectos pueden recoger semillas. Verás, mi pico es muy parecido a unas tijeras".

"Es realmente maravilloso", confesó Pedro. "¿Te importaría decirme, Snipper, por qué nunca te he visto por aquí en verano?" —Por la misma razón que en verano nunca se ven a Copito de Nieve ni a la Alondra Cornuda, ni a otros que podría nombrar —respondió Snipper—. Siempre me quedo con el Lejano Norte. Me quedaría allí todo el año, pero a veces la comida escasea allá arriba. Por eso estoy aquí abajo. Si me disculpan, iré a terminar mi desayuno.

Snipper voló hasta el árbol donde estaban trabajando los otros piquituertos y Pedro y Jumper los observaron.



Piquituerto rojo (*Loxia curvirostra*)
Nombre en inglés: Red Crossbill
América del norte, Guatemala, Nicaragua, Europa. Zonas aisladas de Asia y norte de África.

“Supongo que sabes”, dijo Jumper, “que Snipper tiene un primo que se parece casi exactamente a él, salvo por dos barras blancas en cada ala. Se llama Piquituerto Aliblanco”.

“No lo sabía”, respondió Pedro, “pero me alegra que me lo hayas dicho. Sin duda, lo cuidaré. No puedo superar esos picos tan raros. Nadie podría confundirlo con ninguna otra ave. ¿Hay alguien más del extremo norte que no haya visto?”



Piquituerto aliblanco (*Loxia leucoptera*)
Nombre en inglés: White-winged Crossbill
Alaska, Canadá y norte de Estados Unidos. Islandia y norte de Europa

CAPÍTULO XLIV. Más aves rojas

Jumper la Liebre no tuvo tiempo de responder a la pregunta de Pedro Conejo cuando este le preguntó si había alguien más, además de los Piquituestos, que hubiera bajado del Lejano Norte.

"Sí", dijo una voz desde un árbol justo detrás de ellos.

Fue tan inesperado que tanto Pedro como Jumper dieron un respingo de sorpresa. Entonces se giraron para ver quién había hablado. Allí estaba sentado un pájaro un poco más pequeño que Petirrojo, que a primera vista parecía vestido de rojo fresa. Sin embargo, una mirada más cercana mostró que tenía marcas gris pizarra alrededor de su cabeza, debajo de las alas y en las patas. Su cola era marrón. Sus alas eran marrones, con manchas blancas, negras y pizarra. Su pico era grueso y bastante corto.

"¿Quién eres?", preguntó Pedro con mucha brusquedad y descortesía.

"Soy Piny, el Picogrueso", respondió el desconocido, aparentemente nada molesto por la brusquedad de Pedro.



Camachuelo picogrueso (*Pinicola enucleator*)
Nombre en inglés: Pine Grosbeak
Alaska, Canadá, norte de Estados Unidos y norte de Europa

"Ah", dijo Pedro. "¿Eres pariente del Picogordo degollado, que anidó el verano pasado en el Huerto Viejo?"

"Claro que sí", respondió Piny. "Es mi primo. Nunca lo he visto porque nunca sube a donde vivo y yo no bajo a donde pasa el invierno, pero todos los miembros de la familia de los Picogruesos son primos".

"Picogordo degollado es muy bonito y le tengo mucho cariño", dijo Pedro. "Somos muy buenos amigos".

“Entonces sé que vamos a ser buenos amigos”, respondió Piny. Al decir esto, se giró y Pedro notó que su cola estaba claramente bifurcada en lugar de ser cuadrada como la Petirrojo. Piny silbó, y casi al instante se le unió otro pájaro de forma idéntica, pero que vestía de gris pizarra y amarillo oliva, en lugar del rojo brillante que él mismo vestía. Piny presentó al recién llegado como la Señora Picogrueso.

“Hace un tiempo precioso, ¿verdad?”, dijo ella. Me encanta la nieve. No me sentiría en casa sin ella. La primavera pasada incluso construí mi nido antes de que desapareciera la nieve en el extremo norte. Nos dio mucha pena irnos de allí, pero la comida escaseaba tanto que tuvimos que hacerlo. Acabamos de llegar. ¿Podrías decirme si hay cedros, fresnos o zumaques cerca?

Pedro se apresuró a decirle dónde encontraría esos árboles y luego, con cierta timidez, le preguntó por qué quería encontrarlos.

"Porque conservan sus bayas todo el invierno", respondió la señora Picogrueso con prontitud, "y esas bayas son muy ricas para comer. Pensé que debía haber algunas por aquí. Si hay suficientes, sin duda nos quedaremos un tiempo".

"Espero que sí", respondió Pedro. "Quiero conocerte mejor. Sabes, si no fuera por ustedes, los que vienen del Lejano Norte, el Bosque Verde sería un lugar bastante solitario en invierno. Hay momentos en que me gusta estar solo, pero me gusta sentir que hay alguien a quien puedo recurrir cuando me siento solo. ¿Vinieron tú y Piny solos?"

"No, en absoluto", respondió la señora Picogrueso. "Hay una bandada de nuestros parientes no muy lejos. Vinimos con los piquituertos. Todos juntos formamos una buena fiesta". Pedro y Jumper se quedaron un rato charlando con los Picogruesos. Entonces Pedro recordó que ya era hora de regresar al querido Zarzal, y tras despedirse de sus nuevos amigos, echó a andar por el Bosque Verde, lipperty-lipperty-lip. Al llegar al límite del Bosque Verde, decidió correr al campo de maleza para ver si estaban allí los Copos de Nieve, los Gorriones Molineros y las Alondras Cornudas. Estaban, pero casi enseguida Pedro descubrió que tenían compañía. Cuando alegremente mientras recogía semillas de la punta de una maleza que sobresalía de la nieve, había un pájaro apenas más grande que Chicoree, el Jilguero. Pero cuando Pedro lo miró, no pudo evitar frotarse los ojos. "¡Dios mío!" Murmuró: «Debe haber algo mal en mis ojos, por eso veo rojo. Ya he visto dos pájaros vestidos de rojo y ahora hay otro. Sin duda deben ser mis ojos. Ahí está Dotty, el gorrión molinero; oigo su voz. Me pregunto si se verá rojo».

Pedro saltó lo suficientemente cerca como para ver bien a Dotty y lo encontró vestido como debía. Eso lo tranquilizó. Sus ojos estaban como debían estar. Luego volvió a

mirar al pequeño y feliz extraño, que seguía ocupado recogiendo semillas de la hierba.

La parte superior de su cabeza era de un rojo brillante. No había duda al respecto. Estaba de espaldas a Pedro en ese momento y, de no ser por esa gorra roja brillante, Pedro sin duda lo habría tomado por uno de sus amigos de la familia de los gorriones. Verás, su espalda era de color marrón grisáceo. Pedro podía pensar en varios gorriones con espaldas muy parecidas. Pero al observar con atención, vio que justo encima de la cola, este pequeño desconocido tenía una mancha rosada, algo que ningún gorrión conocido de Pedro posee.

Entonces, el pequeño y vivaz desconocido se giró hacia Pedro y un par de ojos brillantes brillaron con picardía. "Bueno", dijo, "¿qué te parece mi apariencia? ¿Me pasa algo? Me enseñaron que es de muy mala educación mirar fijamente a alguien. Supongo que tu madre olvidó enseñarte modales".

Pedro no prestó atención a lo que decía, sino que siguió mirando fijamente. "¡Qué bonito eres!", exclamó.

El pequeño desconocido era bonito. Su pecho era ROSADO. Debajo era blanco. La mitad de su garganta era negra y sus costados estaban veteados de un marrón rojizo. Pareció complacido con la exclamación de Pedro.

"Me alegra que pienses que soy bonito", dijo. "A mí también me gusta el rosa. Me gusta muchísimo. Supongo que ya has visto a mis amigos, Snipper el Piquituerto y Piny el Picogruoso."

Pedro asintió rápidamente. "Acabo de conocerlos", dijo. "Por tu forma de hablar, supongo que también eres del Lejano Norte. Estoy empezando a darme cuenta de que hay más aves que viven en el Lejano Norte de la que imaginaba. Si me permites, creo que no te conozco en absoluto."

"Soy Pardillo Rojo", fue la rápida respuesta. "Me llaman así por mi gorro rojo. Sí, en efecto, vivo en el Lejano Norte. No hay ningún lugar igual. Deberías ir corriendo y conocer a la gente que vive allí y le encanta."

Pardillo Rojo se rio de su propia broma, pero Pedro no le vio la gracia en absoluto. "¿Está tan lejos?", preguntó inocentemente; Luego añadió: «Me encantaría ir».

Pardillo rojo se rio con más fuerza que nunca. «Sí», dijo, «lo es. Me temo que para cuando llegues serás un conejo muy viejo y gris. Supongo que lo siguiente es que conozcas a algunos de los que venimos por aquí de vez en cuando».



Pardillo rojo (*Acanthis flammea*)
Nombre en inglés: Redpoll
Alaska, Canadá, norte de Estados Unidos, Europa y zonas aisladas de Asia

Pardillo cantó suavemente y casi al instante se le unió otro pájaro de capuchón rojo, pero sin el pecho rosado y con los costados más veteados. «Esta es la señora Pardillo», anunció su vivaz compañero. Luego se volvió hacia ella y añadió: «Le acabo de decir a Pedro Conejo que, mientras no pueda visitar nuestro hermoso Lejano Norte, debe conocer a quienes venimos aquí en invierno. Estoy seguro de que nos encontrará muy amables».

«Seguro que sí», dijo Pedro. «Por favor, ¿viven ustedes solo de estas semillas de hierba?»

Pardillo rio con su habitual risa alegre. «Para nada, Pedro», respondió. Nos gustan las semillas de los abedules y los alisos, y comemos las de los árboles de hoja perenne cuando las encontramos. A veces las encontramos en piñas que Snipper, el piquituerto, ha abierto, pero no ha recogido todas las semillas. A veces nos deja algunas. ¡Ah, siempre conseguimos comer de sobra! Hay algunos parientes nuestros por allá y debemos reunirnos con ellos. Nos vemos pronto, Pedro.

Pedro dijo que esperaba que así fuera y luego los vio volar para reunirse con sus amigos. De repente, como si hubieran recibido una señal, todos desplegaron sus alas al unísono y volaron hasta un abedul no muy lejos. Todos parecieron alzar el vuelo precisamente al mismo tiempo. Arriba en el abedul se quedaron sentados durante un minuto más o menos y luego, como si hubieran recibido otra señal, todos empezaron a arrancar las diminutas semillas de las borlas del abedul. Ningún pájaro parecía ser el primero. Parecía un simulacro, como si una misma idea hubiera cruzado sus mentes al unísono. Pedro se rio entre dientes durante todo el camino a casa. Y de alguna manera se sintió mejor por haber conocido a los pardillos. Era la sensación que sin duda experimenta todo aquel que tiene la fortuna de conocerlos en un dorado día de invierno.

CAPÍTULO XLV. Pedro ve dos terribles cazadores emplumados

Si bien es cierto que a Pedro Conejo le gusta el invierno, también lo es que la vida no es nada fácil para él en esa época. Para empezar, tiene que viajar mucho para conseguir suficiente comida, lo que significa que debe correr más riesgos. No hay un minuto del día ni de la noche que esté fuera del querido Zarzal en el que pueda permitirse el lujo de no estar atento al peligro. Verán, en esta época del año, a Reddy Zorro a menudo le cuesta conseguir una buena comida. Tiene hambre la mayor parte del tiempo y siempre está buscando a Pedro Conejo. Con nieve en el suelo y sin hojas en los arbustos y árboles jóvenes, a Pedro no le resulta fácil esconderse. Así que, mientras viaja, el pensamiento de Reddy Zorro siempre está en su mente. Pero hay otros a quienes Pedro teme aún más, y estos llevan plumas en lugar de abrigos de piel. Uno de ellos es Terror, el Azor. Pedro no es el único que teme a Terror. No hay uno solo entre sus amigos emplumados que no se estremezca al mencionar su nombre. Pedro no olvidará pronto el día en que descubrió que el Terror había bajado del Lejano Norte y que probablemente se quedaría allí el resto del invierno. Pedro pasó hambre todo el resto del día.



Azor americano (*Astur atricapillus*)
Nombre en inglés: Goshawk
Norteamérica

Verán, fue así: Pedro había ido al Bosque Verde muy temprano esa mañana con la esperanza de desayunar en cierto pantano. Iba saltando, bajito, bajito, pensando principalmente en el desayuno que esperaba conseguir, pero al mismo tiempo con los oídos y los ojos atentos a un posible peligro, cuando una extraña sensación lo invadió. Era la sensación de que un gran peligro estaba muy cerca, aunque no veía ni oía nada que lo indicara. Era solo una sensación, nada más.

Ahora Pedro ha aprendido que lo más sensato cuando uno tiene una sensación así es buscar primero un lugar seguro e investigar después. En el instante en que sintió esa extraña sensación de miedo, pasaba junto a un tronco grande y hueco. Sin saber muy bien por qué lo hizo, porque, ya saben, no se detuvo a pensar, se zambulló en el tronco hueco, y justo al hacerlo se oyó el agudo batir de unas grandes alas. Terror, el Azor, había fallado por una fracción de segundo.

Con el corazón latiéndole con fuerza, como si intentara abrirse paso entre sus costillas, Pedro se asomó al tronco hueco. Terror se había posado en un tocón alto a solo unos metros de distancia. A Pedro, asustado, le pareció el pájaro más grande que jamás había visto. Claro que no lo era. De hecho, era casi del mismo tamaño que el gavián colirrojo, a quien Pedro conocía bien. Era guapo. No se podía negar que era guapo.

Su espalda era azulada. Su cabeza parecía casi negra. Sobre y detrás de cada ojo había una línea blanca. Debajo estaba bellamente marcado con barras onduladas grises y blancas.

En su cola había cuatro franjas oscuras. Sí, era guapo. Pero Pedro no se preocupaba por su belleza. No veía nada más que la ferocidad de los ojos fijos en la entrada de aquel tronco hueco. Pedro se estremeció como si sintiera un escalofrío. Sabía que en Terror no había compasión ni dulzura.

"Espero", pensó Pedro, "que el señor y la señora Urogallo no estén por aquí". Verán, sabía que no hay nadie que Terror prefiera atrapar que un miembro de la familia Urogallo.

Terror no se sentó mucho tiempo en aquel tocón. Sabía que Pedro no iba a salir con prisa. Al poco rato, se fue volando, y Pedro sospechó, por la dirección en la que se dirigía, que Terror iba a visitar el gallinero del granjero Brown. De todos los miembros de la familia Halcón, ninguno es más audaz que Terror, el Azor. No dudaría en atrapar una gallina casi delante de las narices del granjero Brown. Su nombre es muy acertado, pues la mera sospecha de su presencia infunde terror en los corazones de todos los habitantes de pieles y plumas. Es tan veloz que pocos pueden escapar de él, y no tiene piedad, sino que mata por el mero placer de matar.

En este sentido, es como Sombra la Comadreja. Matar por comida es perdonado por los seres del común del Bosque Verde y los Prados Verdes, pero matar innecesariamente es imperdonable. Por eso Terror el Azor es universalmente odiado y no tiene un solo amigo.

Todo ese día, Pedro permaneció escondido en ese tronco hueco. No se atrevió a salir hasta que las Sombras Negras comenzaron a arrastrarse por el Bosque Verde. Entonces supo que ya no había nada que temer de Terror el Azor, pues solo caza de día. Una vez más, Pedro pensó principalmente en su estómago, pues estaba muy, muy vacío.

Pero no era su intención que Pedro llenara su estómago de inmediato. Había recorrido solo un trecho cuando, justo delante de él, el silencio del anochecer fue roto por un sonido aterrador —“Whooo-hoo-hoo, whooo-hoo!” Fue tan repentino y con tal ferocidad que Pedro hizo todo lo posible por no saltar y correr como si le fuera la vida en ello. Pero conocía esa voz y sabía también que la seguridad residía en mantenerse completamente quieto. Así que, con el corazón latiendo desbocado, como cuando había escapado del Terror esa mañana, Pedro se quedó tan quieto como si no pudiera moverse.

Era el llamado de caza de Hooty, el búho cornudo, y su propósito era asustar a alguien para que saltara y corriera, o al menos se moviera un poco. Pedro conocía bien ese truco de Hooty. Sabía que en todo el Bosque Verde no hay oídos tan maravillosos como los de Hooty, el búho, y que en el instante en que profirió ese feroz llamado de caza, había aguzado esos maravillosos oídos para captar el más leve sonido que pudiera hacer algún pequeño durmiente sobresaltado. El susurro de una hoja bastaba para atraer a Hooty al lugar con sus grandes y silenciosas alas, y entonces sus feroces ojos amarillos, hechos para ver en la penumbra, encontrarían a la víctima.

Así que Pedro permaneció inmóvil, temeroso de que el mismo latido de su corazón llegara a esos maravillosos oídos. De nuevo se oyó aquel terrible grito de caza, y de nuevo Pedro hizo todo lo posible por no saltar. Pero no saltó, y unos minutos después, mientras contemplaba un tocón alto y muerto de un árbol, preguntándose dónde estaría Hooty, la copa del tocón pareció desprenderse, y un gran pájaro de alas anchas se alejó volando silenciosamente, como una sombra a la deriva. Era el propio Hooty. Sentado perfectamente erguido en la copa de aquel tocón alto y muerto, parecía formar parte de él. Pedro esperó un rato antes de atreverse a moverse. Finalmente oyó el grito de caza de Hooty en un rincón lejano del Bosque Verde, y supo que podía volver a pensar en su estómago vacío sin peligro. Más tarde, durante el invierno, mientras la nieve aún cubría el Bosque Verde y el hielo aún cubría el

Arroyo Risueño, Pedro hizo un descubrimiento sorprendente. Estaba en un lugar solitario del Bosque Verde cuando recordó que cerca de allí había un viejo nido que había pertenecido al Gavilán colirrojo. Movido por la curiosidad, Pedro corrió a echar un vistazo al viejo nido. Imaginen su sorpresa cuando, justo al avistarlo, vio un gran pájaro posándose sobre él. El corazón de Pedro se le subió a la garganta. Al menos eso pareció, pues reconoció a la señora Hooty.

Por supuesto, Pedro se detuvo donde estaba y tuvo sumo cuidado de no moverse ni hacer ruido. En ese momento, Hooty apareció y se posó en un árbol cercano. Pedro había visto a Hooty muchas veces, pero siempre como una gran sombra que se movía a la luz de la luna. Ahora podía verlo con claridad. Incorporándose de golpe, parecía tener la misma altura que Terror el Azor, pero con un cuerpo mucho más grande. Si Pedro lo hubiera sabido, su gran tamaño se debía en gran medida a las esponjosas plumas que cubrían a Hooty. Al igual que su primo pequeño, Misterio el Búho Currucutú, Hooty parecía no tener cuello. Parecía como si su gran cabeza estuviera colocada directamente sobre sus hombros. A cada lado de su cabeza sobresalían dos grandes mechones de plumas como orejas o cuernos. Su pico era muy ganchudo. Estaba vestido completamente de color marrón rojizo con pequeñas manchas beige y negras, y en la garganta tenía una mancha blanca. Sus patas estaban emplumadas, al igual que sus pies, hasta las grandes garras. Pero Pedro fijó su mirada en los grandes, redondos, fieros y amarillos ojos. Siempre había pensado que Hooty solo veía al anochecer o en las noches de luna, pero presentía que incluso ahora, a plena luz del día, Hooty veía perfectamente, y tenía toda la razón.

Pedro permaneció allí sentado un buen rato, inmóvil. No se atrevía a hacer nada más. Tras recuperarse del primer susto, empezó a preguntarse qué hacían Hooty y la señora Hooty en aquel viejo nido. Su curiosidad se despertó. Sintió que debía averiguarlo. Poco a poco, Hooty se alejó volando con mucho cuidado para no llamar la atención de la señora Hooty. Pedro regresó sigilosamente por donde había venido.

Cuando estuvo lo suficientemente lejos como para sentirse razonablemente seguro, corrió tan rápido como pudo. Quería escapar de aquel lugar y encontrar a alguien a quien preguntar. Enseguida se encontró con su primo, Jumper la Liebre, y enseguida, con gran entusiasmo, le contó todo lo que había visto.

Jumper escuchó hasta que Pedro terminó. «Si me haces caso», le dijo, «te mantendrás alejado de esa parte del Bosque Verde, primo Pedro. Por lo que me cuentas, me queda claro que los ululatos han empezado a anidar».

«¡Anidando!», exclamó Pedro. «¡Anidando! ¡Pero si la dulce Señora Primavera no llegará hasta dentro de un mes!».

«He dicho ANIDAR», replicó Jumper, con cierta irritación, pues, como ves, no le gustaba que dudaran de su palabra. Hooty, el búho cornudo, no espera a la señora primavera. Él y la señora Hooty creen en terminar pronto con las tareas del hogar. Por esta época del año, buscan un viejo nido del Gavilán colirrojo, Blacky el Cuervo o Parlanchín la Ardilla Roja, porque no se molestan en construir uno ellos mismos. Entonces, la señora Hooty pone sus huevos mientras aún hay nieve y hielo. No sé por qué sus polluelos no se resfrían al salir del cascarón. Pero no lo hacen. Lamento saber que los Hooties tienen un nido aquí este año. Significa un mal momento para muchos pequeñines con plumas y pelo. Sin duda, me mantendré alejado de esa parte del Bosque Verde, y te aconsejo que lo hagas.

Pedro dijo que sí, y luego se dirigió a la querida Vieja Zarza para reflexionar. El descubrimiento de que la temporada de anidación de un nuevo año ya había comenzado hizo que Pedro pensara en la llegada de la dulce Señora Primavera y en el regreso de sus muchos amigos emplumados que habían partido hacia el lejano Sur hacía tanto tiempo. Pedro fue invadido por un gran anhelo por escuchar las voces del Petirrojo, el Azulejo gorjicanelo y el Pequeño Amigo Gorrión Cantor lo, y un anhelo aún mayor por charlar un poco con Jenny Cucarachera. Durante el último año había aprendido mucho sobre sus vecinos emplumados, pero aún quedaban muchas cosas por saber, cosas que solo Jenny Cucarachera podía contarle. Apenas comenzaba a descubrir que nadie lo sabe todo, especialmente sobre las aves. Y nadie lo sabrá jamás.

FIN

¿Quién es Thornton W. Burgess?

Thornton Waldo Burgess (Nació en Enero 14, 1874 – Murió en Junio 5, 1965), naturalista y conservacionista, amaba tanto la belleza de la naturaleza y sus seres que escribió sobre ellas durante 50 años. Al jubilarse, había escrito más de 170 libros y 15.000 artículos para columnas diarias en periódicos.

Thornton Waldo Burgess era hijo de Caroline F. Haywood y Thornton W. Burgess Sr., descendiente directo de Thomas Burgess, uno de los primeros pobladores en 1637 en Sandwich (Massachusetts, EE. UU.).



Burgess fue criado por su madre en Sandwich tras la muerte de su padre el año de su nacimiento. De joven, trabajaba todo el año para ganar dinero. Algunos de sus trabajos incluían cuidar vacas, recolectar madroños o bayas, transportar nenúfares de los estanques locales, vender dulces y atrapar ratas almizcleras. William C. Chipman, uno de sus empleadores, vivía en Discovery Hill Road, un hábitat de vida silvestre compuesto por bosques y humedales. Este hábitat se convirtió en el escenario de muchos de sus relatos, en los que menciona en el Estanque Sonriente y El Viejo Zarzal.

Tras graduarse de la escuela secundaria Sandwich en 1891, Burgess asistió a la escuela de negocios en Boston entre 1892 y 1893. A los 17 años, Burgess vivió brevemente en Boston y luego se mudó a Springfield, Massachusetts.

Compró una propiedad en Hampden, Massachusetts, en 1925 y la estableció como su residencia permanente en 1957. Regresando con frecuencia a Sandwich, Burgess afirmaba que ese era su lugar de nacimiento y su hogar espiritual. Muchas de sus experiencias de infancia y las personas que conoció influyeron en su interés y preocupación por la vida silvestre.

Sus observaciones de la naturaleza al aire libre sirvieron de argumento para sus relatos. En su primer libro, *La Vieja Madre Viento del Oeste*, publicado en 1910, el lector conoce a muchos de los personajes que aparecen en libros e historias

posteriores. Entre estos personajes se encuentran Pedro Conejo, el Abuelo Rana, Reddy Zorro, Jimmy Zorrillo, junto con Sammy Astura, Bobby Mapache, Joe Nutria, Billy Visón, Jerry Rata Almizclera, Spotty la Tortuga y, por supuesto, La Vieja Madre Viento del Oeste y sus Alegres Brisas.

Durante los siguientes cincuenta años, Burgess escribió libros de forma constante que se publicaron en todo el mundo en numerosos idiomas, como sueco, francés, alemán, español, italiano y gaélico. Colaboró con él su ilustrador y amigo, Harrison Cady, de Nueva York y Rockport, Massachusetts. Cady nos dio la forma familiar de Pedro Conejo y otros personajes animales que conocemos hoy.

Burgess también participó activamente en iniciativas de conservación. Algunos de sus proyectos a lo largo de su vida incluyeron:

- "El Club de la Pradera Verde" para programas de conservación de tierras
- Ayudar a aprobar leyes que protejan a la fauna migratoria
- El Club de Cuentos para Dormir" para programas de protección de la fauna
- "El Club de Ahorro de Ardillas Happy Jack" para sellos y bonos de ahorro de guerra
- "La Liga de la Naturaleza por Radio" transmitida desde WBZA Springfield, MA.

Por sus esfuerzos, Burgess recibió un Título Honorífico en Literatura en 1938 de la Universidad de Northeastern. El Museo de Ciencias de Boston le otorgó una medalla de oro especial por "guiar a los niños por el sendero hacia el amplio y maravilloso mundo de la naturaleza". También recibió la distinguida Medalla al Servicio del Fondo Permanente para la Protección de la Vida Silvestre.

En 1960, Burgess publicó su último libro, "Ahora Recuerdo", una autobiografía que retrata recuerdos de su juventud en Sandwich, así como los momentos más destacados de su carrera. Ese mismo año, a los 83 años, Burgess publicó su cuento número 15.000. De 1912 a 1960, sin interrupción, Burgess escribió una columna de periódico diaria titulada "Cuentos para dormir".

Fuente: <https://thorntonburgess.org/who-was-thornton-w-burgess>

¿Quién era Louis Agassiz Fuertes?



Louis Agassiz Fuertes (1874–1927) fue ornitólogo, artista e ilustrador. Fuertes nació en un hogar dedicado a la ciencia; su padre, el astrónomo e ingeniero civil puertorriqueño Estevan Fuertes, incluso le puso el nombre del naturalista Jean Louis Rodolphe Agassiz.

Fuertes se interesó por el estudio y el dibujo de aves desde muy joven, pero no se dedicó seriamente a ello hasta después de graduarse de la Universidad de Cornell en 1897.

Con el tiempo, viajó por toda Norteamérica, incluyendo Colombia y Etiopía, para estudiar aves y crear ilustraciones científicas de ellas. Trabajó en proyectos y dio conferencias para la Universidad de Cornell, el Museo Field y el Museo Americano de Historia Natural (donde su mural de una colonia de flamencos se encuentra en la Sala de Aves de Norteamérica). Como artista e ilustrador, Fuertes creó ilustraciones para más de 60 publicaciones a lo largo de su carrera. Conocido por su meticulosa atención al detalle, estudió las aves en sus hábitats y recolectó especímenes para garantizar el máximo realismo. Fuertes también tiene dos aves que llevan su nombre: el Loro de Fuertes (*Hapalopsittaca fuertesi*) y el Bolsero de Fuertes (una subespecie del Bolsero de Huerto, *Icterus spurius fuertesi*).

En 1904, el entonces director del Museo Estatal de Nueva York, John Mason Clarke, le encargó a Fuertes que realizara ilustraciones para un extenso estudio de investigación sobre las especies de aves del estado. La publicación resultante, *Aves de Nueva York* (publicada en dos volúmenes, 1910 y 1914), fue una obra pionera que combinaba rigor científico con belleza artística.

Escrito por Elon Howard Eaton, profesor de biología y naturalista, el libro presentó una extensa investigación sobre las especies de aves del estado, incluyendo patrones migratorios, mapas de distribución y observaciones de comportamiento. Lo que realmente distinguió a esta publicación fue la impresionante obra de arte de Fuertes, cuyas vívidas ilustraciones de aves dieron vida al texto.

Celebrada por su profundidad y accesibilidad, Aves de Nueva York no solo se convirtió en un valioso recurso para los ornitólogos, sino que también despertó un interés duradero en la conservación y el estudio de las aves en todo el estado. Incluso 100 años después de su publicación inicial, sigue siendo importante tanto para ornitólogos como para aficionados a las aves.

Louis Agassiz Fuertes es recordado principalmente como artista, reconocido por sus ilustraciones en 17 libros de aves, así como por sus murales y dioramas en museos. Sin embargo, su legado a la ornitología va más allá del arte e incluye más de 3600 especímenes de aves que recopiló, desde su juventud hasta su prematura muerte a los 53 años en 1927. Si bien la mayoría de estos especímenes se conservan en el Museo de Vertebrados de la Universidad de Cornell en Ithaca, Nueva York, un pequeño número ha llegado a otras colecciones.

Fuente: <https://nysm.nysed.gov/hispanic-heritage-month/louis-agassiz-fuertes>

“The burgess bird book for children” by Thornton Burgess

Otras ilustraciones de Louis Agassiz Fuertes from National Geographic

https://www.nationalgeographic.com/animals/article/fuertes-illustrations#/nationalgeographic-603024_18073_600x450.jpg



Black-Throated Green Warblers



Acorn Woodpecker